

Electronic Thesis and Dissertation Repository

7-24-2013 12:00 AM

El espacio torcido en la narrativa mexicana de temática homosexual: 1977-1997

Juan Carlos Rocha Osornio, *The University of Western Ontario*

Supervisor: Rafael Montano, *The University of Western Ontario*

A thesis submitted in partial fulfillment of the requirements for the Doctor of Philosophy degree in Hispanic Studies

© Juan Carlos Rocha Osornio 2013

Follow this and additional works at: <https://ir.lib.uwo.ca/etd>



Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#), [Lesbian, Gay, Bisexual, and Transgender Studies Commons](#), and the [Modern Languages Commons](#)

Recommended Citation

Rocha Osornio, Juan Carlos, "El espacio torcido en la narrativa mexicana de temática homosexual: 1977-1997" (2013). *Electronic Thesis and Dissertation Repository*. 1370.
<https://ir.lib.uwo.ca/etd/1370>

This Dissertation/Thesis is brought to you for free and open access by Scholarship@Western. It has been accepted for inclusion in Electronic Thesis and Dissertation Repository by an authorized administrator of Scholarship@Western. For more information, please contact wlsadmin@uwo.ca.

EL ESPACIO *TORCIDO* EN LA NARRATIVA MEXICANA DE TEMÁTICA
HOMOSEXUAL: 1977-1997

(Thesis format: Integrated Article)

by

Juan Carlos Rocha Osornio

Graduate Program in Hispanic Studies

A thesis submitted in partial fulfillment
of the requirements for the degree of
Doctor of Philosophy

The School of Graduate and Postdoctoral Studies
Western University
London, Ontario, Canada

© Juan Carlos Rocha Osornio 2013

Abstract

This thesis examines how the narratives of Raúl Rodríguez Cetina, Luis Zapata, Mario Bellatin, and Gerardo Guiza Lemus recreate what I call *Espacio Torcido* (Queer Space) in which they aim (some more than others) at questioning and deconstructing the values of the heteronormative system: ambiguity, pleasure, rupture, and the quest for legitimacy compose this space. While each author takes a different approach, it can be said that they all participate in the construction of the history of the *gay* community in Mexico as seen in the latter part of the XX century: 1977-1997. In particular, this study looks at how these authors are constantly faced with the so called “traditional” gender stratified *activo/pasivo* model and the so called “modern” object choice gay model. Chapter one looks at the way autobiographical content and male prostitution serve both as a foundation and critique of an unjust social order where machismo is juxtaposed to homoeroticism as reflected in *El desconocido* (1977) and *El pasado me condena* (2009); chapter two explores the influence and repercussions of a gay identity in Mexico to debunk common homosexual stereotypes as seen in *Melodrama* (1983); chapter three takes a look at the rupture caused by the outbreak of the HIV/AIDS epidemic, which paradoxically opened the doors of visibility and new rights for the gay community in *Salón de belleza* (1994); and lastly, chapter four discusses the formation of same-sex relationships in a hostile environment where modernity and tradition are constantly interwoven as represented in *Quizás no entendí* (1997). The theoretical framework used to develop this study is multifaceted by incorporating different *queer* approaches from the United States, France, Spain, and Mexico. In conducting a close reading of the above-mentioned texts, it was possible to determine how the Mexican Homosexual novel is still very much in the process of construction; however, it is a clear indication of the issues pertaining to the ever-changing gay community and its continuous quest for the legitimacy of a vast array of sexual identities.

Keywords

Male Homosexuality, Novel, Mexico, Gay Literature, Gay Novel, Sexual Identity, Autobiography, HIV/AIDS, Queer Theory, Teoría Torcida, Raúl Rodríguez Cetina, Luis Zapata, Mario Bellatin, Gerardo Guiza Lemus.

Agradecimientos

Finalmente llegó el momento de agradecer con todo mi corazón el inmenso apoyo con el que he contado en mi travesía por el doctorado. Desde que llegué a Canadá tuve la fortuna de contar con todo el apoyo del Departamento de Lenguas Modernas y del programa de Estudios Hispánicos de *Western University*. No cabe duda que tomé la mejor decisión cuando decidí venir a estudiar a Canadá. Y es que parece que fue sólo ayer cuando llegué con dos maletas llenas de ropa y un par de libros a lo que se convertiría en mi hogar por cuatro años: London, Ontario. Si bien ha sido una época sumamente difícil en la que muchas veces dudé de mi capacidad intelectual, al día de hoy me doy cuenta de lo mucho que valió la pena el esfuerzo y la dedicación que puse en mis estudios. Un doctorado es un proceso de crecimiento constante en el que la disciplina juega un papel muy importante, por lo que muchas veces me vi forzado a rechazar invitaciones al *grad club* para tomar cerveza... pero no me arrepiento. Agradezco infinitamente el apoyo de mi director de tesis, Dr. Rafael Montano quien estupendamente dirigió mi trabajo. Ha sido un verdadero placer haber trabajado con usted, sus observaciones y todo el esfuerzo hecho para la culminación de este proyecto son y serán sumamente apreciados por siempre. No cabe duda que los buenos profesores son aquellos que te dan toda la libertad para trabajar, y claramente usted me demostró ser uno de ellos. Mis sinceras gracias también para mis profesores de la Universidad: Joyce Brunh de Garavito, Juan Luis Suárez, Yasaman Rafat, Alena Robin, Hugo Moreno, Marjorie Ratcliffe, Victoria Wolff, Teo Noriega, Ana García-Allén, James Miller, y Chris Roulston por su constante guía e interés en mi proyecto. Y por supuesto también mis más sinceras gracias a los miembros del comité de mi tesis y al maravilloso país de Canadá, mi nuevo hogar.

Por otro lado, agradezco también a mi mamá canadiense (Sharyn Melo) por el cariño y todas sus palabras de aliento; a mi amiga (Marisa Rascón y familia) por su paciencia, amor y cuidados; a mi ex amiga (Viviana Avendaño y familia) por todas sus atenciones y apoyo incondicional; a mi *a veces amiga* (Alma Ramírez) por haberme impulsado a tomar el tema del presente estudio; a mi prima (Ivonne Mendoza) por quererme como un hermano; a mi amiga peruana (Giannina Valdivia) por su amistad; a mi ex novio (Jorge Luis Rico Zúñiga) por todas sus enseñanzas; a mi otro ex (Ramón Osvaldo Mendoza y familia) por todo su amor y exquisita comida, siento haberte cambiado por el doctorado pero no tuve otro

remedio; a mi otro ex (Raúl Martínez Quiroz y familia) por sanarme espiritualmente; a mi amigo (Mauricio Pulecio) por creer en mí; a mi otro amigo (Germán Corradi y familia) por haber compartido conmigo sus secretos; y en general a todas las personas con quienes compartí todo tipo de aventuras: risas, tristezas, frustraciones, ataques de *dramacuinismo*, borracheras, chismes, idas al antro, viajes a Latinoamérica, y sobre todo, mi gusto por la literatura de temática homosexual y el compromiso de luchar por los derechos de las personas LGBTTTI.

Dedicatoria

A mi madre Angélica Osornio Enríquez y a mi sobrina Karen Ríos a quienes amo desde lo más profundo de mi corazón. Espero que todo el tiempo que he pasado lejos de ustedes sirva para acercarnos más como familia. No me cabe la menor duda de que tú, Karen, mi adorada sobrina, seguirás mis pasos algún día y de que me harás muy feliz con todos tus logros personales y académicos. Gracias mamá por todo tu amor y apoyo, así como por haberme enseñado a trabajar arduamente y a ser una persona valiente.

Y por supuesto a ti, mi querido Gabriel Regev, quien desde el día que nos conocimos me ofreciste todo lo bueno de tu hermoso ser. No tengo las suficientes palabras para agradecerte todo tu amor y entrega. Ha sido muy difícil tu partida pero quiero que sepas que gracias a ti soy una mejor persona. Le agradezco tanto a la vida por haberte puesto en mi camino. אני מתגעגע אליך. Sé que desde donde quiera que estés me sigues cuidando y que uno de estos días nos volveremos a reencontrar, pero mientras tanto seguiré creciendo fuerte como los árboles. También quiero que sepas que llevo muy presente todas y cada una de tus palabras, y en especial aquellas que me dedicaras luego de haber pasado la Navidad del 2011 juntos:

I think that I once told you how I view trees and what I feel for them and what they have always signified for me - trees are longevity and continuity and presence and beauty and protection and they look at us and say " we will be here when you are long gone". When you suggested to have a tree here, you made me very happy, it was a little tree that was ours in the vastness of so many others.
You are my young tree.

G

Descansa en paz, mon ange Gabriel.

San Juan del Río, Querétaro, México, junio de 2013

Tabla de contenidos

Abstract	ii
Agradecimientos	iii
Dedicatoria	iv
Tabla de contenidos	v
Lista de Apéndices	vii
Introducción	1
Capítulo 1	20
1 De la prostitución al relato autobiográfico	20
1.1 La entrada del sujeto-personaje homosexual en México	23
1.1.1 Las semillas de la homotextualidad	32
1.1.2 La etapa de la transición	36
1.2 Aspectos psicológicos y sociológicos: más allá del machismo	41
1.2.1 Identificación y deseo en <i>El desconocido</i>	44
1.2.2 <i>Chichifos, mayates y gays</i> en Mérida: La prostitución masculina	49
1.3 El efecto terapéutico de la confesión autobiográfica en <i>El pasado me condena</i> ..	65
1.3.1 Génesis de la autobiografía	66
1.3.2 ¿Es peor el remedio que la enfermedad?	69
1.3.3 La escritura <i>gay</i> de Raúl Rodríguez Cetina	71
Capítulo 2	80
2 La época dorada de la novela mexicana de temática homosexual	80
2.1 Los primeros esfuerzos hacia una representación colectiva	82
2.2 Apuntes sobre el melodrama	94
2.3 El drama homosexual	98
2.4 El bar como elemento fundador de la cultura <i>gay</i>	108

Capítulo 3.....	119
3 Al borde del abismo: la ruptura de un espacio de placer	119
3.1 La irrupción del SIDA en México: síntomas y diagnóstico de la plaga.....	120
3.2 De la belleza a la muerte: un salón muy particular	134
Capítulo 4.....	162
4 Pégame pero no me dejes: la disputa entre el espacio <i>buga</i> y el <i>gay</i>	162
4.1 Gerardo Guiza Lemus: vida y obra.....	165
4.2 El (des)encuentro del <i>chichifo</i> y el <i>gay</i>	173
4.3 El discreto encanto del pene	178
4.4 Este es un lugar de ambiente donde todo es diferente	190
4.5 Una pareja muy dispareja.....	209
Conclusiones	217
Bibliografía	224
Apéndice A	236
Apéndice B	237
Apéndice C	238
Curriculum Vitae	239

Lista de Apéndices

Apéndice A: autorización de <i>Cincinatti Romance Review</i>	236
Apéndice B: autorización de <i>Divergencias: revista de estudios lingüísticos y literarios</i>	237
Apéndice C: autorización de <i>Hipertexto</i>	238

Introducción

Humility, kindness and no judgment of others is the key to human interaction. We all die in the end and the little phase of our “being here” is so often wasted on anger and trying to show people that “we are better”, but no one is and ever will be better.

Gabriel Regev, “Us=you and me=together email” (2011)

Con la llegada del nuevo milenio vino consigo una época de grandes cambios en el plano del reconocimiento público de mi sexualidad. Un día, al llegar a mi casa del colegio, me encontré con mi madre quien para mi sorpresa sostenía en sus manos mi diario personal. Notoriamente afligida me miró a los ojos como queriendo preguntarme por qué; sin embargo, sus lágrimas no la dejaron. En un intento por consolarla, recuerdo entonces que la abracé y comencé a llorar yo también... pero nada de eso funcionó porque ambos sabíamos cuál era el motivo de nuestra tristeza. Súbitamente mi madre se apartó de mí y se fue a su habitación de donde no salió hasta el día siguiente, mientras que por mi mente sólo pasaban dos cosas: huir lo más lejos posible o quitarme la vida. ¿Cuál de las dos opciones debía escoger? Lo único que sabía era que necesitaba desaparecer porque sentía que el mundo se me venía abajo a mis escasos 16 años.

Y es que nunca me imaginé que precisamente ese día mi secreto iba a ser descubierto, y todo por haber escrito en mi diario lo mucho que me gustaba H, a quien meses atrás había conocido en una sala de *chat*. Como todos los días H me llamaba por teléfono, mi madre comenzó a sospechar que algo raro pasaba entre el argentino y yo, hasta que la curiosidad la llevó a hurgar entre mis cosas. Para poder hablar tranquilamente con H, tenía que salir al jardín o encerrarme en el coche con llave, porque nadie podía enterarse de nuestras conversaciones en las que nos decíamos lo mucho que nos amábamos. También recuerdo que días antes de mi forzosa salida del clóset había visto en la televisión uno de los capítulos de la serie norteamericana *Dawson's Creek* que tanto me gustaba, en donde el personaje de Jack MacPhee le decía a su padre que era *gay*.¹ Sin lugar a dudas, dicho

¹ Utilizo el término *gay* en cursivas debido a que sigue siendo un término extranjero, importado por el discurso socio-crítico contemporáneo, de la misma manera que ocurre con el de *queer*. Aclaro también que el uso de cursivas está limitado a mis anotaciones y no a las citas de los autores y/o teóricos.

episodio me había puesto a pensar en el día que mi familia (mi madre sobre todo) se enterara de mi homosexualidad. Sabía que tarde o temprano conocería esa parte de mi vida que desde la niñez había tratado en vano de ocultarle; no sólo a ella, sino a todas las personas que me rodeaban. Por su parte, Jack también tenía 16 años pero a diferencia mía, fue él quien forzó a su padre para que le hiciera aquella pregunta que tantas veces había esquivado, y que sin embargo ese día no tuvo más remedio que confrontar: *Ask me if I'm gay!* entre sollozos le gritaba Jack a su padre.

Yo nunca quise herir a mi madre. Por esa razón tampoco le dije lo mucho que sufrí en el colegio a manos de mis compañeros que siempre se burlaban de mí. Desde muy temprana edad comencé a ser objeto de insultos porque todos decían que yo era *joto*. Y sin embargo ¿qué era ser *joto*? Más allá de los rumores de mis compañeros (que dice fulanito que eres *joto* o que dice menganito que a ti te gusta la verga) nunca supe exactamente lo que era *ser ni hacer eso* de lo que todos se empeñaban en acusarme, sino hasta que cumplí los 9 años. Así, gracias a las incipientes clases de ciencias naturales y a los programas de Cristina Saralegui me enteré de que había hombres a quienes les gustaban otros hombres y que a los *jotos* les daba SIDA. Sin embargo, el desprecio de mis compañeros no se basaba en ningún acto sexual físico en el que me hubieran sorprendido, sino y exclusivamente en que a mí no me gustaba jugar fútbol, en que prefería jugar con las niñas, en que era buen estudiante, en que me gustaba leer, en que tenía ojos claros, en que tenía voz de niña, en que mi madre me llevaba y recogía de la escuela todos los días; en fin, en muchas otras cosas que constituían el quiebre de la construcción social de mi identidad en términos genéricos,² lo que al ser traducido por mis compañeros daba como resultado ser *joto*. En este sentido, las palabras de Antonio Marquet hacen eco especial de

² “La diferencia sexual es una realidad corpórea y psíquica, presente en todas las razas, etnias y épocas históricas que nos afecta subjetiva, biológica y culturalmente. Género se refiere a los orígenes exclusivamente sociales de las identidades subjetivas de hombres y mujeres pero no está directamente determinado por el sexo o determinando la sexualidad” (Mogrovejo 232).

mi situación al referirse al señalamiento hecho por David Plummer sobre la homofobia estatal:³

En un estudio que sigue la génesis en el vocabulario de los niños [...] señala cómo la homofobia nada tiene que ver en un principio con una práctica sexual (la homofobia queda firmemente establecida e introyectada mucho antes de que el sujeto llegue a la madurez sexual (tanto el homófobo como su víctima), y se relaciona más bien con la integración del niño con sus compañeros, con el hecho de ser pacifista, gentil, obediente, diferente, *modosito*, aplicado en sus estudios o apegado a la madre, o con mostrarse dubitativo o cobarde; con rechazar el peligro o no ser desafiante o simplemente con el hecho de juntarse con niñas, hace énfasis en la modernidad del fenómeno así como en la amplitud de éste cuyos contornos rebasan ampliamente el campo lésbico y gay. (2006: 31-2)

Como explica Marquet, desde muy temprano los niños comienzan a desplegar una actitud homofóbica cimentada en el discurso heteronormativo patriarcal, de manera que mucho antes de llegar a la etapa adulta ya han internalizado un odio por lo diferente. En este sentido, las concepciones tradicionales sobre la homosexualidad continúan fuertemente arraigadas a ideas y/o actitudes consideradas como propias de las mujeres.

Terminada esta etapa (primaria) de agresiones verbales le siguió otra: la secundaria. Para mi sorpresa y, sobre todo para mi *pinche* mala suerte, me tocó en el grupo de los *jotos*: 1.- “J” (primero jota o *primero los jotos*).⁴ No cabe duda que el destino se empeñaba una vez más en jugarme una mala pasada, por lo que ya intuía que mis próximos tres años serían iguales o peor de tormentosos. Pero, y a pesar de todo, no tuve más remedio que asistir al grupo de los “jotos” –como algunos maestros inclusive se referían en tono de burla– hecho que me pareció sumamente injusto pues por aquella época pensaba que sólo mis

³ El término homofobia estatal se refiere al cuestionamiento que algunas instituciones estatales suelen hacer a los candidatos a puestos de trabajo sobre sus preferencias sexuales, la frecuencia con la que utilizan o no anticonceptivos e incluso sus prácticas masturbadoras (*El Universal*, 18 de septiembre de 2003, p.3).

⁴ Pese a ser una versión no corroborada por completo, algunos críticos señalan que el término *joto* proviene del antiguo recinto carcelario del palacio de Lecumberri y en donde se supone que eran confinados los homosexuales a la crujía “J”.

compañeros eran los únicos homofóbicos. Sin embargo, un día que jugábamos vólibol en las canchas de la escuela, mi profesor de educación física se atrevió a gritarme enfrente de todos los alumnos que “ese maricón [o sea yo] no sabía cómo agarrar la pelota”. Por entonces el *bullying* no se ponía de moda, me refiero a la expresión, pero a diario se gestaban cientos o miles de casos similares (o peores) que el mío. Escuchar sus palabras fue como haber sentido un balde de agua fría que me cortó la respiración por minutos; en un abrir y cerrar de ojos mi mundo había cambiado, ya que además de herirme profundamente en el alma, mis compañeros utilizaron ese hecho para justificar su agresión contra mí. A partir de entonces fui condenado a ser el pinche *joto* o maricón que ni siquiera sabía cómo garrar bien la pelota:

El insulto es, pues, un veredicto. Es una sentencia casi definitiva, una condena a cadena perpetua, y con la que habrá que vivir. Un gay aprende su diferencia merced al choque de la injuria y sus efectos, el principal de los cuales es sin duda el percatarse de esta asimetría fundamental que instauro el acto de lenguaje: descubro que soy una persona de la que se puede decir esto o aquello, a la que se le puede decir tal o cual cosa, alguien que es objeto de miradas, divagaciones y al que esas miradas y divagaciones estigmatizan [...] El que lanza el ultraje me hace saber que tiene poder sobre mí, que estoy a su merced. Y ese poder es, en principio, el de herirme. El de estar en mi conciencia esa herida e inscribir la vergüenza en lo más profundo de mi espíritu [...]. (Eribon 30-1)

Pero precisamente de la agresión y el insulto, de la humillación y el desprecio vertidos sobre mí por mis compañeros y maestro, nació esa fuerza interna que me ha acompañado a navegar todo tipo de aguas. Si bien mis días en ese infierno secundario fueron quizás los más dolorosos de mi juventud; empero, en esta etapa también nació mi gusto por el arte y la literatura, la historia y las lenguas, cosas que por supuesto mis detractores utilizaron para exacerbar su maltrato hacia mí, pero en las cuales yo me refugié hasta hacerlas parte de mi mundo interno. Juraba que algún día me iría a vivir a otro país donde nada ni nadie me molestara por ser *joto*, y que tarde o temprano las personas que me habían ofendido pagarían por ello. Por eso me gustaba pensar que algún día llegaría a la escuela para enterarme de que habían sido atropellados o de que habían muerto ahogados

en el río de la ciudad... pero nada de eso sucedió. Sin embargo, sabía que el destino se encargaría de ponerlos en su lugar y que arrepentidos vendrían a pedirme perdón por todo el daño que me causaron, aún y cuando hasta la fecha siga a la espera.

De esta época recuerdo también que todas las noches escuchaba el programa de radio “Desnudo Total” de la desaparecida sexóloga española y radicada en México, Anabel Ochoa, en el que hablaba de penes y vaginas como si se refiriese al nombre de frutas y verduras, o en sus propias palabras, “sin pelos en la lengua”. Las cosas que de ella aprendí iban por completo en contra de lo que a diario escuchaba en la escuela. Por ejemplo, que la masturbación causaba pelos en las manos, ojeras en los párpados, agotamiento, e incluso demencia. Sin embargo, lo que más me llamó la atención fue la aclaración de que no sólo los homosexuales estaban expuestos a contraer el VIH, sino todas aquellas personas sexualmente activas que no tomaran las debidas precauciones, sin importar su orientación sexual. La revelación de este valioso dato me ayudó en sobremanera pues por entonces había internalizado la equivocada (pero sumamente común) idea de que “a los *jotos* les daba SIDA sólo por serlo”, como solían comentar mis compañeros de la escuela. Por esa razón, llegué a estar casi seguro de encontrarme infectado con el terrible virus que en cuestión de meses me arrebataría la vida; es más, el menor cambio físico en mi cuerpo lo asociaba con uno de sus terribles síntomas: cansancio, falta de apetito, pérdida de peso, sudoración nocturna, diarrea, fiebre, etc., No cabe duda que mi fragilidad emocional producto de la represión y del odio me había hecho especialmente vulnerable a los ataques hipocondriacos. Al respecto, José Ramón Enríquez resalta que el odio es más peligroso que el virus mismo al señalar que “las cifras de la Comisión ciudadana contra los Crímenes de Odio por Homofobia son aterradoras. Uno llega a pensar que a estas alturas es un milagro la propia supervivencia, porque del sida uno puede curarse, pero del odio no” (14). Por tal, y a pesar de que en muchas ocasiones les supliqué a mis compañeros que me dejaran en paz, la mayoría de ellos se empeñó en llevar a cabo su agenda de odio.

Afortunadamente la doctora Ochoa se apareció en el espacio nocturno de mi vida y con ello también mis primeros contactos con otros *jotos* como yo, los cuales se comunicaban al programa para dejar sus datos y números telefónicos. En dos ocasiones logré ponerme

en comunicación con dos de ellos buscando una mano amiga en quien poder confiar mis inquietudes, así como para que me orientaran en cuestiones referentes a mi sexualidad que hasta ese momento me parecían sacadas de la ficción. Pero precisamente ese era el aspecto que Anabel Ochoa insistía en desarmar: que la sexualidad no era ajena a nuestra realidad como seres humanos, sino algo tan natural como dormir o tomar agua. Hoy, después de muchos años de haberla escuchado por primera vez, puedo afirmar que existe un antes y un después en lo que se refiere al tratamiento de mi propia sexualidad, e inclusive me atrevería a decir que en la de muchos mexicanos de mi generación que tuvieron la fortuna de escucharla. A partir de sus transmisiones radiales se puso en marcha un sistema de apertura bajo el cual se comenzó a vislumbrar un nuevo horizonte alejado del tabú que por mucho tiempo constituyó el tema de las sexualidades ajenas a los patrones tradicionales, muestra clara de que se avecinaban otros aires con la llegada del nuevo milenio.⁵

Finalmente el día de la graduación llegó y con ello el transitar hacia otro espacio: la preparatoria. Irónicamente esta breve etapa de *preparación* me sirvió, una vez más, para darme cuenta de lo *torcido* de mi situación. Sin embargo, lejos estaba yo de imaginar que las circunstancias se acomodarían a mi favor y que mi deseo de abandonar el país se haría realidad. En este nuevo lugar alejado del ataque de mis compañeros por fin dejó de llorar mi madre: allí ya nadie me llamó *joto* o maricón, allí logré respirar la tan anhelada libertad, allí tuve mi primera relación de pareja, allí comencé a profundizar en el estudio de la literatura de temática homosexual (la cual reflejaba personajes que, como yo, habían sido víctimas de la homofobia), y en general, sólo allí pude dejar de cargar con la angustiante sensación de estar constantemente expuesto a la violencia verbal y física, porque los golpes también estuvieron presentes: *welcome to the United States of America*. No cabe duda que mi autoexilio resultó benéfico en la medida que fui capaz de reponerme de la descalificación causada por la injuria, pero sobre todo, del odio.

Hoy, después de más de una década y media de haber vivido fuera de mi país de origen puedo declararme cien por ciento *gay and happy*. Sin duda el recorrido ha sido arduo,

⁵ Anabel Ochoa murió víctima de un derrame cerebral el 19 de noviembre de 2008, qepd.

pero precisamente eso es lo que me ha llevado a explorar uno de los temas que considero de suma importancia no sólo para mí, sino para todos y especialmente para los que nos consideramos parte de la comunidad *gay*: la literatura de temática homosexual. En este singular tipo de literatura se abordan situaciones tocantes al colectivo LGBTTTT⁶ (como en fechas recientes se le ha venido a denominar a la comunidad *gay*) y del que a pesar de hablarse y citarse en todos lados, pocos en realidad conocen su historia e implicaciones, sobre todo las nuevas generaciones. Al respecto considero que si los miembros de esta comunidad no nos atrevemos a proponer, analizar y problematizar el tema de la homosexualidad (masculina o femenina) desde cualquier perspectiva (en este caso literaria), dudo mucho que alguien más se encargue de ello. En este sentido, vale la pena traer a colación el punto de vista del teórico español Paco Vidarte sobre lo que a su modo de ver las cosas, indica un fuerte elemento de desunión entre la comunidad *gay*:

Una Ética Marica debería recuperar la solidaridad entre sí de los oprimidos, discriminados y perseguidos, evitando ponerse al servicio de éticas neoliberales criptorreligiosas heredadas en las que nos hemos criado y en la que se han forjado nuestros intereses de clase; y recuperar la solidaridad con otros que han sido y son igualmente oprimidos, discriminados y perseguidos por razones distintas de su opción sexual. No cabe una Ética Marica sin memoria, memoria larga que podemos extender años, lustros, siglos y que nos devolverá tal vez cierto espíritu solidario y disolverá el repugnante autoconcepto que tenemos ahora de nosotras mismas como sujetos consumidores libres y autosatisfechos copartícipes de la economía capitalista de democracia de mercado; y memoria corta, incluso percepción inmediata de la realidad, sin hacer mucha memoria, de cuántas maricas y bolleras han quedado excluidas de la posibilidad de enunciarse como sujetos libres que gozan plenamente de los derechos y ventajas que la sociedad sólo reserva para unos cuantos. Hay una responsabilidad inalienable por todos aquellos a los que la lucha por nuestros derechos ha excluido, silenciado, pisoteado y mantenido al margen de cualquier mesa de negociación;

⁶ Lesbianas, gays, bisexuales, transgéneros, travestis, transexuales.

responsabilidad por las prioridades que ha habido en la lucha, primero gays y lesbianas, luego transexuales... nunca los presos, los enfermos de SIDA, los chaperos, las maricas sin techo, las bolleras latinoamericanas [...]. (21)

Bajo esta perspectiva, Vidarte pone en relieve la situación actual de lo que parece ser una comunidad sin mucho afán de cooperación mutua, y que en su caso debiese adoptar una Ética Marica. Por tal, no solamente se trata de defender las vidas y los derechos de los *gays* y lesbianas, sino de todas las identidades que han emergido con el paso del tiempo, pero que al mismo tiempo se han enfrentado a un proceso de marginación y exclusión. Por esta razón es absolutamente necesario un acercamiento crítico del pasado, presente y futuro de una comunidad que, a pesar de todo, no deja de existir. De ahí que una herramienta principal a tomar en cuenta para su análisis sea la teoría *queer*.

Sobre la teoría *queer*, Norma Mogrovejo señala que “se basa en la ruptura de las categorías de identidad sexual y de género, y la deconstrucción de las categorías de identidad” (53). Este punto de vista es esencial pues antepone un aparente estado de discrepancia al momento de aplicar sus principios y postulados a contextos ajenos a países como Estados Unidos donde tuvo sus primeras incursiones. Ejemplo de ello es el proceso de salida del clóset (o *coming out* en inglés) y que como ella misma señala “[...] ha sido generalmente limitado a áreas donde predomina un modelo industrial primer mundista del homosexual, y esto debe tomarse en cuenta al evaluar cualquiera de sus afirmaciones como resultados universalmente válidos” (73).⁷ Pero pese a cualquier tipo de diferencias también existen similitudes, ya que después de todo la homosexualidad no es algo que sólo se pueda ubicar en ciertos contextos o países. Por tal, la teoría *queer* presupone un valioso instrumento de apoyo que se ha extendido más allá de las fronteras de sus orígenes. Sin embargo, es necesario señalar que pese a los cambios ocurridos en

⁷ Mogrovejo también señala que inclusive dentro del primer mundo existen dificultades para el acercamiento al proceso de salida del clóset: “Los minimalistas sostienen que es un estado de aceptación interna de la autoidentidad homosexual (la cual debe ser totalmente privada); para los liberales *gay*, es un estado en el cual la homosexualidad propia se hace conocer virtualmente a cualquiera con quien se tiene un contacto significativo, al tiempo que varios autores se ubican en posiciones intermedias. Este último grupo parece dividir ‘el salir del clóset’ a un proceso de fases múltiples en el cual uno ‘sale’ consigo mismo, con la familia, las amistades, con la gente en un contexto social *gay*, con los superiores en el empleo, colegas y otros en muchas combinaciones y secuencias” (73).

los últimos tiempos siguen existiendo áreas en las que se necesitan redoblar esfuerzos porque, según Mogrovejo, “[...] tampoco se ha logrado una mínima comunidad gay como existen en otros países que, aun cuando son criticados por constituir *ghettos*, se hacen necesarios como espacios de referencia social y política” (138). Considero oportuno señalar que el concepto de comunidad *gay* va más allá de lo físico, es decir, de los barrios o enclaves *gays* como la Zona Rosa de la ciudad de México o de Chueca en Madrid. Se trata de un caleidoscopio de identidades que conforman las siglas LGBTTTI y que constantemente se ven sujetas a un proceso de cambio. Si bien dicho concepto desde un principio se inspiró en los primeros *gayborhoods* de ciudades norteamericanas como San Francisco y Nueva York, al día de hoy las cosas han virado en otra dirección. Por tal, pese a que muchas personas LGBTTTI prefieren abstenerse de cualquier tipo de actividad política y social que conlleve a un mayor reconocimiento de su sexualidad y formas de expresarse así mismas en nuestra sociedad, de ninguna manera significa que queden fuera del espacio de la comunidad *gay*, y donde es posible el surgimiento de una cultura propia con el fin de escapar de la represión social, tal y como lo postulaba Foucault a través de “la intensificación de los placeres” (citado en Eribon 457).⁸ Además, es de sobra conocido que para muchos homosexuales el único espacio al que han podido acceder es el de la marginalidad. Sin embargo, es precisamente allí donde tiene lugar la creación de un sentir comunitario que los hermana a todos y a todas por igual. Más allá del ligue callejero, los lugares de reunión como bares y discotecas, saunas y baños públicos, los homosexuales erigen sus propios parámetros y reglas a pesar de ser señalados constantemente por el dedo de la sociedad.

Por otro lado, la definición esbozada por Jean Franco sobre la teoría *queer* ofrece un importante punto de vista al decir que se trata de “la teorización de la diferencia y el desarrollo de una crítica del canon literario e histórico, la recuperación de posiciones e identidades en las culturas, el problema de la biografía (y los silencios) y de la lectura de

⁸ “Lo que él denomina la ‘cultura gay’ está estrechamente vinculada con lo que hoy llamaríamos las ‘comunidades gays’ y en cualquier caso la existencia de bares, de clubs nocturnos, de saunas, de lugares de encuentro sexual (pues al lado del ‘nuevo sistema relacional’ que él deseaba, Foucault hacían hincapié en un segundo eje según el cual la cultura gay debía desarrollarse para escapar a los regímenes de normalidad social y sexual: la intensificación de los placeres)” (Eribon 457).

textos, y el cuestionamiento de la continuidad y de la integridad de la identidad y comunidad” (132). Bajo este enfoque, la teoría *queer* abarca todo un mundo de posibilidades capaces de incitar al análisis y la reflexión, tal y como arguye Mogrovejo: “Muchos académicos se han aferrado a sus propias bases institucionales, de tal manera que los sociólogos tienden a ver el tema principalmente en términos de formación social contemporánea, los críticos literarios están interesados principalmente en reflexiones de novelas y poesías, etc.” (26). Como vemos, la teoría *queer* ofrece amplias posibilidades que transitan por varias disciplinas y cuya finalidad, además de rescatar el tema, implica la incorporación de un diálogo crítico capaz de problematizar la composición de los sujetos marginados por su sexualidad, entre otros.

Ahora bien, es importante también mencionar que el término *queer* se ha enfrentado a diversos problemas a la hora de ser traducido del inglés al español. Amy Kaminsky, por ejemplo, propone el neologismo ‘encuirar’ pues es “reminiscente del verbo encuear y evocador del acto de desnudar, encuirar significa des-cubrir la realidad, retirar la capa de la heteronormatividad” (879). Podría aquí continuar enumerando todo un sin número de teóricos y estudiosos del tema cuyas propuestas son, ante todo, sumamente originales y dignas de ser consideradas con toda la atención que se merecen; sin embargo, para efectos de mi trabajo, opto por tomar prestado el término de Ricardo Llamas que antepone al título de su libro *Teoría torcida. Prejuicios y discursos en torno a la ‘homosexualidad’* (1998). A grandes rasgos se podría decir que el término *torcido* es una traducción del término *queer* al español, sin embargo, existe algo que lo hace diferente: su capacidad de evocar la complejidad del tema al tomar en cuenta las especificidades de los mecanismos propios del contexto español y, en este caso, del mexicano. Si bien estoy seguro que habrá quienes me critiquen por haber tomado dicho término y extrapolarlo a la realidad mexicana; no obstante, a mi modo de ver las cosas no existe mejor término que pueda explicar la situación (por demás *torcida*) que tiende a exhibirse respecto al tema de la homosexualidad en México. El término *torcido* que propongo en este trabajo sirve dos propósitos específicos; en primer lugar, intento apropiarme de una palabra comúnmente utilizada de manera peyorativa para referirse a la homosexualidad en el país. Por tal, la (des)contextualización de este término implica una manera de revertir los efectos del discurso heteronormativo patriarcal (homofóbico). Por otro lado, es una

manera de rastrear los efectos suscitados a raíz de los nuevos cambios vistos en la esfera homosexual a partir de finales de los años setenta en México, pero que desde la década pasada (1969 específicamente) ya comenzaban a gestarse. Me refiero al suceso histórico de las revueltas de Stonewall en Nueva York donde varios homosexuales se enfrentaron a la policía para exigir el cese a las redadas policiacas. Irónicamente este hecho culminó con la proclamación del Movimiento Homosexual a nivel mundial. Por esta razón y para efecto de ofrecer una imagen clara sobre la manera en que se concibe el espacio *torcido* recurro a una analogía en particular: la montaña rusa. La definición esbozada sobre el espacio aludido se ubica por medio de cuatro puntos físicos identificables en ella: la subida, la cima, la bajada, y finalmente el recorrido en ziz-zag.

En este trabajo me propongo, sin pretensión de abarcarlo todo, aproximarme a la forma en que los personajes homosexuales y/o *gays* masculinos (asumidos y no asumidos) interactúan en su devenir cotidiano dentro del marco de cuatro novelas y un libro de relatos que retratan la situación del tema de la homosexualidad, entre el periodo que comprende 1977-1997, y en el cual surge todo un espacio *torcido* que se construye a partir de la siguiente cita enunciada por Llamas:

La escasez (o ausencia radical) de referentes positivos no ha supuesto una absoluta inexistencia de modelos de identificación o de posibilidades de constitución de la propia vida como susceptible de ser vivida. Paradójicamente, el imaginario desdichado (y en particular el que es fruto de una palabra autorreferencial) permite, en cierto modo, establecer un espacio en el que *gays* y lesbianas pueden construir su autonomía; un espacio en el que cabe una cierta subjetividad. Es éste un espacio restringido, de difícil acceso, construido a partir de la redefinición de su significado en función de las propias necesidades, y sin embargo, la vida (o la supervivencia) de la mayoría de lesbianas y de *gays* se ha desarrollado a partir de tales referentes. (156)

Tomando como punto de partida la definición de Llamas, me aboco entonces a trazar la manera en que se representa un espacio *torcido* a través de cuatro elementos claves en la escena homosexual y que revelan algunas de las características más sobresalientes de la

novela mexicana de temática homosexual en México a partir de las últimas tres décadas del siglo XX: un espacio ambiguo y/o de represión en la obra de Raúl Rodríguez Cetina (capítulo 1), un espacio de placer conquistado en la obra de Luis Zapata (capítulo 2), un espacio fracturado por la epidemia del SIDA en la obra de Mario Bellatin (capítulo 3), y por último, un espacio de enfrentamiento constante entre los polos hetero y homosexual en la obra de Gerardo Guiza Lemus (capítulo 4). La selección de las obras se realizó en apego al criterio de que para profundizar mejor en el estudio de la temática homosexual en la literatura, es necesario balancear el corpus entre autores conocidos y no conocidos. En este sentido, es importante además subrayar que si bien la mayoría de las obras escritas alrededor de dicha temática carecen de lo que algunos podrían catalogar como la falta de valor estético,⁹ considero que de ninguna manera dicho razonamiento implica ignorarlas y relegarlas al plano del olvido, ya que precisamente ese fue el caso de las primeras obras escritas hacia la mitad del siglo pasado y que sólo en épocas recientes han comenzado a ser rescatadas y abordadas por algunos interesados.

En referencia a la analogía presentada líneas arriba, la cuesta arriba (la subida) representa los inicios en las vías *torcidas* de la montaña rusa en la que se inserta la narrativa de Raúl Rodríguez Cetina. Se trata de su primera novela *El desconocido* (1977) de carácter autobiográfico en la que se narra la vida de Narveli, un joven abusado sexualmente que lucha por salir adelante cuando la sociedad entera le da la espalda, sobre todo su propia familia. En este primer capítulo me concentro en esta novela considerada como la primera en abordar el tema de la homosexualidad masculina a través de la figura del *chichifo*, es decir, del hombre que se prostituye. De esta manera, analizo las perspectivas que ofrece el análisis de *El desconocido* a la luz de esta enigmática figura para ver su significado y relación con el espacio *torcido*. Los resultados revelan un fuerte elemento autobiográfico que contribuye a la actitud ambigua del personaje principal hacia la aceptación de su homosexualidad, pero que de alguna u otra forma logra retratar los primeros destellos (aunque incipientes) de la comunidad *gay*. A partir de su incursión en

⁹ Historias mal escritas con interminables diálogos y monólogos que le dan al tema un toque casi telenovelesco, plagadas inclusive de los más elementales errores de ortografía y que sin lugar a dudas contribuyen a restar valor a la ya de por sí ignorada literatura de temática homosexual.

la prostitución masculina, Narveli y Anlino (éste último el personaje secundario que lo introduce al oficio), nos revela a *grosso modo* la manera cómo tal actividad es capaz de constituir uno de los puntos iniciales del espacio *torcido*. Por esta razón, la travesía puteril del personaje muestra los comienzos del derrumbamiento de algunos de los estamentos rancios y trasnochados que solían ser alimentados en el seno de la sociedad mexicana en cuanto al tratamiento de la (homo)sexualidad.

El desconocido es una de las obras de temática homosexual que han permanecido ignoradas por la crítica literaria, quizás por considerarla sumamente oscura y represiva, a raíz de que el personaje principal (Narveli) no es capaz de encontrar una solución a su amplia gama de problemas existenciales. La violación sexual de la que fue víctima a temprana edad lo convirtió en un ser lleno de inseguridades y temores, los cuales se acrecentaron en el momento que decidió acercarse al psicoanálisis. Lejos de acceder a un supuesto remedio que curara la ambigüedad de su sexualidad, Raúl Rodríguez Cetina se enfrentó al poder de la sociedad heteronormativa patriarcal que terminó por arrancarle todo tipo de placer sexual. Sin embargo, este hecho lo llevó a la literatura y como él mismo lo aclara en su libro de relatos *El pasado me condena* (2009), era necesario contarle al mundo su sufrimiento; es decir, de alguna u otra forma liberarse de las sombras del oscuro clóset de la represión. En este sentido, también conviene traer a colación el concepto de “sensibilidad *gay*” y sobre el cual Rodríguez Cetina se basó en gran parte para la creación de sus obras. Si bien esto no quiere decir que todos los autores que escriban obras relacionadas con la homosexualidad tengan que ser precisamente homosexuales, de alguna u otra forma se requiere hacer uso de una sensibilidad *gay* mediante la cual se potencie ahondar en el tema desde sus propias experiencias personales.¹⁰ Sin lugar a dudas, el proceso escriturario de Rodríguez Cetina se basa fuertemente en la creación de un espacio *torcido* (ambiguo/represivo/liminal) donde convergen sensibilidad *gay* e identidad *gay*. A medida que la sociedad mexicana comenzó a sentir los efectos de los nuevos cambios suscitados en el plano social, tales

¹⁰ Al respecto, el crítico Jack Basbucio la define como “[...] a creative energy reflecting a consciousness that is different from the mainstream; a heightened awareness of certain human complications of feelings that spring from the fact of social oppression [...]” (19).

como el mejoramiento de las condiciones económicas, nuevos mecanismos surgieron e hicieron posible una mayor apertura sobre las relaciones homosexuales. Uno de estos mecanismos es la prostitución masculina que marca el principio del espacio *torcido* pues da cuenta de un sistema de organizar el deseo a través de una actividad sumamente estigmatizada, pero que en determinadas instancias en la novela no necesariamente presupone una visión negativa. Además, el papel que el machismo juega en la obra de Rodríguez Cetina es sumamente crucial pues se erige bajo una máscara que busca esconder cualquier muestra de homoerotismo, por lo que una revisión de dicho aspecto será de suma importancia.

Inicio el segundo capítulo con un recuento histórico de los comienzos de los antecedentes y primeras manifestaciones sobre la lucha homosexual en México. El arribo de los discursos sobre la identidad *gay* es el principal elemento de este capítulo, que busco rastrear a partir de la novela *Melodrama* (1983) de Luis Zapata –el autor más exitoso y conocido respecto a la temática homosexual en el país– con la finalidad de examinar hasta qué punto y cómo se inserta en su obra. A estas alturas el *gay* como personaje aparece claramente y revela un cuestionamiento a los valores tradicionales que solían enfatizar el poder del agente activo de la relación homosexual, por lo que el pasivo se convertía en objeto de estigmatización sobre el cual recaía toda la carga de la homofobia. Al respecto, cabe hacer mención del ensayo seminal de Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (1950) en el que dice que de los dos actores de la relación homosexual, el pasivo es el único y verdadero homosexual; es decir, el chingado. Por su parte, el activo resulta ser tan chingón e inclusive aún más macho por haber dominado a otro hombre. Pese a que algunos críticos lo consideran “caduco e inclusive racista” (Antonio Marquet, por ejemplo), el ensayo de Paz continúa siendo una de las piezas más importantes no sólo de la literatura en México, sino de otras disciplinas como la sociología y la antropología, las cuales se han abocado a estudiar desde sus respectivas aceras el tema de la homosexualidad masculina en México.

Por otro lado, trazar un concepto claro sobre qué es la identidad *gay* puede resultar arriesgado, sobre todo cuando se toman en cuenta sus orígenes en Estados Unidos. Sin embargo, tomo como punto de apoyo las observaciones de Rodrigo Laguarda quien

esboza la identidad *gay* a partir del momento en el que “[...] los gays asumen que son homosexuales, pero consideran que la homosexualidad es una variante sexual, no una desviación o una enfermedad. Gracias a este carácter ‘positivo’ de la categoría *gay*, ésta comenzó a desplazar [...] la reproducción de los papeles tradicionales de género [...]” (2009: 65). La identidad *gay* tiene que ver, entre otras cosas, con la deconstrucción de los roles sexuales activo/pasivo como una afrenta a la normatividad heterosexual “impuesta a la humanidad [y que resulta ser] limitante y opresiva pues no da cuenta de la multiplicidad de posiciones de sujeto y de identidades de las personas que habitan el mundo” (Mogrovejo 20). En este sentido, uno de los lugares que contribuyen a la edificación de la identidad *gay* son los bares y las discotecas que comenzaron a ser populares durante los años setenta. Es importante señalar que gracias a estos sitios de esparcimiento los homosexuales fueron capaces de encontrar una segunda familia entre los parroquianos, luego de que su familia nuclear les negara, en muchas ocasiones, cualquier muestra de apoyo. Por tal motivo, el tener los *gays* un lugar propio donde pudieran divertirse y, más importante aún, donde pudieran sentirse seguros y resguardados del desprecio de la sociedad, contribuyó al desarrollo de una hermandad colectiva que los hizo más fuertes. Sobre el concepto de comunidad *gay*, Didier Eribon arguye que se trata de un grupo donde se comparten una serie de ideas y propósitos en común (37). Por tal, este espacio *torcido* (de placer) se sitúa en la cima de la montaña rusa debido a que es precisamente ahí cuando los homosexuales salen del clóset y se convierten en *gays*: “*Dar la cara* fue para México lo que *coming out* o salir del clóset en EUA. El proceso cultural y psicológico por el cual las personas se relacionan a un modelo particular de homosexualidad, internalizando, un sentido de identidad como ‘homosexual’ o ‘lesbiana’, de acuerdo a ese modelo, se llama ‘saliendo del clóset’” (Mogrovejo 121). Marquet, por su parte, nos recuerda que el término *gay* “es una condición asumida. Implica un *coming out*, pero exige también cierto grado de integración en la comunidad homosexual” (2001: 10).

Sin embargo, la identidad *gay* es un aspecto que no está exento de problematizaciones pues el poder económico se ha convertido en uno de sus principales eslabones. Por esta razón, hay que recordar las palabras del escritor José Joaquín Blanco en su ensayo “Ojos que da pánico soñar” (1979) sobre la suerte que pronosticaba que la homosexualidad

sería tolerada en el cercano futuro pero sólo para algunos cuantos, hecho que de ninguna manera significaba que llegara a ser aceptada por completo: “Es predecible que nuestra marginalidad deje de serlo como en Estados Unidos, y se vuelva una modalidad del conformismo imperante. Nos habrán de privilegiar porque tolerarnos será un acceso a nuestros bolsillos” (188). Debido a esto uno de los principales ingredientes de este capítulo lo compone la reflexión hecha sobre el poder que confiere lo económico en adquirir el estatus de *gay*.

En el tercer capítulo discuto la fuerza de la identidad *gay* para sobreponerse y, ante todo, luchar contra una de las mayores calamidades que han azotado a la comunidad *gay*: el SIDA. La inesperada irrupción de esta enfermedad que ha cobrado la vida de millones de personas alrededor del mundo cambió por completo el panorama que venía vislumbrándose a partir de los espacios y lugares conquistados en la década del 70. Pocos se imaginaban que el espacio de placer estaba por sucumbir ante los estragos de un potente virus. Sin embargo, y por paradójico que parezca, el SIDA contribuyó a despejar aún más el camino de los homosexuales a raíz de que se incrementó el sentimiento fraternal que los unía. De esta forma, fue la propia comunidad *gay* a través de los primeros grupos defensores de los derechos de los homosexuales quienes se avocaron a tender una última esperanza a los infectados sentenciados a muerte, después de que la sociedad en general les diera la espalda: “La mayoría de los militantes de estos grupos se dedicaron básicamente al trabajo de una de las problemáticas que afectaban al movimiento, el SIDA; conformando ONG’s, grupos de ayuda, servicios, etc. [...]” (Mogrovejo 138). A este respecto tomo como objeto de análisis una de las pocas novelas que se han encargado de narrar los horrores del SIDA en México: *Salón de belleza* (1994) del escritor Mario Bellatin. La ruptura de ese espacio de placer se incrusta en la súbita bajada a pique de la montaña rusa.

Por último, el cuarto capítulo se concentra en los nuevos retos vertidos sobre la comunidad *gay* en lo que concierne a la formación de relaciones de pareja. En este sentido, considero importante un enfoque sociológico que permita comprender la relación antagónica entre la figura del *buga* y el *gay*, es decir, la lucha entre el espacio hegemónico y el marginado. La novela *Quizás no entendí* (1997) del escritor Gerardo

Guiza Lemus sirve como el punto de apoyo de análisis en este capítulo. En ella podemos observar una relación sumamente conflictiva a partir de dos personajes cuyas personalidades difieren por completo. Al respecto, nos encontramos nuevamente con la figura del *chichifo* vista a través de Alexis (el más joven de la relación) quien se aprovecha económicamente de su pareja, Rodolfo. Y es precisamente ahí, en los intersticios de esta relación basada en el interés y en la constante lucha de poder entre los dos que tiene lugar la búsqueda por encajar en los moldes de la heteronormatividad. La urgente necesidad del personaje principal de entablar una relación duradera nos hace pensar en la manera cómo los *gays* han internalizado los preceptos de la sociedad heteronormativa patriarcal; y de esa necesidad de imitar en todo a los *bugas*, tiene lugar precisamente una tormenta catastrófica que imposibilita a los actuantes de la relación el mantener una unión sólida. Es importante preguntarnos cuáles son las verdaderas implicaciones de ceñirnos a un modelo que deja mucho que desear. Si bien las relaciones duraderas de tipo afectivo son de por sí difíciles entre los heterosexuales (y para muestra los altos índices de divorcio a nivel mundial), entonces por qué tratar de imitarlas. Sin lugar a dudas la situación expuesta en la novela de Guiza Lemus es por demás sintomática de la vigencia de un sistema que se niega en reconocer un espacio propio de los *gays*, es decir, que los *gays* no necesariamente tienen por qué seguir alimentando la búsqueda de una relación romántica, de compromiso, que sea emocionalmente satisfactoria.

Por otro lado, y si bien las cosas parecen haber cambiado en los últimos años en México, todavía existen situaciones sacadas de una verdadera historia de terror, por lo que considero necesario hacer algo al respecto. Por esta razón, la literatura de temática homosexual se vislumbra especialmente atractiva, pues en ella se da cuenta de la cotidianeidad de la vida de millones de seres humanos que habitan este planeta, y cuyo único pecado ha sido no apegarse al concepto de familia promovido por la sociedad heteronormativa patriarcal. Las historias que tejen la vida de estos personajes van más allá del hecho de saciar el morbo con el que algunos lectores se puedan aproximar a ellas. Según Daniel Balderston y José Maristany, para que una novela sea considerada parte del canon lésbico o *gay*, no solamente se necesita que aborde el tema de la homosexualidad, sino que sean precisamente los personajes homosexuales los protagonistas. Se trata, pues,

de un conjunto de obras que todavía no han llegado a formar parte de una tradición literaria, pero que de ninguna manera significa que no las debamos estudiar. Sobre la evolución de la novela mexicana de temática homosexual, el comentario hecho por León Guillermo Gutiérrez en su artículo “La ciudad y el cuerpo en la novela mexicana de temática homosexual” es en sumo grado revelador del estado de abandono de este tipo de literatura:

[A]lgunas de estas novelas han carecido de un verdadero valor estético que las posiciona por encima de prejuicios fútiles. Si he reiterado la escasez de una verdadera novelística homosexual en México y la casi nula difusión de las que se han escrito, ha sido más cruel el desinterés de estudiosos y críticos de nuestra literatura, que han puesto en práctica la conducta de una sociedad colmada de atavismos al hacerlas invisibles y no ocuparse de ellas. Hasta ahora, a más de cuarenta años de la aparición de la considerada primera novela de temática homosexual, en nuestro país el estudio académico sobre esta literatura es mínimo, mientras que en otros países es una constante de exploración, análisis e investigación desde hace tiempo. (284)

Respecto a este punto, y como dejé también ver líneas arriba, uno de los principales retos de la literatura de temática homosexual es el propio desinterés por parte de las personas LGBTTTI. Por esta razón, es sumamente indispensable echar un vistazo no sólo a las obras que han logrado ocupar un lugar en la escena literaria, sino también de las que poco o nada se conoce.

Finalmente y como hemos visto a través de mi relato personal (y más adelante en el análisis formal de las obras abordadas) la vida de los homosexuales en México no ha sido y continúa sin ser fácil. Por todos es sabido que, además de su comida y paisajes, la actitud machista que ha imperado en el país es una de las características que lo han hecho famoso a nivel mundial. Sin embargo, mito o leyenda, lo cierto es que la figura del macho mexicano continúa siendo motivo de exaltación y orgullo, incluso en los mismos sectores homosexuales dentro de los que se suele valorar a los sujetos que presentan actitudes consideradas como masculinas, o de *bugas*. Sin embargo, esto de ninguna

manera quiere decir que tales homosexuales –disfrazados de machos– sean aceptados por la sociedad heteronormativa patriarcal, aún y cuando dentro del imaginario social mexicano no suelen cargar con el mismo estigma que los homosexuales afeminados.

La contribución de este trabajo es la descripción del trayecto histórico que hasta la fecha ha recorrido la comunidad *gay* mexicana para lograr, lo que denomino, un espacio *torcido y/o queer*, y que este espacio, además de estar en pleno proceso de construcción (en tránsito), sirve para (re)afirmar la existencia de una relación profundamente ambigua entre los polos hetero y homosexual. A través del análisis de cuatro novelas y un libro de relatos se revelan aspectos de los personajes homosexuales (asumidos y no asumidos) que luchan por coexistir dentro de un espacio en el que la identidad *gay* se antepone o entra constantemente en conflicto con los valores tradicionales de la sociedad heteronormativa patriarcal, tales como la represión (homo)sexual, los tradiciones papeles de género (activo vs pasivo), el rechazo a los homosexuales enfermos de SIDA, y el fracaso de las relaciones de pareja entre varones. El vaivén de la montaña rusa a través de sus cuatro puntos (el comienzo, la cima, la bajada súbita y el recorrido en zig-zag) es también en sumo grado revelador del proceso de edificación en el que se posiciona la narrativa mexicana de temática homosexual, y que al mismo tiempo augura una suerte de nuevos retos impuestos a los escritores deseosos de abordar la temática homosexual, para que sus obras logren superar las tramas cursis y poco críticas.

Por último, espero que el presente estudio sirva para crear consciencia sobre el compromiso que los miembros de la comunidad LGBTTTI tenemos por rescatar aquéllas obras precisamente inspiradas en nuestras vidas, ya que de lo contrario corremos el riesgo de que el olvido se apodere de lo que hasta el momento ha sido nuestra historia.

Vancouver, Canadá, junio de 2013.

Capítulo 1¹¹

1 De la prostitución al relato autobiográfico

Pero cuando la noche acabe y tú sigas dormido,
a mí me dará igual estar con otro o contigo [...]

La prohibida,¹² “En la pared” (2005)

Al publicar *El desconocido* en 1977, Raúl Rodríguez Cetina¹³ se convirtió en uno de los pioneros de la novela mexicana de temática homosexual. Sin embargo, a más de 30 años de publicada, su obra entera continúa siendo poco conocida e incluso escasamente estudiada por la crítica literaria. Rodríguez Cetina nació en Mérida, Yucatán, México, en 1953 en el seno de una familia de pocos recursos económicos. Su padre se desempeñó como maestro rural de educación primaria y su madre como ama de casa. Debido a los problemas que el autor sufrió cuando niño (violencia intrafamiliar y abandono), su literatura se ve envuelta en un deseo personal de narrar sus experiencias que hace patente un fuerte elemento autobiográfico, como él mismo se refiriese a su primera novela al invocar su trayectoria de vida en lo que sería su último trabajo escrito poco antes de su muerte, y que lleva como título *El pasado me condena* (2009): “Mi novela *El desconocido* avanzaba con fluidez. El tema no me costó ningún trabajo porque era autobiográfico” (69). En esta obra se abordan de manera particular los temas de la violación sexual, y la prostitución masculina; esta última una actividad en la que el autor

¹¹ Una versión de este capítulo ha sido publicada en tres artículos: “El *performance* del insulto en los albores de la novela mexicana de temática homosexual: *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* (1964) de Paolo Po.” *Cincinnati Romance Review*, 34 (fall 2012): 97-111, “Identificación, deseo y prostitución en *El desconocido* de Raúl Rodríguez Cetina.” *Divergencias: revista de estudios lingüísticos y literarios*, 10.1 (verano 2012): 13-26, y “La creación de la comunidad gay en la escritura de Raúl Rodríguez Cetina.” *Hipertexto Online Journal*, 17 (invierno 2013): 32-45.

¹² La prohibida es el nombre artístico de Amapola López, nacida como Luis Herrero Cortés, cantante travesti de nacionalidad española que interpreta canciones al ritmo de música electrónica y pop (electropop). En sus letras retrata temas relacionados a la comunidad *gay* tales como el amor, el desamor, los roles sexuales, y la prostitución, sólo por mencionar algunos. Es considerada también como una de las figuras más emblemáticas de la comunidad *gay* en España y Latinoamérica. Ha trabajado en cine y televisión, además de haber sido candidata para representar a España en el concurso Eurovisión en el año 2008 con la canción “One one interracial”.

incurrió para sobrevivir en las calles de su ciudad natal, al no contar con un empleo estable que le permitiera subsistir después de ser desamparado por su familia; sobre todo por parte de su padre, a quien suele referirse en su narrativa como *el papito querido*.

Posteriormente todas sus novelas tocan episodios relacionados con su vida personal a través de diversos problemas: el alcoholismo, el suicidio, las decepciones amorosas, la falta de empleo, y en general, un espíritu contestatario en contra de la doble moral mexicana que, en mayor o menor medida, se convirtieron en anatema de su propia existencia. *El desconocido* (1977), *Flashback* (1982), *Alejamiento* (1988), *Fallaste corazón* (1990), *Lupe, la canalla* (2000), *Ya viví, ¿ahora qué hago?* (2004), y *El pasado me condena* (2009), componen el repertorio de su obra. Lamentablemente el 25 de noviembre de 2009, Rodríguez Cetina murió a causa de un infarto cardiaco que le dejó solo e inerte por varios días hasta que fue descubierto por la policía y los vecinos alarmados por el hedor. La forma trágica de su muerte, se presume, se debió al uso y abuso que durante su vida hizo del alcohol desde temprana edad (Trejo Fuentes 1).

Debido a que no todas sus obras ahondan en el tema homosexual masculino —principal componente de este trabajo— he escogido solamente su primera novela *El desconocido* (1977), así como *El pasado me condena* (2009), la última de sus obras que alcanzó a publicar. Según la escasa crítica, *El desconocido* es considerada como una novela de temática homosexual mientras que en el caso de la segunda, y debido a que hasta el momento no existe ningún trabajo escrito aparte del presente, diré que ésta es más bien un compendio de relatos autobiográficos que aclaran y ponen un punto final a la vida hecha ficción de Rodríguez Cetina.

Considero necesario elaborar un puente entre ambas obras para delinear la tendencia autobiográfica en la narrativa de Rodríguez Cetina, quien, además de intentar combatir los efectos de la depresión asentados en su vida, matizó lo que yo denomino espacio *torcido*, es decir, la búsqueda constante de una identidad propia que le permita a los personajes homosexuales (asumidos y no asumidos) afrontar sus vidas de una forma más llevadera, ecuánime, para escapar del rigor y el desprecio de la sociedad. Por tanto, en este capítulo busco analizar cómo Rodríguez Cetina se avoca a construir un *yo interior*

desde la fragilidad de sus propias experiencias vivenciales, episodios desgarradores de una niñez violentada por el abuso y la represión del deseo sexual, y que sólo pudieron encontrar salida a través de la literatura. Así, es importante preguntarse: ¿Cómo se construye dicho espacio en las obras analizadas? ¿Qué formas utilizan los personajes para convertirse en dueños de su propia voz? ¿Cómo es el discurso que articula su búsqueda de identidad? ¿Cómo se subvierte la heteronormatividad patriarcal? Para dar respuesta a estas preguntas, y con el propósito de dar al lector una idea más clara sobre el presente trabajo, será preciso dibujar tres directrices –contexto histórico social, marco teórico y recursos estilísticos- que nos servirán como preámbulos de la articulación de este primer capítulo. Algunos de ellos se subdividen en subapartados y cada uno aparecerá indicado bajo un subtítulo.

En primera instancia, abordo el momento histórico que sitúa el tema de la homosexualidad masculina por primera vez en México en la esfera social y, posteriormente, en el campo de las letras. Visto desde esta forma estamos ante los primeros comienzos de la temática homosexual en la literatura mexicana que ayudó a despejar el camino para futuros escritores deseosos de abordar un tema considerado como polémico hasta el día de hoy.

Una segunda parte se encarga de los aspectos psicológicos y sociológicos. Aquí cabe hacer hincapié en que los sujetos de mi análisis provienen de la ficción literaria, por lo cual profundizar demasiado en estos aspectos teóricos podría traspasar el ámbito de la literatura. Sin embargo, me aboco a explorar solamente el interior de los personajes que dejan abierto el umbral de su *yo* interior, y que exponen de modo importante cómo se construye el espacio *torcido* a través de las diferentes perspectivas de los personajes (Narveli, el *chichifo*; César el *mayate*; y Anlino, el *gay*). Todas y cada una de ellas dan cabida a planos variados sobre la organización del deseo homoerótico donde convergen el machismo y la práctica de la prostitución masculina. En este sentido me atrevo a emitir y expresar mi propio juicio sobre el carácter e idiosincrasia de la sociedad mexicana, con base en el análisis de la conducta de los personajes.

Por último, el tercer apartado explica los rasgos de la escritura de Rodríguez Cetina y su relación con la autobiografía; aspecto mediante el cual podemos dar cuenta del modo de ser y organizarse de la homoculturalidad mexicana¹⁴ que se amolda a los códigos y mecanismos de la sociedad según las circunstancias y la época. Bajo la misma línea de investigación, me ocupé de ofrecer una respuesta al por qué de la relación tan estrecha entre el relato autobiográfico y la novela de temática homosexual, y destacé así el análisis del efecto terapéutico a través de la confesión autobiográfica, pero que en el caso de Rodríguez Cetina cabría cuestionarse hasta qué punto la terapia impulsada por su siquiatra lo ayudó realmente o tuvo el efecto contrario.¹⁵ De tal manera, la escritura se convierte en el único recurso de un escritor aferrado a la idea de desprenderse de su drama existencial y que, pese a no lograrlo del todo, proyecta una imagen clara de un espacio *torcido*, siempre cambiante, ambiguo, y represivo, aún y cuando en ocasiones se comienza a vislumbrar bajo un tono que alude directamente a una subjetividad propiamente *gay*, es decir, a liberarse de la represión impuesta por la sociedad heteronormada en el plano de la (homo)sexualidad. Las dos obras estudiadas en este capítulo retratan un México sumido en la confrontación entre tradición y modernidad, entre la entrada y salida del clóset, entre ser y no ser, vivir o morir, y conocer o desconocer que los tiempos han cambiado y que no se puede seguir ocultando un tema que por mucho tiempo ha sido ignorado.

1.1 La entrada del sujeto-personaje homosexual en México

El desconocido se proyecta en la escena literaria mexicana en 1977, un año antes de la primera Marcha del Orgullo Gay en México, y seis años después de formarse el Frente de Liberación Homosexual apoyado por la escritora, actriz y directora de teatro, Nancy Cárdenas. Esta célebre y emprendedora activista fue también la primera mujer mexicana

¹⁴ Término acuñado por Michael K. Schuessler para referirse a la homosexualidad mexicana.

¹⁵ Según las palabras de Rodríguez Cetina en *El pasado me condena*, tomó la decisión de ponerse en las manos del psicoanálisis porque pensaba que sólo así podría afrontar sus problemas de índole sexual: “Ni la literatura ni el cine me habían llevado a su consultorio, me urgía sacudirme los fantasmas del pasado que me atormentaban y, debido a mi edad, creía que por medio del psicoanálisis iba a estabilizar mi sexualidad. Mi médico era freudiano y aquellas teorías comenzaban a pasar de moda. Tenía una foto de Freud en su consultorio. ¿Quién es él?, le pregunté una noche. Es mi padre, respondió” (62).

en discutir abiertamente su homosexualidad en la televisión, a raíz de la entrevista concedida a una de las personalidades más importantes de los medios de comunicación: Jacobo Zabłudobsky (Monsiváis 36). No obstante, la creación del ambiente homosexual fuera del clóset del anonimato no fue fácil como en su debido tiempo lo fue, y sigue siendo en muchos países del mundo. Basta recordar los juicios contra Oscar Wilde en Inglaterra a finales del siglo XIX, la persecución de homosexuales durante la dictadura franquista en España, los campos de concentración de homosexuales en Cuba, o la fiesta más famosa de México: la de los “41 maricones chulos y coquetones,” como así se expresara el caricaturista José Guadalupe Posada¹⁶ en sus grabados sobre la fiesta que culminó en redada y detención de 41¹⁷ hombres acusados de faltas a la moral, pero sobre todo, de practicar el abominable pecado nefando en 1901.¹⁸

Desde esta perspectiva y a pesar de imperar las situaciones y personajes con una visión heteronormativa patriarcal, la literatura mexicana está habitada de anécdotas, historias y relaciones entre personajes de claro corte homosexual. Mircea Eliade describe la homosexualidad¹⁹ como: “Sexual activity between persons of the same sex [...] the term refers both to sex between males and sex between females, though in practice lesbianism is used to refer to sexual relations between females” (445). Vale la pena subrayar que los parámetros de las relaciones de género en el México actual se comienzan a delinear a partir de la Conquista española en 1521. Bernal Díaz del Castillo señala en su *Historia de la verdadera Conquista de la Nueva España* la manera en que fue testigo del pecado nefando entre los habitantes de las costas y tierras calientes, a la vez que lo relacionaba

¹⁶ Posada es uno de los precursores del movimiento nacionalista en las artes plásticas en México, y también es conocido por sus litografías sobre la muerte. Gracias a los grabados de Posada la redada de los 41 continúa en la memoria colectiva de México.

¹⁷ Varios críticos apuntan a que dentro de los concurrentes se encontraba Ignacio de la Torre, casado entonces con la hija de Porfirio Díaz, y quien se supone era el número 42. En su libro *La feria de la vida (Memoria)* (1937), José Juan Tablada dedica el capítulo XXXIII para exponer la figura de este mítico personaje y en donde deja entrever su carácter vano, aunque con ambages, sobre todo a partir de la enorme colección de zapatos: “Dicen que esta es ... mi biblioteca” (286).

¹⁸ En “Vestidas, locas, mayates y machos: Historia y homosexualidad en el cine,” Michael K. Schuessler se refiere a las imágenes de Posada para plantear que éstas fueron un elemento fundacional de cómo se ha venido representando al homosexual de una manera “heterodoxa” sobre todo en el cine (152).

¹⁹ En este trabajo usaré el término homosexual para referirme a la homosexualidad entre hombres y me limitaré a ese tema solamente.

con la práctica del canibalismo, como forma de subrayar un fuerte componente ligado al concepto de la otredad (Llamas 114).²⁰

No obstante, existieron otras culturas prehispánicas como la de los antiguos mexicas que condenaban la sodomía al grado de castigarla severamente con muertes violentas.²¹ Lo mismo es referido por Salvador Novo a través de un relato informal en el que Torquemada constató las órdenes de Netzahualcóyotl para que al hombre homosexual pasivo (o sea el chingado), se le extirparan los intestinos por el ano, y al activo (el chingón) lo quemaran vivo (Lizárraga Cruchaga 90-1). Como vemos, el castigo más grave (aunque ambos no se escapaban de la muerte) recae sobre el practicante del homosexualismo pasivo que encarna la idea de la “tierra estéril” que se aparta de la organización social institucionalizada a través del patriarcado (Lizárraga Cruchaga 31). Sin embargo, es importante atender al hecho de que las opiniones sobre la homosexualidad en el México prehispánico obedecen, de alguna u otra forma, a los intereses de una contraparte invasora que encontró en la regulación de la sexualidad (entre otros) el pretexto perfecto para llevar a cabo su agenda colonial:

Las referencias al homoerotismo y la afectividad entre varones en el México precolombino, fueron construidas a partir de la visión etnocéntrica del conquistador, del cronista, del misionero; la construcción social de un primer discurso sobre la sexualidad indígena mexicana fue producto de una lectura e interpretación de las prácticas y los usos sexuales de la población en el marco de lo prohibido y lo permitido por la filosofía tomista. Este marco religioso sirvió de timonel para el control social de la población tanto en la península ibérica como en la Nueva España. (Gallegos Montes 80)²²

²⁰ Bernal Díaz del Castillo habla sobre la homosexualidad entre las clases dirigentes, la prostitución de jóvenes, y el travestismo en la actual zona del estado de Veracruz.

²¹ La ley mexica castigaba la sodomía con la extracción de las entrañas por el ano para el homosexual pasivo y a los homosexuales activos se les enterraba vivos (Schuessler 153).

²² Ricardo Llamas al referirse sobre la sorpresa que se llevaron los conquistadores españoles al presenciar actos homosexuales diseminados entre la población en general, alude al proyecto colonial que instauró en la Nueva España un régimen de control sexual: “La colonización y la evangelización se justificaban así por medio de criterios de atribución a los pueblos americanos de las realidades más denostadas según la moral

Esto implica, por supuesto, una economía de la mirada, un sistema en el que el deseo homoerótico pasa de ser producto del pecado (la religión) hasta adquirir, lentamente, un significado médico mediante el cual se le comenzó a describir en el siglo XIX.²³ Por supuesto, la persecución de los sodomitas en los siglos precedentes, arrojó un saldo de muerte del que hasta la fecha se desconoce con certeza el número de condenados. El investigador Serge Gruzinski, en base a la información que logró recabar en el Archivo General de las Indias, habla de un hecho en particular acaecido en la ciudad de Puebla, en donde se condenaron a catorce hombres a la hoguera en noviembre de 1658, aunque reconoce que “no se trata más que de un sondeo, sin perspectiva diacrónica, y que resulta estrechamente tributario de la información proporcionada por las instituciones represivas (el Virrey y la Sala Real del Crimen)” (259-60).²⁴

En el México decimonónico los signos de la marginalidad continuaron, pese a que la homosexualidad dejó de ser un tema discutido como lo había sido antes y después de la dominación española: “Si en el virreinato se condena a los sodomitas a la hoguera porque mudan de orden natural, en el siglo XIX jamás se les menciona por escrito, en apego a la consigna del no decir para no propagandizar” (Monsiváis 78). En su análisis sobre cómo la homosexualidad es abordada desde una perspectiva clínica durante esa época, Michel Foucault señala en su *Historia de la sexualidad* (1977) que “el homosexual del siglo XIX ha llegado a ser un personaje: un pasado, una historia y una infancia, un carácter, una

de los conquistadores. La imposición de la llamada “postura del misionero” como única forma legítima de coito heterosexual y la extensión del prejuicio homofóbico, constituyen una muestra de cómo la colonización impuso formas de sexualidad y valores morales ajenos en muchos casos a las culturas americanas” (99).

²³ No obstante y pese a la persecución de la homosexualidad en la época prehispánica, Serge Gruzinski esboza en su artículo “Las cenizas del deseo: homosexuales novohispanos a mediados del siglo XVII”, las primeras manifestaciones de lo que hoy en día podemos considerar comunidad *gay*: “La existencia de una subcultura que tiene a su geografía secreta, su red de información e informantes, su lenguaje y sus códigos [...] y en cierto sentido era subversiva” (Gruzinski citado en Gallego Montes 85).

²⁴ La investigación de Gruzinski nos habla de un total de 123 sujetos acusados de practicar el pecado nefando en 1657-1658. Sin embargo, en el caso particular de esta denuncia es importante aclarar que ésta provino de una mujer mestiza, y cuyo testimonio argumenta haber visto a dos hombres mantener relaciones sexuales el 27 de septiembre de 1675. Además de los catorce condenados a la hoguera, otro más fue condenado a seis años de trabajos forzados por ser menor de edad (Gruzinski 260).

forma de vida; asimismo una morfología, con una anatomía indiscreta y quizás misteriosa fisiología (56). Sin embargo, este proceso no indica que los ahora bautizados como homosexuales hayan desaparecido del radar del control de la sociedad heteronormada, sino todo lo contrario, ya que a partir de entonces sobrevino un periodo de tribulaciones en el que la ciencia tomó el mando regulativo de la sexualidad de las personas.

Precisamente este tipo de consideraciones dieron pie al repudio de la homosexualidad que poco a poco se fue instalando hasta hacer realidad la represión de cualquier conducta sexual diferente a la proscripta por los convencionalismos de la sociedad, pese a la adopción del Código Napoleónico en México desde la ocupación francesa, en el cual se convenía que los actos sexuales entre adultos no estaban sujetos a la criminalización (Lumsden 16).²⁵ Bajo este nuevo horizonte cultural veremos que tales censuras buscaban borrar cualquier representación (ideas y actos) de la homosexualidad en la vida diaria, so pretexto de causar estragos en el crecimiento demográfico de la época (Lizárraga Cruchaga 48). De hecho, y principalmente en la época porfiriana, el pánico homosexual se desató con mayor vehemencia al grado de que los baños públicos (que en un tiempo fueron considerados símbolo de la modernización del país), pasaron a ser, en palabras del historiador Víctor M. Macías-González, “[...] a sinister feminization of the elite” (31). La importancia que reviste este proceso estriba en las repercusiones que tuvo en la sociedad en general, y no sólo dentro de los confines de las clases bajas: “También empezó a considerarse desviado el afeminamiento de los varones en las clases medias y altas; la sociedad porfiriana comenzaba a ver con inquietud las preocupaciones hedonistas de un creciente sector de la juventud [...]” (Gallego Montes 91). La misión primordial de querer inculpar siempre al otro por motivo de la homosexualidad (llámese pueblo o nación), ha sido desde tiempos inmemorables una constante histórica: “Una de las prácticas de distanciamiento más frecuente es la presentación de las realidades *gays* y

²⁵ Durante la segunda mitad del siglo XVIII hubo en Europa una discusión que culminó con la despenalización de la sodomía, siendo el código napoleónico ejemplo de ello (Gallego Montes 86).

lésbicas (o, en general, de las formas de afecto y placer menos institucionalizadas) como ‘fenómenos’ propios de otros ámbitos geográficos o nacionales” (Llamas 99).²⁶

Así, la desnudez del cuerpo masculino se convirtió en un hecho perturbador que atentaba en contra de la moral tradicional al ser considerado *peligroso* (por no decir provocador), sobre todo cuando se comenzó a saber que los baños públicos fungían como centro de ligue sexual entre hombres: “What passed unperceived to attendants turned into a mating ritual for those ‘in the know.’ The bathhouse had been queered” (Macías-González 32). No obstante, y pese a todos los esfuerzos por parte del régimen porfirista de controlar²⁷ estos espacios, estaba claro que el contacto entre homosexuales había florecido, irónicamente, bajo el seno del propio sistema de vigilancia que el gobierno puso en marcha. A este respecto es importante detenernos en las palabras de Gallego Montes, las cuales indican que pese a la difusión de los actos homosexuales detectados en dichos recintos, éstos no eran “[...] generadores de un nuevo sujeto, ni de una identidad particular como se conoce hoy en día” (88). La identidad *gay* que más adelante discutiré (véase el capítulo 2), estaba todavía lejos de nacer; no obstante, estos primeros acontecimientos sirvieron, de alguna u otra forma, como un importante punto de origen.

Más tarde, durante los años 20 y bajo el legado de la Revolución Mexicana, se desprende el ideal del Hombre Nuevo –por medio de la figura del macho—²⁸ que sirve para acrecentar el pánico y la homofobia en una época de cambios sociales y políticos cuando se comienza a manejar el concepto de nación²⁹ como forma de adoctrinar a la población.

²⁶ Llamas añade que “en la supuestamente idílica Grecia clásica, por ejemplo, se hablaba de ‘costumbres asiáticas’, atribuyendo el origen de las relaciones entre personas ‘del mismo sexo’ a los persas. Para el también aparentemente tolerante Imperio Romano, eran los pueblos griegos los que habían introducido tales costumbres. Y en la aún escasamente hostil Europa medieval, se atribuía a los Cruzados la importación de estos placeres” (99).

²⁷ El control sobre estos espacios acuáticos se erigió bajo “nuevos reglamentos internos [...] que garantizaran higiene, seriedad y moralidad, y tuviese la intención de perseguir la voracidad sexual de hombres homosexuales y disminuir las posibilidades de ligue entre ellos” (Macías-González citado en Gallego Montes 91).

²⁸ Sus características son: “Valentía, arrojo, fe en el pueblo, virilidad sin mancha, desprecio a la debilidad o blandenguería” (Monsiváis 55).

²⁹ El origen del concepto de nación en América Latina se presta a múltiples interpretaciones, algunas de ellas contradictorias. Por esta razón adopto aquí lo postulado por historiadores como Castro-Klarén quien

Al respecto Ben Sifuentes-Jáuregui expone la relación entre nación y el sujeto homosexual a partir del acto de travestirse: “National identity has produced and continues to put forth (to dress up) a very ‘gendered’ national subject, one that is almost always masculine, male, and heteronormative” (10). Se podría decir que estas características se extienden también al terreno de la literatura en donde se buscaba representar la figura del macho como prototipo del hombre mexicano en la sociedad, así lo señala Robert McKee Irwin en la introducción de su libro *Mexican Masculinities* (2003): “Since nationhood is frequently constructed as a ‘virile’ institution, a brotherhood of men, a key ideological factor to consider is the particular notions of sex and gender incorporated into texts that represent national culture” (xvii). Por esta razón, el canon obedece a la necesidad de privilegiar textos dedicados a reafirmar el concepto de nación y, como añade Matthew Gutmann en su libro *The Meanings of Macho* (1996), desde entonces México se convirtió en sinónimo de machismo y viceversa (24).³⁰ Haciendo uso de uno de los conceptos esbozados por el historiador George Chauncey para describir el ambiente *gay* de la ciudad de Nueva York, Gallego Montes argumenta que “la Revolución y su masculinización ‘construyó un clóset’ para las experiencias homoeróticas, ya criminalizadas y ‘medicalizadas’” (99).

A grandes rasgos lo anteriormente señalado influyó de manera positiva en la situación cultural de México al hacer posibles cambios importantes ya que, “no sólo los *gays* aparecen, también las mujeres liberadas, los ateos, los comunistas, los partidarios del amor libre, los y las bisexuales, que ocupan espacios de mínima tolerancia de la capital aún revolucionaria” (Monsiváis 54). Pero los resultados de estos eventos no estuvieron libres de repercusiones ya que la burla y el rechazo no se hizo esperar. En esta misma

coincide con la comunidad política imaginada de Benedict Anderson: “Es imaginada porque los miembros incluso de la nación más pequeña nunca conocerán, verán o escucharán a la mayoría de sus congéneres, pero en la mente de cada uno de ellos vive la imagen de su comunidad” (Anderson 6).

³⁰ Vale la pena señalar que fue en esta época de grandes cambios donde surgieron, además, diversas ideas que ligaban estereotipos según el género y la raza a la que se pertenecía. Después de concluida la dictadura de Díaz, por ejemplo, los hombres mestizos comenzaron a ser vistos como figuras representativas de la masculinidad (Pilcher 216).

época los poetas refinados y cultos mejor conocidos como el grupo de los Contemporáneos³¹ (o grupo sin grupo como los denomina Villaurrutia) se opusieron³² a ver en la literatura una función moralizadora y doctrinaria (como proponía el gobierno), lo que ocasionó varios problemas al desencadenarse una ola de ataques debido, en gran parte, a que varios de sus integrantes eran abiertamente homosexuales (Acero 36). Un ejemplo de ello es el pintor mexicano José Clemente Orozco, quien escribe un artículo titulado “*Los anales*” en el periódico “*El Machete*”, y a su vez Diego Rivera los inmortaliza sarcásticamente a través de sus murales de la Secretaría de Educación Pública (Monsiváis 59).³³ A esto hay que añadir que durante esa época, la adopción de leyes destinadas a la persecución indiscriminada de homosexuales acrecienta la intolerancia. Por ejemplo, el artículo octavo del Código Penal tipifica como delito las ofensas a la moral pública y las buenas costumbres: “Estatuto que por lo general se utilizaba para detener y extorsionar a homosexuales” (Torres Ortiz 36). Finalmente, algunos intelectuales, entre ellos Juan O’Gorman y José Rubén Romero, firmaron una carta dirigida al Comité de Salud de la Cámara de Diputados donde hacían expreso su deseo de remover a los *afeminados* de ejercer cualquier cargo público (González Rodríguez 9-10).

Sin embargo y pese a todas las dificultades padecidas, la contribución de este grupo de intelectuales significó un parteaguas muy importante respecto a los derechos de los marginados por su condición homosexual, puesto que revela los primeros intentos de legitimar un espacio fuera del clóset de la clandestinidad al que fueron obligados a ceñirse por mucho tiempo mediante lo que Monsiváis llama “la lógica del ocultamiento”, es decir, lo que no se nombra con detalle no existe (77). No obstante, con la entrada de los 41 a la escena social en México, el tema de la homosexualidad resulta imposible de

³¹ Dentro de las figuras literarias estaban Salvador Novo, quien encabezaba el grupo, y al cual le seguían Carlos Pellicer, Elías Nandino, Xavier Villaurrutia, y Porfirio Barba Jacob. Por el lado de la pintura se pueden ubicar a Manuel Rodríguez Lozano, Jesús Reyes Ferreira, Roberto Montenegro, Agustín Lazo, y Alfonso Michel (Gallego Montes 100).

³² Según Rosa María Acero los Contemporáneos tuvieron un papel muy importante en la lucha por la liberación del homosexual en México (40).

³³ Pero Salvador Novo no se quedó con los brazos cruzados y en una de sus obras bajo el título de *La diegada y sonetos a Diego* (1926), ridiculiza al muralista al sugerir que era impotente sexualmente: “Las furias asombra tamaño conjuro / que aquel cuya panza tomaron por frente / no puede ante el muro lograr ponteduro / con manos que empuña pincel deficiente”.

encubrir; de ahí que se origine la invención oficial del homosexual mexicano que, según Monsiváis, se adhiere a la imagen del hombre afeminado o *rarito*, es decir, “el más excéntrico de aquellos que han cometido el pecado irremisible: asimilarse a la conducta del género vencido para siempre: las mujeres” (50). Sin lugar a dudas, la literatura de los Contemporáneos representa el quiebre de la monotonía que por esa época proliferaba dentro de las letras mexicanas (Castro 90). Al ponerse por escrito las aventuras y el sentir interno de este grupo en particular, se da por inaugurado uno de los primeros esfuerzos colectivos por normalizar el tema de la homosexualidad en medio de la controversia y los ataques desatados.

Es precisamente Salvador Novo y su grupo quienes se encargaron de afinar durante la primera parte del siglo XX, los primeros indicios de lo que hoy conocemos como comunidad *gay*. Me refiero al apoyo brindado entre estos sujetos que comparten el mismo tipo de gustos (en este caso por la literatura y el arte), pero sobre todo, por las personas de su mismo sexo. Al ser profundamente rechazados por la sociedad en la que les tocó vivir, el grupo de los Contemporáneos se dio a la tarea de plasmar en sus obras un mensaje sumamente homoerótico y subversivo, el cual no siempre pudo verse concretado inmediatamente. Llamas apunta –entre otras cosas– a lo que denomina “El régimen de representación”, y que “establece qué puede decirse o verse y qué debe permanecer en silencio u oculto [...]” (78), según la realidad temporal e histórica. En este sentido, Novo prefirió esperar (así como autores de talla internacional como E.M. Forster), hasta después de su muerte para publicar por completo sus memorias.³⁴ Finalmente en 1998 salió a la luz *La estatua de sal*, en donde Novo revela con maestría y jocosidad la serie de peripecias en las que él y sus compañeros se vieron involucrados respecto al tema de la homosexualidad.

Por otro lado, la representación del homosexual según el prototipo del individuo afeminado que se traviste y adopta actitudes consideradas como propias de las mujeres, (o de maricones) ha sido desde entonces el patrón, no sólo dentro de los confines de la

³⁴ Salvador Novo falleció en 1974 y Forster en 1970.

homoculturalidad,³⁵ sino de la homotextualidad: “There is a sizable literature dealing with transvestites, who are looked upon primarily as a source for amusement for the ‘macho’ at whose hands they risk physical injury and even death” (Villanueva 22), y añade que este tipo de literatura logra textualizar al sujeto homosexual para mostrar la represión que solía acompañarlo (19). En sus memorias, Novo comenta, por ejemplo, sobre cómo solía maquillarse y usar pelucas de todo tipo de colores según su vestimenta, así como las veces en las que se paseaba con todo apogeo femenino por las céntricas calles de la ciudad de México.

Por último cabe decir que si en el siglo XIX el homosexual es ignorado, a principios del siglo XX con la irrupción de los 41 y de los Contemporáneos en la escena pública, se instaaura un capítulo nuevo que hoy en día continúa escribiéndose; y comienza a conformarse así, un espacio *torcido*, cambiante, siempre en tránsito. En este espacio literario confluyen situaciones que van desde la decepción amorosa, lo trágico, las aventuras superficiales, pero sobre todo, la irrisoria verdad de que la vida de los homosexuales es tan simple y vana como la de la mayoría heterosexual.

1.1.1 Las semillas de la homotextualidad

Afortunadamente hoy la homotextualidad en México se ve envuelta en un plano diferente; han quedado atrás las primeras novelas que abordaban la imposibilidad del amor homosexual, el drama suscitado a raíz de la salida del clóset, y la mancha moral de saberse homosexual, sólo por mencionar algunas características de lo que ha conformado el patetismo del escenario literario en México respecto a la temática homosexual. La reciente (re) publicación (2010) de una novela olvidada en los anales de la historia, titulada, *Los cuarenta y uno: novela crítico social* (1906) de Eduardo A. Castrejón (seudónimo), recoge el tema de la homosexualidad y lo lleva a la mesa de discusión.³⁶ El

³⁵ Término acuñado por Michael K. Schuessler para referirse a la homosexualidad mexicana de donde emanan figuras o “castas” como: “los jotos, las locas, los chichifos y los mayates mexicanos” (153). Para una descripción más detallada sobre estos términos véase mi trabajo más adelante.

³⁶ Si bien la mayoría de los críticos opinan que esta obra es el perfecto ejemplo de una novela mal escrita, es importante subrayar que fue la primera en exponer el tema de la homosexualidad a pesar de hacerlo desde una visión estrictamente moralista que condena a los homosexuales. Desde este ángulo el valor de la novela de Castrejón está en el contexto histórico que nos lega.

escándalo público suscitado en 1901 a raíz de la detención de 41 homosexuales que celebraban una fiesta en la ciudad de México conforma la trama de esta novela y, de la cual, algunos expertos en la materia, como Robert McKee Irwin, la han calificado recientemente de ser la primera novela de temática homosexual en México. En ella también se detallan las consecuencias de haber transgredido la norma impuesta por la sociedad heteronormativa por medio de la deshumanización de los personajes homosexuales.

En 1953 se traduce y publica *Fabrizio Lupo* del italiano radicado en México Carlo Cócchioli, novela que marcó un importante logro en cuanto a la exploración de temas relacionados con el amor entre dos hombres, sin ligarla precisamente a condiciones patológicas como solía ser la norma durante esta época (Torres Ortiz 37). Un poco más tarde, durante los años 60, el personaje homosexual gana fuerza con la aparición de *El diario de José Toledo* escrita en 1962 y publicada en 1964 por Miguel Barbachano Ponce y *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* (1964) escrita por Paolo Po (seudónimo). Debido al clima poco favorable ambas pasan desapercibidas. Además, el uso de un seudónimo confirma el posible temor del autor de ser rechazado por sacar a la luz un tema polémico, por lo que la circulación de su obra se hace de manera clandestina. Es importante señalar que hasta finales de los años 90 pocos conocían su existencia y, como apunta Torres-Ortiz en su tesis doctoral, sólo Gonzalo Valdés Medellín y Luis Mario Schneider la citaban en sus trabajos (89).

En general la crítica considera la obra de Po, junto con la de Miguel Barbachano Ponce, como el primer par de novelas de temática homosexual. Desde luego que a medida que se sigue indagando en el tema, nuevas anotaciones respecto a cuál fue la primera novela de temática homosexual en México continúan apareciendo, aunque vale señalar que por mucho tiempo el crítico Luis Mario Schneider fue el único en aproximarse a este tema. Afortunadamente cada vez más se sigue investigando al respecto, siendo el presente trabajo uno de estos aportes.

Volviendo a la novela de Cócchioli, según Antonio Marquet (2006), uno de los narradores más prolíficos de la vida *gay* en México, la obra del mexicano-italiano fue bastante leída

y es comúnmente comparada con *El pozo de la soledad* (1928)³⁷ de Radclyffe Hall, “como las novelas homosexuales por antonomasia” (60). No obstante, y como suele suceder con los escritores que ahondan en el tema de la homosexualidad, el trabajo de Cócchioli fue escasamente reconocido: “Habría que agregar que México fue también el país donde murió con el sentimiento de haber estado proscrito del reconocimiento oficial con la condecoración del Águila Azteca que sin duda merecía su labor literaria y periodística” (Marquet 60). Otro de los obstáculos en la carrera de Cócchioli se debió a la fuerte influencia de la religión en la sociedad mexicana, a la que este autor se atrevió a desafiar y, por si fuera poco, como extranjero.

A medida que la novela mexicana de temática homosexual cobra importancia en la escena literaria, se hace patente la necesidad de esgrimir un concepto sobre lo que es. Algunos críticos comenzaron a llamar la literatura del escritor Luis Zapata –el más reconocido en cuanto al tema– literatura *gay*, lo que no sentó bien a dicho autor ni a José Joaquín Blanco, otro de los autores que abordan el tema homosexual en su obra. Ambos se muestran renuentes a utilizar cualquier etiqueta como *homosexual* o *gay*, ya que al hacerlo se “corre el riesgo de que se subestime y se reste valor literario” (Torres-Ortiz 10) y como los propios autores argumentan, “se trata de ganar libertades, no de disminuirlas, de tratar de abrir *ghettos*, no de confinarlos, se pretende escribir libros mejores, no más libros de literatura reductivamente *gay*” (Blanco y Zapata 11). Si bien dichas preocupaciones son válidas, en este sentido considero por demás equivoco e injusto restarle importancia a los enclaves *gay* o, mejor dicho, a la comunidad *gay*, quien desde el principio ha sido la principal fuente de lectores que ha tenido este tipo de literatura.

La falta de consenso en cuanto a cómo se debe catalogar a este tipo de literatura sigue siendo uno de los meollos de la situación. En contraposición al argumento de Zapata y Blanco, Mario Muñoz, uno de los articulistas más destacados sobre el tema, señala la clara existencia de una literatura *gay* bajo características bien delineadas: “Para empezar,

³⁷ En esta novela se narra la historia de amor entre dos mujeres, Stephen y Mary. La primera se presenta, y como bien lo indica su nombre, mediante un marcado aspecto masculino. La segunda, por otra parte, denota lo opuesto. Ricardo Llamas comenta que “pese a su carácter atormentado y culpabilizador, esta novela se convirtió para las lesbianas y durante décadas en el símbolo más asequible” (85).

las novelas y cuentos apegados al tema, configuran el amplio imaginario de la cultura *gay* que es inconfundible con cualquier otro género de sensibilidad” (17).³⁸ Por otro lado, el escritor y crítico León Guillermo Gutiérrez se refiere a este tipo de obras como parte de la literatura de temática homosexual que “va más allá de las aventuras de hombres homosexuales ya que encierran códigos y simbolismos que no se encuentran en otro tipo de literatura porque los personajes no son arquetipos convencionales” (284). En este sentido, considero que los cambios que se suscitan a finales de la década de los años 60 representan una clave importante para diferenciar entre lo que es la literatura de temática homosexual y la literatura *gay*. Si bien en sus primeras incursiones se entretiene un sujeto homosexual basado en estereotipos negativos (afeminamiento, sentimentalismo, cursilería, inhabilidad de encontrar el amor, depresión, suicidio, entre otros), con la llegada de la literatura de la onda en la década de los sesenta,³⁹ el movimiento estudiantil que culmina con la matanza de Tlatelolco en 1968, y los acontecimientos de Stonewall en Nueva York, acaecidos el 27 de junio de 1969, que originan la aparición del *Gay Liberation Movement* (considerado como el antecedente del movimiento *gay* mexicano), el escenario cambia radicalmente para dar paso a la diversidad del espacio *gay*: ni blanco ni negro, ni homosexual o heterosexual, simplemente hay de todo.

En este sentido, considero importante hacer aquí un paréntesis para recalcar la importancia de los cambios que se suscitan después de las primeras novelas de los años 60, con la finalidad de brindar un poco de luz sobre el debate entre la literatura de temática homosexual vs literatura *gay*.

³⁸ Las características que hacen diferente a este tipo de sensibilidad según Muñoz son: “[E]l culto por el cuerpo, la idealización del efebo, la fascinación por lo sórdido, la promiscuidad sexual, las violentas relaciones de pareja, el cultivo de un estilo de vida en el que se conjugan el placer y la frivolidad con algunas veleidades hacia la cultura y el arte, la invención de vocablos y modos de habla sólo para iniciados, el cultivo fetichista por las prendas masculinas, la omisión casi total de la presencia femenina, un continuo estado de inseguridad emocional aunado a inclinaciones sadomasoquistas bajo la persistente acechanza de la muerte, lo cual explica, en cierto modo, ese afán por describir con lujo de detalles los ritos y los actos sexuales” (17-8):

³⁹ Según Genaro J. Pérez, en la literatura sesentera de la onda se observa: “una narrativa tradicional y un léxico lúdico a costa de sí mismos que es al mismo tiempo narcisista, en sí y para sí: un elevado erotismo con la intención de escandalizar al lector burgués; y un vocabulario extraído del sótano del lenguaje que puede chocar al lector puritano (Citado en Torres-Ortiz 146).

1.1.2 La etapa de la transición

A finales de la década de los años 60 se publica *Después de todo* (1969) de José Ceballos Maldonado, novela que recrea la vida de un profesor universitario homosexual de provincia que se enfrenta al desprecio de la sociedad conservadora que lo rodea. Según el crítico Luis Mario Schneider, la novela, pese a ser una de las primeras en abordar la temática homosexual sin rodeos, en realidad no tiene mucho de valor pues el personaje principal del profesor Lavalle opta por conformarse con las migajas que la sociedad heteronormada le ofrece: “Sí, porque en el término más flexible de su homosexualidad, Lavalle acepta su destino; después de todo, no tiene elección y tampoco lo quiere transformar” (75). Si bien esta cita indica que Lavalle no pudo expresarse libremente fuera de los confines del anonimato; empero, al final de la novela vemos todo lo contrario cuando dice que “[Ha] vivido así y no [se] [siente] amargado a pesar de los reveses. Porque, después de todo, es lo que importa” (195). Por tal, Lavalle demuestra que pese a la adversidad sufrida a manos de la sociedad que le impone un *impasse* en su elección sexual, éste se siente conforme con el rumbo que optó para conducir su propia vida.

Por su parte, Torres-Ortiz rescata la novela debido las características del personaje en cuestión al decir que se aparta de las particularidades negativas que plagaron la imagen de los homosexuales en novelas previas: “[...] resulta un personaje contestatario ya que representa un homosexual que no resulta patético ni grotesco, un homosexual con voz propia que proclama su derecho a ser como es” (51). Finalmente a lo que apunta la novela de Ceballos Maldonado es al desvanecimiento que poco a poco se va dando de la imagen del “homosexual trágico”⁴⁰ y que se hace patente, sobre todo, en futuros trabajos como en *El desconocido* de Raúl Rodríguez Cetina y *El vampiro de la colonia Roma* de Luis Zapata, con todo y las limitaciones que cada una de ellas encierra.

⁴⁰ Término acuñado por David W. Foster en su libro *Gay and Lesbian Themes in Latin American Writing* (1991)

Mientras tanto, el tono y la fuerza de la década de los 60 continuaron haciendo eco de un cuestionamiento de tipo social y político. Ian Lumsden subraya la importancia del movimiento del 68 y su relación con la gestación de un nuevo tipo de orden:

1968 was a momentous year for Mexico as it was for much of Europe and North America. Although the Mexican student movement was savagely crushed in the Plaza de las Tres Culturas in Tlatelolco, Mexico would never be the same again. In a cultural and political sense it marked the emergence of modern Mexico, and signaled the arrival of a whole new generation that could not be denied, repressed or coopted as easily by the traditional state mechanisms. (59)

A raíz del suceso del 68, la sociedad mexicana experimentó un cambio abrupto en su manera de organizarse, ya que los ciudadanos comenzaron a hacer frente a un gobierno déspota que atentaba en contra de los nuevos valores que se iban formando en el pueblo mexicano. Además, el 68 se convirtió no en un “antecedente” sino en un “presente perpetuo” para la sociedad en general, como comentó Carlos Monsiváis para el periódico *La Jornada* el día de la presentación del libro *1968, la historia también está hecha de derrotas* (2008) del escritor Pablo Gómez (Vargas 1).

En el caso particular de la novela mexicana de temática homosexual, José Cesar del Toro ve en el acontecimiento del 68 una influencia directa en relación con las novelas publicadas a partir de entonces (“Disidencia” 1). Por todo esto, la época de los años sesenta se considera eslabón fundamental de toda la literatura mexicana debido a que aparece “[...] de modo recurrente, explícito y sin tapujos el sexo y el erotismo, el tema de la homosexualidad, el feminismo, los albures, las drogas y la cada vez mayor transgresión de los valores morales y sociales en boga” (Rosado 311). Más tarde con la apertura de la década siguiente se dio paso a la explosión de maneras de pensar diferentes, no sólo por parte de los homosexuales, sino de las mujeres feministas, quienes apoyaron en gran parte la causa de un movimiento contestatario que defendía los derechos de los hombres homosexuales y mujeres lesbianas. Todos estos movimientos se inspiraron de una u otra forma, del discurso que emanó después del 68, y que pretende alcanzar la equidad del ser humano (Del Toro 4).

Por su parte, Antonio Marquet resume lo siguiente respecto a los primeros brotes de la organización del colectivo LGBTTTI⁴¹ en su libro *¡Que se quede el infinito sin estrellas!* (2001)⁴² y que cito extensamente a continuación:

Las semillas de la liberación gay/lésbica germinan muy temprano en México: se ha fijado legendaria y arbitrariamente el 15 de agosto de 1971 como la fecha en la que Nancy Cárdenas y otros intelectuales gay mexicanos convocan a su alrededor a un decidido núcleo de gays y lesbianas para organizarse en base a su preferencia sexual. Por primera vez en su vida, los integrantes de aquel grupo (al que se le conoció popularmente como el “gay”, por la influencia que tenía el Gay Liberation Front de Londres) discuten abiertamente sobre lo que significa para ellos ser gay o lesbiana en un país de rancia tradición machista y homofóbica. En esas reuniones se funda el Frente de liberación homosexual de México. Ese mismo año se crea el Frente de liberación homosexual de Argentina que con el FLH son los precursores de la liberación gay en América Latina. (15)⁴³

Con la organización de estos primeros grupos, la causa *gay* cobró paulatinamente fuerza y su efecto se dejó sentir en la literatura. Este activismo insertó de manera eficaz la salida del clóset a nivel social, en primer lugar, para después proceder a verse reflejado en el espejo de la literatura.

Algunos de los títulos de las novelas escritas alrededor de esta época son: *Los inestables* (1968) de Alberto X. Teruel (seudónimo); *Cielo Tormentoso* (1972) de Carlos Valdemar (seudónimo); *La máscara de cristal* (1973) de Genaro Solís (seudónimo); *Mocambo* (1976) de Alberto Dallal; *El desconocido* de Rodríguez Cetina; y por último, *El vampiro*

⁴¹ Lésbico, *gay*, bisexual, transgénero, travesti, transexual e intersexual.

⁴² En este libro se hace un minucioso estudio de la cultura *gay* al final del milenio que se compone de ocho secciones según lo subrayado por el prólogo: “abre con el análisis de algunas obras de un cierto número de fundadores de la comunidad *gay* como son Oscar Wilde, Salvador Novo, Ceballos Maldonado, Elías Nandino, Federico García Lorca, y Manuel Puig” (24).

⁴³ Cabe hacer mención, también, de la publicación en 1972 del ensayo de Fratti y Batista titulado, “Liberación homosexual, con una profunda reflexión política en torno a la temática homosexual”, documento de suma importancia pues fue una de las primeras manifestaciones en traer el tema de la homosexualidad a la opinión pública (Gallego Montes 105).

de la colonia Roma (1979) de Zapata, esta última coincidió precisamente con la primera marcha del orgullo homosexual realizada en México, a la que le siguieron la fundación de diversas organizaciones en pro de los derechos de las minorías sexuales como el Lambda (1978); Colectivo Sol (1981); Cálamo (1985); Círculo Cultural Gay (1985); y el Colectivo Nancy Cárdenas (1995) (citado en Marquet 2001:16). Si bien algunos de los autores mencionados continuaron escondiéndose detrás de un seudónimo, lo importante radica en que sus trabajos vieron la luz de la publicación, toda vez que este hecho constituía algo casi imposible de ocurrir durante la época.

Así, poco a poco el *in crescendo* que constituye el espacio *gay*, se hace visible en la ciudad de México, escenario de la mayoría de las novelas de temática en cuestión. 1979 marca el principio de cambios importantes que comienzan a percibirse derivados de un clima de tolerancia que le permite al sujeto homosexual hacer patente su derecho a convivir dentro de la sociedad con mayor libertad. Sin lugar a dudas, los cimientos de este nuevo espacio comienzan a verse visibles en el campo de la literatura donde se publica una de las novelas más importantes de temática homosexual, y que hasta la fecha continúa cosechando éxitos. Desde su publicación, *El vampiro de la colonia Roma*⁴⁴ acaparó la atención del público lector y la crítica literaria, aunque por supuesto hubo detractores quienes intentaron desacreditarla por su estilo (El uso de una ortografía arbitraria como la ausencia de puntuación y letras mayúsculas), pero sobre todo, por su contenido considerado por varios como altamente inmoral (Torres-Ortiz 57).

Por encima de estas peculiaridades, la novela de Zapata logró sobrepasar cualquier comentario negativo y hoy en día se constituye como uno de los mejores ejemplos de la literatura de temática homosexual, no sólo en México sino en toda Latinoamérica, y alcanzó niveles altos en ventas como ninguna obra de su mismo tipo lo había hecho. Así lo constatan, además, las innumerables referencias hechas, *ad nauseum*, de su obra por

⁴⁴ La tesis doctoral de Torres-Ortiz postula que las novelas de Zapata (*El vampiro de la colonia Roma*, *Melodrama*, y *En jirones*), ilustran la manera en que el homosexual asume su propia voz sin ceñirse a los estereotipos que por muchos años plagaron la literatura de temática homosexual, a través de una actitud irreverente y transgresiva, al mismo tiempo que propone su inscripción y legitimación en la sociedad mexicana (viii). En este sentido cabe preguntarse por qué del éxito de Zapata en comparación con otros escritores que también han abordado la temática homosexual.

parte de los críticos que abordan este campo de estudio, por lo que no sería exagerado decir que tales ventas contribuyeron de manera importante al *boom* de la literatura de temática homosexual en México. Si 10 años antes Ceballos Maldonado había logrado marcar un hito importante en la literatura mexicana con su novela, Zapata lo logra aún más, acaparando la atención del público lector que se lanzó (y sigue lanzándose) a las librerías para la compra de esta obra representativa de la literatura *gay*.

Dejando de lado el gigantesco éxito comercial de la novela de Zapata, su importancia en el contexto de este trabajo recae en capacidad reivindicativa de la obra del sujeto-personaje homosexual. Y es que el éxito comercial de la novela mexicana de temática homosexual o, en todo caso su poco éxito al compararse con la literatura del canon, exige un replanteamiento serio como el que hace Antonio Marquet en su libro *¡Que se quede el infinito sin estrellas!* sobre el valor que poseen dichas narrativas. Quizás uno de los puntos más importantes que menciona en el prólogo de su obra sea el llamado que exhorta a los miembros de la comunidad *gay* a adentrarse en el tema, ya que si ellos no lo hacen ¿quién lo hará? como cito a continuación:

No solamente es imperativo escribir sobre esas obras pioneras y señalar que son difíciles de conseguir, que no son estudiadas. Se requiere que la comunidad *gay* las lea y relea; las comente; demande su reedición, cree un mercado para ellas; que les dé nuevamente vida; aprenda de ellas; las valore; las haga parte de su tradición cultural, las coloque en una perspectiva histórica. (31)

Marquet considera esencial la unión de la comunidad *gay* para combatir las actitudes homofóbicas alimentadas del machismo que nace en el seno del sistema heteronormativo. Al rescatar las historias que hablan del lugar y las circunstancias en que se ven retratados los homosexuales, la comunidad *gay* rescata las raíces de su propia tradición; mismas que se extienden desde las antiguas civilizaciones gloriosas del pasado hasta el presente, y que añaden al enriquecimiento de la herencia cultural de la humanidad. Uno de los ejemplos más claros sobre esta peculiar forma de adueñarse de su propio espacio lo constituye la obra del escritor Rodríguez Cetina como he de explicar en los siguientes apartados.

1.2 Aspectos psicológicos y sociológicos: más allá del machismo

En torno al concepto de machismo existen varias aproximaciones hechas durante varios años por la literatura de las ciencias sociales a través de la psicología y la historia, mejor conocidas como “perspectivas tradicionalistas” (De la Cancela 292). Las perspectivas tradicionalistas indagan en el aspecto del psicoanálisis y toman en cuenta la fusión de la historia y el mito, como lo señala Chris Girman en su libro *Mucho Macho: Seduction, Desire, and the Homoerotic Lives of Latin Men* (2004):

Traditionalists claim that the heightened violence, competition, and predatory conquests of women among Hispanic males can be blamed on distinct psychological factors. The theory is that Hispanic, Mexican, and Chicano men suffer from unresolved oedipal issues [...]. The result, the traditionalists claim, is an exaggerated form of masculinity aimed solely at proving one's virility. (43)

Girman critica este tipo de perspectivas debido a que las considera una manera simple de analizar las relaciones entre varones en simples dicotomías activo-pasivo, y que al ceñirse a estos dos opuestos se fomenta una definición estática del machismo que limita su campo de estudio.

Es importante señalar, también, que la visión expuesta por Octavio Paz en su obra *El laberinto de la soledad* (1950) encaja en el tipo de perspectiva tradicionalista. La mayor parte de las críticas que han sufrido los acercamientos de esta índole se ven expuestas; sobre todo, por los culturalistas quienes opinan que el paradigma tradicional de la psicología se basa en ideas erróneas de lo que constituye el comportamiento ideal de los varones. Debido a esto, los culturalistas reclaman que el machismo es una manifestación cultural que debe ser respetada (de la Cancela 292); pero como afirma Girman, los culturalistas no fueron solamente los primeros en defender los estereotipos ligados al machismo, sino de promoverlos también (48). En breve, críticos culturalistas como

Alfredo Mirandé,⁴⁵ Stephen Murray⁴⁶ y Víctor de la Cancela,⁴⁷ a pesar de aportar elementos importantes como modo de explicar qué es el machismo, parecen ignorar las dinámicas de la cultura y, por lo tanto, cualquier propuesta de ahondar en elementos estructuralistas en sus estudios resulta problemática (Girman 53).

La vertiente estructuralista, por otro lado, toma en cuenta elementos y formas profundamente enraizados en la cultura sin ignorar la posibilidad de cambios debido al paso del tiempo; por ejemplo, la exaltación de la masculinidad a través de frases que incitan a la violencia y el trato rudo entre hombres, tales como el albur o doble sentido. Por esta razón, Girman postula que la mejor manera de arribar a una definición más exacta y adecuada del concepto de machismo es combinar ambos lados de manera ecléctica: culturalista y estructuralista (54).

Uno de los investigadores que logra compaginar ambos acercamientos es Matthew Gutmann a través de su estudio en la colonia Santo Domingo de la ciudad de México a mediados de la década de los 90, y que ilustra en su libro *The Meanings of Macho* (1996), en donde concluye que no todos los hombres mexicanos se ciñen al tradicional estereotipo del *macho hasta las cachas*. Parte del bagaje teórico de Gutmann se basa en la noción de “contradictory consciousness” (conciencia contradictoria), definida como: “Descriptive phrase used to orient our examination of popular understandings, identities,

⁴⁵ Mirandé sugiere una revisión del imaginario del macho ya que, según él, éste puede exhibir características ligadas a las mujeres, tales como el trato amable y amoroso (Mirandé 99). Girman critica la postura de Mirandé por no ahondar en la sexualidad de los hombres latinos en EE.UU., no obstante halaga su esfuerzo en teorizar otras formas posibles de la masculinidad hispana: “He sets the stage for other, nonmonolithic interpretations of Hispanic male” (Girman 51).

⁴⁶ Murray se concentra en el trabajo de académicos latinoamericanos y sobre todo de escritores de ficción para ofrecer su punto de vista en el sistema de género y sexualidad. Para él, la noción totalitaria de la existencia del macho hispano a quien no le importa entablar relaciones sexuales con otros hombres, siempre y cuando funja el papel de activo, es poco sostenible: “Boasting about fucking men is risky to all but the most solidly established macho reputations” (54).

⁴⁷ De la Cancela aboga por un nuevo modelo de machismo en el que el análisis estructural tome el lugar de las aproximaciones psicológicas y culturales. Su enfoque se observa principalmente en la estructura económica de su análisis sobre hombres portorriqueños residentes en los EE.UU: “Machismo obscures the alienation effects of capitalismo on individuals by emboying the alienation in male-female sex-role terms” (292).

and practices in relation to dominant understandings, identities, and practices” (14).

Gutmann utiliza este concepto para examinar la complejidad de la emergencia de nuevos significados en torno al machismo y, así, intentar dar respuesta a la pseudo-sabiduría popular de lo que significa *ser hombre*.

Sin embargo, Girman considera poco eficaz este acercamiento como nos lo da a entender en su libro: “Despite Gutmann’s attempt to challenge the notion of a monolithic Mexican macho, he simply reinvents a new Mexican macho who is just as monolithic and homogeneous as the old” (56). A modo de ver de Girman, lo problemático de la situación es que Gutmann pretende mostrar que todos los hombres partícipes de su estudio siguen el mismo patrón hegemónico de la masculinidad, cuando no es posible aplicar este tipo de conclusiones en general (56).

Otro de los estudios importantes realizados, dentro de la tendencia estructuralista, es el de Ramón Gutiérrez. Gutiérrez se apoya en la tesis de Gutmann, pero a diferencia de él, éste logra superar la imposición de una identidad monolítica en la masculinidad del mexicanoamericano, a través de la incorporación de preceptos feministas. Gutiérrez ve en el movimiento feminista un marco importante de referencia para los estudiosos del tema, ya que ofrece “a conceptual tool to uncover divergent voices which enact their masculinity differently in a variety of different situations” (Girman 56).

Por último, aunado al trabajo de Gutmann y Gutiérrez, se encuentra también el de Andrea Cornwall y Nancy Lindisfarne en *Dislocating Masculinity* (1994). Estas autoras incluyen una perspectiva antropológica en la deconstrucción de la masculinidad para mostrar que no existe una sola manera de definir el machismo, sino que es necesario expandir nuestros horizontes en busca de diferentes perspectivas (Girman 57).

Como se puede observar, las elaboraciones teóricas que giran en torno a una aproximación sobre el concepto del machismo son abundantes. En este sentido, arribar a una conclusión exacta sobre qué representa el machismo es uno de los retos más importantes dentro de los estudios sobre género y sexualidad. Por tal, la relación que guarda dicha actitud con los estudios *queer* (y de los que emana precisamente este trabajo), se ve envuelta por una dinámica ambigua en la que se resalta la estrecha relación

que existe entre el tema de la homosexualidad y el machismo; es decir, a veces el machismo sirve meramente como una máscara para cubrir las apariencias. En el caso concreto de la novela mexicana de temática homosexual, el machismo se antepone como uno de los principales componentes de la psicología que tejen no solamente los personajes principales sino también los secundarios. Al mismo tiempo este componente puede coadyuvar al fortalecimiento de la homofobia, principal arma de la sociedad heteronormada para desacreditar el tema en cuestión. Sin embargo, cabe hacer hincapié en que los eventos como la redada de los 41 y posteriormente los acontecimientos sociales que comenzaron a influir en la cultura del momento –por ejemplo el movimiento de liberación homosexual y las primeras marchas del orgullo *gay*–, terminaron por verse reflejados en el espejo de la literatura. Por tal motivo, el amordazamiento y la represión de los personajes homosexuales como solía ser la norma, poco a poco comenzaron a desvanecerse.

1.2.1 Identificación y deseo en *El desconocido*

En la novela de Rodríguez Cetina, existen varias imágenes de lo que significa ser hombre dentro de las convenciones de género de la sociedad mexicana que el autor busca retratar. La primera de ellas tiene que ver con la práctica del machismo y que se asemeja de manera muy cercana a lo postulado por Girman. Visto desde esta óptica, esto explica la prevalencia de una doble moral en el planteamiento de la novela, y en cuyo caso creo necesario ampliarlo ligándolo a la idea de Girman, quien concibe y recrea los efectos del machismo de la siguiente manera:

In opposition to the resistance theorists, I propose that machismo actually creates internalized motivational factors in which men actually want, indeed desire, to have sexual relations with other men. Traditional studies of Latin American [homo]sexuality are incapable of acknowledging such possibility or, instead, rely on oppositions between pleasure and structure to explain why men have sex with other men. Thus we have our first indication that perhaps machismo is not simply a gender convention restricting otherwise eager men from having sex with one another; in fact, maybe machismo itself creates the eagerness. (Girman 69-70)

En particular son dos aspectos que deben considerarse al examinar el machismo en *El desconocido*, la sexualidad del papito querido y la identificación y deseo de Narveli con su padre. Ambos se relacionan directamente con los argumentos que utiliza Girman para exponer la complejidad que existe detrás del concepto que aquí se busca deconstruir, el machismo.

Narveli, en la reconstrucción de su vida, recuerda que sorprende a su padre intentando sostener relaciones sexuales con su madrastra. Posteriormente este episodio da pie a que se ponga en duda la sexualidad del padre:

-No pones de tu parte, estaba a punto de la erección, continúa, acaríciame, tengo ganas, tienes que colaborar conmigo, se perdió todo lo de hace un momento. – Llegó tu hijo, ¿no escuchaste?, se puede dar cuenta, déjame salir. –Tenemos que terminar, él no va entender nada, insiste, agárrame –suplicaba la voz masculina. –Déjame salir, ya no deseo estar contigo, no sirves para esto –dijo la mujer. (21)

Como vemos en este primer ejemplo se desestabiliza una de las ideas más comunes en la práctica del machismo: la subyugación de la mujer. Evelyn Stevens lo define como: “Aggressiveness and intransigence in male-to-male interpersonal relationships and arrogance and sexual aggression in male-to-female relationships” (90). Aquí vemos que ya no es el hombre quien agrede a la mujer sino al revés; al encararlo y reclamarle que no sirve para el acto sexual, con lo que rebaja su grado de *hombría*.

Así, el poder del macho es puesto en duda cuando no logra mantener una erección. Además, la acusación de la madrastra se vuelca bajo una nueva dimensión cuando, poco después del fallido intento, se sugiere que el padre intenta seducir a Narveli:

--Hijo –me abrazó. Su barba raspó mi mejilla, me apretó contra su cuerpo y el terror me hizo sudar cuando sentí en la pierna un endurecimiento proveniente de su ropa interior. –Hijo, si eres mi hijo... Dio un paso atrás, trató de decirme algo pero no pudo, entonces caminó hasta su recámara y cerró la puerta. (22)

El tono sugerente de la escena invariablemente nos lleva a entender que detrás de la inhabilidad del padre de sostener una erección con su nueva esposa se esconde en

realidad un deseo homoerótico reprimido. La confirmación de esta sospecha se pone al descubierto cuando Narveli lo sorprende en una situación subida un poco más de tono: “Papito despertó, me saludó con desconfianza y se fue a la escuela. Lo alcancé a la hora del recreo y cuando entré al salón de clases lo observé acariciándole el cuello a un joven maestro” (38).

Si bien hasta este momento sólo existen alusiones a una posible sexualidad oculta, la sospecha se disipa completamente al enterarnos de viva voz del narrador-protagonista que, “lo mejor era guardar silencio, no tenía caso batallar con su misoginia, no podía yo borrarle el odio contra mi madre, ella conocía los detalles de su turbia sexualidad” (39). Ante semejante contexto, la única opción del padre es llevar una doble vida, no sin antes descargar su furia y coraje en contra de los que conocen su secreto: Narveli y su madre. Es esta la actitud machista detrás de la que el padre se escuda para salvaguardar su papel como macho ante la sociedad. De tal manera que el deseo homoerótico, precisamente, se reafirma en el machismo al verse expuesto como una máscara de la homosexualidad dentro de los peldaños de una sociedad sumamente homofóbica. En último término, se pone en evidencia también las implicaciones de esta peculiar forma de encubrir el deseo homoerótico aplicado al estudio de la novela mexicana de temática homosexual, y que como veremos a través de este trabajo son sumamente problemáticas.

Otro aspecto que contribuye a ocultar el deseo homosexual del padre es el alcoholismo. Como ya señalé con anterioridad, la segunda esposa del padre de Narveli se da cuenta de tal situación y opta por engañarlo con otro hombre; al mismo tiempo que el padre intenta en vano ocultar su homosexualidad disfrazada de la traición sentimental: “Era de madrugada cuando bajé del autobús en el paraje cercano al camino que llevaba al pueblo donde papá consumía aguardiente en exceso, para no creer que su mujer se acostaba con un campesino” (38). En este caso, el alcoholismo es una pantalla que tiene por objetivo esconder su latente homosexualidad. Más tarde en su obra *El pasado me condena*, Rodríguez Cetina destapa por completo la verdadera identidad sexual de su padre: “Reconozco que desde la infancia tengo una mirada que lee el comportamiento humano y que observaba en mi padre cierto afeminamiento, algo que para los demás pasaba desapercibido” (31).

Continuando con la deconstrucción del machismo en la novela de Rodríguez Cetina, un segundo aspecto a tomarse en cuenta es la existencia de una atracción incestuosa de Narveli por su padre. Al respecto la crítica Judith Butler lo caracteriza como “identification in its repudiated form” (99), por lo que el deseo se convierte en una forma de fantasía substitutiva: “Identifications are multiple and contestatory, and it may be that we desire most strongly those individuals who reflect in a dense or saturated way the possibilities of multiple and simultaneous substitutions, where a substitution engages a fantasy of recovering a primary object of lost love –and produced— through prohibition” (99). Este “objeto de afecto perdido” –Primary object of lost love— (citado en Girman 219), se representa en el padre de Narveli. Jessica Benjamin sugiere que es durante la etapa de la niñez temprana que se desarrolla una fase de identificación al desear al padre, relación que ella construye como el “prototipo del amor ideal” (108).⁴⁸

El asunto cobra especial relevancia al ceñirnos textualmente a la novela donde se pone de manifiesto el deseo de Narveli por su padre desde que éste era niño, pese a las humillaciones sufridas: ¿Por qué, papito querido, truncabas una posible intimidad epistolar”? (31). Pero más allá de este hecho, la única forma en que el protagonista accede a la etapa de identificación es a través del abuso sexual del que es víctima. Después de soportar una acalorada riña con su padre, Narveli se escapa de su casa para al poco tiempo después ser violado sexualmente: “El hombre se bajó a orinar y me recomendó que hiciera lo mismo [...] entonces me sujetó del brazo y me arrastró hacia los árboles oscuros [...] gracias papito por obligarme a conocer lo que llamaste la universidad de la vida” (41).

Después de ser abusado, Narveli se acuerda de su padre y rememora lo que un día le dijera respecto a su oferta de ayudarlo, con la única condición de que se quedara a vivir con él para “enseñarle las leyes de la vida” (38). La disponibilidad de *enseñarlo* se presenta como el intento de querer intimar con su propio hijo por lo que el deseo e

⁴⁸ Jessica Benjamin, en torno a su teorización sobre la etapa de identificación y deseo añade: “It is not some type of Freudian ‘negative Oedipal complex’ in which the boy identifies with the mother, and therefore wants the father. He identifies with the father, and therefore wants the father” (citado en Girman 219).

identificación se vuelven mutuos. Finalmente, el deseo se consuma mediante la violación que, simbólicamente, es la unión sexual con el padre: “The strong mutual attraction between father and son allows for recognition and identification, a special erotic relationship” (Benjamin 106).

A partir de la violación, veremos que Narveli comienza a experimentar un aumento en su deseo sexual, lo cual recae en la necesidad de satisfacerse por medio de la masturbación. En este sentido, la masturbación recrea la etapa de identificación con el padre para convertirse en el medio que los mantiene unidos. Narveli sobrevive pese a las carencias económicas y la falta de atención familiar, con la imagen de su padre en el momento de eyacular y, desde otra óptica, la masturbación se constituye como una frustración que más tarde le impide hacer pleno uso de su sexualidad (sobre todo al incurrir en la prostitución), debido a los sentimientos de culpa que se apoderan de él: “Me autocomplazco de nuevo, lo hago con el fin de quitarme la culpa por la vez anterior [...] al momento del orgasmo pienso en el odio que siento por mi padre [...] mi eyaculación es dolorosa” (44).

De esta forma, aunque parezca un acto prohibido, la teorización sobre el deseo y la identificación, ofrece una clave importante para comprender la manera cómo el machismo se estructura en relación con la homosexualidad. De allí que, según avanza en edad, Narveli se interne en la dinámica de las relaciones sexuales de acuerdo a lo prescrito por su entorno; el cual favorece la represión de todo impulso sexual que se aparte del discurso dominante del poder, y que ha establecido la heterosexualidad como la base a partir de la cual se esboza la identidad de las subjetividades (Foster 5).

En suma, si la dimensión paterna aparece en el primer plano de la obra, habría que ver hasta qué punto esto altera la vida de Narveli e influye en la toma de decisiones que más adelante lo llevan a prostituirse. Hasta este momento, el espacio *torcido* se encuentra en un proceso de ambigüedad gestado a partir de la desestabilización del machismo a través del padre, y que continuará siendo problematizado a medida que se exhiben algunos otros componentes, como lo veremos a continuación con ejemplos específicos tomados del mundo de la prostitución masculina observados en la novela.

1.2.2 *Chichifos, mayates y gays en Mérida: la prostitución masculina*

La prostitución heterosexual como tema recurrente en la literatura no es algo nuevo, sobre todo si consideramos importantes obras de la literatura latinoamericana escritas al respecto como *La casa verde* (1966) y *Pantaleón y las visitadoras* (1973) de Mario Vargas Llosa; así como *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (obra publicada póstumamente en 1971) de José María Arguedas y qué decir de las incontables veces, pero más recientemente, en *Memoria de mis putas tristes* (2004) de Gabriel García Márquez.

En contraste, su enfoque desde la vena literaria que gira en torno a la temática homosexual resulta todavía escasa, lo cual denota que la prostitución masculina está mucho menos institucionalizada que la femenina, aunque ya desde principios del siglo XX se insiste en el hecho de ligar la prostitución con la homosexualidad (por lo menos en México) como lo hace Castrejón⁴⁹ en su novela *Los 41*. En el mismo contexto pero décadas más tarde, en 1969, *Después de todo* de José Ceballos, antepone el tema de la prostitución masculina, aunque su tratamiento se perfila muy sutilmente; no obstante, su aproximación es importante en la medida que sienta precedente (Torres-Ortiz 49-50). Según Luis Mario Schneider, la novela mejor conocida por incorporar este tema es *El desconocido* (1977) de Rodríguez Cetina, aunque *El vampiro de la colonia Roma* de Zapata ocupa también un espacio importante como indica Oscar Eduardo Rodríguez en su libro *El personaje gay en la obra de Luis Zapata* (2006): “[L]a cercanía en la figura protagónica que hay entre la mencionada novela de Rodríguez Cetina y la de Zapata [es sumamente importante], pues en ambas los personajes centrales son *chichifos*⁵⁰ y se podría considerar *El desconocido* como un antecedente literario de *El vampiro de la colonia Roma*” [...](14)”.

⁴⁹ Según Ben. Sifuentes-Jáuregui, la prostitución y la homosexualidad se exhiben en la novela de Castrejón como sinónimos de sí mismas (46).

⁵⁰ Generalmente el *chichifo* proviene de la clase baja y sostiene relaciones sexuales con hombres como forma de ganarse la vida.

La diferencia entre ambas obras radica en que el joven protagonista de la novela de Rodríguez Cetina no disfruta de la prostitución como *modus vivendi*, y sólo accede a ésta para sobrevivir, mientras que en la obra de Zapata se retrata la vida de Adonis García, un joven que deambula por las calles de la Ciudad de México en busca de clientes que al mismo tiempo puedan satisfacer su apetito sexual. Se podría decir que estos dos personajes son los primeros protagonistas en ejercer el oficio más antiguo del mundo dentro de los confines de la literatura de temática homosexual en México.

Resulta conveniente señalar que en dicho país la práctica de la prostitución masculina ha sido común y que puede o no redituarse monetariamente, sino que también puede incluir cosas como el pago de una bebida o la entrada a un bar, en lo que suele conocerse como “chichifismo” en el argot de la comunidad *gay* mexicana (Lumsden 31-2). En este sentido, la terminología utilizada para definir el papel de los actores —quién hace qué y por qué— constituye una invitación a profundizar más en el tema, puesto que al hacerlo nos encontramos con la complejidad de organización de la homoculturalidad en México.

En su representación de la sociedad mexicana de provincia y sus problemas, Rodríguez Cetina logra de una manera adecuada representar las diferentes subjetividades que delinean el deseo homoerótico en la cotidianeidad del país a través de la prostitución masculina, mejor conocida en el lenguaje popular como *talonear* o *chichifear*. De esta manera no sólo se pone en relieve destellos de la novela mexicana de temática homosexual mediante una sensibilidad *gay*, sino asesta también un duro golpe a los convencionalismos que promueve la sociedad heteronormada en la vida de las personas a través del machismo. La rebeldía frente a los roles sexuales binarios es una muestra de la apertura hacia una sexualidad más libre y auténtica, en una época mejor conocida por la teórica Eve Sedgwick como “the long crisis of modern sexual definition” en su libro *Epistemology of the Closet* (1990) (citado en Gutmann 112).

La situación precaria en el ámbito económico del narrador-protagonista, Narveli, lo arroja a ejercer la prostitución masculina, en donde salen a relucir entidades como el *chichifo*,⁵¹ el *mayate*,⁵² el *chacal*,⁵³ y por supuesto, el *joto*,⁵⁴ que según su nivel sociocultural puede o no convertirse en *gay*. Estas categorías relacionadas con la homoculturalidad mexicana son producto de varios siglos de rechazo a la unión entre personas del mismo sexo. Basta remontarnos a los tiempos del poeta Netzahualcóyotl quien aconseja darles muerte a los sodomitas. Pero en una relación homosexual (por lo menos en México) se necesitan dos agentes: el activo (el *cuiloni* o *mayate*), y el pasivo (el *chichifo* o *joto*). Históricamente tanto los conquistadores españoles como los oriundos mexicas mostraron una actitud repulsiva hacia las prácticas de los homosexuales, pero sobre todo a las de los pasivos o penetrados. Según Salvador Novo, durante los hechos de la Noche Triste, los indígenas mexicas aludían a frases homofóbicas en contra de los españoles como “¡Cuiloni! ¡Cuiloni!” (Schuessler 154).⁵⁵ Esta distinción nos habla de un trato diferente basado en el papel de cada uno de los actuantes de la relación homosexual: mientras al *cuiloni* o activo se le privilegia, al *chichifo* o pasivo se le denigra.⁵⁶

Por otro lado, el tema de la prostitución se encuentra ligado directamente al turismo sexual. No obstante, la falta de investigación en la esfera mundial ha ocasionado que su marco conceptual resulte insuficiente en la medida que se tiende a abordar desde ángulos

⁵¹ El hombre, por lo general joven, que se prostituye con hombres o mujeres y que puede ejercer el rol pasivo o activo según los deseos del cliente(a).

⁵² Proviene de un estrato social bajo y accede a las relaciones sexuales con hombres como una forma de substituir a las mujeres cuando éstas no se encuentran disponibles, es decir que sólo funge el papel de activo.

⁵³ Es un hombre fuerte, masculino, proveniente de la clase trabajadora como albañiles, mecánicos, choferes de autobuses, etc., y que a simple vista pareciera que sólo funge el papel de activo, o sea que alimenta la fantasía de la división de los roles sexuales a través de la cual se le suele atribuir el papel de dominación en base a su apariencia física. Sin embargo, esto puede o no ser el caso.

⁵⁴ Uno de los epítetos más usados en México para desprestigiar al homosexual que funge el rol de pasivo en la relación homosexual.

⁵⁵ En su traducción al español les gritaban ¡putos! ¡putos!

⁵⁶ En su obra *El laberinto de la soledad* (1950), Octavio Paz nos refiere a este concepto con el que explica que el homosexual es solamente aquel que ejerce el papel de pasivo.

diferentes según el autor.⁵⁷ Martin Oppermann postula que el turismo sexual envuelve un proceso de al menos cinco características: el propósito, el intercambio monetario, la duración de la relación, el ejercicio de la sexualidad, y los actores del viaje (citado en López y López y Carmona Mares 102). En *El desconocido*, la remuneración del acto sexual mediante una forma alterna al común pago económico como regalos e invitaciones específicas, corresponde a una característica esencial que abre la puerta a un complejo mundo de códigos sobre la prostitución masculina. Por un lado, Anlino, el amigo que introduce⁵⁸ a Narveli a la prostitución, se vale de su poder de seducción para recibir un beneficio personal que no necesariamente se traduce en dinero. Anlino muestra la faceta del *gay posmoderno*⁵⁹ que se perfila en la sociedad mexicana desde los años 70, y que antes solía conocerse simplemente a través de los epítetos joto, puto, maricón, y rarito, sólo por mencionar algunos. Contrario a él, Narveli se involucra en el comercio sexual con un fin estrictamente económico y jamás se identifica como homosexual o mucho menos como *gay*. Estos dos escenarios revelan polos diferentes de la prostitución al mostrar cómo se organiza el deseo sexual según la identidad de cada uno de los involucrados, así como también la capacidad de diferenciar entre el lenguaje del cuerpo y el de la necesidad económica.

Después de múltiples intentos fallidos por lograr estabilizar su situación económica mediante la venta de electrodomésticos, tareas de limpieza, y encargarse de cobrar de puerta en puerta por las calles de Mérida, Narveli conoce a Anlino quien lo invita a caminar las calles del mundo de la prostitución como modo de vivir.⁶⁰ Anlino es descrito

⁵⁷ Para mayor información sobre el tema de la prostitución, véase el libro editado por Peter Aggleton: *Men Who Sell Sex: International Perspectives on Male Prostitution and HIV/AIDS* (1999).

⁵⁸ Ana Luisa Liguori y Peter Aggleton dan conocimiento de la entrada en el mundo de la prostitución a través de una persona que sirve como guía o padrino, es decir, alguien más experimentado. En el habla coloquial se conoce como padrote.

⁵⁹ Según Oscar Eduardo Rodríguez, el joven posmoderno se define como “pragmático, adicto al work out, vanidoso hasta el narcisismo, cínico hasta la crueldad, hedonista y venerador del dinero como único Dios” (168).

⁶⁰ Al respecto (y a modo de ejemplo) cabe mencionar la anotación de Liguori y Aggleton en su artículo, “Aspects of Male Sex Work in Mexico City,” en el que hacen mención sobre el viaje iniciático en esta actividad: “You always enter prostitution through apprenticeship. One person initiates the next. First you learn how to dress, wear make-up and carry yourself, then how to work the street” (108). Así, Anlino se nos

como un joven de la clase media que asiste al mismo instituto donde él y Narveli estudian inglés. Allí, ambos simpatizan de inmediato y llegan a convertirse en buenos amigos, lo que les permite olvidarse momentáneamente de sus inquietudes: Narveli de sus problemas económicos y Anlino de la falta de atención por parte de sus padres. Por todo esto Narveli toma consciencia del desfase que existe entre los problemas de cada uno: “Anlino se notaba contento, él no tenía problemas graves, y decidimos caminar calles y calles para acercarnos a su casa. Anlino me comentó que su joven maestro de biología, con frecuencia le hacía ojitos” (47). En parte, esta confesión no toma por sorpresa a Narveli puesto que antes ya se había percatado de su condición sexual: “No me importa que sea afeminado. Ya es mi amigo y creo que nos identifica la soledad” (47). No obstante, el desprecio que el protagonista de la novela hubiese sentido por Anlino si no existiera de por medio un lazo de amistad, deja entrever una actitud homofóbica al estar consciente del estigma asociado con el afeminamiento y su supuesto vínculo con la homosexualidad, noción presente en el imaginario social mexicano desde principios del siglo XX, como ya referí con anterioridad al principio de este capítulo.⁶¹

Los primeros códigos del lenguaje de la seducción le son revelados a Narveli a través de la confesión de Anlino. Aquí, la mirada funge como el principal elemento que le permitirá conseguir clientes: “—Narveli, ¿te cuento? Bueno, pues le sostengo la mirada, con discreción, por supuesto. —Eres un travieso —le digo” (47). Esta primera regla de la *taloneada* nos transporta al *ghetto* de los marginados homosexuales al que las sombras de la noche resguardan y en donde se tejen infinidad de historias. El jardín de la plaza principal de Mérida es el aposento de un *spatium continuum* de sujetos capaces de comercializar con su cuerpo por distintas razones. Sobre la vida nocturna *gay* y su asociación con la prostitución masculina, Juan Carlos Bautista menciona lo siguiente:

presenta como el padrote (designio lingüístico del español mexicano) que introduce a Narveli en el comercio sexual masculino.

⁶¹ Sobre una detallada descripción de la invención de la homosexualidad en México, véase *Que se abra esa puerta: Crónicas y ensayos sobre la diversidad sexual* (2010) de Carlos Monsiváis.

“Ejercer”: el verbo es magnífico por equívoco, si por equívoco entendemos la ambigüedad de las costumbres, el carácter forajido de la sexualidad, la erotización del mundo personal. El doble sentido obvio (ejercer la prostitución) se remite a una manera de vivir la ciudad: la ciudad prohibida, nocturna, la prostibularia. Ejercer la ciudad: caminarla, sobrevivirla, erotizarla, forzar sus límites morales, saturarla, sumergirse en su caldo tumultuoso, multitudinario, para, al cabo, volverla íntima. (210)

Bajo este acto de “ejercer” la prostitución, Narveli y Anlino recrean un espacio en el que sus cuerpos se funden en la sensualidad de una ciudad prostituida. Los dos son testigos de la vitalidad y la fusión de la Mérida nocturna entre el vaivén del oficio que algunos desempeñan por necesidad (Narveli), pero que otros como Anlino, utilizan para liberarse de los atavismos de la clase media a la que pertenece. Sin duda, el reconocimiento de su sexualidad en la esfera pública es una de las principales características que intentan dar vida a un espacio *gay*.

Al profundizar un poco más sobre la relación entre el cuerpo y la ciudad, nos percatamos de dos formas distintas de la organización del deseo según el actuante: Anlino se proyecta ante la sociedad bajo una clara identidad *gay*, en oposición a Narveli quien se ciñe a los decretos del conservadurismo e hipocresía de la sociedad en que se desenvuelve. La posición económica de Anlino lo aleja de los problemas comunes entre la clase desprotegida y cuya principal preocupación es poder comer, como lo vemos en el caso de Narveli: “El hambre me hacía tomar conciencia de mi desempleo. Mi única posibilidad era la de comprar una barra de pan y comerla con un refresco para no llegar hambriento al instituto de inglés” (48).

En marcado contrapunto, la ausencia de inconvenientes graves en la vida de Anlino (como la renuente actitud de su padre de pagarle un viaje a Miami, ciudad por demás homoerótica), le concede, hasta cierto punto, mayor poder sobre su sexualidad. Esta insatisfacción, no obstante, lo lleva a añorar “ser libre como Narveli” (48), al sentirse prisionero de sus padres: “Ya sueño con terminar mi carrera para independizarme de papá y mamá, quiero ser libre para soltarme el pelo ¿entiendes? [...] mientras tanto seré libre

en la clandestinidad” (51). Aquí, la expresión “soltarse el pelo” nos refiere a su deseo de querer salir del clóset y declararse abiertamente homosexual. Sin embargo, para lograr su completa libertad es necesario permanecer al lado de sus padres, situación que de ninguna manera le impide relacionarse sexualmente con otros de su mismo sexo.

Desde este ángulo, Eve Kosofsky Sedgwick postula lo siguiente respecto a la salida del clóset: “Closetedness itself is a performance initiated by the speech act of a silence –not a particular silence, but a silence [...] in relation to the discourse that surrounds [...] it” (3). Así pues, la idea básica de Sedgwick se hace patente a través de Anlino quien, al querer declararse abiertamente *gay*, intenta autolegitimizarse dentro del espacio familiar (clase social media), puesto que fuera de éste (clase popular), ya lo había hecho desde el momento que ostenta su afeminamiento al caminar por las calles de su ciudad natal, solo o en la compañía de Narveli.

Volviendo al tema de los procesos que envuelven el turismo sexual, la búsqueda de la libertad por parte de Anlino lo lleva a involucrarse con su maestro de biología, quien a cambio de tener relaciones sexuales le promete ayudarlo a entrar a la universidad. En este sentido, el poder público de su maestro revela otra dinámica de la prostitución que va más allá de lo comúnmente concebido: Anlino consigue su pase a la universidad al mismo tiempo que su maestro logra saciar sus deseos carnales:

--Mejor olvidas la carrera de leyes para dedicarte a la cocina, preparaste unos sándwiches de lujo. –Imposible seguir tu consejo porque el maestro de biología me ha asegurado mi entrada a la universidad. – ¿A cambio de qué? –Le acaricio una mejilla. –Por lo visto tú piensas en lo mejor... (51)

En este apartado vemos que no solamente existe la prostitución en la calle, sino que también puede ejercerse dentro de contextos y situaciones que muy a menudo suelen pasar desapercibidos. Por esta razón, los estudios sobre la prostitución pueden resultar inexactos al no tomarse en cuenta lugares como los centros de trabajo, escuelas, y sitios en su mayoría considerados seguros y bien vigilados. Además, existen relaciones de pareja en las que también se puede observar una dinámica de prostitución, tal y como se verá en el último capítulo de este trabajo.

Por otro lado, la importancia que asume el culto al macho también se presenta en la novela mediante una de las fantasías más prevalentes en el submundo de la prostitución. Se trata del deseo de los clientes de relacionarse íntimamente con hombres de aspecto fuerte, varonil, rudo, a los que también se les conoce en México con el sobrenombre de *chacales*. Debido a que el *chacal* no se considera asimismo homosexual, bisexual, ni mucho menos *gay*, Rodríguez afirma que más bien funciona como una especie de infiltrado, encargado de vigilar y mantener el sistema heteronormativo patriarcal. Sin embargo, esto no quiere decir que el *chacal* quede fuera de cualquier espacio *torcido*; sino todo lo contrario, al proyectar una imagen basada en las características prototípicas del macho, el *chacal* se vuelve motivo de deseo para el *gay* (asumido o no), pese a la situación de riesgo. Estamos, entonces, ante un dilema de la vaguedad del concepto de machismo, tal y como se esbozó con anterioridad, puesto que este tipo de atracción (fatal), constituye en sumo grado una de las razones por las cuales resulta difícil aproximarnos con exactitud a los parámetros tejidos en la literatura de corte homosexual.

En su investigación sobre la prostitución masculina en Brasil durante los primeros años de la década de los 80, Néstor Perlongher se encuentra con el mencionado *chacal* y que en Argentina se le conoce como *chongo*, “un varón que, sin renunciar al prototipo masculino, ni necesariamente prostituirse, se relaciona sexualmente con maricas” (11). El *chacal* o *chongo* se jacta de heterosexual para conseguir un número mayor de clientes que buscan en ellos la realización de sus fantasías. Estos clientes en quienes la sociedad descarga el peso social del estigma, tampoco están libres de culpa al ceñirse a la “ilusión de masculinidad intachable” que Antonio Marquet (2006) señala en su libro y que cito extensamente:

[...] La construcción de un aspecto homosexual incuestionablemente masculino (el *gay* que pasa horas en el gimnasio para expresar fuerza a través del volumen de los bíceps; lleva tupido bigote, usa cabello corto, exhibe fuerza, y proyecta un calculado despliegue de masculinidad) [...] rinde culto a la desmesura peniana, con una voluntad por apoderarse de la idea misma de la masculinidad, de los rasgos del padre, sin cuestionarlo. (42)

Si bien se podría decir que esta poderosa afirmación deconstruye la teoría *queer* y sus posibles aplicaciones en Latinoamérica, también entrevé la necesidad de teorizar más a fondo sobre una teoría que se asemeje y compagine con la realidad local. Dicha afrenta convoca a llevar el tema más allá de clasificaciones (*gay*, homosexual, puto, *joto*, maricón, *mayate*, *chichifo*, etc.) que arbitrariamente pretenden dar por sentada una realidad que, lejos de serlo, es tan sólo el eje a lo largo del cual transita el espacio *torcido* que aquí propongo. ¿Acaso la novela de Rodríguez Cetina busca integrar tal espacio o en realidad tan sólo continúa con el mismo patrón heteronormativo para deslindarse de cualquier deseo homoerótico y arrinconarlo en el terreno de la represión? ¿Qué pesa más? ¿Tradición o modernidad?

Volviendo al aspecto clave de la identidad *gay*, la declaración abierta de la homosexualidad de Anlino en un contexto social (en la calle) le da la ventaja de estar al tanto de la cultura internacional propia de países como Estados Unidos, Canadá y de Europa Occidental. Esto se constata dada su forma abierta de relacionarse sexualmente, sus lecturas de autores abiertamente homosexuales como André Gide, pero sobre todo, por el rechazo del *sistema mediterráneo*,⁶² en el que sólo se considera homosexual al agente pasivo. Con esta nueva forma de pensar, Anlino se muestra copartícipe de la época del destape *gay* que ruge con vigor hacia finales de los años 70 y que lucha por la reivindicación de los derechos de los homosexuales.

Por otro lado, Narveli continúa haciendo eco del sistema heteronormado tradicional. De acuerdo a su perspectiva, el plano sexual le es completamente vedado desde el episodio de la violación, situación que se agrava aún más al acceder al submundo de la prostitución masculina. Previamente, su experiencia con una mujer prostituta –situación poco grata— le lleva a conocer de primera mano el rito de pasaje *par excellence* entre las sociedades latinoamericanas. En este sentido, se marca la pauta para que los jóvenes adolescentes sostengan sus primeros contactos sexuales con prostitutas como una manera

⁶² Se trata de una predilección esfinterial típica del machismo latinoamericano, según Lacey (1979) (citado en Perlongher 161).

de afirmar su masculinidad. En el caso puntual de Narveli, semejante situación ocasiona un importante choque en su ya de por sí dañada concepción de la sexualidad:

Me dejé llevar como un autómeta. Las piernas me temblaron cuando me encontré frente a prostitutas en el interior de un viejo hotel; se trataba de mujeres cuarentonas devastadas por el oficio. Una de ellas me jaló de la mano hasta un cuarto con un colchón en el piso. Se quitó la bata, se acostó y me dijo: ven muchachito, desnúdate, te voy a enseñar a coger. Comencé a sudar atterradoramente al encontrarme encima de su vientre y senos flácidos, empezó a manipularme con la mano hasta conseguir que la penetrara. El calor de su vientre me provocaba un sudor torrencial y sólo pensaba en salir a la calle, en huir de aquel cuerpo desagradable y sucio. (27)

Esta crudeza de imágenes dibuja la manera como la violencia permea la sexualidad de Narveli desde muy joven. Su experiencia con la prostituta ocurre después de ser violado y al poco tiempo sobreviene su primera eyaculación, producto de la masturbación. Este hecho constituye una señal importante, ya que de ahí se apoderan de él sentimientos de autorepresión en el ámbito sexual.

En su libro *El amor imberbe* (2010), Mauricio List Reyes elabora un trabajo detallado sobre la intimidad emocional y sexual que se suele dar entre un hombre de edad mayor y uno menor (aspecto que retomaré en el último capítulo de este trabajo). Por ahora baste decir que dicha investigación, además, abarca el aspecto histórico que se devela a partir de las prácticas homosexuales en la Grecia antigua (el llamado amor griego), las cuales y pese haber sido sujetas a una serie de cambios con el paso del tiempo, continúan haciendo eco en el presente. En esta misma línea de pensamiento, List Reyes explica cómo en nuestra sociedad contemporánea se ha pretendido ocultar a los jóvenes cualquier tipo de cuestiones referentes a la sexualidad:

Subyace en ello un juicio negativo de la sexualidad, como un mal necesario que tendría que aplazarse, pues nada bueno le puede dejar al joven. De ahí la constante preocupación por evitar que ello suceda. Las normas implícitas y

explícitas, en consecuencia, mantienen continuamente la consigna de alejar a los jóvenes de la sexualidad. (24)

Ciertamente, dicha evasión es la que empuja a Narveli, en primer lugar, como autómatas a intimar sexualmente con la prostituta, por aquello de que “en muchos casos la condición masculina implica la presunción de que un varón ‘siempre está listo’” (List Reyes 60); y en segundo lugar, a la negación del cuerpo (o sea de la sexualidad) por más de que sea parte del discurso social. Las consecuencias de ambos hechos constatan la siguiente tesis: “[...] que la sexualidad no es asunto de jóvenes” (List Reyes 63).⁶³

Desde esta perspectiva, esta característica se agrava cuando Narveli se deja llevar por los rumores que escucha en la escuela y en la casa de su tía sobre el peligro de la autocomplacencia. Esta manera poco positiva de ver su cuerpo conlleva, en parte, al deterioro de su salud mental, al asociar la práctica masturbadora con la culpa:

Semanas después me enteré que los muchachos mayores se masturbaban. Un maestro los reprimía en clase, es malo hacerlo, provoca anemia, se pueden enfermar. El deseo por autocomplaceme se volvió tan intenso como el temor a los sentimientos de culpa. Triunfaba violenta excitación y al momento del orgasmo imaginaba a la tía querida gritándome *depravado*. Por la mañana despertaba deprimido, asegurándome que no lo volvería a hacer. (27)

Aparte de la tía, aparecen en sus sueños el recuerdo de su padre y el amigo Julio que lo llevó a experimentar por primera vez con la prostituta. La mezcla de opiniones en relación a los supuestos efectos nocivos de la masturbación alude a la regulación de la

⁶³ List Reyes rebate la noción de que la sexualidad no es parte de los jóvenes al decir lo siguiente: “Dentro del trabajo de investigación que he desarrollado por más de diez años, lo que me he encontrado es que la sexualidad es un elemento central en la juventud. Una sexualidad que además se enfrenta a la presencia de los más contradictorios discursos: El mutismo de la familia y la vergüenza que se expresa al tener que abordar esos temas; la reticencia de la escuela a referirse a algo más que no sea la biología de la reproducción, una extremada presencia de la sexualidad heterosexual misógina y homófoba a través de las industrias culturales; una permanente reiteración de mitos e informaciones imprecisas en los grupos de pares; y todos esos discursos que reiteran constantemente los prejuicios existentes en torno a la sexualidad, así como las posiciones que sólo reconocen como moralmente válidas las prácticas de la sexualidad heterosexual con fines reproductivos” (63-4).

sexualidad de la población, como se ha venido haciendo desde tiempos inmemorables y en donde la Iglesia Católica marca el principal derrotero.

Por su parte, el consumismo y los productos extranjeros marcan la experiencia de ambos *chichifos* pero también de César, el primo de Narveli, quien también enmarca la figura del *mayate* en la novela: “Mi primo César me contó que se fue a la cama con un médico por dinero. ¿No padecerá sentimientos de culpa después del orgasmo? Lo noté despreocupado, como si contara una trivialidad” (54). Los tres reflejan diferentes ideas sobre la prostitución, ideas que se alimentan por la necesidad de querer acceder a productos ajenos a sus posibilidades: refrescos (Coca-Cola), joyas, viajes, alcohol; y que sólo pueden obtener mediante la venta de sus cuerpos.

De ese nuevo mundo que intentan adueñarse se desprende la relación entre identidad sexual y poder adquisitivo, personificada a través de Mike, el turista canadiense, quien contrata los servicios de Narveli y Anlino. Mike se asemeja al *gay* extranjero que piensa que “there are a number of cultures where all men can be had for the right amount” (citado en Aggleton xiv). Pero tras la capacidad adquisitiva del turista se esconden, parafraseando a Perlongher, “las fauces voraces de los pederastas que el imaginario social viste con la bata de cola de la lujuria y la opulencia” (150). Desde este ángulo, *El desconocido* nos sumerge en un recorrido por el turismo sexual, impulsado por la crisis económica mexicana de los 70, y que se antepone como anatema de la perversión sexual extranjera. No obstante y como se señaló con el ejemplo de Anlino y su maestro –y más recientemente con el de César – todos ellos optan por ver a sus *partenaires* como pervertidos sexuales para deslindarse de toda responsabilidad, pese a existir un beneficio mutuo de por medio.

La identidad *gay* que gira en torno al consumismo de los extranjeros convierte a los tres prostitutos (Narveli, Anlino y César), en mercancía. Mike, siquiatra canadiense de profesión, viaja a Mérida en busca de sol, mar y arena; pero también de carne fresca de adolescentes. En su caminar por la ciudad conoce a Anlino, quien queda maravillado y “a cambio de la buena atención recibida, el turista le da veinte dólares” (59). Al contarle su experiencia a Narveli, éste espera también poder sacar provecho de la situación y un día

después Anlino lo presenta ante Mike como su *best friend* (60). El uso del idioma inglés (obligatorio si se quiere ganar dólares) obliga a Narveli a tratar de comunicarse de la mejor manera posible, aunque para eso tenga que recurrir al uso de señas y gestos.

Posteriormente, el momento del acto sexual culmina en el total fracaso debido a que Narveli experimenta sentimientos de culpa que se apoderan de su mente y no le permiten desempeñar su oficio. Ni siquiera el constante recuerdo de la experiencia de su primo que se acostó por dinero con el médico le otorga suficiente confianza en sí mismo, para ver la situación como una mera transacción monetaria. En su artículo, Liguori y Aggleton mencionan que la presencia de sentimientos como la vergüenza y el arrepentimiento son comunes en los jóvenes que se prostituyen; emociones que sólo desaparecen después de dedicarse a esta actividad por cierto tiempo: “Raúl, who had been there for five months, and Nicolás, who had only arrived a few weeks earlier, gave the appearance of being rather shy, and their insecurity was evident. Raúl also said that the work made him feel ashamed and much of the time he regretted being there” (117).

Pero la necesidad económica es más fuerte en la vida de Narveli por lo que repite su visita al turista en su hotel, junto con Anlino, quien le aconseja que se entregue con pasión para poder conseguir más dinero. Finalmente Narveli logra sostener una relación sexual pero a manera de *Ménage a trois* con Anlino de por medio:

Mike nos lleva a la cama. Anlino sucumbe agitado por los besos del turista que me enseña sus nalgas flácidas y piernas sin vellos. Mike parece interesado en mi falta de participación y besa mi vientre, baja los labios para succionarme y no sé qué sucede porque todo el mundo exterior se borra. Bebe lo que ha extraído de mi cuerpo y después besa mi pecho. Anlino sube encima del turista. Siento urgencia de los labios de Anlino, nuestras bocas se encuentran, nos besamos, las lenguas juegan durante segundos en los que sólo siento el sabor placentero de su boca, entonces le acaricio los cabellos en el momento en que Mike me succiona otra vez. Vuelvo a buscar la boca de Anlino, pero ya no tengo tiempo porque de nuevo el mundo es borrado por la boca de Mike que me absorbe todo. Nadie habla.

Pasan minutos de silencio. El turista se acomoda entre los dos. Quisiera disfrutar un rato más el sabor de la boca de Anlino. (65)

Sólo mediante el trío Narveli es capaz de entregarse al sexo aunque el principal motor, como se ve, es Anlino de quien verdaderamente se siente atraído. Él por su parte insiste en ver la prostitución como una frivolidad más de la vida:

--¿Ya ves? Además de disfrutar tu cuerpo sigues vivo y con treinta dólares, este ha sido un domingo de éxito. Escucha Narveli, es sano entregarse a los hombres con dinero. La sexualidad se define en la cama, grábatelo –Anlino se muestra desenfadado de felicidad. Le doy una palmada en el hombro. Lo que dice es cierto, debe ser cierto. (66)

La capacidad de definir la sexualidad en la cama como alude Anlino rebate la noción de la heteronormatividad patriarcal como único sistema de explorar la sexualidad. Anlino deja abierto, en palabras de Butler, un *continuum* que ofrece amplias posibilidades en el terreno de la sexualidad.

Finalmente, la crítica a la sociedad está implícita en la novela no sólo a través de la prostitución, sino del atraso que existe en materia de derechos humanos que protejan a los homosexuales de abusos. En este caso, nuevamente Anlino se encarga de diseminar el discurso *gay* de las sociedades norteamericanas y europeas que convoca a la unión de la comunidad homosexual:

--¿Te das cuenta de lo atrasado que estamos? Damos lástima en el terreno sexual. Unos amigos me han hablado sobre la libertad sexual en algunos países europeos. Cuando seamos un pueblo culto y politizado, será cuando dejen de discriminarme y llamarme maricón. Me gustaría estudiar en Europa ¿Entiendes por qué? (93)

La propaganda implícita de lo *gay* a través de esta nota explicativa nos habla de los riesgos de salirse de los confines de la heteronormatividad en la sociedad mexicana, acción apoyada por la ineficacia de las clases gobernantes. La extrema valentía de Anlino de querer romper con estas barreras brinda a la mesa del debate otro de los esfuerzos por

redoblar el sentimiento de pertenencia de los homosexuales en grupo a través de su aglutinamiento como comunidad *gay*.

Bajo esta focalización, Anlino no sólo alude a la necesidad de redoblar esfuerzos por conquistar un espacio de pertenencia en el que se pueda desarrollar libremente, sino que también a los confines del (s)exilio. A través de la historia universal se ha documentado la emigración por parte de algunos integrantes de la comunidad *gay* hacia la ciudad e, inclusive, a otros países o continentes como bien refiere Didier Eribon: “Esta mitología de la ciudad –y de la emigración a la ciudad– ha coexistido durante largo tiempo con una mitología más general del viaje y del exilio [...]” (35). El (s)exilio le brinda al sujeto homosexual el cuidado y la protección que en su lugar de origen no pudo encontrar. En este sentido, no solamente es Anlino quien acude a este rasgo (o necesidad) de algunos homosexuales, sino también Narveli al tomar la decisión de trasladarse a la ciudad de México.

Como hemos podido ver en el análisis de *El desconocido*, la novela registra un discurso histórico-social que revela la complejidad de la prostitución masculina en el modo de vivir de sus actantes, es decir, de los *chichifos*, *mayates*, y *gays*. A simple vista podría tratarse de una manera más de ganarse la vida, como insistentemente le sugiere Anlino a Narveli. No obstante, la relación entre el cuerpo (reflejo o falta de identidad misma) y la ciudad (espejo de la sociedad), entrevé la organización del deseo homoerótico en la cotidianidad de la vida de los personajes sujetos a una doble moral que impide, en el caso de Narveli y su primo, ejercer abiertamente su sexualidad sin atavismos. El sexo comercial otorga a sus actantes un espacio y/o agencia dentro de la sociedad que de otra manera jamás podrían haber adquirido, sobre todo Narveli debido a su carente situación económica. En ese sentido, la prostitución masculina se puede considerar uno de los pilares principales del espacio *torcido*.

En breve, y a pesar de ponerse en marcha la deconstrucción del machismo en la novela, ésta no deja de estar ligada a la represión de la sexualidad. Por esta razón, cabe la pena preguntarse hasta qué punto existe un espacio *gay* si Narveli y su primo insisten en negar sus impulsos sexuales, en volcar sus frustraciones personales y descargar el desprecio y la

estigmatización sobre sus compañeros sexuales, al verlos como únicos y verdaderos depravados, y pederastas; cuando en realidad lo único que hacen es ser cómplices de los códigos de la prostitución impulsada por ellos mismos.

En cuanto al carácter de Anlino, el *chichifo* que no se prostituye por dinero, es quizás el único personaje de todos que forja un verdadero espacio *gay* en la novela. El rechazo de su posición económica a cambio de una vida de placer y desenfado representa una clara afirmación de las necesidades eróticas y, al mismo tiempo, una demarcación de identidad que deja en segundo plano las presiones machistas apoyadas por la sociedad conservadora.

Bajo esta línea de pensamiento habría que considerar, también, la manera cómo la prostitución masculina sigue moldeando la representación de los personajes homosexuales en la literatura. Más adelante en los capítulos 3 y 4 de este trabajo abordaré nuevamente el tema --aunque desde una perspectiva diferente -- para ilustrar su importancia en la construcción del espacio *torcido* que en el caso particular de *El desconocido* se manifiesta a través de la mirada transgresora entre la represión sexual y el advenimiento de la comunidad o espacio *gay*.

Al respecto sólo cabría añadir que los códigos heteronormativos que intentan regir la libertad de los personajes en la novela, lejos de hacerlo, resaltan la diversidad de un espacio en el que conviven diferentes identidades. Pasemos ahora al segundo texto de Rodríguez Cetina para ver con detenimiento la relación entre el relato autobiográfico y *El desconocido*, como forma de hacer las paces con su *yo* interno, al mismo tiempo que comprendemos mejor el proyecto literario de su autor.

1.3 El efecto terapéutico de la confesión autobiográfica en *El pasado me condena*

Antonio Marquet (2001) nos recuerda que desde los primeros brotes de la novela de temática homosexual en la década de los 60, el relato autobiográfico ha sido utilizado como uno de los principales recursos que han dado forma a este particular tipo de narrativas: “La incidencia de la ficción autobiográfica en la novela homosexual se encuentra sobredeterminada, surge como una necesidad ya que al parecer sólo en el espacio intimista es posible crear una palabra que hable de lo diferente” (29). Al enunciar esta frase, Marquet se está refiriendo a lo que él llama escritura *gay*, es decir, la recuperación del pasado –oscuro—que le permite al autor desembocar en un presente catártico, tal y como lo hace Ceballos Maldonado en su ya citada obra *Después de todo*: “Catarsis porque a pesar de todo Lavalle logra a través del relato autobiográfico convertirse en un sujeto activo y conjurar a través de la narración una vida en la que fue siempre víctima” (78).

Tomando en cuenta la aproximación de Marquet, uno de los aspectos más importantes que permean la obra entera de Rodríguez Cetina es la confesión autobiográfica. A través de la reconstrucción de su vida nos hace partícipes del drama que plagó su existencia y que en vano quiso superar mediante su escritura – ¿acaso *gay*?— principal catalizador del proceso de auto ayuda psicológica que traza en su obra. Dicha situación se hace patente, sobre todo, en *El pasado me condena*, donde aclara de voz propia el contenido autobiográfico de la misma.⁶⁴

Toda vez que la confesión autobiográfica se presenta como uno de los recursos estilísticos usados por Rodríguez Cetina, considero relevante, en primer lugar, hacer mención del marco teórico que envuelve a la autobiografía y posteriormente relacionarlo con la práctica de la escritura como terapia psicológica. De esta manera veremos cómo

⁶⁴ En repetidas ocasiones, Rodríguez Cetina aclaró el contenido autobiográfico de su obra como le fuese referido, por instancia, a Benjamín Araujo Mondragón: “Este libro es más autobiográfico que los demás” (1).

Rodríguez Cetina intenta poner atrás el pasado que, según las circunstancias de su vida, lo condenó.

1.3.1 Génesis de la autobiografía

Puesto que se pueden encontrar características específicas, el estudio de la autobiografía como género literario, se concentra en tres áreas: el sujeto, el lenguaje y la intertextualidad (Ramírez 190). Se señala, además, la existencia de una especie de *juego* con el público que erróneamente asume el contenido de la autobiografía como cien por ciento verídico. Dicho punto es el que ha creado, precisamente, un mayor interés en el tema desde la mitad del siglo pasado cuando se comenzó a difundir el estudio de la autobiografía, puesto que por mucho tiempo reinó el desinterés por parte de los teóricos y críticos (Ramírez 189).

Georges Gusdorf, considerado un pionero de los estudios autobiográficos contemporáneos a raíz de la publicación de su artículo, “Condiciones y límites de la autobiografía” (1956), polemiza contra el supuesto positivista de que es posible reconstruir el pasado objetivamente, e indica que la autobiografía es más bien la construcción de recuerdos, es decir que un *yo* que ha vivido elabora un segundo *yo* producto de la escritura.

Otro punto que señala Gusdorf sobre la autobiografía es que representa un producto tardío de Occidente que sirve para dar cuenta de la vida del hombre, sus actuaciones y motivaciones internas. De ahí que el propósito número uno de la autobiografía sea el de la salvación personal a través de la confesión (citado en Ramírez 219). Esta búsqueda de la salvación personal es representada por Rodríguez Cetina en su intento de mostrarnos su verdadero *yo* (exaltado), producto de una vida trágica, como lo narra en el prólogo de su obra y que cito extensamente a continuación:

Me resultaba necesario escribir este libro de relatos autobiográficos por el deseo de rescatar algunos recuerdos que no fueron novelados en tantos libros que, de alguna manera, terminan conformando una sola historia. Comprendo la opinión de algunos amigos escritores quienes han publicado que cada novela da la impresión

de ser la continuación de la anterior. Creo que fue involuntario, no programado y que respondió a la necesidad de desnudarme emocionalmente por medio de la literatura con la intención de apaciguar los recuerdos que me torturaban. Las historias de este libro son diferentes, pero estoy consciente de que, en los relatos, con frecuencia menciono los temas recurrentes y obsesivos que han caracterizado mi obra. No se trata de una repetición inconsciente porque tampoco se imponen en la trama de cada anécdota, en las que dominan los personajes que inspiraron su escritura. Antes de su publicación, leí veinte veces este libro y decidí que debía publicarse tal como está, para poder justificar que el pasado me condena. En algunos relatos se menciona el mismo recuerdo traumático, todo con el fin de reforzar la anécdota narrada. También siento que con estos relatos autobiográficos cierro el ciclo temático que me dominó desde mi primera novela. Es demasiado temprano para imaginar qué es lo que vendrá a continuación, pero siento la insoportable necesidad de continuar escribiendo. (12)

El proceso escriturario de Rodríguez Cetina se convierte en un acto intimista, en el que antepone la literatura como su justificación o pretexto personal; el cual, según nos refiere Marquet, se mediatiza a través de la escritura de temática *gay*. En este sentido, se podría decir que el proceso catártico se compone de un sentir de resignación (como el mismo título de la obra descubre), pero que a pesar de ello alberga un pequeño recoveco de luz y esperanza.

Continuando con el aspecto teórico de la autobiografía, alrededor de la misma época en que Gusdorf publica su artículo, James Olney escribe *Metaphor of the Self* (1972), libro que pretende explicar por qué del repentino auge de los estudios autobiográficos. Una de sus hipótesis es que tal interés proviene del surgimiento de una serie de estudios sobre las minorías, como la negritud y los estudios feministas. Por esta razón, Olney propone que el género autobiográfico se antepone como una importante base de apoyo para dichos estudios, puesto que su estado marginal y manera no oficial de documentar la historia así lo hacen necesario (citado en Ramírez 191). Olney propone también el estudio de la autobiografía en tres etapas: *bios* (considerada un subgénero de la autobiografía), *autos* (la relación entre el sujeto y el texto) y *graphie* (donde se asume que ni el *autos* ni el *bios*

son identidades completas), para dar a entender cómo el *yo* y la vida adquieren una forma determinada a través del acto de escritura.⁶⁵

Complementando lo expuesto por Olney, Karl J. Weintraub, subraya que la autobiografía rememora los aspectos más significativos de toda una vida; mientras que en las memorias se narran realidades independientes del sujeto que las ha llevado a cabo. Por su parte, la diferencia entre autobiografía y diario recae en que en la primera pretende dar sentido a la vida retrospectivamente y en el segundo no (citado en Ramírez 195).

Dentro del campo de lo que actualmente se denomina la teoría contemporánea de la autobiografía se encuentran los postulados de Philippe Léjeune y Elizabeth Bruss. Léjeune toma el lugar del lector para establecer una especie de contrato; es decir, el llamado *pacto autobiográfico*, parafraseando el título de su libro publicado en 1975. En él, Léjeune define la autobiografía como un “relato retrospectivo en prosa que una persona hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad” (50).

Según Léjeune, lo que hace que la autobiografía sea tomada como tal, es decir, como una verdad; es la identidad declarada de manera explícita en el texto, tal y como nos lo hace ver Rodríguez Cetina en el prólogo de su última obra. De esta manera se establece el pacto con el lector que asume la narración como un relato autobiográfico que se ciñe a lo ocurrido en el pasado desde la perspectiva del presente y de la del narrador. Por su parte, Bruss agrega que el pacto autobiográfico está determinado por el escenario en el que se desenvuelve y por la comunidad literaria que trae consigo su propia tradición cultural.

Así pues, al momento de analizar la tradición literaria hay que tener en cuenta que existen diferentes formas de leer y que tanto el lector como el escritor contribuyen a la evolución de dicho pacto. De principio, la advertencia del prólogo en *El pasado me condena* no pone en aviso al lector de que nos encontramos ante la ficcionalización de la obra; no obstante, a medida que vamos recorriendo su seno nos damos cuenta de ello, sobre todo a

⁶⁵ Olney aísla también la primera etapa para señalar la existencia de la metaliteratura que intenta crear la diferencia entre el diario, las memorias, el autorretrato literario y la autobiografía (33)

raíz de la insistencia de un *yo* personal que enumera un listado de los traumas ocurridos en la vida del autor, y de esta manera se pretende establecer su antídoto por medio de la escritura.

1.3.2 ¿Es peor el remedio que la enfermedad?

Al ceñirnos textualmente al primer capítulo titulado “Distinto amanecer,” nos encontramos de inmediato con los principales fantasmas emocionales que rondaron la vida de Rodríguez Cetina hasta el día de su muerte: la soledad, el abandono, el alcoholismo y la adicción a las pastillas tranquilizantes. Sin embargo, se pone énfasis en la violación sexual de la que fue víctima. La alta carga emocional que envuelve este episodio, según el autor, no tiene la intención de conmover al público lector en aras de resaltar el dramatismo de su existencia, sino la de sanar emocionalmente como le recomendara su siquiatra: “Entonces me pidió que mejor escribiera mis problemas mentales, suponiendo que así me sería más fácil confiarle mis secretos [...] me urgía sacudirme los fantasmas del pasado que me atormentaban y, debido a mi edad, creía que por medio del psicoanálisis iba a estabilizar mi sexualidad” (62). Así, partiendo desde un punto de vista siquiátrico, la escritura autobiográfica es conocida como una manera eficaz de combatir situaciones traumáticas, como lo sugieren algunos estudiosos del tema que apoyan esta hipótesis.⁶⁶

El autor-narrador se refiere a la inhabilidad de sostener relaciones sexuales (con cualquier sexo), problema que asocia a la violación sexual que sufrió a temprana edad, así como a su pasado de prostitución: “Me aterrorizaba la idea de sostener relaciones íntimas con cualquier género, los recuerdos del comercio sexual me provocaban rechazo contra los hombres y me causaba miedo no responderles físicamente a las mujeres” (61). Como si fuera necesaria una intervención extrema –tal y como las llevadas a cabo por la pseudociencia del siglo pasado con el supuesto fin de curar la homosexualidad– Rodríguez Cetina se dejó manipular por su doctor: “Comenzó a presionarme, sutilmente, para tener

⁶⁶ En este sentido, se destacan Susan Bauer-Wu con su *Journal Therapy* y James Pennebaker con su *Expressing Writing*. Ambos sugieren que dedicar por lo menos 20 minutos al día a escribir pensamientos y situaciones íntimas, contribuye a sanar problemas originados a partir de experiencias traumáticas.

una relación heterosexual, ‘no te van a morder’ dijo, no obstante que le había contado mi encuentro miserable con una prostituta, en mi adolescencia” (62). A juzgar por el protagonista esta opción no funcionó, aunque el hecho de comenzar a escribir sus problemas resultó aparentemente benéfico; puesto que a partir de entonces sintió tener entre sus manos la tan anhelada ayuda, e incluso da las gracias por ello: “El doctor Melo me ayudó a despejar bastante mi mente sin conseguir que yo practicara de nuevo el sexo” (62).

En adelante se vuelca a escribir (casi a la manera de un diario), obsesiva y compulsivamente, su lucha interna con un pasado que considera culpable de su presente, y del que la figura de su padre emana como el origen principal de todas y cada una de sus tragedias: “Me lastimó demasiado la violación y después el ser usado por hombres mayores para ganarme unos pesos [...] Pero el dolor del sexo amargo sigue latente y la culpa la tuvo mi *papito querido*” (110). Y justamente no le queda otro camino que reducir todo a su visión personal de la literatura que le permite, en apariencia, subsistir e intentar reponerse del abrumador fracaso en que hasta la fecha se había convertido su vida. No obstante, el reto que implica el proceso de escritura parece acorralarlo más bien en una especie de callejón sin salida que prolonga su malestar interno: “La literatura no es tolerante con sus súbditos porque cuestiona, durante veinticuatro horas, todo lo que escribiste en el capítulo de la novela en proceso” (30).

Por lo tanto, podríamos decir que la mención del pasado de Rodríguez Cetina, además del mismo título de la obra, se enmarca en una oración en general: “Pretendo hacer un recorrido por pasajes olvidados de mi vida, en su mayoría íntimos, pero que de alguna manera colaboraron, por la buena o por la mala, con el futuro de un hombre que ha vivido aferrado a la literatura como única justificación para continuar, todavía, aquí” (17). Con ello se pretende vislumbrar el terreno de la siquiatria y su capacidad de poder ofrecer una solución a problemas de tipo emocional, indagando en el pasado, como sugiere Marcelo Packman. Sin embargo, según Foucault, el discurso siquiátrico ha sido uno de los mayores problemas a los que se ha enfrentado el plano de la sexualidad en general, ya que sólo ha “subdividido hasta el infinito las perversiones, confeccionando extrañas taxonomías, dándoles hermosos nombres de bautismo a todos los que se salen de la

norma” (citado en Eribon 384).⁶⁷ No obstante, la influencia de dichas teorías tuvieron un efecto importante en la vida de Rodríguez Cetina: “Ni la literatura ni el cine me habían llevado a su consultorio, me urgía sacudirme los fantasmas del pasado que me atormentaban y, debido a mi edad, creía que por medio del psicoanálisis iba a estabilizar mi sexualidad” (62). Si bien Rodríguez Cetina jamás puso en claro lo que entendía por estabilizar su sexualidad (asumir una homosexualidad sin culpas o lograr sostener relaciones sexuales con mujeres sin ningún miedo), resulta claro que consideraba el aspecto sexual como algo que interfería con su salud mental y que por ello era necesario atender.

Una de las formas que adopta la terapia descrita por Packman es la narración autobiográfica mediante la cual el paciente (en este caso Rodríguez Cetina) guía sus acciones presentes ante un interlocutor; es decir, su escritura. Sin embargo, en la medida que justifica su presente anclado en un pasado incapaz de poder borrar a través de su proceso escriturario, el autor no puede evitar caer en un círculo vicioso del cual no es capaz de salir. Así, al sentarse ante su máquina de escribir y narrar su pasado, lejos de ayudarlo, lo perjudicó; sobre todo si consideramos el tiempo que invirtió tratando de sanar sus heridas y que culminaron con el desenlace fatídico de su muerte, convirtiéndolo así en una víctima de su propio intento de salvación. Sin embargo, el valor de su última obra reside precisamente en la manera que el narrador-protagonista se redime así mismo a través de la justificación de lo autobiográfico en su obra entera, y su relación con el tema de la homosexualidad masculina.

1.3.3 La escritura *gay* de Raúl Rodríguez Cetina

La frontera ente autobiografía y ficción esbozada en la obra, enmarcada en la tensión del personaje principal, está ligada, fundamentalmente, con la necesidad de *liberarse*; por lo que la escritura autobiográfica hace posible la creación de un espacio en cuyos intersticios la cultura *gay* se establece como principal fuente rectora. A este respecto,

⁶⁷ Algunos de ellos son: exhibicionistas, fetichistas, zóofilos, zoorerastas, autonomosexuales, mixoescopófilos, ginecomastas, presbiófilos, los invertidos sexoestéticos, las mujeres dispareunistas, etc.

tomo prestada la idea de Michel Foucault quien, en 1982, concedió una entrevista⁶⁸ para aclarar sus ideas en torno a la recién emergida comunidad *gay* en los Estados Unidos. Si bien el pensador se muestra cauteloso en expresar su opinión, deja en claro la necesidad de su proceso inventivo: “La idea de un programa de propuestas es peligrosa. En cuanto se expone uno, crea ley, es una prohibición de inventar. Debería haber una inventiva propia de una situación como la nuestra y de este deseo de lo que los norteamericanos llaman *coming out*, es decir, manifestarse. El programa debe estar vacío” (citado en Eribon 453).

La idea de que la comunidad *gay* deba buscar su propio camino está anclada, principalmente, en mantener el diálogo fuera del propio conjunto del colectivo LGBTTTI⁶⁹ ya que, según el mismo Foucault, “esto va a crear relaciones que son, hasta cierto punto, transferibles a los heterosexuales” (citado en Eribon 452). Así, llegar a un punto convergente entre ambos polos (hetero/homo) sin que esto signifique una ruptura con la causa *gay*, es considerado por Foucault, como uno de los elementos primordiales hacia la construcción de una verdadera comunidad *gay*.

Al prestar oído al pensamiento de Foucault, es posible decir que la fuerza de la comunidad *gay* en la última obra de Rodríguez Cetina se matiza por medio de la escritura autobiográfica, la cual tiende a mostrar la manera en que el tema de la homosexualidad masculina se erige según las circunstancias del entorno social de la época. Con ello se propaga un espacio en el que la escritura *gay* sitúa al personaje-narrador en una posición de destape. Si en la década de los años 60 la homotextualidad se oculta bajo el velo del seudónimo, el protagonista de *El desconocido* y *El pasado me condena* se atreve a dar la cara e incluso entra en la descripción detallada del circuito *gay* de su ciudad natal, así como de varias figuras del ambiente literario español, a quienes tuvo la oportunidad de conocer cuando intentó promover su primera novela en España. Al final, Rodríguez Cetina, a pesar de sus limitaciones, nos muestra cuán diversa es la comunidad *gay* e incluso añade su particular punto de vista –aunque pesimista– sobre su futuro:

⁶⁸ “Sexe, pouvoir et politique de l’identité”.

⁶⁹ lésbico, gay, bisexual, trans e intersexual.

Gustavo Saínz me había recomendado buscar a un escritor de Barcelona bastante reconocido. Se llamaba Terenci Moix [...] me confió que era gay y que ya estaba asqueado de mantener relaciones sexuales frívolas. [...] Me entregó una invitación para la presentación de un libro de un escritor apellidado Goytisolo [...] Agarré la invitación. Después de la comida y de varias copas, nos despedimos. Comprendí que él andaba conflictuado por su sexualidad y por el destape español porque antes todo se hacía en secreto. El destape estaba en su apogeo y aún continúa en su búsqueda por la equidad de género; la batalla es a nivel mundial y nunca se alcanzará el equilibrio social porque los tiempos políticos se han caracterizado por alternar entre la derecha y los liberales. (97-8)

Con un lenguaje certero y directo al blanco, Rodríguez Cetina evoca inevitablemente el largo camino por recorrer de la comunidad *gay* a partir del caso español, y problematiza doblemente la construcción del espacio *torcido* que aquí propongo, debido a la ambigüedad de su relación con el tema de la homosexualidad y a la carente falta de atención política desde el vértice de la propia comunidad *gay*.

Recordemos nuevamente que Rodríguez Cetina en ningún momento se asume como homosexual, sino que más bien utiliza el discurso de Anlino en *El desconocido* y de Enrique en *El pasado me condena* (ambos el mismo personaje), para justificar el proceso formativo de la comunidad *gay*: “[...] Desde el primer encuentro se dio la química. Siempre he sido lector de miradas y entendí que le había simpatizado. Él también me había conquistado pero me causó temor su comportamiento libre de prejuicios, es decir que imaginé que practicaba el idioma sexual que me venía torturando” (28). Pese a que Rodríguez Cetina confiesa haberse sentido atraído por Enrique, éste sin embargo rehúye de cualquier situación que lo identifique como homosexual; prefiriendo así escudarse en el episodio de la violación, o bien el día en que “[le] cancelaron para siempre su derecho a una sexualidad estable” (29). Además, el rechazo que siente por los hombres como Luis, uno de sus compañeros de trabajo que “era ya un hombre de treinta, casado, con varios hijos, pero demasiado afeminado” (75), hacen notar una clara homofobia internalizada.

Según esto, la violación se esgrime como la culpable de su desgracia y que, “por eso [le] atemorizó el comportamiento desprejuiciado de Enrique, porque [él] venía de los campos del exterminio sexual” (29). No obstante, su experiencia con los dos sexos, como atestigua, de alguna forma lo llevaron a ver lo que Foucault enmarca como el surgimiento de la cultura *gay* a través de la identificación de los placeres (citado en Eribon 45), y el horizonte que va más allá de la homosexualidad, como anteriormente señalé. Su paso por la prostitución y su deseo de querer hacer valer su sexualidad; aun cuando al final se reconoce poco apto para cualquier opción (*gay* o hetero), la escritura *gay* es lo único que le queda: “De hecho nunca he podido creer en el sexo como una fuente de placer necesaria y de enamoramiento. [...] Ninguna me satisfizo y eso no es motivo para un drama porque he tenido a la literatura, que nunca me ha abandonado”(29). Y como si fuera fundamental para el narrador comprobar la relación entre escritura y trauma emocional, aprovecha en múltiples ocasiones para decir que “tanto dolor emocional [lo] llevó paulatinamente a la cultura, a la literatura y al cine” (43), así como que “en todas mis novelas estoy presente, soy el alma del personaje central porque necesito sentirlo intensamente para llenarlo con éxtasis y la tragedia que me caracterizan” (100).

Ahora bien, retomando el personaje de Enrique/Anlino, cabe subrayar que éste es el único que actúa precisamente de la manera en que Foucault concibe la cultura *gay*. Enrique escapa a los regímenes de normalidad social y sexual que imponen una cuota sobre el cuerpo; y en su lugar, hace amplio uso de la intensificación de los placeres que su cuerpo le brinda. Enrique comercializa con su cuerpo⁷⁰ “por gusto” (30), por lograr una “experiencia [...] placentera” (32), y “de una manera tan tranquila [...] se entregaba a la pasión” (32); aunque “lo que para Enrique había sido una experiencia, quizá placentera, para [Rodríguez Cetina] resultó el descubrimiento de una fuente de trabajo” (32). De tal manera, Enrique representa y legitima la verdadera identidad *gay* en cuanto es dueño de su propio cuerpo y se atreve a admitirlo. El placer aparece en primera instancia asociado

⁷⁰ Antonio Marquet señala en *El crepúsculo de Heterolandia* que, “la necesidad de estudiar la representación del cuerpo homosexual es una perspectiva diferente de la heterosexista que reduce al homosexual a puro cuerpo (o mejor dicho a pura sexualidad, nombrándolo desde la abyección, desde el desprecio, desde la burla)” (424).

a su *yo* personal, siempre y cuando exista atracción sexual, y por otro lado a su particular modo de vida representado en la frase *soltarse el pelo*.

En la cultura *gay* de la que Foucault fue testigo a principios de la década de los 80 existía, empero, una preocupación latente sobre los efectos del poder y su relación con la creciente comunidad *gay* que parecía ir ganando triunfos jamás imaginados. Pero nadie contaba con la irrupción del SIDA en la escena al poco tiempo después (como abordaré detalladamente en el capítulo 3), ni con la falta de compromiso político por parte de la comunidad *gay*, que a medida que iba ganando derechos, también perdía interés en continuar exigiendo la igualdad de los mismos. Aquí sería conveniente mencionar nuevamente la *Ética marica* (2007) de Paco Vidarte, propuesta y título de su libro sobre el devenir de la comunidad *gay*. Y aunque el acercamiento de Vidarte se aparte temporalmente de las teorizaciones de Foucault (casi tres décadas), ambos coinciden en la necesidad de hacer frente a los nuevos retos impuestos desde el umbral del poder heteronormativo, en lugar de ignorarlos; pero sobre todo, a través de una autoevaluación personal en la que la identidad *gay* se anteponga ante todo, como postula a continuación Vidarte:

Siempre hemos sido maricas, hemos sido lesbianas antes que nada, antes que niños, trans antes que bebés y mientras seguíamos siendo maribollotrans hemos sido de todo, un montón de cosas, pero esto es lo único que no cambiaba a lo largo del tiempo, lo único que nos daba una identidad, una referencia subjetiva. ¿Por qué de pronto abandonar nuestra esencia LGTBQ, nuestra identidad histórica individual, y ser una profesión, identificarnos con nuestra situación laboral, de clase, con un lugar social impuesto y añadirle lo de maribollo como letilla, como conducta privada, como si no hubiera influido en nada en nuestra vida, en nuestro cada día, en nuestro haber llegado a ser lo que somos? Soy médico y soy marica. Y una mierda. Eres una maricona que ha acabado siendo médico. Soy empresario gay. No, eres un puto maricón que ha heredado una empresa, o que honradamente ha robado la suficiente plusvalía como para fundar una. Soy una profesora lesbiana, soy deportista gay, siempre el mismo discurso y el poner por delante lo accidental y convertir en un predicado más lo de ser maricón. (68-9)

Para lanzar su propuesta, Vidarte se apropia del lenguaje impuesto a los homosexuales desde la acera de la homofobia generalizada del Estado español; órgano que a pesar de contar con una legislación más avanzada que en otros países (como México) tiene mucho que resolver todavía. Precisamente ahí es donde surge la problematización sobre la comunidad *gay* y su deber en el escenario político. ¿O acaso se podría concebir la comunidad *gay* sin inmiscuirnos en cuestiones políticas? ¿Cuál debe ser su papel? o la pregunta más franca ¿existe una comunidad *gay*? Examinemos con mayor detenimiento cada una de estas preguntas a través de ejemplos concretos sacados de *El pasado me condena*.

En primer lugar, la imagen del *gay* frívolo que Enrique proyecta y la soledad del *gay* extranjero, Mike, el turista canadiense, nos adentra en los subterfugios de una comunidad *gay* desconcertada, pero sobre todo, dividida en cuanto a cuál debe ser su papel en la sociedad. Si Enrique prefiere *soltarse el pelo* para liberarse de su familia, y Mike viaja al tercer mundo para hacer realidad fantasías sexuales que en su lugar de origen le podrían acarrear serios problemas legales o resultar más costosos económicamente, tanto el uno como el otro pierden de vista su deber político. Marquet (2006) se muestra especialmente crítico respecto a este punto, puesto que considera que la comunidad *gay* de hoy no es lo suficientemente radical: “[E]l objetivo es desactivar el engolosinamiento heterosexual en la posición de poder. Es cuestionando cotidianamente, no cediendo, ganando cada una de las batallas en donde hay posibilidad de distender la tan difundida pulsión homofóbica” (50). A primera vista, las acciones de Rodríguez Cetina son un ejemplo de esta ausencia de cuestionamiento: su deseo de querer encajar en los parámetros de la heteronormatividad patriarcal y la falta de compromiso claro con la causa *gay* de sus protagonistas (con la excepción, quizás, de Enrique), aparentemente lo deja fuera de cualquier espacio *gay*. No obstante, y como ya mencioné con anterioridad, el acto de escritura de Rodríguez Cetina se convierte en un refugio importante, en una especie de redención que de alguna u otra forma lo salva y acoge, y que además lo obliga a hurgar en lo más íntimo de su persona, sobre todo a partir de una de las piezas clave en este proceso: la melancolía.

Según Didier Eribon, la melancolía, definida como “el sentimiento de tristeza, de *spleen*, que numerosos homosexuales dicen experimentar con tanta frecuencia” (61), caracteriza el escenario en que la comunidad *gay* se desenvuelve y, por ende, “constitutiva de la formación del *yo* homosexual que está presente incluso en quienes no están dispuestos a reconocer que añoran el modelo familiar y que, lejos de convertirlo en un ideal que alcanzar, tendrían más bien tendencia a hacer de él un espantajo” (61). Este es el caso de Rodríguez Cetina y el turista canadiense, detengámonos brevemente en este aspecto.

Desde *El desconocido*, el turista encarna un sentir melancólico que apenas deja asomar pero que pretende aquietar con el poder de su dinero: “Mike se notaba triste, deprimido y completamente desnudo dejaba ver su vientre de hombre cuarentón. Por sus mejillas corrieron lágrimas que me intrigaron” (74). Y aunque el lector nunca conoce la verdadera historia de Mike, se infiere que se trata de una alta carga emocional que pesa sobre sus hombros; muy probablemente debido, en parte, a la actitud inicial de rechazo con que Narveli lo recibe y que posiblemente lo lleva a pensar en su edad y/o falta de juventud. Más adelante en *El pasado me condena*, Rodríguez Cetina vuelve a hacer mención de uno de sus clientes turistas, aunque no aclara si se refiere o no a Mike el canadiense: “Durante el trayecto, a pasos lentos por la costera, insistió en llevarme a su habitación [...] entonces demostró su terrible soledad de turista *gay* [...] me negué a acompañarlo [...]” (48). En toda ocasión se pone de relieve la melancolía, circunstancia agravante pero intrínseca, del proceso de formación de la personalidad de cada uno de los personajes, y que hace evidente su impacto en la forma de ver y analizar el mundo que los rodea.

Parecería que lo único que le importa al turista es quitarse las insaciables ganas de fornicar, de seducir a su presa con una cena o unas cuantas monedas extranjeras, para después marcharse a la recóndita oscuridad de su cuarto de hotel. En esta ocasión en particular y pese a la rogativa del turista, Rodríguez Cetina no accede a su petición y en su lugar opta por marcharse a su casa: “[É]l no merecía un rechazo humillante, simplemente traté de que comprendiera que me ‘esperaban en casa’. Pero mis sentimientos estaban batallando entre el deseo y el rechazo” (48). No obstante, al día siguiente ocurre una especie de arrepentimiento que lo hace reflexionar sobre lo ocurrido la noche anterior: “Quizá debí de aceptar la oferta del turista para conocer un trato

diferente al del ‘negocio’, probablemente me hubiera ayudado soltarme el pelo después de tantos meses con sentimientos de culpa, pero el miedo y el rechazo eran superiores al deseo juvenil” (49). Rodríguez Cetina admite haber sentido deseo y atracción por este individuo – aunque momentáneamente – siendo ésta la primera vez que reconoce sentir deseo homoerótico por uno de sus posibles *clientes*. Pero al final sus traumas existenciales pudieron más que él y lo único que se vislumbra es la melancolía y la soledad de ambos personajes: “Una cauda de recuerdos pasó por mi imaginación, reviví las depresiones que había sufrido durante mis tiempos recientes de prostitución [...] La expresión de deseo en su rostro aún la tengo presente, creo que era un buen hombre, pero él no podía imaginar mis conflictos [...]” (48-9).

Por último, si Sartre comparaba la homosexualidad con la literatura al referirse a ella como una *salida* para librarse de una situación intolerable (citado en Eribon 63), podría entonces decirse que la escritura *gay* de Rodríguez Cetina es ejemplo de ello. Tal laberinto, a juzgar por la manera descarnada en que el autor teje su propio *yo*, el de sus personajes, y el de toda la sociedad de su época en la que jamás se sintió cómodo, constituye la forma en que dio vida a su escritura, siempre oscilante entre la soledad y la melancolía; no como efecto melodramático, sino como una manera de escapar de su propio *yo*, atormentado y que paradójicamente y a pesar de que nunca se autodeclaró homosexual, su escritura revela una subjetividad propiamente *gay*, en la medida en que cuenta su dolor y el de los demás personajes atados a la incertidumbre de no saber lo que constituye frontera entre la ficción y la realidad. De esta manera, la obra de Rodríguez Cetina se convierte en el vehículo mediante el cual es capaz de hacer frente a la amplia gama de problemas existenciales anclados en su existencia, y que de una u otra forma influyeron en su proyecto creativo.⁷¹

⁷¹ Eribon nos dice que la homosexualidad se puede ver como una salida, sobre todo en la representación que del tema se hace en la literatura, “[...] como una manera de describir no ya la “elección” de ser homosexual, sino la elección que hace el homosexual de un modo de vida o de aspiración a un modo de vida para superar una “miseria de posición” que le resulta insoportable y la “melancolía” que no es sino la expresión psicológica” (63).

En suma, *El desconocido* y *El pasado me condena* son testimonio del dolor provocado por motivos personales y sociales que dieron pie al proceso de creación de lo que hasta aquí he pretendido esbozar como un espacio *torcido*, cristalizado por medio de la escritura (*gay*) de Rodríguez Cetina en donde descarga hasta el último de sus pesares, miedos y angustias. Los pilares que componen dicho espacio en este primer capítulo (la deconstrucción del machismo, los códigos de la prostitución masculina, y la relación del relato autobiográfico con la novela de temática homosexual), sitúan a la comunidad *gay* en un proceso de constante movimiento, en el que nuevos retos se imponen para desechar nociones arbitrarias, estereotipos, mitos y leyendas; pero más importante aún, para autocuestionarse sobre cuál debiera ser su rol en la sociedad contemporánea: ¿ceder o no ceder? ¿exigir o no exigir? ¿escribir o no escribir? Al respecto, Rodríguez Cetina optó por no ceder ante la sociedad y sí exigir algo a lo que pocos se habían atrevido en 1977: publicar una novela que hablara explícitamente de la homosexualidad masculina ligándola al tema doblemente estigmatizado de la prostitución anteponiendo, claro está, su propio *yo*. Así como aquella mala concepción esbozada desde el umbral de la heteronormatividad patriarcal que liga a la homosexualidad con cuestiones tan arcaicas y obsoletas como el afeminamiento (o masculinización en el caso de las mujeres lesbianas), la creación del espacio *torcido*, en el contexto de la sociedad vista por Rodríguez Cetina, no cuenta con ningún tipo de parafernalia multicolor, puesto que el dolor mismo de los personajes pesa más que cualquier frivolidad.

Capítulo 2

2 *Melodrama: la época dorada de la novela mexicana de temática homosexual*

Friday night and the lights are low, looking out for the place to go
 where they play the right music, getting in the swing
 you come in to look for a king. Anybody could be that guy
 night is young and the music's high with a bit of rock music, everything is fine
 you're in the mood for a dance and when you get the chance [...]

Abba, "Dancing Queen" (1976)

Como señalé con anterioridad en el Capítulo 1, el escritor mejor conocido por tratar la temática homosexual en México es Luis Zapata (1951). Nacido en Chilpancingo, Guerrero, Zapata incursiona en el género de la novelística en 1975 con la publicación de *Hasta en las mejores familias*, obra que lo situó como finalista en el concurso "México", organizado por la editorial Novaro. A partir de esta su primera novela se comienza a vislumbrar la temática y su estilo particular que irá dando forma continua a personajes de un cierto tipo y habla coloquial: "[...] jóvenes de un estrato social acomodado y poseedores de ciertos estudios, cierto bagaje cultural, o por lo menos, cierto bagaje *cinéfilo*" (Rodríguez 36); son estas, características que anuncian la entrada triunfal de la identidad *gay*, aunque como veremos más adelante, limitada a un cierto tipo de individuos solamente.⁷²

A juzgar por el título de dicha obra, el crítico Oscar Eduardo Rodríguez señala que tiene que ver con la manera de pensar de la sociedad de la época: "Obedece, por un lado, a que esta obra apareció en una década en que la homosexualidad era vista como una lacra social y, por tanto, había que caminar con pies de plomo, había que introducir un tema tratado rara vez en la literatura mexicana de manera suave y sin ir más allá del grado de

⁷² En este sentido, y además de hacerse patente la influencia del cine en la obra de Zapata, es importante señalar de manera general que "el cine permitió a los jóvenes mexicanos una simultaneidad de experiencias y una reafirmación/reelaboración de sus códigos y valoraciones en torno a la sexualidad normal, la desviada y la interpretación de las amistades profundas y amoríos entre personas del mismo sexo/género" (Valdovinos, citado en Gallego Montes 101-2).

tolerancia de aquella época” (45). Si bien concuerdo con Rodríguez, habría que añadir que los cambios que se suscitan en la sociedad desde las manifestaciones estudiantiles de 1968, de cierta forma, ya habían preparado y adentrado a la sociedad mexicana en temas diferentes, y la homosexualidad fue uno de ellos.

De tal manera, con las publicaciones de Zapata durante los últimos años de la década de los setentas se encamina al público lector hacia un escenario seguro y acogedor, en comparación con la gran mayoría de obras previamente publicadas en el transcurso de la década previa. Es así como surge la obra que analizo en este capítulo, *Melodrama* (1983), considerada por Luis Mario Schneider como la primera novela rosa⁷³ de temática homosexual y que nos muestra la segunda faceta del espacio *torcido*, es decir, su etapa de solidificación (o de placer) a partir del contexto social de la época y la apertura que conlleva implícita, pese a que el SIDA comenzaba a emerger y con ello el debilitamiento de los primeros grupos defensores de los homosexuales. La cuestión es si la obra analizada en este capítulo engendra y difunde uno de los estereotipos más comunes y asociados con los hombres homosexuales: me refiero al drama homosexual (o *gay drama* en inglés), que implica la tendencia a la exageración bajo una marcada actitud femenina. Maurice Westmoreland señala la relación entre el melodrama y la conducta homosexual: “The melodramatic genre, implicated in Zapata’s work by its title, style, elements of characterization, and narrative, has been associated with the popular, and at least in terms of reception, with the feminine and the homosexual” (105). Dicha relación proviene de una interpretación más contemporánea puesto que la etimología de la palabra entrevé una relación musical: *melos* que significa música, melodía y/o canción y; por su parte, drama, que alude a una secuencia de acciones.

Si bien Zapata es considerado un pionero de la identidad *gay* que suele presentar a través de la caracterización de sus personajes, considero que en el caso particular de *Melodrama*, no puede evitar por completo la configuración de un entorno sumamente estereotipado. Hoy en día, además de lo señalado por Westmoreland, Laura G. Gutiérrez

⁷³ Se trata de una novela rosa porque se recrean aspectos y situaciones sentimentales de una pareja (Galindo 89).

ahonda en la misma cuestión en su libro *Performing Mexicanidad* (2010), al hablar sobre el significado actual que ocupa el término melodrama: “It is a cultural product where feelings are (re) presented in an excessively exaggerated manner, particularly among art and cultural critics, at times with pejorative connotations” (102).

De esta forma, mi hipótesis es que más allá de tratarse de una comunidad imaginada, en el sentido de Benedict Anderson, como en su caso se podría esbozar sobre el espacio de placer (*gay*) que propongo en este capítulo, mi reflexión apunta más bien a su consolidación en base a dos elementos: los lugares de encuentro de los *gays* (específicamente el bar como elemento fundador de la cultura *gay*), y la deconstrucción de los roles de género tradicionales basados en la dicotomía activo/pasivo.

Si tal hecho se deja comprobar mediante las técnicas narrativas de Zapata que sitúan a la comunidad *gay* de principios de los años ochenta en una época cambiante que atenta en contra de la moral tradicional mexicana, tendríamos que indagar hasta qué punto se enmarca el reconocimiento de las relaciones homosexuales como parte de la familia tradicional, cuya imagen se plasmó a través del cine mexicano de la Época de Oro, y cuyo gran éxito fue precisamente el género melodramático. Para dimensionar hasta qué punto los elementos que aquí propongo vinieron a consolidar el espacio *torcido* (en este caso *gay*), considero relevante comenzar con un recorrido histórico del activismo homosexual en México.

2.1 Los primeros esfuerzos hacia una representación colectiva

Un aspecto a resaltar es el lenguaje popular que ha imperado en México –antes y después de la Conquista– para desacreditar la homosexualidad como práctica sexual, que se sitúa en el terreno de lo que Marquet (2006) denomina linchamiento verbal, en base a las observaciones de Didier Eribon. De ahí surge el entramado del sistema que permite impunemente a los mexicanos manifestar burla y rechazo hacia todo aquello que se aparte de la tan venerada y prototípica hombría del macho, perpetuando así la homofobia que el crítico David W. Foster (2009) define como “un miedo irracional hacia los homosexuales” (22). Una muestra de ello es la jerga popular mexicana que contiene un

sin número de términos enfocados a producir el mayor daño sin la necesidad de recurrir a la violencia física: *cuiloni* (desde la época prehispánica) sodomita o somético (durante la época colonial); y todas las demás que han pasado a formar parte del habla cotidiana de los mexicanos desde finales del siglo XIX y principios del XX hasta la actualidad: rarito, maricón, soplanucas, puto, volteado, joto, puñal, mariposa, el que se come el arroz con popote, al que se le hace agua la canoa, etc., son algunas de las palabras y/o expresiones más comunes. Vale la pena hacer hincapié en que desde la época de la Colonia se comienza a observar la internalización de la homofobia en los sodomitas de la época, quienes utilizaban los mismos términos despectivos para referirse a los actos por los que precisamente eran reprendidos, tales como puto (Gruzinski 264).⁷⁴

No obstante, existe sólo una que no es negativa: *gay*, ya que como Marquet apunta, “tiene la ventaja de referirse a un grupo de personas sin poner en primer plano el término que los nombra por su sexualidad” (2006: 54). De ahí que todas las demás exhiban un discurso netamente homofóbico que se apoya en estamentos arbitrarios pero que, de alguna u otra forma, estos siguen vigentes en el imaginario social, lo que ocasiona que muchos de los agredidos se vean forzados a acatar e internalizar el modelo hegemónico producido por el patriarcado. De esta forma estamos ante un dilema que, por un lado, marca el principio de una clara identidad *gay* en su capacidad de reorganizar las categorías sexuales dejando de lado los binomios activo/pasivo, macho/femenino, o dicho de otra forma, y en palabras de Héctor Domínguez-Ruvalcaba (2009): “[...] The word ‘gay’ to the Mexican lexicon underlines the creation of a space of liberation, the designation of a legitimate social identity –in sum, the creation of a culture that would embrace subjects previously scorned because of their sexual preference” (116).

⁷⁴ La homofobia internalizada se constituye como una característica común de algunos homosexuales –por ilógica que pueda parecer– pero que de un modo u otro sirve para problematizar el grado y/o falta de interés de la comunidad *gay* en cuestiones políticas. En este sentido, es importante apelar a la necesidad de actuar inmediatamente si es que se quiere seguir avanzando en materia de derechos humanos e igualdad social a las personas homosexuales, como en buena parte lo propone la teoría *queer*. Además, también habría que profundizar hasta qué punto la homofobia internalizada contribuye al poco o casi nulo desarrollo de la identidad *gay* en el caso particular de México, que algunos han visto con buenos ojos, pero que otros tantos siguen mostrándose renuentes y desinteresados en cuestionar.

No obstante, el nacimiento de esta nueva identidad *gay* parece no estar libre de problematizaciones, ya que por otro lado, tiende a marginar a aquellos homosexuales que por cuestiones de clase social son incapaces de adherirse a ella. Y es que en México desde que se abrió la puerta del clóset a finales de los años setenta, no todos han logrado ascender al estatus de *gay*. Por otro lado, resulta ilustrativa la dinámica de poder sobre el estatus social adquirido por los homosexuales de la clase alta como Zavaleta –el protector de Adonis, el personaje principal de *El vampiro de la colonia Roma* –, y en cuyo caso se observa el poder que el dinero le concede para poder vivir sin tapujos su (homo)sexualidad: “[E]ntonces como era tan rico se daba el lujo de ser jotísimo ¿no?” (54). Hacia la misma fecha, el escritor mexicano José Joaquín Blanco expone de manera original, en su clásico ensayo “Ojos que da pánico soñar,” la importancia del llamado dinero rosa que, en el caso de la sociedad capitalina, surgió luego de modernizarse: “[...]al crecer la ciudad de México, por ejemplo, aumenta por miles la cantidad de homosexuales, de tal manera que empieza a ser un buen negocio –para políticos, empresarios y policías– establecer bares, baños, cafeterías, modas y productos en los cuales dejamos nuestros billetes” (186).

Hacia esta misma época, México contaba en su pasado con el desenfreno del *rock n’ roll* y las drogas sicotrópicas, una mayor libertad sexual y, por supuesto, las primeras obras de temática homosexual que influyeron de manera notable en el pensamiento de los ciudadanos del país, sobre todo de los habitantes de la ciudad de México. Fue así como se dio paso a una etapa de renovación en la literatura que comenzó a incorporar temáticas y personajes alejados de la norma tradicional, y que servirían para diversificar y enriquecer el panorama cultural: “There are women writers; there is a gay literature that has provoked invigorating polemics; there are a number of writers from the popular classes who are producing a proletarian literature” (Loisel 54).⁷⁵ Si bien las primeras obras lo hicieron de manera tímida como vimos al repasar las semillas de la homotextualidad, éstas sirvieron como punto de partida para que, ya entrada la década de los ochentas y sobre todo durante los noventas, se alinearan mejor como literatura *gay*.

⁷⁵ Loisel se refiere a este tipo de literatura como una afrenta al sistema que por mucho tiempo elevó la literatura a altas cumbres de pretensión por figuras representativas del *boom* latinoamericano.

Recordemos, también, que la primera marcha del orgullo *gay* ocurre en 1979; fecha en la que además Zapata publica la más conocida y mejor vendida de sus obras, *El vampiro de la colonia Roma*, considerada el gran clásico de la literatura *gay* mexicana por varios críticos (Blanco 1996, Foster 1991 y Muñoz 1996). Aunque los intentos por restarle valor no se hicieron esperar, Zapata logró posicionarse en el peldaño de la cima. En 1987, concedió una entrevista a Reinhard Teichman en Estados Unidos, con quien habla sobre el proceso de gestación de su obra entera, pero sobre todo de *El vampiro de la colonia Roma*. De manera importante subraya el punto de vista moral de la sociedad mexicana que repercutió en que ganara el Premio “Juan Grijalbo,” debido a la polémica suscitada en los albores de su publicación (367).

En contraparte al caso mexicano, el recibimiento de la novela fue bastante positivo en el extranjero debido a que se topó con un entorno opuesto a ideas tan arraigadas como el machismo (Rodríguez 47-8). De esta manera, la publicación de sus primeras dos novelas, *Hasta en las mejores familias* (1975)⁷⁶ y *El vampiro de la colonia Roma* (1979) constituye la antesala a lo que me atrevo a llamar la época dorada de la novela mexicana de temática homosexual, debido al tratamiento rosa que Zapata ejerce sobre el tema – previo al acecho de la pandemia del SIDA– pero sobre todo, a la explosión de obras en torno a la cuestión *gay* que habrán de salir al mercado desde entonces. Todo esto se traduce en una muestra de madurez alcanzada por parte de los escritores de la época que intentan problematizar en sus obras el alcance de la recién desembarcada identidad *gay* en el país. Algunos otros ejemplos, además de la literatura de Zapata, son: *Utopía Gay* (1983) de José Rafael Calva y *Las púberes canéforas* (1985) de José Joaquín Blanco. Todas estas obras recogen con precisión el lenguaje que hace inconfundible el sello de la cultura *gay* y su modo de reflejarse en el contexto mexicano.

⁷⁶ Según Westemorland esta novela contiene, de igual manera que *Melodrama*, una base sicoanalítica sobre la concepción de la homosexualidad. Por un lado tenemos el marco de referencia sobre el padre ausente y la madre dominante, que se supone causan la homosexualidad.

Por esta razón, con el arribo de *El vampiro de la colonia Roma* Zapata logró que la comunidad homosexual⁷⁷ por fin comenzara a ser tomada en cuenta dentro del amplio espectro de la literatura mexicana, algo que desgraciadamente Rodríguez Cetina no consiguió. La época final de los setenta marcaría para siempre un hito importante en la historia ya que, además de la publicación de esta importante obra, comenzaron a organizarse los primeros grupos de activismo en pro de la causa *gay*; merced a los cuales hoy en día es posible presenciar la marcha del orgullo de la ciudad de México, testimonio vibrante de los logros obtenidos en poco más de tres décadas de lucha.⁷⁸

Sin embargo, lo que muchos de los espectadores y participantes de este mega desfile no saben o, incluso a algunos se les puede olvidar, es que dicho evento se remonta a una época oscura durante la cual las redadas policiacas y las extorsiones a los homosexuales estaban a la orden del día. Hechos como éstos, aunados al despido injustificado de un empleado de la tienda departamental Sears –a raíz de su supuesta homosexualidad en 1971– definieron de manera importante el desarrollo posterior del movimiento lésbico-homosexual, impulsado por intelectuales y artistas ligados a la UNAM, quienes expresaron su oposición e intentaron realizar un boicot público en contra del mencionado establecimiento comercial con carteles y mantas. Pese a su fracaso, el simbolismo de este acto se convirtió en un antecedente importante del movimiento (Mogrovejo 63).

Durante los años setenta surgieron de manera formal el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR)⁷⁹ y el Grupo Lambda de Liberación Homosexual,⁸⁰ los cuales convocaron a sus integrantes para que se lanzaran a las calles de la capital mexicana y

⁷⁷ Utilizo los términos comunidad *gay* y comunidad homosexual intercambiamente; no obstante, puntualmente en este ejemplo deseo subrayar la aparición de la identidad *gay* a finales de los años setenta que dará lugar a la apropiación del término comunidad *gay* en todo su apogeo.

⁷⁸ Sobre el significado de la bandera *gay* con sus seis colores, Ricardo Llamas nos dice que “su uso se remonta a las manifestaciones del orgullo gay y lésbico que se organizaban en la costa Oeste de los Estados Unidos durante los años setenta. Como símbolo, pretendía mostrar la diversidad de las comunidades de lesbianas y gays” (166).

⁷⁹ Concentraba su trabajo en los sectores más vulnerables (travestis, locas, homosexuales de bar) a quienes denominaron “lumpenproletariado” (Mogrovejo 124-5).

⁸⁰ Contrario al FHAR, este grupo no distinguía categorías y hacía énfasis en el aspecto de la igualdad (Mogrovejo 124-5).

exigieran sus derechos a la sociedad.⁸¹ Tiempo después apareció otra organización conocida como Ollin Iskan Katuntat Bebeth Thot (OIKABETH),⁸² conformada por lesbianas. Fue así como estos tres grupos se llenaron casi en su totalidad por universitarios de clase media, quienes pretendían ligar el pensamiento de izquierda con la recién nacida causa *gay* (Laguarda 79), aunque como bien apunta Ian Lumsden, semejante identificación socavó su trabajo debido a que la mayoría de sus integrantes preferían estar al margen de la política y, por lo tanto, se podría decir que nunca existió un compromiso real (68-9).

Otro dato importante es que no todos estos grupos se mostraban solidarios y abiertos con cualquier tipo de personas, es decir, existía una especie de segregamiento interno que permitía o negaba la entrada de hombres homosexuales, travestis, mujeres lesbianas, *mayates*, *chacales*, etc., según lo considerara cada uno. No obstante, hubo grupos como el FHAR que “trataba de rescatar a todos, a las locas, los mayates, etc.” (Mogrovejo 98). Cabe hacer hincapié, también, en que el grupo de lesbianas OIKABETH contribuyó de manera importante al mostrar que no sólo existían hombres homosexuales, sino mujeres también, por lo que abogaron en su momento por la modificación del nombre inicial al de Movimiento de Liberación lésbico-homosexual (Mogrovejo 61). En este sentido, la poca visibilización de las lesbianas a gran escala siempre ha sido un tema polémico, que inclusive puede llegar a ser interpretado bajo tintes lesbofóbicos. Norma Mogrovejo señala que si bien es poco lo escrito sobre las lesbianas, lo más asombroso es que son pocas las lesbianas que han escrito sobre ellas mismas (27). Desde esta perspectiva, el trabajo de OIKABETH resulta sumamente valioso pues fue uno de los primeros y, hoy en día, es considerado como uno de los pocos en irrumpir desde la propia subjetividad lésbica.

⁸¹ “*Dar la cara* era una consigna que los homosexuales asumieron en la época casi como de moda, significaba tener un comportamiento contracultural, contestatario y desafiante “soy punto y qué?, soy tortillera y qué? Expresaba el discurso de la denigración” (Mogrovejo 127).

⁸² De origen maya que en español significa “mujeres guerreras que abren camino y esparcen flores” (Laguarda 79).

Paralelamente, Nancy Cárdenas, miembro fundador del FHAR, respondió de la siguiente forma al ser cuestionada sobre su aparición ante las cámaras de televisión:

[...] Haz de cuenta que hubiera organizado un encuentro nacional [...] fue algo realmente llamativo, fuertísimo. Me hizo una imagen nacional en 15 minutos [...] Nadie se me acercó para agredirme, todo lo que recibí fueron felicitaciones, amabilidades, todo eso perfecto pero nadie me dio trabajo, por ejemplo. O las amigas que se atrevían a salir conmigo, disminuyeron a la mitad o a la cuarta parte. Mi familia me dijo qué bien, una participación de esa envergadura, pero lástima que fuera para ese tema de los jotos. (citado en Mogrovejo 64-5)

Como podemos dar cuenta a través de su testimonio, Cárdenas logró dar mayor visibilidad al tema y a los grupos que comenzaron a luchar por la igualdad y el respeto de la *gente de ambiente*, como se autodenominaban en aquella época los integrantes del hoy colectivo LGBTTTI. El trato discriminatorio sufrido por parte de su familia y amistades evidencia el pensamiento de los que se consideraban (y se siguen considerando todavía) una mayoría, los heterosexuales. Al respecto, Mogrovejo señala que “no se trata de defender el derecho de las minorías sexuales ya que las sexualidades son tan diversas que aceptar el adjetivo de minoría implica la existencia de una sexualidad mayoritaria y hegemónica lo que alimenta la idea de normalidad y anormalidad” (236). La intención es problematizar y poner en crisis los binarismos masculino/femenino que por siglos han subyugado el derecho a otras opciones de vida en común.

La ciudad de México como escenario principal ha sido el espacio estratégico desde donde se ha llevado a cabo la lucha frontal contra los que se oponen a reconocer la legitimidad de las prácticas sexuales ajenas a la visión imperante de la heteronormatividad patriarcal en el país. Sin duda, no todo ha sido fácil y, por tal, existe un largo camino por recorrer que le permita a la tan sonada comunidad *gay* demandar a sus gobernantes la equidad de sus derechos más elementales, ya que como agrega Mogrovejo, “[...] es necesario que existan para quienes lo deseen, y tengan el derecho a optar por ellos. Pensarlo como inútil, ocioso, poco ético o reformista es perderse en discursos ajenos, es seguir entrando a nuevos clósets que nos hacen invisibles, es hablar con lenguaje ajeno y vivir con

aspiraciones ajenas” (226). Mogrovejo, al igual que Foucault, Marquet y Vidarte, denuncian una auténtica falta de compromiso desde el margen interno de la comunidad *gay*, y esta carencia debería suscitar la necesidad de elaborar un plan de acciones destinadas a la reflexión.

Sin lugar a dudas, la situación que se vive en otros puntos de la República Mexicana concerniente al estado del movimiento LGBTTTI, dista mucho de ser la misma; por lo que el cuestionamiento de todos los críticos y teóricos mencionados arriba, se antepone como una llamada de atención hacia los integrantes de un colectivo formado por una mezcla de identidades (como se vio en el apartado sobre la prostitución en *El desconocido*). Vale la pena subrayar que todos estos estudiosos coinciden en que la comunidad *gay* parece estar sumergida en una especie de fiesta *nonstop*. Y como nos muestra en su libro pionero donde hace un recuento de los movimientos homosexuales en toda Latinoamérica, Mogrovejo ahonda en los conflictos suscitados entre los diferentes grupos causados por cuestiones relacionadas con los excesos (87). Por su parte, Marquet (2006), añade al respecto que desgraciadamente este tipo de conflictos han provocado “la lentitud de los avances, la atomización de las visiones y de las fuerzas, el hecho de que estén más preocupados por defenderse de los otros homosexuales, ha sido constante en la historia de las comunidades *gay*” (40). A este respecto, pareciera que ambos puntos de vista coinciden con el dicho popular: “La unión hace la fuerza”; no obstante, es válido preguntarse si el problema principal obedece precisamente al aglutinamiento forzoso de varias identidades en la sigla LGBTTTI. Es decir, la idea de que un transexual, por ejemplo, comparta las mismas inquietudes que un *gay* o una lesbiana, presupone sin dudas un hecho que debería ser estudiado con mayor detenimiento. Si bien el concepto de diversidad sexual expone un cierto grado de problematización, no hay que olvidar que a grandes rasgos su invención trajo consigo la llave que abrió la caja de pandora que constituía el tema de la homosexualidad.⁸³

⁸³ Además, y como señala List Reyes en su libro *Hablo por mi diferencia* (2009) otra de las problematizaciones resulta partir del hecho de que “[...] las denominaciones identitarias en esta diversidad con el tiempo se han vuelto normativas. Esto por supuesto no es un asunto menor puesto que ello imprime un sentido distinto a la llamada diversidad sexual, pues hace evidente que el hecho de no ser heterosexual

Pero pese a las divisiones y diferencias entre los diferentes grupos, no todo es fiesta como se suele pensar a primera vista sobre la comunidad *gay*, y que en el caso particular de la ciudad de México se suele congregarse en la famosa Zona Rosa, espacio retratado con bastante exactitud en *Melodrama* sobre todo cuando retrata lugares de encuentro como el bar, un elemento en el que profundizaré más adelante. Es en este espacio único en el contexto de la metrópoli que existe un *fluir* de identidades sexuales que van más allá de la representación estereotipada del clásico hombre afeminado o *joto*, aunque como nos dice Domínguez-Ruvalcaba (2007), tal caracterización es imprescindible desde el punto de vista de la construcción del proyecto de nación: “Embodying the image of the excluded, the effeminate male appears repeatedly throughout the 20th century as confirmation that the excluded is actually an integral part of the disputes that form the national imaginary” (3).

Bajo este tenor, Zapata se aleja a primera vista de dicha representación y, en su lugar, nos muestra el cuerpo del “atlético joven” (30) Alex Rocha, y se avoca a describir como “intensamente azules” los ojos del híper masculino detective Axel Romero, personajes protagónicos y amantes en *Melodrama*. De una u otra forma, ambos enriquecen y, al mismo tiempo, complejizan el concepto de comunidad *gay* desde el punto de vista teórico, sobre todo cuando se trata de aplicar los postulados de la teoría *queer* a la usanza norteamericana al contexto mexicano. Al respecto Mogrovejo señala que la teoría *queer* es contraproducente ya que tiende a deconstruir “ideas como minoría sexual, comunidad homosexual y más al fondo, las de *gay* y lesbiana, incluso las de hombre y mujer” (54). Por su parte, List Reyes toma como ejemplo a los sujetos *leather* para quienes el cuero representa un fetiche sexual, como parte de la deconstrucción del mismo concepto expuesto por Mogrovejo: “[Ellos] pueden exaltar más sus diferencias con los transgénero, por un asunto de índole precisamente de género, que en su reconocimiento de índole sexual, a pesar de que incluso compartan su pertenencia a una clase social” (2009:184).

no necesariamente implica transgredir un orden sexual, sino ajustarse a otro en el que se cumple con una cierta norma que ordena y da sentido a la sexualidad” (196-7).

Sin embargo, al respecto considero que no hay que restar valor a dicho concepto y en general a la teoría *queer*, ya que de alguna u otra forma, gracias a ella hemos podido acercarnos a textos literarios como los abordados en este trabajo. En este sentido es importante, además, subrayar que entre más se teorice al respecto (aún y con las diferencias y limitaciones que se puedan suscitar), mejor podremos comprender y situar los conceptos que han emergido precisamente desde el umbral del colectivo LGBTTTI, y que presuponen una mejor manera de coexistir diariamente dentro de la sociedad heteronormativa patriarcal.

No obstante, Domínguez-Ruvalcaba señala que la influencia de la teoría *queer* norteamericana en México debe ser aplicada y entendida como una cooperación mutua entre los dos países, es decir, “[...] as a give-and-take of interpretations, translations, and diverse forms of contact generated by contemporary mobility” (130). De esta manera y adoptando dicha postura, otro de mis propósitos al analizar la novela *Melodrama de Zapata* es precisamente descentralizar la idea de que sólo en Estados Unidos o en los países del “Primer Mundo” se puede aspirar a una verdadera identidad *gay*. Una de las razones que alimentan esta idea, por ejemplo, tiene que ver con la opinión de Dennis Altman, al decir que Estados Unidos representa el modelo cultural dominante impulsado por la globalización de la propia identidad *gay*. Su opinión se desprende del fuerte componente comunitario que observó en los distritos o barrios *gays* de ciudades representativas como Nueva York y San Francisco (Laguarda 30).

Para elaborar esta idea, es importante subrayar los resultados de la investigación del antropólogo Rodrigo Laguarda, presentados en su libro *Ser gay en la ciudad de México: Lucha de representaciones y apropiación de una identidad, 1968-1982* (2009). El autor examina las acciones colectivas de los primeros grupos de liberación homosexual (como lo fue el caso del FHAR y Lambda) que no pudieron ver cristalizados los mismos logros de su homóloga contraparte en Estados Unidos. A partir del testimonio basado en uno de sus informantes (Pablo), Laguarda recrea el sentir dentro del grupo:

Fui militante del Partido Comunista, no del movimiento homosexual. Pero, aunque quizá debería, no me siento desilusionado por el triunfo de los bares y la

desaparición del movimiento en sí, o del triunfo del mercado, porque tampoco es cierto que todos los jóvenes de los setenta hayan estado involucrados en la lucha social ni que sus propuestas hayan sido efectivas [...]. Aunque la gente no hiciera de esto el centro de su quehacer, sin duda se ha construido una sociedad más respetuosa, aunque el movimiento de liberación homosexual no aportara la gran cosa. (148)

No obstante, pese a sus declaraciones en desfavor del movimiento homosexual, Pablo no duda en atribuirle cierta importancia pues reconoce en él una nueva forma de organización que fue capaz de traer una notable mejoría en las condiciones de vida de los homosexuales. Es significativo, también, el hecho de que Pablo se refiera al papel del Mercado, pues con ello entrevé uno de los puntos más importantes que forman parte de la identidad *gay*: el poder de lo económico.

El señalamiento de Pablo resulta revelador si se atiende al hecho de que la comunidad *gay* en México, según lo postulado por Laguarda, suele preocuparse y poner énfasis en su poder adquisitivo, es decir, qué prendas llevar puestas al antro (discoteca), qué marca de perfume es el más popular, o qué tipo de coche es el más ostentoso, y estos productos conforman, por lo regular, la lista de frivolidades de los *gays* mexicanos. Reflejo, no obstante, de una identidad *gay* que se extiende solamente a los integrantes de la clase media y alta: todos los demás continúan desprotegidos en la medida que su falta de recursos económicos los convierte en presa fácil de la marginación (Narveli en *El desconocido* como ejemplo una vez más).

Así, un *travesti*, un *chichifo*, un *mayate* o un *joto*, por ejemplo, están doblemente expuestos a la homofobia clásica de la sociedad mexicana, como lo atestigua la historia que se extiende desde la década de los setentas: “[...] las locas resultaban asociadas a una posición social inferior. Solía considerarse que, por no pertenecer a los sectores medios, las locas aún no tenían acceso a la identidad *gay*” (Laguarda 116). No obstante, el prestigio de los homosexuales cuya identidad se ceñía al modelo *gay* estadounidense no dejaba de presentar algunas inconsistencias, por lo que bien se podría equiparar a lo que Domínguez- Ruvalcaba (2007) denomina *Politics of Desire*: “[It] converts the reasons for

excluding bodies into valuable attributes. The system of desire is historical; it functions in the ethic and aesthetic spaces” (7). Desde esta perspectiva, nos encontramos ante una dinámica de poder bastante peculiar en la cual algunos homosexuales (asumidos y no asumidos), desean estar en la compañía de un sujeto completamente diferente a ellos; es decir, el poder económico actúa como el vehículo mediante dos opuestos binarios se atraen: por ejemplo, el *gay* desea estar con el *mayate* y el *chichifo* con el *gay*, o el *gay* asumido con el *buga*.⁸⁴ Este tipo de contactos se extienden profundamente en la sociedad mexicana, tal y como se ilustró anteriormente en el apartado sobre la prostitución en *El desconocido*, y se verá más adelante en el capítulo 4 cuando se analicen los emparejamientos entre varones.

Respecto a la novela de Zapata, se puede decir que en ella se advierten elementos que la hacen apearse a un modelo norteamericano de organizar la homosexualidad bajo una subjetividad propiamente *gay*, en la que el binomio activo/pasivo tiende a pasar a un plano secundario. Sin embargo, tampoco podemos dejar a un lado el hecho que entrevé una especie de unión híbrida entre la modernidad (identidad *gay*) y el pasado (los papeles tradicionales de género). Si bien la desestabilización de los roles sexuales de los personajes principales revelan una crítica al sistema tradicional –Zapata se atreve a desafiar la supuesta inamovilidad de los roles del agente activo visto exclusivamente como el que penetra y del pasivo como el penetrado– no deja de llamar la atención que sea precisamente a través de la apropiación del melodrama. En mi opinión, su uso como parte del armazón textual de la novela, además de mostrar diferentes aspectos de la sociedad mexicana, aterriza en lo que James Thing y otras feministas⁸⁵ ubican como la necesidad de extraer una radiografía completa sobre las identidades homosexuales masculinas: “Mexican queer identities therefore must be understood in connection to race/ethnicity, immigration, and social class” (6). Sin lugar a dudas, bajo este esquema se ponen en relieve importantes particularidades que a menudo pasan desapercibidas en el estudio de la homosexualidad masculina; de ahí que la entrada en vigencia de la identidad

⁸⁴ Heterosexual.

⁸⁵ Gloria Anzaldúa, Cherríe Moraga, Patricia Hill Collins y Dorothy Smith.

gay en México, de ninguna manera, pueda ser considerada sintomática del quiebre total de la tradición.

Finalmente hay que tener en cuenta que la aplicación de la teoría *queer* en el texto analizado aquí, no constituye un intento de copiar y pegar (*copy and paste*), a manera de palimpsesto, sino de construir un puente entre ambas perspectivas (como propone Domínguez-Ruvalcaba), que nos ayude a comprender mejor el significado de la lucha *gay* en México de los últimos años. Es así como corresponde a continuación echar una mirada al pasado glorioso del cine de oro mexicano que dio vida al melodrama, y ver cómo se relaciona con la nueva forma de organización de la comunidad *gay*.

2.2 Apuntes sobre el melodrama

El papel decisivo del melodrama en México como género cinematográfico⁸⁶ y, por ende, como artefacto cultural, se remonta al choque de las “culturas populares urbanas”⁸⁷ con una etapa de crecimiento económico. Forjada a través de imágenes idílicas del campo y su representación como cuna de los valores más representativos de la mexicanidad (valentía, arrojo y sacrificio), la sociedad mexicana se prepara para hacer frente a los nuevos retos que emanan de la siguiente década marcada por la amplia modernización del país. De esta manera, la oralidad y la preponderancia de la familia constituyen la base del proceso de modernización, tal y como lo señala Joaquim Michael en su artículo (305).

Bajo este tenor, la industrialización de la ciudad de México y su apertura a un nuevo sistema económico alienta la migración de los sectores campesinos a la capital del país, quienes ven en la nueva época la oportunidad de proclamarse partícipes del proyecto modernizador. Lo vemos así en los medios de comunicación que poco a poco se van poniendo de moda, como lo fue en un principio el cine y, posteriormente, la radio y la televisión, principales promotores del melodrama. A su favor habrían de tener la figura del charro que de acuerdo a Jeffrey M. Pilcher, “[...] functioned in part as a salesman

⁸⁶ Mi intención en este trabajo no es hacer un estudio a fondo del melodrama como género cinematográfico, sino del tema de la homosexualidad en la experiencia fílmica.

⁸⁷ Término utilizado por Monsiváis (2004).

peddling a very modern national identity geared to industrial production” (222). Sin embargo y como veremos más adelante, dicha representación se torna problemática al ponerse en duda mediante la parodia aquella característica que lo hizo célebre: su hombría.

Sin embargo, previo al apogeo del cine mexicano, se podría considerar al entonces presidente de México en 1936, Lázaro Cárdenas, como el principal promotor del cine al reconocer en él su enorme potencial como instrumento del Estado. Se sabe, por ejemplo, que además del mensaje implícito de las películas exhibidas, se solían repartir volantes con mensajes moralistas en las salas de cine, sobre todo, previamente a las funciones de películas catalogadas como “inconvenientes” (Monsiváis y Bonfil 78). Así, no es de extrañarse que Cárdenas diera la orden de que en todos los cines del país se exhibiera, por lo menos una vez a la semana, un filme mexicano. Y fue así como al estar presente el proyecto de la nueva nación a través de la beatificación de la institución familiar en las distracciones de los mexicanos —esto es, el melodrama—, el gobierno pudo continuar con su ideología revolucionaria; la misma que sirvió para extender la hegemonía del Partido Revolucionario Institucional (PRI), por más de 80 años ininterrumpidos (Ruvalcaba 2007: 77).

Lo que hace el cine mexicano de los cuarenta es recrear situaciones ordinarias, aunque exageradas, de los nuevos ciudadanos de la metrópoli: masas de campesinos que se dejan llevar como autómatas por deseos falsos de libertad y fortuna sacados de las producciones cinematográficas de la época. Si bien hasta entonces el cine había ejercido un papel importante en la construcción de la unificación nacional, Monsiváis y Bonfil aluden al control de la sociedad como el aspecto más importante:

Lo que importa es contener los posibles desbordamientos, el relajamiento de las costumbres, la corrupción moral que acecha en el corazón de la gran urbe. Por ello se enfatiza en el melodrama urbano un ideal de virtud moral que exalta la vigencia de las tradiciones y el triunfo de la familia, señalando de paso con índice de fuego las perversiones del adulterio y la prostitución. (18)

De esta forma, la temática enfocada en lo sentimental, en lo cursi y en el ya clásico ejemplo del rico que se casa con la campesina pobre, o de la hija de caciques que es pretendida por el peón de su hacienda, ocasiona que los espectadores alberguen la esperanza del bien que triunfa sobre el mal dentro del inhóspito terreno citadino.

Así pues, la fatalidad que envuelve la figura de la prostituta, por ejemplo; ser marginal desposeído de cualquier lugar en la sociedad pública —por lo menos hasta la década de los cincuenta—, comienza a ser una imagen comúnmente utilizada como forma de instruir y, al mismo tiempo, de ejercer control sobre las masas populares cada vez más numerosas. Al respecto, la adaptación cinematográfica (1939) de la novela *Santa* (1903)⁸⁸ del escritor mexicano Federico Gamboa, sirve como parteaguas del melodrama de la prostitución. Con el paso del tiempo y el relajamiento de las costumbres en la sociedad, veremos cómo la prostituta se convierte en una representación refinada (y hasta cierto punto imprescindible del modelo familiar), por lo que se propone su reivindicación pero bajo ciertas reservas: “Cuando el cine mexicano traslada a la prostituta del asfalto a la guarida elegante donde un hombre poderoso intenta monopolizarla y elevarla al rango de querida, comienza a normalizarse el tema del adulterio y, muy pronto, según el rigor de las exigencias de la protegida, el aspecto del divorcio” (Monsiváis y Bonfil 44).

Aquí sería conveniente resaltar el paralelo entre la figura de la prostituta y del *gay*,⁸⁹ el cual radica en que ambos tuvieron que enfrentarse a una sociedad que pretendía mantenerlos al filo del anonimato y, por ende, negarles cualquier tipo de reconocimiento público. No obstante, a medida que los años pasan y se suscitan nuevos avances tecnológicos (como el radio y la televisión), el género del melodrama adquiere un nuevo giro que permite poco a poco la inserción de estas dos figuras, sobre todo, la de la prostituta a través del cine y, posteriormente, la del *gay* en la televisión. Pese a todo, la esencia del melodrama continúa siendo la misma, extendiéndose más allá de los confines de las fronteras nacionales:

⁸⁸ Le siguieron dos adaptaciones más a la película: La de Norman Foster en 1943 y la de Emilio Gómez Muriel en 1968.

⁸⁹ Shannon Bell equipara la figura de la prostituta con la del *gay* al decir que “[...] like homosexuals, prostitutes are a criminal sexual population stigmatized on the basis of sexual activity” (96).

En los años treinta del siglo XX posibilitó el establecimiento de la radio como medio de comunicación de masa a través de la radionovela. Aunque ya no tenga la importancia de antes, en México este género se mantuvo en una estación AM, la popular XEW 900, hasta hoy día. Lo mismo ocurrió con la televisión en la segunda mitad del siglo. El impacto de la telenovela es tan grande que se convirtió en sinónimo tanto del medio de televisión como del melodrama mismo. (Michael 308)

Como se sugiere, en la actualidad la telenovela es la principal heredera de una tradición que data más de medio siglo, y en la que se ha pretendido representar a la familia mexicana como una sagrada institución pese a la tragedia siempre amenazante. En breve, el cine, la radio y la televisión, encontraron en el melodrama el componente perfecto para conmover al público.

Sin embargo, históricamente el melodrama escénico ha sido poco valorado por la crítica e incluso asociado con aspectos negativos. Por ejemplo, Torres-Ortiz señala que desde el siglo XIX los críticos lo veían como carente de cualquier mérito (91), por lo que no resulta sorprendente que su estudio haya sido poco atendido hasta principios de la década de los setenta (De la Mora 49). Por su parte, el reconocido crítico Peter Brooks, argumenta que el melodrama tuvo sus orígenes en la época de la Revolución Francesa al funcionar como una forma de secularizar las leyes emitidas por la aristocracia y la iglesia; además, Brooks define el melodrama como “a fictional system for making sense of experience as a semantic field of force that comes into being in a world where the traditional imperatives of truth and ethics have been violently thrown into question” (152).

Por lo tanto, la ruptura causada por el choque con la modernidad origina un replanteamiento dentro de la sociedad mexicana que comienza a dar cabida a nuevos personajes alejados de lo que constituía la norma sexual, como se observa a través de la prostituta (en primer lugar), y posteriormente a través del homosexual. Sin embargo, en el caso de la novela *Melodrama*, ésta nos transporta a lo que aquí denominaré drama

homosexual, término que pone en evidencia la influencia del género melodramático – iniciado por el cine –, dentro de la comunidad *gay*.

Bajo este esquema, René Campos y Oscar Eduardo Rodríguez leen la novela de Zapata como una representación melodramática e insinúan ligeramente la cuestión a la que me refiero; no obstante, ambos la sitúan en el terreno de la utopía y, por tal, inconcebible.⁹⁰ Mi interpretación va en contra de estas opiniones y, en su lugar, me atrevo a decir que la presencia del drama homosexual, más allá de una simple parodia, permite construir desde adentro de la comunidad *gay*, un discurso que hace posible la solidificación del espacio *torcido* al convertirse en *gay* (de placer), pese a las implicaciones que presupone el contexto mexicano. Así, al adueñarse de códigos y espacios – estilos de vida inventados y difundidos por países del primer mundo –, se produce en la comunidad *gay* un sentido de pertenencia en el que sus miembros se sienten por primera vez libres. Pasemos ahora al análisis de esta novela.

2.3 El drama homosexual

La novela, dividida en 58 capítulos, comienza detallando de manera cinematográfica⁹¹ el hogar de una típica familia acomodada mexicana: “Un enorme vestíbulo separa y conecta a la vez la puerta de entrada con el comedor y la sala [...] Ningún otro objeto impide o, distrae, la vista de la monumental escalera en abanico. Un asiduo espectador de películas mexicanas la reconocería inmediatamente [...] (15). El narrador omnisciente nos presenta la residencia de la familia Rocha, en cuyo seno habrá de desarrollarse el drama homosexual propiciado por la orientación sexual del protagonista, Alex, a quien se describe con el adjetivo calificativo “atlético,” que tiende a resaltar su *aspecto masculino* durante el transcurso de la historia.

⁹⁰ Tanto Campos como Rodríguez dejan de lado lo que quizás sea el aspecto más importante: el discurso político implícito en la novela, es decir, el discurso *gay*.

⁹¹ Debido a que se hace uso de referencias técnicas tal y como se ve en los guiones cinematográficos. Además, aparecen comentarios alusivos a los melodramas más famosos del cine de oro mexicano, así como a las canciones que los hicieron inmortales.

La escalera que adorna la residencia de la familia Rocha alude indiscutiblemente al espacio privilegiado de los ricos y sus características casas de dos pisos, representación hecha inmortal en las películas en blanco y negro del cine de oro mexicano y, recientemente, a través de telenovelas como “María la del barrio” (1995-1996) y “La usurpadora” (1998), sólo por mencionar algunas. Pero la aparente comodidad de los lujos materiales resulta contrastante con la situación que en un abrir y cerrar de ojos se suscita entre Alex y su madre, cuando ésta se entera de la conducta homosexual de su hijo al que sorprende adoptando la identidad de una mujer en una conversación sostenida por teléfono: “—Ay, es que estoy muy desvelada, manita. Estoy muy desvelada y todavía tengo que estudiar – dice en el teléfono. La madre, confusa, se aferra de la cortina. Al oscilar ésta ligeramente, el joven de apariencia dinámica descubre su presencia y su mirada atónita. Cuelga el teléfono y exclama turbado: -Cre.. creí que seguías enferma, que no te ibas a levantar”(19).

Este primer cuadro desata el principio del drama homosexual en el que la madre se verá particularmente afectada. Su reacción inicial nos revela un estado de *shock* bastante considerable, puesto que al escuchar a su hijo adoptar la palabra *manita* (frecuentemente utilizada por las mujeres y los hombres homosexuales al acortar el término hermana por hermanita), y decir que se encontraba muy “desvelada”, se pone en duda la orientación sexual de su primogénito, el joven Rocha. Estilísticamente a este juego de palabras se le suele conocer como *camping*: “Esto se refiere a la costumbre entre algunos homosexuales de jotear, al hablar echando mano de diversas licencias propias de cada lengua y de los giros comunes en el habla de las mujeres” (Rodríguez 77). Este acto performativo en palabras de Butler, subraya la importancia de los códigos secretos que sólo los entendidos (homosexuales) tenían acceso, elemento primordial que les permitió forjar relaciones entre sí, y que además servía como un escudo protector ante el rechazo de la sociedad heteronormativa patriarcal.

Al mismo tiempo, la acción de la madre nos lleva inmediatamente a intuir un fuerte elemento de voyeurismo que se hará cada vez más presente en la trama de la novela, y que tiene por objeto mostrar su poder en función del subvertido como matriarca: “En ese momento me sentí alterada, no supe cómo reaccionar. Incluso sentí pena por él; me puse

un poco en su lugar. Sentí como si me hubieran sorprendido haciendo algo malo, como si alguien me hubiera sorprendido, cuando fui yo la que sorprendió” (19). Es así como desde el primer momento de la trama, se entreteje el tono melodramático que irá representando el tema de la homosexualidad masculina, sobre todo a partir de las acotaciones de la madre.

A diferencia de la figura del macho en el melodrama, comúnmente representado por actores de la talla de Pedro Infante y Jorge Negrete, Alex, el hijo descarriado, lucha por el amor de un hombre (el detective Axel Romero) y no el de una mujer. Además, contraria a la caracterización de los personajes femeninos del melodrama mexicano, se subvierte también la figura de la madre que tradicionalmente lucha por encima de todo por salvaguardar la honra y unión familiar para, en su lugar, ser el padre quien tome su papel. Por su parte, la esposa de Axel se convierte en la mujer burlada por su cónyuge al preferir la compañía de un hombre. Por último, la figura del padre se desestabiliza mediante la supresión de su carácter inquebrantable de macho al carecer de fuerza. Pero *Melodrama* le da un giro de tuerca a cada una de estas figuras y en su lugar nos ofrece todo un *drama homosexual*, y cuya función es legitimar el reconocimiento de las parejas *gay* dentro de la sociedad tradicional, ya que como añade Rodríguez, “quizás estos personajes homosexuales, por ser nuevos en el repertorio del melodrama, no deberían ser considerados como estereotipos, pero los atributos con los que el autor los reviste sí los convierten en ello y considero que es en la creación de estos estereotipos [...] donde reside una buena parte del valor de la obra” (74). En todo caso, vemos que la única posibilidad de normalizar el tema en cuestión es a través de la deconstrucción de los paradigmas establecidos por medio de la parodia, pues presupone además una afrenta directa al tan arraigado machismo del cine de oro mexicano. Frente al énfasis de los personajes homosexuales que habitan la obra, se encara así la voz del discurso heteronormativo patriarcal.

En términos generales, *Melodrama* es la historia de Alex Rocha y su amante el detective Axel Romero, a quien conoce cuando éste es contratado por su madre para vigilarlo y averiguar los sitios que frecuenta, acción iniciada después del incidente telefónico. A partir de entonces, Alex se ve expuesto al constante acoso de su madre quien pretende

gobernar su vida y quien se opone al romance una vez descubierto, por lo menos hasta el final de la historia. Por su parte, la esposa del detective, después de enterarse de la situación a manos de su compadre, intenta vengarse de su esposo a quien desposee de todos sus bienes económicos, y fragua un plan para chantajear a la madre de Alex a quien amenaza con hacer pública la relación homosexual, todo bajo la complicidad de su compadre. Mientras tanto, éste se aprovecha de la situación acostándose con su propia comadre y quedándose a cargo de la agencia de detectives, negocio que fundara en un principio con Axel. Posteriormente, una vez que la pareja *gay* se encuentra viviendo junta, entrevén una difícil situación dado el poco apoyo que reciben de sus familiares. Y es así como Alex decide entrar a la casa de su madre para robarle sus joyas. Acto seguido las vende y con ese dinero se embarca junto con Axel a Río de Janeiro para después regresar, en plena víspera de navidad, a su casa en donde finalmente son recibidos por los padres quienes parecen haber perdonado todo lo sucedido.

Así pues, y siguiendo a Marquet (2006) en alusión al teatro de Xavier Villaurrutia, miembro del grupo de los Contemporáneos, el drama homosexual siempre ha estado sujeto al melodrama:

Para abordar la homosexualidad con medias palabras, en forma soslayada, era preciso que se mostrara con matices de melodrama. Y por supuesto había que cumplir con cierto número de requisitos en las modalidades de representación de la homosexualidad, el principal de los cuales es la ausencia de la figura paterna, clave en la producción familiar del homosexual, quien se veía privado de opción vital: su posición se definiría mecánicamente por esa ausencia de figura paterna. (327)

Como se observa en esta nota explicativa, el carácter del melodrama ligado a la homosexualidad masculina y, por ende, al terreno de la siquiatria perduró buena parte del siglo XX. Al respecto, cabe recordar que no fue hasta 1973 cuando finalmente se excluyó de la lista de enfermedades mentales contenidas en el Diagnóstico y Manual de Desórdenes Mentales de la Asociación Americana de Psiquiatría (Mogrovejo 37). En este sentido, existe un eco referencial en la novela de Zapata visto a través de la madre de

Alex, quien al ser confrontada con la homosexualidad de su hijo, recurre inmediatamente a un siquiatra.

Sin embargo, es precisamente ella misma quien adquiere la voz del siquiatra que intenta diagnosticar, pero sobre todo, curar la homosexualidad de su paciente a través de técnicas empleadas en el pasado y que ligaban la conducta homosexual con la falta de atención de los padres hacia sus hijos “[...] quizá no supe desempeñar bien mi papel de madre; quizá me faltó adivinar cuáles eran sus necesidades y no traté de satisfacerlas por andar preocupándome por mis enfermedades y mis nervios y todo tipo de problemas [...]” (27).⁹² Dichas palabras le son reveladas al siquiatra particular de Marga a manera de monólogo, como lo son casi todas sus incursiones; es decir, Marga intenta desposarse de su sentir trágico vertiendo sus problemas en quien se preste a escucharla y se enfatiza así su carácter compulsivo y autoritario. Este episodio es además significativo porque rebate la antigua teoría de la homosexualidad causada por el supuesto distanciamiento del padre (o la madre en este caso), y que en la época que se pretende situar la historia (la década de los cuarenta), solía estar muy en boga. Por otro lado, tampoco resulta viable la teoría de la identificación y deseo que vimos en el caso de Narveli en *El desconocido*, puesto que como veremos Alex sostiene también relaciones con jóvenes de su misma edad.

Continuando con el análisis de la obra a la luz del psicoanálisis, una vez expuesta la homosexualidad de Alex (aspecto que sin embargo su madre insiste en ignorar al decir que se trata de un problema mental), ésta acude nuevamente a su siquiatra: “El consultorio es acogedor, tranquilizador en un estilo un tanto impersonal [...] En él, vemos ensayos de Erich Fromm, Sigmund Freud, Otto Rank [...] Brillan por su ausencia nombres como Michel Foucault, Ronald Laing, David Cooper, Franco Basaglia, Félix Guattari o Sylvia Marcos” (22). El narrador pone de manifiesto dos vertientes médicas: por un lado el primer grupo regido por el psicoanálisis y el segundo por científicos y

⁹² Según Mogrovejo, la teoría psicoanalítica basada en el trabajo de Freud se concentra en tres: 1) “Que la posesión por parte de los hombres y su ausencia en las mujeres constituye para éstas un problema determinante en el desarrollo de su personalidad; 2) Que la heterosexualidad es la condición normal de la vida amorosa; y 3) Que la homosexualidad y el lesbianismo son una regresión o una fijación en el estadio pre-edípico” (34).

teóricos más contemporáneos, estos últimos quienes ayudaron a despejar y aclarar aspectos previamente considerados como la norma médica, como lo fue el caso de las relaciones sociales de poder en relación a la sexualidad y el sexo. Al respecto, Jorge Luis Galindo agrega que “el narrador [...] indirectamente está criticando la esencia de los melodramas: resolución y corrección de cualquier amenaza a la estructura familiar y su continuidad” (97). Si en el caso de la obra de Rodríguez Cetina el psicoanálisis se presenta como una posible respuesta al origen de la homosexualidad masculina, en la obra de Zapata tenemos todo lo opuesto y, por tal, una crítica feroz que vislumbra el fracaso de semejante disciplina.

La madre, cuyo nombre no se nos es revelado sino hasta el final de la novela (Marga), alude a la actriz del cine mexicano Marga López, cuyo esposo en la obra también refleja un nombre coincidente, Arturo; como si se tratara de la pareja clásica de las películas: Marga López y Arturo de Córdova. Más tarde, una vez que Alex se atreve a confesar de viva voz su homosexualidad, ésta lamenta su papel como madre puesto que se considera culpable de la decisión tomada por su hijo, a lo que Arturo se antepone al decirle que “la homosexualidad puede ser una elección” (81), “déjalo, por una sola vez, que tome sus propias decisiones y defina lo que quiera hacer de su vida. Déjalo en paz. Ya sabe lo que hace. Ya está grande. Y tú no vas a poder cambiar nada” (82). La actitud de los padres revela una familia completamente desarticulada según la tradición melodramática, pues es el padre quien observa la situación de manera más tranquila y articulada; en contraposición a la madre quien se deja llevar por una actitud de rotunda negación e histeria: “¿En qué fallé, Dios mío? ¿Qué fue lo que hice mal?, me empecé a preguntar, sin encontrar ninguna respuesta, herida en mi orgullo materno. Siempre me siento herida en mi orgullo, herida como mujer, como persona. Nunca estoy en paz conmigo misma; siempre hay algo que me hace sentir mal, en calidad de madre, esposa, mujer o hija” (21).

El quiebre de la tradición se hace patente en todos los personajes de la novela, por lo que la transgresión del género funciona por partidas múltiples: no solamente es el hijo descarriado (Alex), sino también el padre que defiende la orientación sexual de su hijo, la matriarca dominante de la familia Rocha, y por último, la esposa del detective, Estela Andueza de Romero, quien en lugar de resignarse a la difícil tarea de criar a sus hijos sin

padre, prefiere dejarse seducir por “el compadre Rebolledo [quien] ya ha logrado deslizar suavemente la pantaleta de la comadre [...]e introducir su osado dedo en el orificio genitomaternal de la comadre; con la otra mano, estruja sus senos palpitantes, mientras que con la boca muerde, ya como poseído, su nuca” (71).

De esta manera, Estela se aleja de la figura de la madre abnegada con la que tradicionalmente se identificaría para adoptar la de la mujer mala o prostituta; es así como ella y su nuevo amante, el compadre Rebolledo, idean un plan para chantajear a la madre de Alex con una cuantiosa suma de dinero a cambio de no hacer pública la *sucia relación* entre Alex (el hijo bien) y Axel (el detective de clase media baja) que prefirió abandonar a su mujer e hijo por la compañía de un hombre joven. La resonancia de las dificultades a las que la recién conformada pareja se deberá enfrentar, constituye la afrenta a una de las características del melodrama tradicional (heterosexual), visto en el cine mexicano a través del espacio de la hacienda, lugar donde por lo regular se mostraba la imposibilidad de un romance entre personas de diferentes clases sociales: “[...] class difference was acknowledged as a basis for conflicts that never led to political reflection. Patrón and peóns occupied fixed, immutable positions: the patrón (or his son) can fall in love with a peasant woman, but a peón could never do the same with the patrona or a white woman without fatal consequences [...]” (García 154).

A la par, *Melodrama* expone una situación paradójica entre la pareja *gay* en cuestión en la que no solamente el rico (Alex) pretende al pobre (Axel), sino que el deseo se equipara en ambas direcciones.⁹³ Además, mientras que el estereotipo común de los mexicanos de clase alta los sitúa como personas de rasgos físicos europeos, no es Alex el atlético joven sino el detective de ojos azul añil, “el güerito”, como cariñosamente Alex se refiere a él por su color de piel. Y a pesar de que en algunas ocasiones Axel se siente avasallado por el poder económico de la familia de Alex –lo cual lo lleva a pensar que algún día lo pudiera abandonar– Alex se encarga de reiterarle su amor y hacerle ver que nada ni nadie se interpondrá entre su relación. Según Marquet “las obras en las que aparece el travesti tienden a la farsa, a la comedia; aquéllas que se centran en el bisexual, al drama, al

⁹³ En alusión directa al concepto propuesto por Domínguez-Ruvalcaba como “Politics of Desire”.

melodrama incluso” (2001: 334). Si bien a primera vista se podría decir que la novela de Zapata coincide con lo señalado por Marquet (en base a la bisexualidad de Axel), su valor radica precisamente en la particular manera en que logra transformar y manipular el (melo)drama, pues en breve es capaz de llevar su historia al otro extremo de la balanza, es decir, al drama homosexual.

No obstante, antes de relacionarse con el detective, Alex ya había sido partícipe del drama homosexual en la novela cuando él y su amante en turno (identidad que tampoco se nos es revelada y a quien solamente suele dirigirse como *amigo*), deciden pasar juntos un fin de semana en Valle de Bravo; popular centro vacacional del estrato social alto de la ciudad de México. Los acompaña en su trayecto un tercer joven invitado por el *amigo* de Alex, el cual se muestra especialmente atento y hasta provocativo con él, por lo que “[a Alex] lo había molestado la excesiva seguridad en sí mismo del otro: estaba muy consciente de su belleza, de su atractivo, de su simpatía, y les sacaba todo el jugo posible, hasta casi llegar a la insolencia, aunque por otra parte fuera un imbécil” (23). El sustento melodramático de la escena es convalidado por la rápida sucesión de cuadros casi fotográficos en alusión plena al cine “[...] A medida que avanzara el tiempo en el recuerdo, las imágenes se volverían más nítidas, las secuencias más largas, para terminar el sábado por la tarde de ese fatídico fin de semana con la llegada del otro amigo a la casa” (23), a quien Alex sorprende teniendo relaciones sexuales con su *amigo*, “acariciando su sexo con una fruición que nunca le había conocido” (24).

En ese instante se desata el zafarrancho entre la pareja, en medio de gritos y aspavientos, que los conduce a separarse y que da pie, también, a una reflexión interna por parte de Alex:

Por qué nadie llegaba a sentirse totalmente satisfecho con él? ¿Por qué continuaban buscando, después de haberlo encontrado? ¿Le faltaba algo? ¿Era demasiado posesivo? ¿La gente no se daba cuenta de su amor? ¿O, al contrario, se daban cuenta y se aprovechaban de la magnitud de sus sentimientos, sabedores de que llevaban todas las de ganar? (24)

Dicho cuestionamiento alude una vez más a la melancolía *gay*, estado emocional en con el cual se deja ver una crítica hacia las representaciones de los personajes homosexuales en el cine y la literatura, como seres incapaces de encontrar el amor y la felicidad (Muñoz 15).

Es así como la desilusión lleva a Alex a emprender un viaje al puerto de Veracruz (a sugerencia de su madre), donde pretende olvidar la traición de su amigo teniendo relaciones sexuales con un desconocido. Ir a Veracruz representa metafóricamente llegar a los extremos.⁹⁴ El preámbulo de la escena evoca a las grandes divas del cine mexicano como Andrea Palma, María Antonieta Pons, Mary Esquivel, Rosa Carmina, y Ninón Sevilla, notables figuras del submundo de la prostitución a través de sus actuaciones estelares, a quienes Alex aspira a imitar:

Se acostará con todo mundo, aunque ni siquiera le gusten, será dócil, humilde, adoptará las posturas que le parezcan más indignas, más denigrantes, o, dado el caso, más incómodas; obedecerá, se prestará a todo. Su venganza consistirá en aceptar ser humillado por cualquiera, en convertirse en una basura, cuando con el otro rara vez accedía a sus demandas extravagantes. Seré una puta. Y qué mejor escenario que el lugar donde se encuentra. (36)

Si bien Alex pretende ser una *puta*, es el extraño que conoce en un bar del malecón quien se muestra desinteresado; por lo que existe una clara inversión de roles en los que la prostituta supuestamente debe actuar bajo una actitud fría y calculadora: “El hombre no sonrío: no hay guiños de ojo de ninguna parte, ninguna exteriorización de entusiasmo o anhelo. Sólo hace una seña con el dedo indicándole que se aproxima y comparte su mesa” (39).

Acto seguido, ambos abandonan el lugar y se trasladan a un motel donde tiene lugar una sesión de sexo exprés. En este sentido, la rapidez en que se desenvuelve el acto, revela

⁹⁴ El estado de Veracruz es famoso en México por ser considerado uno de los lugares en donde suelen imperar actitudes que propician encuentros homosexuales. En su película *Amor chacal* (2002), Juan Carlos Bautista ahonda la cuestión de la prostitución masculina a través de una de las figuras enmarcadas por Schuessler en su homoculturalidad mexicana: el *chacal*.

otro dato importante sobre la inversión de roles sexuales, que en este caso en particular apuntala a la pasividad de Alex en la intimidad:

El otro se acerca y lo abraza, frotando su sexo erecto contra el vientre, contra el sexo aún dormido del joven, quien intenta besarlo. El otro aparta la cara y dice, empujándolo hacia la cama: -Voltéate. Obedece una vez más y baja un poco sus pantalones para dejar al descubierto sus redondeadas nalgas. Por un momento piensa que el extraño podría golpearlo en la cabeza y, ya sin sentido, penetrarlo. Se da cuenta de que no tendría caso, pues no está ofreciendo ninguna resistencia. El otro pone saliva en su ano y, con sus dedos, trata de abrirlo un poco. Vuelve a poner saliva e introduce bruscamente su miembro viril. El joven sofoca un grito de dolor; siente que lo desgarran; teme que llegue a producirse una hemorragia. Aunque había llegado a considerar la posibilidad de la violencia, e incluso le había atraído (no sabe hasta qué punto sólo intelectualmente), en ese momento el placer está ausente. Su pene sigue blando. El otro continúa frotando rabiosamente su sexo contra la cavidad anal del joven. En pocos segundos eyacula y, con la misma celeridad, se sale. El joven, de dolor, cierra los ojos. El extraño abandona la habitación y él permanece por un instante sin saber qué hacer. (41)

Este encuentro sexual nos muestra la versatilidad sexual que posteriormente desempeñará con su nueva pareja. De tal modo, el detective Axel pasa de ser el penetrador (en su relación de casado con una mujer) al penetrado (con su amante), por lo que se deja ver claramente una óptica *queer*, en la que existe una apertura a los roles sexuales tradicionalmente impuestos a los actantes de las relaciones homosexuales. En este sentido, veremos cómo ambos personajes rompen con las identidades fijas que sirven para afianzar su relación, tal y como se infiere, además, mediante la simbología de sus propios nombres, Alex Rocha y Axel Romero (AR/AR).⁹⁵

⁹⁵ Rodríguez señala que esta metátesis sirve como marco de los melodramas vistos en la literatura, en el cine y en la televisión (81).

En todo caso, esa aferrada pasión por el melodrama configura el microcosmos que da vida a la novela: la lucha amorosa entre Alex y Axel, o en palabras de Oscar Eduardo Rodríguez, de su “gay love story” (75) que los ayuda a salir bien librados de cualquier dificultad que se cruza por su camino, como las actitudes clasistas y homofóbicas. Por ello, contrario a la fatalidad que envuelve a los personajes de clase baja en el melodrama tradicional presentado por el cine mexicano, Alex y Axel tienen a su favor el poder económico.

Aunque por algún tiempo se vieron desprotegidos, Alex es capaz de llevar las riendas económicas de la relación hasta el grado de robar las joyas de su madre, dinero que utiliza para atender las necesidades básicas de la pareja, pero también para emprender un viaje a Río de Janeiro, ciudad emblemática por su ambiente *gay* y la amplia gama de parejas interraciales que en ella abundan. El simbolismo del viaje puede leerse en relación a la diferencia social que existe entre la pareja, pues es Alex, el menor, quien se encarga de proveer el sustento económico de la relación. En este sentido, considero que dicha situación corresponde a la dinámica que establece una estrecha relación entre identidad *gay*, poder económico y apariencia física. Por lo tanto, el hecho de que Axel sea físicamente güerito lo exime de cualquier obligación económica, tal y como veremos en el siguiente apartado.

2.4 El bar como elemento fundador de la cultura *gay*

Más allá de los espacios que alberga la residencia de los Rocha, se encuentra un lugar en particular donde ocurre el detonante quizás más importante de la relación entre Alex y Axel: el bar *gay*. Según Marquet (2006), el bar o la discoteca ha sido “un elemento fundamental de la historia de la comunidad *gay* contemporánea” (83), aunque añade de forma crítica que si bien “[...] la discoteca ha sido el sitio de reunión [...] en el marco de la administración de los espacios urbanos, [en ellos] han sido recluidos los *gays*” (110). Palabras sumamente importantes si atendemos al hecho de que en la novela de Zapata, dicho espacio se nos presenta como el único lugar donde los personaje *gays* pueden sentirse completamente libres, aparte de los restaurantes y demás centros de esparcimiento que componen la Zona Rosa, segmento de tolerancia ubicado en la colonia Juárez de la ciudad de México.

Otro de los escritores que toca el tema de la homosexualidad masculina en sus obras, Luis González de Alba, relata de la siguiente manera los primeros bares *gay* de la ciudad de México que aparecieron durante los últimos años de la década de los setenta:

En la Zona Rosa existía el Bar 9,⁹⁶ con demasiados aromas a loción cara en los muchachos y a buenos perfumes en las abundantes mujeres heterosexuales que asistían porque tenían amigos gays, son las joteras o *fruit flies*. En Le Baron (que escribían de forma espantosa como L' Baron) reinaba el mal trato desde la entrada hasta la hora de salir, casi siempre ya al rayo del sol, hasta en día de elecciones presidenciales. Sólo siendo propiedad de algún muy alto político habría podido cometer tales faltas impunemente. De pronto, se sabía de algún nuevo bar. Casi nunca era nuevo, sino algún bar con bajas rentas que decidía poner manteles color de rosa para, según los dueños, hacerlo gay. Duraban poco. No eran para el joto de barrio, sino para el homosexual de clase media, casi siempre viajado y, por lo mismo, decepcionado una y otra vez de la oferta. Más que a las clausuras por parte de la autoridad, los pretendidos bares gay debían su fracaso al desencanto de la clientela. (143)

Desde el principio, la descripción hecha de los bares *gay* apunta hacia el aspecto económico que, pese a la decepción de la clientela, de ninguna manera impidió su desarrollo; sino todo lo contrario, ya que a partir de entonces surgió una explosión de bares y discotecas *gays* que continúa hasta la fecha.

De manera coincidente, las palabras de González de Alba entrevén otro aspecto asociado a la vida de los *gays*. Se trata de la fugacidad de la vida o bien, la lucha desesperada contra reloj, parafraseando a Perlongher, “el gay tiene esa manía de hartarse de los lugares, le gusta la novedad” (52). Desde esta perspectiva, los bares *gay* resultan ser efímeros y están constantemente sometidos a un proceso de renovación: “Sin embargo, los mismos actores vuelven a encontrarse en distintos escenarios, reconociéndose como

⁹⁶ Según Paco Calderón “el Bar 9 cerró sus puertas al público en el año de 1990, concluyendo así una década llena de historias irrepetibles y lo que fue para muchos la época dorada del ambiente *gay* en la Ciudad de México” (1).

parte de un grupo y garantizando el éxito de los nuevos bares” (Laguarda “La emergencia” 314).

En el reporte del 25 de septiembre que el detective entrega a la madre de Alex (escena 16), se nos ofrece un tour que el lector familiarizado con la capital mexicana asocia de inmediato con la arriba mencionada Zona Rosa. De esta manera, la intertextualidad cultural presentada en la obra alude a lugares bien conocidos por la floreciente comunidad *gay* en México: “La esquina de Reforma y Niza” (47), “el restorán Kineret” (47), “el Sanborns de Niza” (48), “el cine Visconti” (48), y “el restorán Toulouse” (48), espacios que sirvieron como punto de reunión y esparcimiento al ver en ellos lo que en otros lugares les era negado: reconocimiento público.

En su artículo sobre la emergencia de los bares *gay* en la ciudad de México, Laguarda señala la importancia que dichos establecimientos comerciales han tenido en la formación de la comunidad *gay* mexicana, puesto que “en la construcción de una identidad específica se requiere de lugares de socialización en los que los individuos puedan reconocerse a sí mismos como parte de un grupo” (312). A medida que la ciudad de México fue creciendo, creció también el número de bares *gay*.

Motivado por seguir la pista de Alex, el detective se adentra en uno de estos bares donde por varias horas contempla a los reunidos allí, en medio del apogeo de la fiesta, pero sobre todo a Alex: “El dinámico y atlético joven se da cuenta de que lo está viendo y se complace en esa sensación de halago que nos produce por lo general la mirada ajena. Decide casi no voltear, no demostrarle que advierte su presencia y la fuerza magnética de su mirada” (57). En su artículo, Laguarda también evoca la teoría del panóptico social⁹⁷ expuesta por Foucault para describir lo que acontece dentro de los bares, en donde tiene lugar “un juego de miradas en el que unos vigilan a otros y todos se sienten observados”

⁹⁷ Según Guillermo Núñez Noriega, “el panóptico es una figura arquitectónica diseñada por Bentham en el siglo XIX que tenía como característica principal brindar la posibilidad de vigilar en diferentes direcciones, cuidando así la conducta de determinados individuos (originalmente prisioneros) sin que éstos pudieran distinguir a quienes los celaban” (99).

(318). Tanto Alex como Axel se miran entre sí, al mismo tiempo que son perseguidos por la mirada de terceros pero que, después de fracasar en el ligue, se avocan desesperadamente a hacer uso de cualquier medio cuando las miradas no son suficientes: “A diferencia de los grandes casinos, en lugar de moneda circula una enorme cantidad de tarjetas con números telefónicos anotados” (57). Pero en esta escena en particular, el panóptico, más allá de controlar la conducta de los individuos, se convierte en un anti-panóptico pues sirve como mecanismo de unión entre los presentes. Además, se exhibe un fuerte componente de camaradería dentro del bar en el que todos son cómplices de la noche y donde se respira cierto aire familiar.

Mientras tanto, el mundo exterior pareciera no existir al interior de las instalaciones del bar, ya que “las miradas encendidas se cruzan; los cuerpos afiebrados se rozan, se juntan, prometiéndose para luego caricias más íntimas y deleitosas” (57). La descripción que hace el narrador sobre el ambiente suscitado en el bar se equipara con el deseo aprisionado dentro del cuerpo de Alex que, finalmente, se atreve a sofocar poniendo fin al vaivén de miradas, para acercarse y pedirle a Axel que baile con él. En un principio, el detective se muestra confundido e inclusive “siente el impulso de rechazarlo, de golpearlo” (60), aunque después de intercambiar un par de frases y de revelar el porqué de su presencia en el bar –pese a lo extraño de la situación – ambos sucumben ante la pasión y acto seguido suben al escenario en donde “el joven Alex, sonriendo, se deja abrazar. Emocionado, ejecuta una ensoñadora vuelta de danza junto con el detective Axel Romero” (61).

La atmosfera remite al contexto de la música disco y a los destellos de la moda que en los años setenta contribuyó de manera creciente a la diseminación de la identidad *gay* en México. Fue así como los homosexuales de la época encontraron en el *boogie boogie* la inspiración rítmica que al mismo tiempo permitió la apertura y conquista de nuevas fronteras y sueños matizados por los pantalones acampanados y las camisas de colores sólidos que impregnaron el aura de las discotecas. El paralelo musical, además del bar, tiene resonancias en el género del bolero que la novela recrea para avivar aún más el armazón textual apoyado en el melodrama.

Es así como se dejan escuchar las voces de los tríos⁹⁸ en las que, además de aludir a los sentimientos de amor y ternura entre la pareja *gay*, se exhiben los indicios de la ruptura entre un pasado nostálgico y un periodo de modernidad. En adelante, la música típicamente vista por la mayoría como la historia de amor entre un hombre y una mujer, también puede ser extrapolada a la realidad afectiva entre dos hombres: “Tus besos se llegaron a recrear aquí en mi boca, llenando de ilusión y de pasión mi vida loca” (66). Monsiváis sugiere que, pese al cambio constante que rodea la música del bolero, su importancia aún continúa: “[...] collectivities gathered in bars and cafes to hear songs that make intimate history a public concern –the autobiography of everyone and no one” (“Bolero” 318). Por ello, con la historia de Alex y Axel narrada a través de la interpretación musical de un trío, se pretende legitimar dicha relación al traspasarla del ámbito de lo privado a lo público: “Te puedo yo jurar ante un altar mi amor sincero. A todo el mundo le puedes contar que sí te quiero. Tus labios me enseñaron a sentir lo que es ternura. Y no me cansaré de bendecir tanta dulzura” (67).

Para continuar dentro de las pistas que apuntan hacia la solidificación del espacio *gay* (de placer), es preciso volver a lo antes señalado por Marquet respecto a la reclusión de los *gays* en el bar. En efecto, la dinámica de este tipo de espacios tiende en principio a segregar a los homosexuales, aunque también existe la contraparte que reclama el derecho a *vivir la vida loca* o *livin’ la vida loca*, parafraseando el título de la canción del afamado cantante *gay* Ricky Martin. De tal manera, los bares en *Melodrama* crean un verdadero “sentimiento de pertenencia a una comunidad específica dentro de la sociedad y ha enseñado a los individuos a comportarse conforme a lo que es aceptable para ésta” (Laguada “La emergencia” 318). Al salir la comunidad del clóset, el bar *gay* se convierte en una especie de *segundo hogar*, en el que todos se suman al ambiente de plenitud que significó respirar fuera de los confines del anonimato y la represión.

Pero más allá de ofrecer un momento de deleite a sus parroquianos, este tipo de lugares conforman una especie de segunda familia en la que el sujeto deja de fingir ante los demás, aunque sólo sea por un espacio de tiempo delimitado. Sin lugar a dudas, el

⁹⁸ Agrupación musical formada por tres músicos.

surgimiento de este tipo de lugares ayuda a que el sujeto homosexual se relacione con otros que comparten no sólo su misma orientación sexual, sino también sus gustos personales como la música y las prendas de vestir. En resumidas cuentas y como postula Eribon “se trata de poder ser lo que uno es sin esconderlo, aunque sólo sea algunas horas a la semana y con un número selecto de personas. Es la función que han cumplido siempre los bares, los clubs o las asociaciones” (80).

Por otro lado y como Benedict Anderson demostró, la nación es una comunidad imaginada porque sus miembros jamás se conocerán los unos a los otros: “It is imagined because the members of even the smallest nation will never know most of their fellow-members, meet them, or even hear of them, yet in the minds of each lives the image of their communion” (15). El concepto esbozado por Anderson resulta interesante al considerar el trasfondo del melodrama en México y su función creadora y de consolidación de la nación moderna que veía en la familia individual una forma de representar la realidad; no obstante, el espacio *gay* que se erige en *Melodrama*, pese a estar cargado de alusiones directas al mencionado género, se nutre de un sentimiento de fraternidad colectiva impulsado por las dinámicas ocurridas dentro del bar, como se mencionó líneas arriba. De ahí que de *comunidad imaginada* no tenga nada, sino más bien se convierte en una comunidad vibrante que hermana a los *gays* al compartir una subjetividad en común.

Además, a pesar de que la mayoría congregada en el bar anhela encontrar a la pareja ideal o, por lo menos una aventura que siga manteniendo sus sueños a flote antes del amanecer; sin importar lo impersonal y/o superficial del ligue, existe un fuerte sentimiento de pertenencia grupal coadyuvado por la música, la forma de vestir, pero sobre todo, por el resguardo que dentro de estos lugares encontraron los jóvenes *gays* mexicanos, siendo el caso puntual de Alex y Axel.

Por último, es importante señalar también que el bar no estaba exento de problemas. Laguarda (2009) evoca la situación de los bares cuando comenzaron a propagarse por la ciudad de México y su estrecha relación con el poder adquisitivo de los concurrentes, ya que para asistir a este tipo de lugares, había que tener dinero, vestir bien, y verse bien; por

lo que muchos sufrían de discriminación como en su debido tiempo lo hizo notar el FHAR a través de sus publicaciones: “Las quejas emitidas por el FHAR iban en el sentido de que ingresar a estos establecimientos resultaba muy caro, por lo que era difícil que todos tuvieran acceso a ellos, además de que ciertas actitudes discriminatorias restringían aún más la entrada; sujetos considerados muy jotos o pintados [...] no podían entrar a los bares” (99).⁹⁹

Como ya señalé con anterioridad, tanto Alex como Axel se ciñen al tipo físico criollo o güerito (sobre todo este último), lo que representa una ventaja, ya que como nos dice Laguarda en su libro, el racismo de los *gays* mexicanos se hacía presente en los bares: “Se discriminaba a los nacos, a los corrientes, a los pobretones; como quien dice, a los que se veían, como se dice peyorativamente, medio indios. Y ser medio indio en México es ser pobre, carecer de buen gusto y ser verdaderamente feo” (115). Sin embargo, Monsiváis suma importancia a los homosexuales de la clase alta al decir que “los gays con dinero y/o prestigio establecen el *ghetto*, el universo subterráneo que halla con rapidez códigos, lenguaje y ‘zonas morales’” (90). Así, aún en los momentos más difíciles, el apoyo de las amistades de Alex se presenta útil, toda vez que los salva de ir a dar a la calle cuando el dinero se les agota:

–Vamos a ver a Chayito –¿A quién?

–A Chayito, una amiga; una amigocha, pues. Seguramente podemos instalarnos en su depto. Por unos días, mientras vemos qué onda.

–Ay, mi niño, es que yo no sé qué onda, como dice usted. Estoy confundido.

–No seas azotado, güerito. “Dios aprieta pero no ahorca”, deberías tenerlo presente, a ti que te gustan tanto los proverbios. Deja de preocuparte, ya verás cómo todo se va a arreglar.

⁹⁹ En este sentido, cabe mencionar que el impacto de la moral porfiriana se extendió a través de buena parte del siglo XX y no fue sino hasta sus últimas décadas cuando por fin se alcanza a sentir cierto tipo de aire de libertad: “Since the beginning of the 1990s, the official attitude toward the consolidation of gay places in the city has changed. Gay men in Mexico City now enjoy a more relaxed and liberal atmosphere, though this has happened in the context of erratic and often deteriorating economic conditions” (Sánchez Crispín y López López 211).

- Es que tengo que empezar desde abajo.
- No importa. Yo también voy a tener que comenzar de cero. Menos mal que hemos perdido todo: así ya no tenemos nada que perder.
- ¡Qué profundo y filosófico es usted, mi niño!

La buena disposición de Chayito, además de brindarles su ayuda, esboza con particularidad el grado de poder perteneciente a las clases altas, como apunta Gallego Montes al referirse a los episodios de vida narrados por Salvador Novo en sus memorias contenidas en *La estatua de sal* (1998): “[...] ‘ser de ambiente’ connotaba un privilegio de clase, que otorgaba la posibilidad de autonombrarse en el interior de un grupo y moverse en círculos sociales que permitían activar redes para hallar departamento, empleo, romances y amistades cercanas [...]” (103).

Por otro lado, además del aspecto económico que envuelve el aura de los bares *gays*, y que en el caso puntual de Alex le permite hacer todo lo que él quiere (como ligarse a un hombre guapo y con una profesión bastante viril, pese a su condición social como se explicita en la novela), se encuentra la deconstrucción de los viejos papeles de género que se han abordado a través de todo este trabajo. Con ello se pretende dar cuenta del quiebre de la tradición que ocurre a finales de los setentas en México, cuando emerge precisamente el término *gay*:

Esta nueva concepción, que llegaba a los mexicanos desde Estados Unidos, tendía a liquidar la división activo/pasivo en la que eran reproducidos los papeles tradicionales de género. Cuando cada individuo comenzó a nombrarse a sí mismo y a nombrar a otros como *gays* inició la construcción de una comunidad en la que todos son reconocidos como homosexuales (esto es, como *gays*) independientemente de las prácticas que realicen con sus parejas sexuales. (Laguarda “La emergencia” 312).

De esta manera, los recién bautizados hombres *gays* tuvieron a su favor una nueva herramienta para combatir el estigma asociado a los individuos que asumían el rol pasivo en sus contactos íntimos, y que desde tiempos inmemoriales ha servido como fuente principal de la homofobia.

Al respecto, (y tomando como ejemplo la novela de Zapata) encontramos que tanto Alex como Axel se ciñen a este nuevo modelo, también conocido como *internacional*. De acuerdo con Lionel Cantú, el término se refiere al hombre que ejerce ambos roles (pasivo y activo): “This term, which came into use in Mexico between the 1970s and 1980s, indicates a spreading of the object-choice Gay model and, interestingly, connotes a cosmopolitan, somewhat foreign and a middle- or upper-class influence” (citado en Thing 19). Pero dejemos que sean los propios protagonistas de la novela quienes ilustren esta dinámica:

--Mi amor, piensa que tú también tienes derecho a vivir tu vida; no te culpabilices --dice el atlético joven con el egoísmo que caracteriza a todos los enamorados—. Date cuenta de que hasta ahora sólo has vivido en función de los demás, de las obligaciones que te han impuesto, o que tú mismo te has impuesto, agobiado por las responsabilidades. ¿No crees que tienes todo el derecho de ser feliz? --Sí, mi niño; tiene razón. --Ya no te atormentes, pues, güerito; no seas azotado. El detective Axel Romero aleja de un metafórico manotazo a sus demonios, y entreabre las piernas, ofreciendo su impúdico y provocativo culo a la lengua, o al órgano que lo solicite, del joven Alex Rocha. (77)

Dicha escena recae en el terreno del erotismo e inclusive alude a los confines de lo pornográfico, para exponer la deconstrucción de los roles tradicionales que sitúan siempre a un agente activo y a otro pasivo en la relación homosexual. En este caso en particular, vemos a Axel ejerciendo el rol pasivo; no obstante, en el ejemplo antes citado del encuentro que Alex y el desconocido sostienen en el puerto de Veracruz, se observa una situación a la inversa. Por otro lado, a medida que van subiendo de tono las escenas sexuales entre la pareja *gay*, observamos más pruebas de la versatilidad sexual de ambos:

--Ya no estés triste, güerito. Ya verás que todo se va a arreglar. Yo lo voy a arreglar, te lo juro; pero ya no estés triste. A ver, una sonrisita... así... así está mejor. A ver, vamos a hacer un hechizo para que tu cosita crezca y me demuestre cuánto me quieres. Alex lo besa arrebatadamente en la boca, muerde sus tetillas, aprieta sus nalgas; por encima del pantalón, le acaricia con fruición el culo. --Eso

está mejor; pero no es todo lo que me quieres. Todavía me puedes querer más. Baja el cierre de la bragueta, ensaliva abundantemente su mano y frota con delicadeza el ahora portentoso falo del detective. Con la boca, vuelve a ensalivarlo generosamente y le da ligeros mordiscos en la base. Axel Romero pone los ojos en blanco. Goloso, el joven mete los detectivescos testículos en su boca, mientras con la mano aprieta el enorme priapo. De pronto, se quita los pantalones, se unta un poco de saliva en el ano y se sienta de un solo y certero movimiento en el órgano viril del detective, como un denodado caballero andante monta de golpe su palafrén favorito. –Dame pa dentro, güerito. Dame hasta el fondo, hasta que me toques el corazón... así, papacito; así, así, mi amor... más duro... duro duro, güerito. (85)

El ardiente encuentro los conduce al clímax que, de manera exponencial, los funde en uno mismo. Al cabalgar Alex el pene de Axel se logra una compenetración mutua, iniciada por la relación simbólica de sus nombres, y que culmina con el acto sexual. Cabe hacer mención, también, que pese a ser Axel el penetrador, su actitud denota un papel pasivo debido a la actitud sumamente dominante de Alex, quien a gritos y órdenes pide ser penetrado. Así, el sujeto pasivo (*power bottom*) tiene en sus manos (o más bien en sus genitales) el poder de desafiar los papeles tradicionales de género al que han sido recludos los homosexuales.¹⁰⁰

En términos amplios puedo aseverar que, pese a existir suficiente evidencia que apunte hacia el afincamiento de la identidad *gay* conforme a lo presentado en la novela de Zapata, el paradigma viejo sobre la estratificación de los roles de género no ha sido del todo eliminado, sino que más bien interactúa dentro del mismo espacio en que comienza a erigirse el modelo más reciente; de modo que estamos ante un sistema híbrido que se alimenta de los dos (Carrillo 26). Sin embargo, es evidente que Zapata ayuda a

¹⁰⁰ Mauricio List Reyes (2009) señala, en base a dos documentos publicados por *Nexo* (Organismo no gubernamental argentino cuyo trabajo se centra en la prevención, detección, y tratamiento del VIH-SIDA) que el trasero en el contexto latinoamericano sigue siendo un tema tabú, debido a que suele asociarse a una actitud pasiva; no obstante, “tanto el ano como la persona que está siendo penetrada a su través pueden ser mucho más activos que aquellos que se autodenominan activos y esto aun cuando la penetración no sea un objetivo en sí mismo” (Durante citado en List Reyes 132).

desestabilizar la complejidad de las relaciones dicotómicas (activo/pasivo), las cuales han tenido vigencia dentro de la sociedad mexicana, como se observa en el cine nacional desde los años treinta. Al (con)fundir el papel de ambos personajes en uno, además de confirmar su compromiso con la comunidad homosexual, Zapata logra materializar un espacio sin límites, lleno de posibilidades dentro de lo público y lo privado.

Así, basta recapitular que cada una de las situaciones expuestas en *Melodrama*, dentro y fuera del bar, contribuyen directamente a despejar el aspecto negativo que estereotipa a los homosexuales como personas meramente dramáticas, exageradas; en breve, afeminadas. De ahí que con el cambio del sistema tradicional basado en la estratificación de las identidades (pasivo vs activo) que había dominado en México hasta en las últimas décadas, se genere una apertura que conlleve a una nueva organización del deseo. Sin lugar a dudas, la rápida expansión de la globalización ha sido un factor determinante en este proceso que continúa en plena etapa de solidificación.

De modo referencial, en el proyecto de escritura de Zapata, cualquier intento de leer *Melodrama* sin tomar en cuenta el trasfondo histórico que emana como resultado de la influencia de la época del cine de oro mexicano, restaría valor a la interpretación que en la novela se hace del mundo moderno en el que se esgrime el tratamiento rosa de los personajes, como forma de acercarlos a la realidad de la familia (común y corriente) del México de principios de la década de los ochenta; época significativa en la que se inscribe la problemática de extender derechos a la comunidad *gay*.

El sentimiento de identidad o comunidad suscrito en la novela hace hincapié en que a medida que los *gays* fueron tomando las riendas de sus vidas, éstas se tornaron públicas y con ello pudieron evadir el efecto de la censura que en la época de las redadas policíacas solía ocurrir con frecuencia. Sin embargo, nadie hubiera podido imaginar lo que estaba a punto de ocurrir con la llegada del SIDA que vino a sacudir por completo el plano de la escena *gay*, como veremos en el siguiente capítulo de este trabajo.

Capítulo 3

3 Al borde del abismo: la ruptura de un espacio de placer

En la sala de un hospital
de una extraña enfermedad murió Simón.
Es el verano del 86
al enfermo de la cama 10 nadie lloró

Willie Colón, “El gran varón” (1989)

En este capítulo se destaca cómo el SIDA¹⁰¹ incide de forma determinante en la formación de una red de apoyo en la novela de Mario Bellatin, *Salón de belleza* (1994), dentro de los confines de un sidario o “Moridero” a donde van a parar algunos hombres contagiados por esta enfermedad altamente mortal en la década de los ochenta. Para efecto de analizar dicha enfermedad y sus repercusiones en la literatura de Bellatin, comenzaré con un recorrido histórico sobre los orígenes del SIDA y su desarrollo en México. Sin lugar a dudas, la respuesta (o falta de) por parte de las autoridades ante la situación provocaron que los medios de comunicación extendieran el pánico generalizado a raíz de un mal cuyas consecuencias –por lo menos en un principio– se vislumbraron seriamente catastróficas. Así pues, en este capítulo, además de resaltarse el espacio y el momento histórico-político en que el SIDA emerge, se pretende aportar al campo de las letras que abordan dicha enfermedad entre sus páginas, en la medida que contribuye a una mejor comprensión de la obra de Bellatin y de la literatura mexicana de temática homosexual en general. Por lo tanto, por ser una narración en la que no existen referentes geográficos, el SIDA se convierte en un problema que atañe, en este caso, a la comunidad *gay* de México.

Existe la posibilidad de que el SIDA haya existido entre los humanos antes de los ochenta. Sin embargo, debido a que no fue hasta que las comunidades *gays* se organizaron que dicha enfermedad se comenzó a tomar en serio. Por tal, podríamos decir

¹⁰¹ Utilizo las siglas SIDA a través de este capítulo debido a que, contraria a la situación actual en la que cada vez se es menos común encontrar a un paciente que desarrolla la enfermedad, en la novela de Bellatin todos los afectados (los huéspedes) sufren los estragos de las últimas etapas de la enfermedad.

que el mal del siglo (como también se le comenzó a llamar debido a sus proporciones trágicas) tampoco hubiese sido motivo de protesta de no haber contado con la organización comunitaria de los hombres *gays*. Bajo esta focalización, el SIDA se nos presenta como una enfermedad *comunitaria* debido a que fue la colectividad de hombres *gays* (la más afectada en un principio y hasta el día de hoy) la que cuidó de sus propios enfermos ante la actitud indiferente de la sociedad y de las autoridades.

3.1 La irrupción del SIDA en México: síntomas y diagnóstico de la plaga

A principios de los años ochenta se detectaron los primeros casos de una extraña enfermedad que en el momento parecía solamente afectar a hombres homosexuales, por lo que inmediatamente comenzó a ser tildada de *cáncer gay* y/o *cáncer rosa* (Arellano 9-11).¹⁰² En Estados Unidos, los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades¹⁰³ hicieron sonar la alarma mediante lo que denominaron “GRID” (*gay-related immune disorder*) (Frasca 73). De esta manera, antes de ser conocida en 1982 como Síndrome de Inmunodeficiencia Humana (SIDA), y de posteriormente aislarse al VIH como el agente causante un año más tarde, este misterioso mal ya había provocado efectos devastadores en la comunidad *gay* (Arellano 9-11).¹⁰⁴ Los primeros reportes clínicos circularon hacia el fatídico verano de 1981, y en ellos se daba cuenta de cinco hombres homosexuales que, tras sufrir un cuadro severo de *neumocistis carini*— inusual tipo de neumonía— y sarcoma de Kaposi —lesiones oscuras en la piel— murieron en dos de las principales ciudades de los Estados Unidos: San Francisco y Nueva York.¹⁰⁵ Mientras que estas infecciones (oportunistas como posteriormente se les comenzó a llamar) habían sido documentadas por la comunidad médica, sólo se habían observado en casos extremos de

¹⁰² Según Edgard Antonio Moreno-Urbe, los franceses fueron los primeros en hacer referencia del mal rosa (67). Algunos otros calificativos para referirse a la enfermedad eran: la peste lila, el mal de los mujercitos, virus de los negros africanos, y enfermedad de los jotos (citado en Mejía 36).

¹⁰³ CDC por sus siglas en inglés

¹⁰⁴ Luc Montagnier y su equipo de investigadores del Instituto Pasteur lograron identificar el virus causante del SIDA (citado en García Murcia 59). Para 1985, el número de casos en los Estados Unidos se había elevado a 15,000 según el filme *Common Threads: Stories from the Quilt*.

¹⁰⁵ Dichas infecciones se convirtieron en los principales síntomas que servirían para diagnosticar el SIDA.

hambruna y guerras; debido a esto, el rumor de que sólo aquellos hombres que tuvieran relaciones sexuales con otros de su mismo sexo se podían contagiar, comenzó a circular ampliamente entre los sectores de la población. Sin embargo, conforme transcurrió el tiempo y se hicieron más estudios sobre la transmisión de la enfermedad, se logró constatar que las prácticas sexuales de los infectados por contacto homosexual no constituían la única fuente de contagio: cualquier persona sexualmente activa estaba en riesgo de contraer la enfermedad si no tomaba las precauciones necesarias. Según las cifras oficiales que se remontan a la primera década del siglo XXI, más de 40 millones de personas en todo el mundo habían sido contagiadas por el virus que causa el SIDA (Tapia Conyer 20).¹⁰⁶

En México, los primeros registros de SIDA se detectaron en 1983 en el Instituto Nacional de la Nutrición “Salvador Zubirán” (INNSZ). De igual forma que en Estados Unidos, dichos casos se comenzaron a presentar en hombres homosexuales, sobre todo en aquéllos que habían viajado recientemente al país del norte, o bien, habían sostenido encuentros sexuales con hombres provenientes de dicho país (García Murcia 27). Por tal motivo, la falta de información certera constituye en sí, el primero de los problemas a los que, antes de lidiar con la muerte derivada del SIDA, la sociedad mexicana (y en general la de todo el mundo), tuvo que hacer frente; en tanto que el temor al contagio se hizo cada vez más presente dentro de la cotidianidad de las personas. Al mismo tiempo se instaló una especie de autonegación, mecanismo de defensa a través del cual se pretendía ignorar la situación al pensar que sólo podía ocurrir en otros países.¹⁰⁷ El escritor Luis González de Alba narra los primeros indicios de un murmullo – un tanto incómodo— pero que fue cobrando especial resonancia cuando la enfermedad todavía no lograba ser detectada por las pruebas serológicas del país:

¹⁰⁶ Si bien existe una diferencia entre ser portador del virus VIH que causa el SIDA, me veo en la necesidad (predominantemente) de utilizar, en este trabajo, el segundo término debido a que *Salón de belleza* encarna los efectos devastadores de la enfermedad en el cuerpo humano.

¹⁰⁷ En un principio también se manejó que la enfermedad en realidad no existía, como lo señala el doctor José Antonio Izazola, uno de los primeros epidemiólogos en diagnosticar la enfermedad: “People refused to believe the bad news, I remember it perfectly well (The gay groups) said AIDS doesn’t exist. It’s just an invention by Ronald Reagan to control our sexuality” (Frasca 73).

Entre la población que pronto sería la más afectada en la salud y en el ámbito social, la de los hombres homosexuales, comenzó como un irritante rumor sin sentido hacia fines de 1982 o principios de 1983 uno de esos mitos urbanos que nunca tienen rostro ni nombre específico: que a los gays gringos les estaba dando una enfermedad rara por la que perdían las defensas y morían sin remedio posible. (93)

A juzgar por lo dicho anteriormente, atrás habían quedado los años maravillosos de la euforia y libertad sexual de los 60 y 70, cuando tener relaciones sexuales sin preservativo era una práctica común. Antonio Marquet evoca con melancolía la generación “X” que “llegó [...] tardíamente al festín, [y que] ya no puede disfrutar de la misma manera, como el reventón de su generación mayor” (2001: 334). Indudablemente, el repliegue que causó la irrupción inesperada y mortífera del SIDA en México, trajo consigo un giro completo en las prácticas sexuales de una sociedad poco acostumbrada al uso del condón, como lo fue en su momento Adonis García, el protagonista del famoso *Vampiro de la colonia Roma*, quien al evocar a uno de sus clientes, “el crestas”, nos habla de su sorpresa e incredulidad frente al uso del preservativo; aún y cuando sólo se trataba de sexo oral: “Que agarra [mi] verga con su mano y me la empieza a mamar, a mamar ¿te imaginas? No se midió fue de lo más chistoso” (67).¹⁰⁸ Al ser entrevistado Luis Zapata, autor de esta novela sobre la prevalencia del SIDA en México a principios de los años 80, éste nos refiere de su escasa expansión:

Estadísticamente no tiene ninguna relevancia. Hay casos muy aislados. ¿Qué será? De afectados de SIDA, como 300 que haya. No es nada comparado con Estados Unidos o Europa, o incluso con otras partes de América Latina, como Brasil. Pero la opinión pública sí está muy afectada por la prensa y por la televisión. La homosexualidad es un tema que no se toca en los medios masivos de comunicación, y de repente se empieza a tocar, pero es en conexión con el SIDA. Es un proceso muy contradictorio. Hasta cierta época se ha negado la

¹⁰⁸ En este sentido y desde mi punto de vista creo que Zapata comenzaba a postular (aunque indirectamente) la erotización del condón.

existencia material de la homosexualidad en la televisión, y de pronto irrumpe el SIDA y se empieza a hablar del tema. Pero entonces hay una censura muy dura hacia los homosexuales. (Teichmann 369)

El testimonio de Zapata evidencia claramente que, desde el primer momento de su conocimiento, el SIDA se vinculó con la homosexualidad masculina. De ahí que el estigma al que comenzaron a ser sujetos los hombres homosexuales haya sido factor esencial de la ecuación en la que, por paradójico que parezca, se contribuyó a conocerse más sobre un tema considerado tabú dentro de la sociedad en general, pese a la censura de los medios de comunicación.¹⁰⁹

Otro factor importante a considerar es la crisis económica que en esta época azotaba duramente al país, y que el gobierno de Miguel de la Madrid utilizó para maquillar los estragos de la enfermedad. No fue hasta 1996 cuando se hablara de una especie de recuento de los daños al publicarse en la *Gaceta Médica de México* el artículo “El sida a 13 años de su aparición en México”, en donde se habla de la nula acción emprendida por el gobierno de la época para combatir dicha enfermedad (García Murcia 23-8). La visión de que la sociedad y el gobierno tenían –sobre todo los sectores más conservadores— respecto a las cuestiones de tipo sexual contribuyó a que no se hablara abiertamente del tema y a que la enfermedad se expandiera de manera generalizada. En 1985, el entonces encargado de la Secretaría de Salud, Guillermo Soberón Acevedo, se encargó de contradecir cualquier profecía catastrófica al señalar que, “los mexicanos no tienen por qué alarmarse a causa del síndrome de inmunodeficiencia adquirida que ha alcanzado un alto grado de incidencia en otras naciones, ya que de un total de 63 casos detectados en México, sólo han sido comprobados 17” (citado en Mejía 31).

Por otra parte, el terremoto que sacudió la capital mexicana la mañana del 19 de septiembre de 1985, trajo como consecuencia (además de los miles de muertos) el silencio de los medios de comunicación que sólo se encargaron de cubrir el desastre

¹⁰⁹ Dicha situación resultó totalmente en lo contrario puesto que como se ha comprobado, sobre todo a través de las primeras consignas del grupo activista ACT UP en los Estados Unidos, Silence=Death.

natural, mientras que el SIDA se dispersaba a pasos gigantescos: “Se callan los periódicos, nadie habla de la enfermedad, los efectos del sismo lo ocupan todo: no hay flagelo, la peste rosa se ha ido, una, dos imágenes de TV dando cuentas del estado estadístico del virus, las autoridades médicas no dicen nada, no hay SIDA, no hay miedo, no hay grupos de riesgo, no hay mal qué prevenir” (Mejía 36).

Como vemos, no solamente fue el gobierno mexicano quien se avocó a ignorar la situación, sino también los medios de comunicación que ante todo decidieron callar o, en el peor de los casos, a hacer escasas referencias del SIDA o para atribuir siempre a los hombres homosexuales de ser el origen del mal. En resumidas cuentas, la prensa mexicana se mostró carente de todo juicio crítico, y en su lugar se avocó a reforzar estereotipos que dieron pie a la perduración de la leyenda urbana que ligaba automáticamente a los homosexuales con la enfermedad (García Murcia 52). En este sentido, el SIDA se vino a sumar a la larga lista de vejaciones impuestas a la comunidad gay desde la acera de la heteronormatividad en la que comenzaron a surgir términos despectivos como *sidoso*: “SIDA es sinónimo de homosexualidad [...]” (Marquet 2001: 342).

Posteriormente a raíz de la conexión entre SIDA y homosexualidad masculina, se destaca el tema de la peste que vino a cobrar especial interés. Por un lado, la enfermedad provocó el miedo de la población a nivel mundial, al mismo tiempo que las autoridades reaccionaron equivocadamente al asumir que sólo las personas de alto riesgo representaban peligro. Susan Sontag describe en su libro *AIDS and Its Metaphors* (1988), la manera cómo el SIDA adquirió significado por medio de las metáforas que ligaban enfermedad y castigo divino, tras asociar otras enfermedades con el SIDA, como la sífilis que solía ser mortal hasta el descubrimiento de la penicilina durante la primera parte del siglo XX: “Thinking of syphilis as a punishment for an individual’s transgression was for a long time, virtually until the disease became easily curable, not really distinct from regarding it as retribution for the licentiousness of a community—as with AIDS now [...]” (46). Así, no resulta sorprendente el pánico desatado entre la gente que llevó a desplegar todo tipo de actitudes (la mayoría exageradas), como la reticencia a sostener contacto físico con los enfermos, inclusive más allá del último suspiro en vida: “Muchas

veces las vejaciones contra las personas con VIH continuaban aun después de morir; hubo quienes se negaron a prestar los servicios funerarios si la persona había tenido sida, o bien incrementaban injustificadamente el costo de los servicios” (García Murcia 37). Por otro lado, surgieron también las pruebas ilegales de detección del virus en los centros de trabajo –realizadas sin previo conocimiento y autorización de los trabajadores en empresas nacionales y extranjeras afincadas en el país— hasta situaciones en las que los enfermos eran abandonados por sus propias familias (Lizárraga Cruchaga 178).¹¹⁰

Como vemos, el argumento de que el SIDA constituía un castigo divino fue utilizado por los detractores de la homosexualidad masculina, lo que ocasionó que se acrecentara la estigmatización de la enfermedad. Una de las figuras del sistema de salud más importantes en México, el doctor Cipriano Borges Cordero, se atrevió a realizar las siguientes declaraciones respecto al origen y causa del SIDA, y afirmar la tesis de que la enfermedad obedecía a la ira de Dios:

Buscando en la literatura y sobre todo en el mejor libro que existe en el Universo, *la Biblia*, hallé en los capítulos uno y dos del Génesis (Versión de Casiodoro de Reina) el castigo divino que se abatió sobre cuatro de las ciudades de la primitiva Pentápolis a causa del pecado de sodomía, del que no quedaban exentos ni siquiera diez individuos de la ciudad donde se hallaba cautivo Loth [...] La condena fue que se abstuvieran de tal conducta –la sodomía— en los siguientes cuatro mil años -¿faltarán unos dos mil años?- Quizá debido a este antecedente bíblico se llame Pentápolis estadounidense a Nueva York, San Francisco, Los Ángeles, Miami y Newark, donde se ha reportado el 70 por ciento de los casos de SIDA ocurridos en Estados Unidos. (citado en Mejía 32)

Indudablemente, tanto los campos de la ciencia como de la religión, ponen en marcha un plan de connivencia y complicidad mediante el cual pretenden dictar la forma en que la sociedad debe conducir su sexualidad.

¹¹⁰ Algunas de estas empresas son: Pemex, Banca Serfín y Televisa.

A medida que se fueron diagnosticando más casos – no sólo dentro de la comunidad homosexual sino en niños y mujeres— se comenzó a manejar la existencia de supuestas *víctimas inocentes*, versión que también se añadió al principio de estigmatización. Posteriormente con el lanzamiento al mercado de diversas terapias (limitadas en un principio a los países desarrollados), dicho estigma comenzó a decrecer, aunque no del todo. En 1986 se dio a conocer el primer medicamento antirretroviral del VIH, mejor conocido como AZT, el cual vino a cambiar el esquema de la enfermedad, ya que en breve permitió que algunos enfermos se aferraran a la vida aunque fuese de manera momentánea (García Murcia 59).

Por otro lado, debido a que durante los primeros años de la enfermedad no se invirtieron los suficientes recursos económicos por considerarse que había otras situaciones que requerían de mayor atención (como lo era el caso de los problemas gastrointestinales que afectaba principalmente a la niñez en zonas rurales del país),¹¹¹ se pusieron en marcha una serie de reformas que permitieron un mejor control de la enfermedad después de varios años de actuar como agente mortal. Tal fue el caso del registro nacional de enfermedades en 1987 que agregó el SIDA a su lista de padecimientos para ser notificados de manera inmediata, y en 1988 a la utilización del formato electrónico como parte del almacenamiento de datos sobre los últimos casos. Ambas iniciativas resultaron en un mejor conteo de los infectados aunque no faltaron los problemas que apuntaban hacia la inconsistencia de los números, asomándose así la posibilidad de que el gobierno federal encubría las verdaderas cifras (García Murcia 59-61).¹¹²

¹¹¹ De manera paralela, Michael Crane subraya que durante el porfiriato en México, el hambre era considerada una epidemia por su relación con la desnutrición y las enfermedades derivadas de ésta, tales como la viruela, la polio y la tuberculosis (17).

¹¹² Por ejemplo, según los doctores José Luis Valdespina y María Lourdes García García, se tenía reporte de 487 casos en 1987; mientras que de acuerdo a los doctores Soberón Acevedo e Izazola, 344 eran los afectados. Los datos del CENSIDA revelaban, por otro lado, la existencia de 1603 casos (García Murcia 62).

En medio de este marco surgieron los llamados grupos de riesgo,¹¹³ cuyo propósito fundamental –aunque bajo el ocultamiento— fue continuar con el proceso de estigmatización. Fue así como se dio a conocer el club 4-H (homosexuales, hemofílicos, usuarios de heroína, y ciudadanos haitianos), con lo que se confirma el carácter de marginación impuesto a los portadores de una enfermedad mortal, toda vez que se suele relacionar el padecimiento con el supuesto ejercicio de una *sexualidad desenfrenada y/o pecaminosa* por parte de los infectados (Treichler 85). Desde luego, el problema con dicho acercamiento es que se convirtió en una manera poco eficaz de combatir la enfermedad, no solamente por resaltar su carácter discriminatorio, sino por contribuir directamente a su propagación; toda vez que en ningún momento se advirtió que los contactos heterosexuales estaban exentos de peligro: “En vez de que el discurso científico alertara acerca de las prácticas de riesgo, era una invitación a evitar el contacto con grupos descritos como focos de infección: varones homosexuales y bisexuales, trabajadoras y trabajadores sexuales, usuarias y usuarios de drogas inyectables” (García Murcia 69). Esta forma de exclusión es precisamente la que veremos a continuación en *Salón de belleza*, donde una comunidad de hombres homosexuales se ven sujetos a resguardarse tras las puertas de un sidario o Moridero como el narrador-protagonista de la novela lo autonombra.

Por su parte, la comunidad *gay* mexicana no se quedó inmóvil ante la creciente ola de muerte sino que, por el contrario, comenzó a organizarse de manera efectiva, pese a algunos problemas surgidos. Fue así como se abrieron las puertas de dos de los bares *gays* de mayor tradición en la capital mexicana: la cantina El Vaquero y la discoteca El Taller,¹¹⁴ no sólo para el consumo de bebidas alcohólicas y un rato de esparcimiento, sino para traer a la mesa de discusión –en medio de la fiesta– la situación referente a la

¹¹³ Lizárraga Cruchaga señala que “pese a que la Organización Mundial de la Salud recomienda medidas que impidan tales injusticias, su propio lenguaje las gesta, al popularizar el concepto de *grupos de alto riesgo*, constituidos por individuos de quienes se debe uno, por tanto, alejar” (179).

¹¹⁴ El día de la semana en que se realizaban este tipo de charlas era el martes, por lo que precisamente se le comenzó a llamar a dicho evento Los Martes de El Taller, y en el que el GGG (Grupo Guerrilla Gay) tuvo una participación especial desde el 14 de abril de 1987 (Lizárraga Cruchaga 169).

propagación del SIDA que cada vez más cobraba la vida de hombres homosexuales.¹¹⁵ Para ello se invitaron a expertos en cuestiones de sexología, así como a activistas de los diversos grupos en pro de la causa homosexual, quienes informaron a la clientela (en su mayoría hombres), sobre cómo prevenir el contagio de la enfermedad (García Murcia 125). Xabier Lizárraga Cruchaga describe este escenario bajo el uso de una ingeniosa pero significativa comparación, “*si la montaña* (los homosexuales que no se preocupan por ir a conferencias o leer sobre las homosexualidades) *no va a Mahoma* (el discurso y el debate gay), *Mahoma* (a través del GGG) *va a la montaña*” (169).

Respecto a la situación vivida en el interior del país, cabe señalar la creación de El Comité Humanitario de Esfuerzos Compartidos Contra el Sida, A.C. (CHECCOS), formado por un grupo de homosexuales en Guadalajara, Jalisco, quienes a la fecha cumplen más de veinte años de servir a la comunidad más afectada, la de los hombres que tienen sexo con hombres (HSH). Además del esfuerzo y arduo trabajo, se destaca la red comunitaria de los involucrados (entre ellos Rodolfo Ruiz Villaseñor e Isidro García Bañuelos), los cuales llegaron a reunirse en sus propios domicilios toda vez que la hostilidad por parte de las autoridades se hacía presente, aún y cuando lo único que trataban de hacer era combatir el SIDA por medio de la difusión de información en diversos eventos informales: “Realizar fiestas y reuniones cambiando de sede constituía la estrategia para evitar la intervención de la policía de Guadalajara que, sin orden judicial alguna y pasando por encima de las garantías individuales, podía ingresar a los domicilios particulares y detener bajo cualquier pretexto a las personas reunidas en aquellas fiestas” (García Murcia 118).

Pese a todo, el SIDA mostró la enorme capacidad organizativa de los diversos grupos (algunos de los cuales todavía siguen vigentes) que entonces luchaban por los derechos de los y las homosexuales, como ya se ha visto en páginas previas. Si la etapa tardía del virus afectaba el cuerpo de manera física y emocional, esto no impidió que el miedo se

¹¹⁵ En su investigación sobre el SIDA en la península de Yucatán, Carter Wilson hace referencia de El Taller en donde, según él, había en realidad muy poca información sobre la enfermedad: “One night in the summer of 1987, as my lover and I were coming out of a popular basement club in Mexico City called El Taller (The Garage or Workshop), I happened to notice a single item about AIDS on a bulletin board” (xi).

apoderara de la situación, sino todo lo contrario, “se agregaba a la lucha un nuevo ingrediente, un nuevo objetivo que cuestionaba no las metas, sino los caminos y algunas premisas” (Lizárraga Cruchaga 171). Con el SIDA, la comunidad *gay* no sólo se enfrentó ante un nuevo enemigo, sino que de cierta forma lo hizo su aliado y utilizó para diseminar el discurso *gay* entre la población. Al mismo tiempo que se atendía la emergencia de la enfermedad, el tema de la homosexualidad masculina –ocultado tras la porosa cortina de la sociedad mexicana— salió a traslucirse casi de la noche a la mañana y, de pronto, “está en la calle, en la prensa diaria, en el comentario de la familia a la hora de comer, al igual que el sida, obligados a caminar juntos para abolir el discurso satanizador de los deseos y los amores disidentes” (Lizárraga Cruchaga 178).

Hacia finales de la década de los 80 y ya entrados los años 90, ocurre un giro inesperado: el gobierno mexicano parece adquirir mayor responsabilidad en el combate de la enfermedad. Prueba de ello está en que el 24 de agosto de 1988 se decreta, de manera oficial, la creación del consejo Nacional para la Prevención y Control del Sida (CONASIDA), lo que de alguna u otra forma sirvió como el puente de enlace entre el gobierno en el poder y la sociedad civil; no obstante, su papel ha ido cambiando en repetidas ocasiones a lo largo de sus casi veinticinco años en funcionamiento (García Murcia 82). Dicha acción sentó precedente pues da cuenta clara de que el trabajo de los diversos grupos organizados en torno a la situación no resultó en vano. También se destaca el lanzamiento de una línea telefónica (Telsida), cuyo objetivo era –y sigue siendo— ofrecer orientación sobre ésta y otras enfermedades de transmisión sexual (García Murcia 82).

Otro aspecto digno de señalar, también, es la manera en que el CONASIDA ha hecho frente a diversas problemáticas, entre las cuales se destacan la presión de los grupos conservadores bajo la excusa de pervertir a menores. La premisa fue que, al mostrarse en la televisión abierta las campañas sobre el uso del preservativo o condón, se estaba promoviendo la promiscuidad. Derivado de esto fue la demanda interpuesta en contra del coordinador general de dicha institución, Jaime Sepúlveda Amor, lo que tuvo como consecuencia el cese de la campaña. Dicho escenario inauguró, por así decirlo, las diversas confrontaciones (internas y externas) que siguen vigentes en la actualidad, y que

han llegado a la autocensura de varias de las campañas desarrolladas por el propio CONASIDA (García Murcia 89-91). De igual forma, también deben señalarse los errores al interior de los grupos de diversidad sexual, como lo fue el caso de la Fundación Mexicana de Lucha contra el Sida, en donde se pusieron en práctica actitudes de discriminación: “La homosexualidad de muchos de sus integrantes pasa a un segundo término, y se cierra la puerta a los amanerados o carentes de prestigio social que quieren hacer algo” (Lizárraga Cruchaga 172). Como se detalló en el capítulo anterior, las diferencias entre los diversos grupos homosexuales han sido una constante compleja que se ha extendido a lo largo de los años, de modo que el liderazgo de los grupos activistas de lucha contra el SIDA no ha sido la excepción.

A pesar de las campañas de prevención instaladas desde finales de los años 80, la enfermedad no pudo ser contenida y corrió vertiginosamente sobre la población en general. Por ende, surgieron en México también algunos homosexuales (arrepentidos) como nos da cuenta Lizárraga Cruchaga: “El sida da un cuartelazo a la revolución sexual, parecían insinuar los encabezados de las noticias, que se aferraban a la moral milenaria. ¡No a la promiscuidad! Volvamos a Dios y a la monogamia [...]” (173). Por su parte, en los Estados Unidos, el columnista de *New York Times Magazine* Andrew Sullivan, se expresó en detrimento de la comunidad *gay* aun y cuando él mismo era homosexual y portador del virus:

Before AIDS, gay life –rightly or wrongly—was identified with freedom from responsibility, rather than with its opposite. Gay liberation was most commonly understood as liberation from the constraints of traditional norms, almost a dispensation that permitted homosexuals the absence of responsibility in return for an acquiescence in second-class citizenship. This was the Faustian bargain of the pre-AIDS closet: straights gave homosexuals a certain amount of freedom; in return, homosexuals gave away their self-respect. But with AIDS, responsibility became a central, imposing feature of gay life [...] People who thought they didn’t care for one another found that they could. Relationships that had no social support were found to be as strong as any heterosexual marriage. Men who had

long since got used to throwing their own lives away were confronted with the possibility that they actually did care about themselves. [...] (61-2)

Las reacciones desencadenadas a partir del punto de vista emitido por Sullivan no se hicieron esperar, por lo que el crítico Douglas Crimp fue tácito al señalar lo negativo de las imputaciones atribuidas a la comunidad *gay* por parte del mencionado columnista: “[...] it is deeply insulting to read of ourselves as having been closeted, accepted second-class citizenship, cared little for ourselves or one another, had no idea we could form strong relationships, thrown our lives away” (6). De modo general, la advertencia de Crimp radica en el concepto de melancolía como veremos más adelante en el análisis de la obra de Bellatin, y que Susan Sontag, por su parte, sitúa en los albores de la nostalgia del recuerdo: “Fear of Aids enforces a much more moderate exercise of appetite, and not just among homosexual men. In the United States sexual behavior pre-1981 now seems for the middle class part of a lost age of innocence –innocence in the guise of licentiousness, of course” (76).

Después de pasada la emergencia del SIDA, es decir, la muerte masiva de los infectados por no contarse con los medicamentos efectivos, sobreviene una nueva etapa postcrisis durante la mitad de la década de los años noventa. Para ello se comenzó a invertir en el acceso a los antirretrovirales y, paulatinamente, la población afectada pudo acceder a una mejor calidad de vida. Sin embargo, no todos fueron afortunados en México y sólo aquellos afiliados al Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) pudieron contar con ellos.¹¹⁶ Por esta razón, diversas ONGs se manifestaron para exigir el derecho a los medicamentos, lo que brindó resultados casi inmediatos, pues el gobierno federal optó por crear el FONSIDA, asociación civil destinada a costear el tratamiento de los infectados que no contaban con seguridad social (García Murcia 97-8). Durante la Conferencia Internacional del SIDA celebrada en 1996 en Vancouver, Canadá, se dieron a conocer los famosos cocteles que consisten en la combinación de varias drogas que

¹¹⁶ El sistema de sanidad conocido en México como seguro social, comenzó en el año de 1943 y fue responsable de reducir epidemias como la tuberculosis y la poliomielitis. En un principio sólo contaba con 250,000 trabajadores pero a partir de 1964 se expandió y convirtió en una institución de suma importancia para el país (Crane 19).

comenzaron a alargar la vida de los portadores del VIH. Posteriormente un año después en 1997, ocurrió una protesta en la ciudad de México en donde la población exigió al gobierno la repartición de dichos medicamentos, evento que sentó un precedente importante:

This march, mentioned by several veteran activists, seems to have marked not only the beginning of effective drug-access advocacy but also a certain revitalization of other aspects of the AIDS movement and a more cooperative spirit. After years of helplessly watching patients sicken and die, clinicians now had to real options. Care-oriented projects, advocacy and prevention could begin to rediscover their specialized niches, and old rivalries could be re-examined. (Frasca 89)

De todo lo señalado arriba se desprende que la lucha en contra del SIDA en México ha sido ardua y, por ello, inconclusa. La manera tardía en que el gobierno se acercó a la epidemia, la doble moral de la sociedad, pero sobre todo, el estigma al que los enfermos se han visto sujetos al relacionarse enfermedad y castigo divino, apunta a la manera injusta, irresponsable y hasta homicida, en la que la comunidad homosexual/*gay* ha sido la más afectada. Sin embargo, el aspecto más importante a resaltar a la luz de este trabajo es la participación de la comunidad *gay* que, al ver apagada la llama de la vida de muchos de sus integrantes, volcó su atención a extender una mano solidaria: desde el cuidado de los enfermos postrados en su última morada, hasta las protestas en contra del gobierno para exigir la atención médica.

Por último, al echar un vistazo a los efectos devastadores del SIDA bajo la lupa del recuerdo, de las emociones, de lo bueno y lo malo que el mundo entero —no sólo el *gay*— presenció cuando los infectados morían al poco tiempo de contagiarse, nos percatamos que la muerte jamás será motivo para que la militancia *gay* sea acallada:

En Estados Unidos se bordan mantas que eternizan el recuerdo de los muertos por sida, queridos y deseados, amados durante o después, antes o independientemente de los orgasmos. La ciudad de México se sorprende invadida en la noche por nuevas marchas: las marchas del silencio y de las velas; y el Día de Muertos, el 2

de noviembre, se levantan altares de orgullo gay y de dolor por la pérdida de seres queridos. Colectivo Sol libera a la muerte de la asexualidad que le han impuesto: velas y condones acompañados de flores y de cempasúchil, de *in memoriam*, de poesía, cantos, letanías, risas y lágrimas, travestismos, besos entre hombres, entre mujeres. (Lizárraga Cruchaga 176)

En efecto, el SIDA ha mutado –por así decirlo— desde aquellos primeros reportes hace más de veinte años. Ahora ya no suelen haber tantos muertos pero sí más portadores del VIH. A este respecto sería conveniente tornar nuestra atención a la pregunta que Marquet se hace al echar una mirada hacia el futuro: “¿Cuáles son esas nuevas figuras que va a tener que proyectar la comunidad después de la hecatombe” (2006: 105). En este sentido parece existir, en épocas recientes, la creencia de que el SIDA es parte de una generación antigua que quedó, desafortunadamente, inmortalizada bajo el estigma de la enfermedad en los anales de la historia.

Los nuevos avances médicos de los que nos enteramos conforme avanza el tiempo, inyectan en el pensamiento de las nuevas generaciones la idea de que el SIDA ya no es una enfermedad peligrosa: “The onset of the new century was marked by increasing concern for universal access to the combination antiretroviral treatment that had become accessible in higher income countries in the mid-1990s and which transformed the disease into a chronic, treatable condition” (Cáceres y Race 178). Sin embargo, siguen existiendo casos en todo el mundo de personas infectadas que no reciben tratamiento alguno debido a su condición social. La mayoría de los afortunados que tienen acceso a los medicamentos (sobre todo hombres homosexuales en países desarrollados) suelen ignorar que, detrás de los cocteles que les sirven para alargar sus vidas, se esconde en realidad un interés más grande, el económico, como postula Marquet a continuación:

El cambio en la representación de la homosexualidad no es subjetivo, obedece a las ventajas del pingüe negocio que representa una comunidad gay seropositiva: ahora es preciso asegurarle la sobrevivencia de calidad para asegurarse a su vez los mil dólares de renta mensual a perpetuidad que cuesta inicialmente el tratamiento. No hay que olvidar que en la era del discurso de los mercados, lo importante es la

ganancia transnacional. Y que la comunidad gay ha pasado a sostener uno de los sistemas más injustos que existen: el poder médico. (2006:475)

Más allá de las nuevas terapias con las que hoy en día se cuenta para hacer frente a los estragos del VIH, es importante no caer en la trampa del olvido y pensar que el SIDA es cosa del pasado. Si en los años 70 Foucault fue uno de los primeros en decir que durante el siglo XIX la sexualidad daba origen a nuevos discursos, hoy más que nunca lo comprobamos a través del VIH y sus diversos mecanismos desde el otro lado de la acera, el de la enfermedad crónica. En este sentido, las narrativas que abordan la situación en cuestión durante las primeras décadas de la enfermedad, son un vivo recuerdo de lo que en su momento fue una época de terror y confusión, de miedo y pánico ante una padecimiento desconocido y altamente destructivo. Un ejemplo de ello es la obra de Mario Bellatin, *Salón de belleza* (1994), la cual retrata de manera simbólica el trasfondo de lo que hasta hace pocos años era considerada una sentencia casi inmediata de muerte, tal y como se observa a continuación.

3.2 De la belleza a la muerte: un salón muy particular

De todos los autores abordados en este trabajo, Mario Bellatin es el único cuya obra no suele ser catalogada ampliamente como literatura de temática homosexual, ni mucho menos *gay*. Sin embargo, al retratar una de las situaciones que mayor impacto han tenido sobre la comunidad de hombres *gay* (la epidemia del SIDA), a través de su novela *Salón de belleza*, dicho autor se convierte en pieza fundamental de este estudio. Respecto a la lectura de su obra en general, Diana Palaversich señala que una de las características que la definen –al mismo tiempo que la apartan de la de otros escritores mexicanos y latinoamericanos– es la atención que Bellatin le suele prestar al cuerpo y que la mayoría tiende a pasar por alto: “El cuerpo se considera como un mero apéndice del personaje, un derivado del desarrollo psicológico y no un ente independiente y desconcertante que figura en el pleno centro de la narrativa” (36). Desde este enfoque, la desestabilización del cuerpo humano causada por una extraña enfermedad propone un acercamiento en el que no sólo se recrea uno de los problemas de salud más graves de los últimos tiempos, sino que se observa también una manifestación colectiva en la que el cuerpo sirve como

vehículo de un discurso emergente desde el fondo de una comunidad en particular azotada por la muerte: la cultura del SIDA.

Según Edgard Antonio Moreno-Uribe, en los Estados Unidos apareció y se afianzó todo un fenómeno artístico en el que la pintura, el teatro, el cine, la televisión y la literatura, así como las artes plásticas en general, tomaron a la enfermedad como principal fuente de inspiración (12). Por tal razón, es importante hacer notar que, si bien el SIDA se asoció desde un principio al estilo de vida *gay* y a todo lo negativo que supuestamente representaba, también logró imponerse ante la adversidad por medio de lo que Moreno-Uribe denomina, *El arte del SIDA*, parafraseando el título de su libro publicado en 1993:

Ese dolor o ese duelo público o interno, esa impotencia ante la muerte antes de tiempo, esa frustración ante la pérdida de grandes talentos en las artes, ese deseo de que los seres más queridos no caigan en la misma trampa, supuestamente amorosa del Sida, que se transformó en la más solidaria respuesta por parte de los artistas, un hecho de grandes proporciones antropológicas, el cual algún día deberá ser analizado exhaustivamente, quizá cuando el Sida haya sido dominado.
(12-3)

Los efectos de esta cultura no tuvieron la misma repercusión en América Latina; sin embargo, de ninguna manera se puede negar el legado que el SIDA ha ejercido, sobre todo dentro de la literatura. Así lo postula Marquet para quien la enfermedad “[...] es directamente responsable del *boom* de la literatura *gay* [...]” (2001: 334). Desde este enfoque, la aparición del SIDA traza un punto clave en el particular corpus de la novela mexicana de temática homosexual, pues en adelante el tratamiento de la sexualidad se verá doblemente problematizado al adquirir la enfermedad un estatus de mecanismo de control. Y es que al cuerpo homosexual ya de por sí vejado, señalado, linchado y por demás, negado, se le unirá el SIDA para juntos representar, por lo menos al principio de la epidemia, el miedo irracional al contagio y la supuesta asociación de la homosexualidad con dicha enfermedad.

Al pasar revista por la obra de cinco escritores latinoamericanos (Néstor Perlongher, Joaquín Hurtado, Severo Sarduy, Reinaldo Arenas y Manuel Puig), Carlos Monsiváis nos

dice que “en todos ellos lo gay no es la identidad artística, sino la actitud que al abordar con valor, insistencia y calidad un tema se deja ver como el movimiento de las conciencias que por valores compartidos y acumulación de obras dibuja una tendencia cultural” (“Pedro Lemebel y las narrativas del sida” 1). El tema al que Monsiváis alude es, precisamente, a la pandemia del SIDA que, a medida que fue dejando en sus propias vidas¹¹⁷ una estela de muerte y desolación, fue recogido y abordado en el campo de las letras como una forma de documentar la ruptura de ese espacio *gay* al que recién se comenzaba a tener acceso después de una larga y dura batalla. En el caso de la obra de Bellatin, si bien éste ha preferido mantenerse al margen de lo autobiográfico como ha declarado en diversas entrevistas – más que nada para que su literatura no caiga en tramas facilonas— de ninguna manera se puede negar que en su novela *Salón de belleza*, la temática del SIDA ocupa un lugar principal, y que por ello podríamos añadir su nombre a la lista emitida por Monsiváis, así como a la lista de las poquísimas obras escritas en México alrededor de dicha temática, pese a la observación hecha antes por Marquet. Esta visión, según dicho crítico, no es del todo certera, pues aunque el tema de la peste lila (como en un principio también se le llamó en México) haya ocasionado a grandes rasgos que el tema de la homosexualidad saliera a la luz, de ninguna manera indica el surgimiento de una explosión de obras que incorporen el tema en sus tramas.¹¹⁸

Sobre los orígenes de Bellatin, Troy Prinkey señala en su tesis doctoral que nació en México y creció en Perú, y que por eso ambos países suelen reclamarlo (134). Además, en una entrevista concedida,¹¹⁹ el propio Bellatin se refiere a la necesidad de quedarse a vivir por tiempo indefinido en el país que lo vio nacer: “Mis padres son de Perú. Nací aquí [en México] Viví un tiempito aquí y después me fui a Perú con mis padres [...]

¹¹⁷ Perlongher, Sarduy y Arenas murieron víctimas del SIDA. Joaquín Hurtado es portador del VIH y las circunstancias de la muerte de Puig siguen hasta el día de hoy siendo sospechosas, pese a que la causa oficial de su muerte indica haber muerto de un paro respiratorio.

¹¹⁸ Antonio Marquet (2006) alude solamente a tres obras de la literatura y a un filme en donde se ha abordado la temática del SIDA en México: *Crónica sero* de Joaquín Hurtado, *A tu intocable persona* (1995) de Gonzalo Valdés Medellín, *Salón de belleza* (1994) y la película *Sólo con tu pareja* (1991) de Alfonso Cuarón, y añade que la primera novela “marca la diferencia con estas obras el hecho de hablar desde la experiencia vivida del sida” (282).

¹¹⁹ En esta entrevista, además, Bellatin nos pone al tanto de que a los 23 años viaja a Cuba para estudiar cine, para luego regresar a Perú, y finalmente asentarse en México.

Después de Perú, volví a México. A México siempre he venido por cuatro o cinco meses. Pero llegó un punto en que necesitaba todo el tiempo para escribir solamente” (Hind 8).

Al contestar a la pregunta sobre su relación con los escritores de la generación del Crack, de entre ellos Luis Zapata y cuya obra se abordó en el capítulo anterior, Bellatin responde de la siguiente manera:

Hay una relación bastante histórica entre la gente y los del Crack; parece que hay que tener por fuerza una postura: los adoro, los odio, me parecen una maravilla o un horror. La relación que mantengo con ellos es de gran amistad. Gran respeto porque son personas cuyas vidas giran alrededor de la literatura. Han conseguido, y no sólo para México, sino para la literatura latinoamericana en general, entrar en ámbitos distintos. Era terrible seguir los caminos preconcebidos, aquéllos para los que ya tenías al lector perfecto, la editorial perfecta y una retórica perfecta de lo que tenía que ser latinoamericano. (Wiener 2)

Si bien Bellatin se encarga de trazar una línea entre él y la generación del Crack, no se puede hacer caso omiso de su importancia; ya que de no haber sido por ellos, muy probablemente los temas de la homosexualidad y del SIDA hubieran tardado más en gestarse dentro del ámbito de las letras mexicanas.

Ahondando un poco más en el marco crítico de la obra de Bellatin, vale la pena hacer mención del consenso que apuntala a decir que su trabajo tiende a resaltar lo ambiguo, y cuyo propósito es sin duda causar el desconcierto entre el público lector (Palaversich 25). En este sentido, podríamos decir que su obra en sí entretiene las piezas de un rompecabezas, tal y como el mismo autor lo vislumbra de su propia voz: “En realidad nunca tengo ganas de hacer nada nuevo, sino de volver a escribir lo ya escrito [...] es complicado tratar de interpretar mis novelas, creo más bien que no admiten muchas veces ninguna interpretación” (Wiener 10-11). Independientemente de la opinión de Bellatin y de su clara intención de confundir a su público, se logra establecer que su literatura conforma el espectro de una dimensión en la que la experiencia humana se convierte en el principal catalizador, pese a la insistencia de hacer uso de una técnica narrativa en la que la falta de emociones constituya el principal centro de atención. Bajo esta

perspectiva, *Salón de belleza* se encarga de resaltar el trauma surgido a raíz de la epidemia del SIDA, al mismo tiempo que denota la entereza con la que la comunidad *gay* afrontó la muerte derivada de la enfermedad.

Hasta el momento, Bellatin ha publicado más de una veintena de novelas, de las cuales obtuvo el prestigioso Premio Xavier Villaurrutia por su obra *Flores* (2001). En el año 2004 cuando Troy Prinkey publica su tesis doctoral, éste hace referencia de la poca atención y estudio dedicado a la obra narrativa de Bellatin: “Despite the prolific nature of Bellatin’s publishing and conversations with reporters, there is a serious paucity of critical investigation on his novels. This lacuna can only be explained by the relative difficulty of understanding the hermeneutic nature of his novels” (136). Por su parte y con pocos años de diferencia, Antonio Marquet se refiere a la escasa atención dirigida a las narrativas del SIDA en general:

Hasta ahora han predominado en México, dos actitudes frente a la escritura del SIDA. Por un lado imponer al tema la ley del hielo. El síndrome de inmunodeficiencia humana no existe, o parece como si no existiera; en todo caso no es verbalizado, lo cual a su vez se constituye un síndrome en sí mismo, el del silencio que no llega siquiera a negar un hecho mayor: pareciera más bien como si no hubiera interés o capacidad para abordarlo. (2001: 353)

Por esta razón, y a pesar de que Bellatin se muestra renuente en aceptar que su literatura va más allá de cualquier hecho basado en la realidad inmediata,¹²⁰ existen alusiones directas (algunas hechas por él mismo) a que su novela *Salón de belleza* retoma el tema del SIDA, pese a que jamás se habla abiertamente de él en la trama: “Partí de una noticia que encontré en un diario. Allí decía que había un peluquero que recogía enfermos de Sida en un barrio marginal de Lima. Esta anécdota me pareció que podía ofrecer un espacio rico para crear. A partir de ese momento ingresó mi propia invención” (Coaguila

¹²⁰ En una entrevista concedida a Marcela Robles, columnista de *El comercio*, Bellatin dice: “Si me preguntaran acerca de las características de mis libros, el ocultamiento de quien los narra sería la más resaltante. En efecto, desde mis primeras incursiones en la ficción, tratar de distanciar al autor de las cosas que se cuentan es una de mis obsesiones” (1).

25-6). Por su parte, el crítico Paolo de Lima opta por utilizar la anécdota ofrecida por el autor para documentar el aspecto político de la novela y situarla geográficamente en Lima. Por mi parte y siguiendo el punto de vista de Adriana Tolentino-Solano, considero que “el anonimato y la falta de ubicación precisa, incluso en términos nacionales, que Bellatin utiliza llaman la atención al proyecto de afiliación probablemente universal de este relato” (184), de tal manera que semejante contexto nos permite situar su novela en México, y resaltar además el hecho de que la enfermedad es un mal que aqueja a todo el mundo.¹²¹

La representación que en *Salón de belleza* se hace del SIDA corresponde a la primera etapa del padecimiento en la que los enfermos morían al poco tiempo de desarrollar las primeras complicaciones –debido a la falta de medicamentos–, tal y como lo fue en el caso de los países desarrollados durante la década de los 80, pues como nos dice el protagonista narrador de la novela “[...] siempre [se] aseguraba de aceptar sólo a los que no tenían ya casi vida por delante” (51). Sin embargo, como Alejandro Brito se refiere a los países primeramente afectados, en ellos “[...] la comunidad gay logró salir más fortalecida que nunca de la peor crisis que ha enfrentado en su historia” (“Respuesta” 283).

Por su parte, en Latinoamérica (y como ya se mencionó líneas arriba) debido a que la pandemia llegó tiempo después, ésta adquirió su carácter de gravedad en la década consiguiente, espacio temporal en que Bellatin publica su novela y, como apunta de Lima, “de aquí que una atmósfera de incertidumbre y carencia de futuro, como la que envuelve a muchos países del Tercer Mundo, cubra también a *Salón de belleza*, convirtiéndola en imagen angustiante de una actualidad local en un mundo ancho, global y para muchos todavía ajeno” (5). A través de casi toda la novela (salvo quizás por las últimas páginas), la visión pesimista que se tiene del mal obedece a la desesperación provocada por la muerte agonizante de los enfermos. Al no existir ningún tipo de medicamento eficaz que logre curar a los afectados, el narrador-protagonista deja en claro que es preferible la muerte que la prolongación del sufrimiento, por lo que en adelante se

¹²¹ Prinkey también sitúa el SIDA dentro del contexto mexicano en su trabajo sobre *Salón de belleza*.

prohíbe rotundamente cualquier tipo de remedios: “No sé dónde nos han enseñado que socorrer al desvalido equivale a apartarlo de las garras de la muerte a cualquier precio” (50).¹²²

Según Inés Sáenz y Ricardo López en su artículo “Demonizar a Bellatín: las transgresiones de *Salón de belleza*,” el cuerpo humano se convierte en una especie de marioneta toda vez que se observa una notoria pérdida de los sentidos: “Una de las reglas fundamentales del Moridero es la pérdida de la voluntad. Cuando se traspasa la puerta del que fuera el salón de belleza, ya no se es ni persona, ni hombre, ni homosexual, ni miembro de una institución llamada pareja o familia. Se es tan sólo un cuerpo en vías de desaparición” (4). Esta aseveración no es del todo correcta pues no se puede negar que antes de convertirse en simples deshechos corporales, es decir, antes de morir, los huéspedes del Moridero logran formar una especie de fraternidad, una familia; y en la que además de compartir el mismo virus letal en sus venas, tienen la oportunidad de reafirman sus valores de manera colectiva siendo parte de un mismo espacio resguardado bajo el cuidado de un hombre que, como ellos, está destinado a desaparecer, pero no sin antes ayudar a sus *hermanos* a morir con dignidad: “Mis compañeros de antes, con los que trabajaba en los peinados y en la cosmetología, han muerto hace ya mucho tiempo [...] Los dos murieron contagiados y en el momento de la agonía los traté con la misma rectitud que al resto” (31). Así mismo, líneas después cuando éstos ya han perecido, el narrador pone en claro la reciprocidad del compromiso entre los huéspedes del Moridero: “Estoy seguro que de estar vivos, ellos sí se preocuparían por mí. Verían la manera de mantenerme entretenido. Me traerían Marchantes, que era como llamábamos a los muchachos que daban algo de diversión a cambio de dinero” (64).¹²³ Este último comentario, además de acentuar la relación de hermandad entre todos los huéspedes, muestra la importancia que ocupa el cuerpo, aunque enfermo, tal y como he de subrayar más adelante.

¹²² “En ese aspecto, las reglas del Moridero son inflexibles. La ayuda sólo se acepta con dinero en efectivo, golosinas y ropa de cama” (31).

¹²³ Me atrevo a aseverar que la palabra Marchantes se refiere a los hombres que practican la prostitución con otros hombres, tal y como lo es el caso de los *chichifos* en México, y por extensión, de algunos *mayates*.

La novela abre con una clara alusión a la vida *gay* representada a través de los peces de colores que un estilista decide colocar en su centro de trabajo: “Hace algunos años, mi interés por los acuarios me llevó a decorar mi salón de belleza con peces de distintos colores. Ahora que el salón se ha transformado en un Moridero, donde van a terminar sus días quienes no tienen dónde hacerlo, me deprime ver cómo poco a poco los peces han ido desapareciendo” (11). Esta cita remite a lo enunciado por Monsiváis en la que señala que, “luego del sida no se vivirá como antes, porque el Antes, normado por la indiferencia o inconsciencia, equivale a la pérdida de los sentidos” (2). Por su parte, Paolo de Lima también subraya con notoriedad el contraste entre ese antes y después al decir que, “el narrador-protagonista había empezado su relato con una demanda nostálgica que clamaba por un pasado de aparente armonía y belleza” (3). De esta manera, *Salón* se refiere a la época dorada en que la comunidad *gay* solía disfrutar del placer, producto de los nuevos cambios y libertades logrados a través del recién estrenado activismo político, y en cuyo seno habría de nacer precisamente el estilo de vida *gay*:

[...] particularmente sibarita, refinado y elegante, una vida centrada en la persecución del goce en todas las esferas, bajo todas sus formas: desde el paladar, el sexo, la satisfacción de pertenecer a una sociedad cerrada y exclusiva, la literatura, los viajes, la seducción permanente, y un muy largo y sinuoso, etc. Placer, sí. Un placer que desde un punto de vista político implica una inversión absoluta de signos, ya que el placer fue justamente el espacio que creó para sí una comunidad antes confinada al desprecio, al escarnio, a la vida catecúmena. (Marquet 2001: 367)

La evocación del pasado sirve para resaltar algunos de los aspectos de lo que a partir de los 70 se fue conociendo como la ya mencionada identidad *gay*. En el caso de la novela de Bellatin, la relación de los personajes con el mundo de la prostitución, la clandestinidad de los encuentros sexuales en sitios de contacto y/o ligue homosexual, así como en el placer adquirido del acto de travestirse (sólo por mencionar algunos), convergen para dar vida a un escenario que mezcla el modo de ser *gay* (influencia extranjera) con los tradicionales roles de género. En este sentido, pese a la aparente ruptura de ese espacio recién conquistado – de placer como diría Marquet— el valor con

el que la comunidad *gay* se enfrentó a la pandemia del SIDA constituye el ejemplo más palpable de que la unión hace la fuerza.

Ahora bien, el regente del Moridero, como el mismo narrador-protagonista se autoproclama, decide llevar a cabo su proyecto personal de brindar apoyo a los enfermos terminales –solamente hombres— de un mal desconocido. Ni las mujeres ni los niños tienen cabida en este sitio puesto que, ya que “el salón en algún tiempo había embellecido hasta la saciedad a las mujeres, no iba pues a echar por la borda tantos años de trabajo sacrificado” (34). Detrás de esto, se esconde el hecho de que los hombres homosexuales son los más afectados por este misterioso mal – no sólo en términos estadísticos como ya se mencionó antes—, sino en cuanto a la discriminación y estigmatización de la que son víctimas; de ahí la necesidad de crear un espacio propio, un sidario: “La primera vez que acepté a un huésped, lo hice a pedido de uno de los muchachos que trabajaba conmigo [...] me contó que uno de sus amigos más cercanos estaba al borde de la muerte y no querían recibirlo en ningún hospital. Su familia tampoco quería hacerse cargo del enfermo [...]” (49).¹²⁴ Posteriormente, la situación se problematiza aún más a medida que los síntomas comienzan a ser visibles de forma física, pues como se aprecia a partir del mismo protagonista (infectado también), el rechazo social crece exponencialmente tras mostrar los primeros indicios de la enfermedad:

Pronto las heridas de mis mejillas se extendieron por el cuerpo [...] logré resignarme y traté de lucir las llagas con el mayor de los orgullos. Noté algunas reacciones entre los familiares de los huéspedes que llegaban al salón. Se trataba de un primer impacto, que luego disimulaban creyendo que yo no me daba cuenta. Esta nueva condición de mi cuerpo me sirvió para retirarme definitivamente de la vida pública. (61)

El carácter visible de la infección añade una carga extra sobre el enfermo, quien además de tener que soportar los malestares físicos, es obligado a la reclusión por parte de la

¹²⁴ Las estadísticas de 1994 revelan que el número de infectados se concentra principalmente entre la población de hombres que sostienen relaciones con otros hombres (HSH), mientras que las mujeres representan tan sólo una minúscula parte de las infecciones (Carrillo 214-5).

sociedad temerosa de ser contagiada. La decisión de ponerle fin a su vida social (y que hasta hace poco circulaba alrededor de fiestas y encuentros sexuales furtivos durante los fines de semana), nos habla de un mal que impone una alta cuota sobre el manejo del cuerpo y, por ende, de la sexualidad. No obstante, existe también la alusión de personas para quienes este hecho no constituiría ninguna situación de riesgo o temor, como se deja ver a partir de las imágenes en las que el narrador se imagina regresar a su antiguo lugar de ligue, los Baños Turcos:¹²⁵

A veces imaginaba con regocijo cuál sería la reacción de los asistentes al verme con el cuerpo supurante. Lo más probable es que en un primer momento no se dieran cuenta y sólo lo notaran cuando estaban ya demasiado comprometidos. Puedo asegurar que muchos huirían aterrados. Aunque puedo asegurar también que otros seguirían como si nada sucediese. (62)

El final de esta cita pone de manifiesto la irresponsabilidad de algunos para quienes contagiarse del mal no representaría ningún peligro – sino todo lo contrario– pareciera existir un deseo inconsciente de quererse contagiar.¹²⁶ Sin embargo, esta especie de *ruleta rusa* propicia una lectura más cercana sobre el cuerpo homosexual, toda vez que se deja ver un planteamiento que reclama el derecho al placer tomando en cuenta lo efímero de la vida: “Las respuestas van desde la renuncia a la sexualidad –hecho también raro, aunque no es extremadamente raro encontrar quien afirme que ahora resulta más excitante el

¹²⁵ El simbolismo detrás de los Baños Turcos muestra un contenido innegablemente homoerótico, sobre todo al considerar la historia de los baños públicos en la ciudad de México. Víctor M. Macías-González detalla los orígenes de los Baños turco-romanos de la Gran Alberca Pane en 1895, en pleno Paseo de la Reforma, los cuales se convertirían en uno de los sitios de congregación por excelencia de aquellos hombres que buscaban el placer sexual en compañía de otros de su mismo sexo (36). En este sentido, los Baños Turcos dan cabida al espacio *gay* (de placer) en el que paradójicamente miles de homosexuales encontraron la muerte al infectarse ahí con el agente que les arrebataría la vida: el VIH.

¹²⁶ Cabe subrayar que al principio de la epidemia, y debido a la poca información con la que se contaba respecto a las vías de contagio del VIH, muchos *gays* mostraron su preocupación ante lo que percibieron como un intento de criminalizar la homosexualidad, tal y como solía ser común en el pasado: “The response of many gay activists to AIDS in the early years of the crisis was shaped by a deeply rooted fear of the ‘remedicalisation’ of homosexuality” (Weeks 130). En este sentido, la actitud con la que el narrador protagonista de la obra de Bellatin se deja ver, bien puede verse como un paralelo con la realidad de muchos homosexuales quienes decidieron afrontar la nueva enfermedad por medio de ignorar las recomendaciones de no asistir a los saunas y salones de baños públicos. Dicha actitud denota una auténtica afrenta al régimen impuesto por el sistema heteronormado patriarcal, pese a los peligros que esconde.

sexo puesto que una relación sexual puede costar la vida” (Marquet 2001: 328). Por otro lado, las múltiples referencias hechas por el protagonista al recordar sus primeros comienzos en el ambiente homosexual, ofrecen un claro panorama sobre el inmenso valor que posee el tesoro de la juventud:

En esa época me había escapado recientemente de la casa de mi madre, quien nunca me perdonó que no fuera el hijo recto con el que ella soñaba. Como no tenía medios de subsistencia, me aconsejaron que viajara al norte del país. El dueño de la discoteca regentaba en esa zona un hotel para hombres que tenía un gran salón de baile en el primer piso. Hice caso a los consejos y partí. Yo no tenía entonces más de dieciséis años y no puedo quejarme ni del trato ni de la cantidad de dinero que recibí. El dueño, unos veinte años mayor que yo, me trataba con cariño. Me aconsejaba siempre. Y sobre todo me habló con claridad de una regla fundamental. Me dijo que en ningún momento olvidara lo efímera que es la juventud. Yo debía aprovechar lo más posible los años que tenía entonces. (45-6)

Desde esta perspectiva, el recuerdo de una época colmada de alegrías converge con un presente que emana desde la reflexión que sólo el SIDA puede provocar. La *regla fundamental* a la que se refiere el protagonista indica dos cosas; por un lado, la brevedad de la vida misma o dicho en otras palabras, una visión *Carpe Diem*, de ahí las constantes salidas a los Baños Turcos, los cines pornográficos, los baños de los estadios de fútbol, así como las grandes avenidas y jardines de la ciudad que fungen como puntos de encuentro. Por otro lado, la fragilidad misma de la vida pues, al incurrir en este tipo de situaciones, se pone de manifiesto la evidente falta de madurez psicológica durante la etapa de juventud del narrador-protagonista:

Al caer enfermo todos mis esfuerzos se han vuelto inútiles. Cuando me pongo a pensar con mayor serenidad, siento que tal vez en algún momento me sentí inmortal y no supe preparar el terreno para el futuro. Este sentimiento tal vez me impidió concederme tiempo para mí. De otra manera no me explico por qué estoy tan solo en esta etapa de mi vida. Estoy convencido de que esta manera de ser es la causa de que no cuente con nadie que me lllore en las noches. (72)

El cambio que produce el SIDA en la vida del narrador-protagonista es una clara muestra de reflexión y madurez. No se trata solamente de un mal que destruye las defensas del organismo y que deriva en infecciones oportunistas hasta producirse la muerte, sino de una enfermedad que aísla y estigmatiza –tanto a nivel público como privado— desencadenándose así un cuestionamiento interno en el protagonista sobre el modo de ser *gay* y su estrecha relación con la soledad.

Por su parte, Douglas Crimp se refiere a lo que él denomina “sentimiento de melancolía,” suscitado a partir de la muerte masiva y cómo la enfermedad se configura como el mayor reto vertido sobre la humanidad: “A world, a way of life, faded, then vanished. Friends and lovers died, and so did acquaintances, public figures, and faces in the crowd that I had grown accustomed to. People whose energies and resources had gone toward the invention of gay life either succumbed or turned their attention to dealing with death” (14). Desde esta perspectiva, el *impassé* impuesto en la vida de las personas cobra notoriedad, pues no sólo se trata de una ruptura en el aspecto sexual, sino del establecimiento de una nueva forma de ver el mundo en la que la muerte adquiere de un nuevo significado.

Así pues, el sentimiento de soledad que embarga al regente del Moridero desde el principio de la trama adquiere especial resonancia a medida que va lidiando con la muerte de sus huéspedes. Si en un principio sólo se limita a resaltar la frivolidad con la que solía transcurrir su vida –siempre bajo un tono distante– entrada la segunda parte de la novela se comienza a dilucidar un modo de vida *gay* que sucumbe repentinamente ante el disciplinamiento impuesto por la enfermedad: “Aunque me parece triste la forma de haberlo obtenido. Se acabaron las aventuras callejeras, las noches pasadas en celdas durante las redadas, las peleas a pico de botella cuando algún otro trataba de quitarme un novio conseguido a fuerza de sacrificio” (45). Esta es la primera ocasión en la que el *yo* interno del protagonista-narrador se manifiesta de manera más concreta y humanamente. De modo que sus reflexiones personales producto del mal suscitado se tornan cada vez más agudas, inclusive al grado de ponerse en entredicho el concepto de comunidad *gay*: “Pese a que dentro del salón se llegó a formar algo así como una unidad y una armonía agradables, con el abuso de las aventuras callejeras mi vida fue perdiendo su centro” (47).

A partir de entonces, la falta de sentimientos o deshumanización que se maneja desde el principio de la obra pasa a un segundo plano, para dar paso a algunos aspectos íntimos del protagonista, aunque siempre en base a las reflexiones y enseñanzas provocadas por el mal:

Cuando el salón de belleza comenzó a transformarse sentí también un cambio interno. Al momento de empezar a atender a los huéspedes, me volví algo más responsable. En ese entonces no era tampoco tan joven. Ya desde antes me era cada vez más difícil tener éxito en una noche en el centro. Recuerdo que había empezado a vivir en carne propia la soledad de aquel amigo que trajo su vestimenta de Europa. Tuve que pararme en avenidas menos exclusivas, o hacer mis cosas amparado por la oscuridad de los cines de barrio. Siempre recordaba los consejos que me había dado en su momento el dueño del hotel de provincias y constataba que una a una sus predicciones se estaban cumpliendo. Como contrapartida, las cosas en el salón de belleza iban cada vez mejor. (48)

En esta cita, existen varios puntos que aluden al proceso de madurez tanto física como mentalmente por parte del protagonista. En primer lugar, el narrador se vuelve consciente de su edad y con ello la fugacidad de la vida adquiere un sentido más real. Si a esto le sumamos la carga emocional de saberse rodeado por la muerte, entonces se observa que lo que solían ser sus distracciones favoritas pasaron a convertirse, simple y sencillamente, en algo vano y sin sentido, pero cuyas consecuencias lo “volvieron responsable”; es decir, de alguna u otra forma su vida recobró el sentido de ser. En segundo lugar, se observa una crítica hacia el modo de vida y/o identidad *gay* al insinuarse que, lejos de traer la felicidad, trajo consigo todo lo opuesto. Por consiguiente, los colores vivos de las prendas que usaba cuando salía a divertirse y de los peces que alberga en sus peceras, se nutren de una nueva carga simbólica que denota la desilusión con el sistema que pretendía reivindicar y liberar a los homosexuales. Los sentimientos de insatisfacción y soledad chocan contra lo aparentemente positivo del modo de ser *gay*, es decir, la liberación momentánea de los homosexuales y que paradójicamente trae consigo un avance en el aspecto económico: “Como contrapartida, las cosas en el salón de belleza iban cada vez mejor. En aquella época los acuarios llegaron a su esplendor. Tenía toda

una colección de Escalares, Goldfish, Peces Lápiz e incluso [...] Pirañas Amazónicas [...]” (48).¹²⁷

Por otro lado, a medida que vamos conociendo más sobre el yo interior del protagonista y sus reflexiones sobre cómo la administración del Moridero y la enfermedad misma le cambiaron la vida, nos encontramos con que a veces se siente atrapado entre el deseo de ayudar a los demás y el de sentir, aunque sea momentáneamente, un halago o caricia que le ayude a sobrellevar la situación de mejor manera. Y es que todo parece indicar, nuevamente, que todos esos momentos de aparente felicidad quedaron en el umbral del recuerdo, enterrados ahora bajo la presión de tener que ayudar a sus compañeros por más de que la soledad se intenta apoderar de él. En base a los datos mencionados por el narrador, éste jamás nos habla de su vida sentimental, salvo por el muchacho que conoció en el Moridero y a quien le dedicó mayor atención, en comparación con los demás huéspedes:

Creo que incluso llegué a sentir algo especial por él. Dejé de lado la atención que requerían los demás huéspedes y durante el tiempo que duró su agonía no estuve sino atento a cumplir con sus necesidades. [...] Lo que más me emocionó fue que él no era ajeno a mis preocupaciones. También me demostró su cariño. Incluso un par de veces estuve en situación íntima con aquel cuerpo. No me importaron las costillas protuberantes, la piel seca, ni siquiera esos ojos desquiciados en los que aún había lugar para que se reflejara el placer. (26-7)

Según esto, la atención especial mostrada sobre el muchacho denota su afán de querer ayudarlo a pasar sus últimos días con vida de la mejor manera posible, pues como se pone en claro también, el estado de salud de los enfermos depende en sumo grado de las condiciones afectivas que los rodean. Así, una vez que pierde el interés en el muchacho, el cuerpo de éste inmediatamente sucumbe ante la enfermedad:

¹²⁷ La diversidad misma de los peces sugiere la existencia de varios tipos de homosexuales (la diversidad sexual), así como las diferentes etapas del SIDA, sobre todo a partir de los peces Escalares que poseen diversas rayas dibujadas en sus cuerpos. En este sentido la utilización de letras mayúsculas en la denominación de los peces equivale a la personificación humana de la enfermedad. Vale la pena subrayar, también, que el mismo olor a pez evoca una clara referencia al cuerpo (homo)sexual.

Pero como ya señalé antes, mis gustos cambian con frecuencia y de un momento a otro dejó de interesarme por completo. Retiré la pecera del lado de su cama y lo traté con la distancia que me impongo para todos los huéspedes. Casi al instante el mal atacó todo su cuerpo y no tardó mucho en morir. En su caso la decadencia final vino por el cerebro. Comenzó con un largo discurso delirante que sólo interrumpía las pocas horas en que era vencido por el sueño. (27)

Como vemos, la enfermedad se apoya principalmente en el terreno de las emociones humanas, por lo que existe una crítica de fondo que apuntala a decir que si la sociedad en general fuera un poco más receptiva y abierta al respecto, muy probablemente el SIDA no sería tan cruel y sus efectos nos serían tan devastadores en la salud de los contagiados. Como resultado, el estigma vertido sobre los enfermos se vería menguado de manera considerable, puesto que al existir el apoyo de los familiares y los amigos cercanos, muchos de los enfermos no se verían en la necesidad de recurrir a lugares donde no existe cabida para las emociones.

En este sentido, la ineficacia del sistema de salud y su falta de atención a los pacientes con SIDA a quienes se les solía maltratar y culpar abiertamente de la enfermedad, constituyen una de las críticas más importantes hechas en la novela: “Buscaba evitar que esas personas perecieran como perros en medio de la calle o abandonados por los hospitales del Estado” (50). Esta denuncia política vista a través de la falta de tacto social por parte de las autoridades refleja claramente la relación entre la salud física y mental de los pacientes. De esta forma, los peces “Monjitas” que destina para el muchacho y que mueren al mismo tiempo que él, subrayan la necesidad de contar con un apoyo cálido y humano, tal y como el simbolismo de su propia muerte lo entreteje: “Para las Monjitas es preciso contar con un calentador de agua. Tenía uno enchufado todo el tiempo [...] Al día siguiente, quité la corriente del calentador y luego de dos días comprobé que ninguna de las Monjitas había resistido el frío” (28-9).

Otro de los elementos que se desprenden del plano emocional, y que en buena medida hacen referencia a la cultura del SIDA vista en los Estados Unidos (como se expuso

anteriormente), es el rito fúnebre mediante el cual se encarga de atender al muchacho en el más allá y que, a diferencia de los demás huéspedes, éste sí recibe una sepultura:

Tal vez lo hice movido por la considerable cantidad de dinero que me entregó antes de ser admitido como huésped. El caso es que su cuerpo no fue a dar como los otros a una fosa común que hay en las cercanías. Me interesé en que recibiera una sepultura más digna. Fui a una funeraria y adquirí un ataúd de color oscuro. Aparté los muebles del galón donde duermo e improvisé un velorio donde yo fui el único deudo. Contraté además una camioneta negra y separé un nicho no muy alejado del piso. Lo que aún no me atrevo a realizar, y estoy casi seguro que nunca haré, fue visitar el cementerio a decorar su tumba con flores. Como ya he dicho, los demás muertos van a dar a la fosa común. Sus cuerpos son envueltos en unos sudarios que yo mismo confecciono con las telas de sábana que nos donaron. No hay velatorio. (44)

La cima emocional del protagonista-narrador alcanza su cúspide con la muerte del muchacho. Él es incapaz de llevarle flores al cementerio debido al inmenso dolor que le provoca su partida. La forma en que despide a los demás huéspedes arrojando sus cuerpos a una fosa común, así como las “telas de sábana” con las que envuelve sus cuerpos, son una clara alusión a La Colcha de Washington en la que año con año se rinde tributo a los caídos por la enfermedad en los Estados Unidos, aspecto directamente relacionado con la cultura del SIDA.¹²⁸ De esta manera, el narrador-protagonista no sólo busca subrayar el carácter y sufrimiento colectivo de los huéspedes del Moridero, sino que alude directamente a la enfermedad más allá de los límites físicos y geográficos del recinto al que han sido confinados. Así pues, el carácter de anonimato bajo el cual son depositados los cuerpos de los huéspedes en las entrañas de la tierra (en una fosa común) subraya, sin lugar a dudas, los altos costos de la enfermedad vertida desproporcionadamente sobre la comunidad *gay*, pero sobre todo, apunta hacia la

¹²⁸ Llamas argumenta que La Colcha es “[una] forma de socializar la muerte de personas queridas [...] la exposición conjunta de millares de paneles de tela cosidos por amantes, amistades o parientes de una persona muerta de sida y dedicados a su memoria [...] tiene una dimensión pública, política, colectiva, comunitaria” (161).

necesidad de ir en contra de la corriente, de no callar una realidad por dolorosa que ésta sea, como explica Llamas en su libro:

En cualquier caso, las formas de afrontar la muerte desarrolladas excepcionalmente por las comunidades de *gays* y lesbianas presentan con frecuencia una característica común: el alejamiento de la tradición funeraria, del duelo silencioso, del rito ancestral. La tendencia, al revés, es hacer de la muerte una obra de arte, una fiesta, un chiste, un manifiesto político, un acto de protesta, la excusa para una revuelta, en definitiva, cualquier cosa que no la reduzca a ese tributo inevitable al destino, cualquier cosa que no sea la confirmación de un estereotipo, cualquier cosa, por último, que no la deje en la ignominia. (164)

Siguiendo con la estrategia discursiva del narrador en la que se encarga (sobre todo a partir de la segunda parte del libro) de exaltar el peso de los sentimientos y/o emociones humanas en el tratamiento de la enfermedad, su proyecto personal —el Moridero— ésta adquiere de otro significado importante. Se trata de su claro compromiso con la comunidad de huéspedes (*gays*), ya que de no hacerlo él, se da por sentado que nadie más estaría dispuesto a hacerlo: “The solidarity of the gay male, HIV/AIDS-infected sector of the population, in the absence of any other solidarity, accentuates larger society’s disunity with the effort to assist PLWAs” (Prinkey 159).¹²⁹ Inclusive en los momentos en los que se siente rebasado por la situación, el narrador se muestra íntegro y fiel a su cometido; tal es el caso de cuando llegan los amantes a buscar a los que un día fueron sus parejas sentimentales y que hoy tan sólo ocupan una cama y un plato de sopa en la antesala de la muerte: “La llegada de aquellos hombres me producía fastidio. Nunca nadie vino por mí. Me pregunto entonces de qué me sirve tanto sacrificio en la administración de este lugar” (64). Bajo este matiz, el regente del Moridero continúa mostrando parte de su mundo interior al mismo tiempo que señala enfáticamente el rechazo y miedo sentidos por los amantes, quienes sólo se dejan ver por las noches, en plena alusión al estigma vertido no sólo sobre los enfermos, sino sobre las personas que

¹²⁹ People with AIDS (PLWA).

los rodean: “Por alguna extraña razón, esos amantes rehuían la luz del día. Nunca se presentaron en horas que no fueran las nocturnas” (63).

Otro de los ejemplos más fehacientes de su compromiso con los huéspedes del Moridero se muestra cuando están a punto de ser desalojados por una muchedumbre de vecinos enfurecidos que los acusan de violar el código sanitario:

La campaña que se desató en el vecindario fue bastante desproporcionada. Cuando la gente quiso quemar el salón tuvo que intervenir hasta la misma policía. Los vecinos afirmaban que aquel lugar era un foco infeccioso, que la peste había ido a instalarse en sus dominios. Se organizaron y la primera vez que supe de ellos fue porque una comisión apareció en la puerta con un documento donde los vecinos habían firmado una larga lista. Pude leer que pedían que desalojáramos el local de inmediato y que después la Junta que habían formado se encargaría de incendiarlo, creo que como símbolo de purificación. (34-5)

En términos generales, el intento de los vecinos por despojarlos de su propio espacio denota la opresión a manos de una sociedad llena de prejuicios basados en ideas que se remontan a la época de la Inquisición, tal y como se puede constatar a partir del quererle prender fuego a las instalaciones. El hecho de que el “el salón está situado en un punto tan alejado de las rutas de transporte público, que para viajar en autobús hay que efectuar una fatigosa caminata” (24), no es suficiente para los vecinos quienes desesperadamente intentan deshacerse de cualquier indicio del sida, al mismo tiempo que silencian todo rastro de la conducta homosexual de los huéspedes (considerada impura), y ligada automáticamente con el SIDA.

Es dentro de este mismo escenario que el protagonista de la novela se cuestiona sobre el futuro del Moridero una vez que él ya no se pueda hacer cargo de los huéspedes. En este sentido, parece existir un paralelismo con las acciones de los vecinos del Moridero, pues él ha pensado en “[...] el hecho de quemar el Moridero con todos los huéspedes dentro” (68). Sin embargo, él mismo rebate semejante concepción por considerarla inútil, de la misma manera en que se expresara sobre la prohibición de los medicamentos: Sé que nunca voy a llevar a cabo una idea semejante [...] es que sencillamente me parece una

salida bastante fácil y carente por completo de la originalidad que desde el primer momento le quise imprimir al salón de belleza” (68). Esta forma de pensar invariablemente pone entredicho el papel de la religión y sus diversos métodos de acallar y ejercer control sobre la sociedad.

Por otro lado, esta misma turba de vecinos irritados no puede llevar a cabo su propósito debido a que el regente se encarga de evitarlo al acudir a la policía. Los mismos huéspedes, pese a su estado de salud, logran organizarse también por medio de gritos y lamentos: “Había huéspedes que aún estaban con los sentidos en orden y otros, aún peor, con los nervios exaltados. Hasta yo me inquieté cuando los escuché gritar con lo que les quedaba de voz. Se inició un sobrecogedor coro de moribundos” (35). El esfuerzo conjunto de los miembros del Moridero, aunado al apoyo de la policía y de algunos grupos de carácter humanitario a quienes previamente había rechazado el regente por considerarlos peligrosos, evitan que la situación se salga de control:

Felizmente, en ese momento llegaron los miembros de las organizaciones a las que habíamos llamado. Hablaron con los policías e incluso uno de ellos acompañó al cabo hasta la estación. Con los otros miembros, entre los que había algunos que pertenecían a una comunidad religiosa, tratamos de calmar a los huéspedes. Acto seguido construimos una especie de empalizada en la puerta para pasar la noche. En los días posteriores se hicieron los trabajos de remodelación. Durante esos días caí en una depresión profunda, que sin embargo no me hizo descuidar en ningún momento a mis huéspedes. (37)

Como vemos, es ineludible que el Moridero representa un auténtico refugio para los huéspedes, ya que pese a cualquier dificultad, el narrador-protagonista logra sobrellevar con entereza la responsabilidad que se echara encima el día en que decidió darle una dimensión diferente a su lugar de trabajo.

Por otro lado, debido a que la enfermedad apenas comienza a manifestarse en el regente del Moridero, se vuelve a poner énfasis una vez más en el aspecto de la edad y, por ende,

en la juventud tan preciada en el mundo *gay*. Por esta razón, al rememorar su época de juegos con dos de sus amigos¹³⁰ con los que solía compartir su vida social y laboral, el propio narrador-protagonista se coloca en el vértice de un espacio reiteradamente marginado: no sólo es uno de los últimos sobrevivientes del mal, sino que además de estar enfermo se encuentra en pleno proceso de envejecimiento: “Tal vez mi mayor desgracia consista en que la enfermedad se apoderó de mi cuerpo demasiado tarde. De haber muerto antes, mi enfermedad tal vez hubiera sido más dulce” (64). El dilema planteado a partir de la pérdida de su juventud y el avance físico de la enfermedad sobre su cuerpo, ocasiona que se vea en la necesidad de eliminar todos los espejos que lo rodean:

Un elemento muy importante, que deseché de modo radical, fueron los espejos, que en su momento multiplicaban con sus reflejos los acuarios y la transformación que iban adquiriendo las clientas a medida que se sometían al tratamiento de la peluquería y del maquillaje. A pesar de que creo estar acostumbrado a este ambiente, me parece que para todos sería ahora insoportable multiplicar la agonía hasta ese extraño infinito que producen los espejos puestos uno frente al otro. (21-2)

El reflejo de los espejos es un fiel recordatorio del paso del tiempo y de la etapa progresiva del SIDA. El tic tac del reloj que poco a poco marca la llegada de la hora marcada en la que forzosamente se tiene que cruzar el umbral hacia la muerte. La presencia del utensilio más usado en los salones de belleza y que fuera testigo de las transformaciones estéticas de las clientes, pasa ahora a ser parte del recuerdo instalado en el baúl de los buenos tiempos.

Como ya mencioné, el estudio de Susan Sontag nos habla de cómo el SIDA ha venido a ocupar el lugar de otras enfermedades¹³¹ que en el pasado causaron la muerte de muchas

¹³⁰ “El paseo por el centro duraba hasta las primeras horas de la madrugada. Entonces volvíamos por los maletines y regresábamos a dormir al salón. En la parte trasera habíamos construido un galpón de madera donde los tres peluqueros dormíamos hasta el mediodía. Los tres juntos en una cama enorme” (24-5).

¹³¹ La lepra, la sífilis y la polio.

personas, y aporta de manera importante, bajo un enfoque sociológico, a las diferentes modalidades impuestas a raíz de la carga moral que suele extrapolarse a las enfermedades de transmisión sexual. En este sentido, la presencia de la enfermedad manifestada físicamente, sobre todo a través de la cara, exalta el carácter estigmatizador del SIDA: “What counts more than the amount of disfigurement is that it reflects underlying, ongoing changes, the dissolution of the person. [...] The marks on the face of a leper, a syphilitic, someone with AIDS are the signs of a progressive mutation, decomposition; something organic” (41). Además, el hecho de que los huéspedes suelen travestirse de mujeres, multiplica y hace más evidente aún la lectura metonímica en la que “SIDA es sinónimo de homosexualidad y travestismo es un estereotipo, una especie de mecanismo social en el que el homosexual se reduce a travestismo, a una imitación de actitudes femeninas” (Marquet 2001: 342). Es precisamente esta forma de proyectar el SIDA (como una enfermedad visible) lo que estimula la estrategia discursiva que constantemente explica el dolor no sólo físico, sino emocional de los enfermos. Es, también, una manera de documentar el control social al que fueron sujetos los infectados, dado que el pánico desatado en la sociedad los obligó a cargar con su enfermedad en el anonimato.

De igual forma, Foucault destaca en *Los anormales*, curso que dictó en el Collège de France entre enero y marzo de 1975, el problema de los individuos peligrosos a quienes en el siglo XIX se denominó anormales. Según él, estos se dividen en tres figuras principales: los monstruos, los incorregibles, y los onanistas. Bajo este lente, los huéspedes se convierten en auténticos monstruos desde el primer momento en que arriban al Moridero. De ahí que se enfrenten a lo que Foucault denomina “la descalificación jurídica y política”, a través de su partida hacia el mundo interior del Moridero, y que simbólicamente los despoja de cualquier vínculo que solían tener con la sociedad para convertirse en monstruos humanos: “La exclusión del leproso estaba acompañada regularmente por una especie de ceremonia fúnebre durante la cual se declaraba muerto a los individuos que padecían la enfermedad e iban a partir” (Foucault 51). Así, una vez que los vecinos intentan entrar al Moridero, se encuentran renuentes a entrar a la *cueva de los monstruos*: “[...] por alguna razón que intuyo relacionada con los olores o el temor al contagio, no habían entrado” (37). El espacio que rodea a estos monstruos humanos,

habitantes de la ciudad apestada, carente de seguridad y orden, pone en relieve el poder de los planos jurídico y político de la enfermedad que ejercen sobre ellos diversos mecanismos de exclusión, exacerbados sobre todo por la presencia de marcas físicas que delatan su fragilidad corpórea.

Volviendo al primer cuadro de la novela (y para dejar en claro la representación que del SIDA se hace en ella), éste esboza nítidamente una veintena de términos en los que se manifiesta metafóricamente las últimas etapas de la infección a través de la muerte de los peces de colores: Guppys Reales y Carpas Doradas.¹³² Estos a su vez representan la comunidad *gay* en la que se hizo presente un lenguaje clínico a partir de los primeros casos diagnosticados: “cloro”, “cuidados”, “resistentes”, “reproducirse”, “oxígeno” (11); “muerto”, “guante”, “control”, “reflejos poderosos”, “razón visible”, “estática”, “hinchazón” (12). Se intuye además la asociación de las Carpas Doradas con la enfermedad proveniente de afuera: “Podía pasarme varias horas admirando los reflejos de las escamas y las colas. Alguien me contó después que aquel pasatiempo era una diversión extranjera” (13). En este sentido, es interesante ver cómo se vuelve a poner en práctica la dinámica en la que se culpabiliza al otro, siempre al extranjero, tal y como se ha venido haciendo desde tiempos inmemorables a través de la historia del hombre y su relación con las enfermedades consideradas una plaga: “One feature of the usual script for plague: The disease invariably comes from somewhere else. The names for syphilis, when it began its epidemic sweep through Europe in the last decade of the 15th century, are an exemplary illustration of the need to make a dreaded disease foreign” (Sontag 47).

Por lo tanto, una vez que se describen el lenguaje clínico y las características físicas de los peces se da paso a la exposición del mal en las personas: “Lo que no era ningún tipo de diversión es la cantidad cada vez mayor de personas que han venido a morir al salón de belleza. Ya no solamente amigos en cuyos cuerpos el mal está avanzado, sino que la

¹³² Llama la atención que Bellatin utiliza palabras mayúsculas para referirse a este tipo de peces, tal y como si se tratara de los nombres propios de personas. Por otro lado, físicamente los Guppys Reales tienen una enorme cola que puede ser interpretada como el ano y, por otro lado, como una clara referencia del travestismo de los personajes puesto que se parece a *la cola de un vestido*. Las Carpas Doradas, por su parte, dejan entrever su asociación con la cultura *gay* llegada del extranjero.

mayoría se trata de extraños que no tienen dónde morir. Además del Moridero, la única alternativa sería perecer en la calle” (14). Esta descripción nos muestra dos cosas: por un lado, establece la muerte que poco a poco se adueña del plano social, y por otro, la discriminación a la que se enfrentan los enfermos toda vez que la sociedad los identifica como portadores de un mal fácil de propagar.

El colorido de los peces y el atuendo llamativo con el que el dueño del Moridero solía salir por las noches, “ya sea una vincha, los guantes o las mallas que [se] ponía en esas ocasiones” (15), contrasta fuertemente con la violencia y el rechazo que ejercen sobre ellos la Banda de Matabros –un grupo homofóbico que se dedica a la persecución de homosexuales— así como con las instituciones supuestamente encargadas de velar por la salud de la población: “Muchos terminaban muertos después de los ataques de esos malhechores, pero creo que si después de un enfrentamiento alguno salía con vida era peor. En los hospitales donde los internaban siempre los trataban con desprecio y muchas veces no querían recibirlos por temor a que estuviesen enfermos” (15). La indolencia de las autoridades a partir de ambos casos sugiere la estigmatización de los enfermos, al mismo tiempo que se percibe, nuevamente, un fuerte sentido de deshumanización por parte del autor quien, a medida que parece querer mostrar cierto grado de emotividad, súbitamente se aleja: “Desde entonces y por las tristes historias que me contaban, nació en mí la compasión de recoger a alguno que otro compañero herido que no tenía a dónde recurrir. Tal vez de esa manera se fue formando este triste Moridero que tengo la desgracia de regentar [...]” (15). Es en este vaivén entre apego y desapego que Bellatin nos acerca de primera mano al tema de la muerte y que casi de la noche a la mañana (tal y como el SIDA mostró la existencia de homosexuales en el ámbito público), ofrece un testimonio de las diversas formas en que la comunidad *gay* (mundial) se tuvo que organizar –improvisadamente– para hacerse cargo de la muerte de muchos de sus miembros, al mismo tiempo que afrontó el rechazo general de la sociedad.

Sin embargo, en épocas recientes y como bien arguye el crítico David Van Leer, el desconocimiento del trasfondo histórico del SIDA por parte de las nuevas generaciones de jóvenes homosexuales, representa una situación un tanto delicada pero a la vez digna de analizarse con sumo detenimiento: “For some younger gay men, raised entirely under

a regimen of safer sex, AIDS can seem a less overwhelming problem than for older men, who have seen their generation decimated by the virus” (138). La peligrosidad de la situación es más que obvia: si bien existen medicamentos que prolongan la vida de los infectados, lejos se está aún de encontrar una vacuna eficaz que permita extirpar el VIH de la sangre y los fluidos del cuerpo.

Antes de concluir este apartado, es importante prestar atención a lo enunciado por Marquet respecto a los efectos del SIDA y cómo estos han trastocado la enorme esfera del ser humano: “Es un peligro que ha venido a cambiar modos de pensar, actuar, de vida” (2001: 328). Dichos cambios se hacen patentes en algunos homosexuales a través de la abstinencia sexual, como lo muestra el caso de Alejandro Brito, uno de los principales activistas y defensores de los derechos de los y las homosexuales en México: “[...] se generó una ola de terror que limitaba el ejercicio de la vida sexual [...] si bien aquélla no era la mejor estrategia para evitar la propagación del VIH, en su caso significó la posibilidad de no infectarse” (García Murcia 131). Por su parte, en el mismo libro citado arriba sobre la cultura del SIDA, Moreno-Uribe trae a colación el comentario enunciado por el escritor norteamericano Edmund White, quien explica la manera cómo el SIDA ha provocado cambios importantes en el terreno de la literatura: “Hasta hace unos años todo el mundo escribía historias sobre el tránsito desde el deseo homosexual hasta la identidad *gay*: el *coming out*, o sea el salir al descubierto, abandonar el closet. Hoy los temas son la supervivencia, la amistad, el recuerdo” (25). Como se ha visto, cada uno de estos tópicos están presentes a lo largo del texto de Bellatin.

Además de las reflexiones previamente mencionadas en las que se enmarca el carácter fugaz de la vida del narrador-protagonista de *Salón de belleza*, se detalla también otro aspecto en el que se subraya la importancia de la identidad de los huéspedes: “Muchos huéspedes, a pesar de encontrarse gravemente enfermos, no abandonan jamás sus conductas aprendidas. Y a pesar de las circunstancias que los rodean, continúan con sus actitudes de costumbre, con aquellos modales que dejan tanto que desear” (67). Esta observación pone de manifiesto la capacidad reivindicatoria no sólo de la enfermedad, sino de la homosexualidad misma que, al verse acorralada dentro del Moridero, busca una salida a la actitud represora de la sociedad.

Al respecto, Palaversich argumenta que, “[...] el autor nunca aborda la homosexualidad como un tema problemático –el caso de la vasta mayoría de la narrativa gay latinoamericana– sino que la presenta como una sexualidad alternativa, tan natural y común como la heterosexualidad” (35). Este rasgo parece un tanto apresurado y carente de sustento pues, como se observó líneas arriba y según lo enunciado en la novela, resulta claro que la Banda de Matababros, por ejemplo, representa la homofobia de la sociedad en general para quienes la representación del cuerpo homosexual es difícil y/o casi imposible de asimilar. Nos encontramos ante una novela donde el tema de la homosexualidad se ve como algo sumamente perturbador, sobre todo cuando se yuxtapone al tema del SIDA y que representa en sí el eje principal en torno al cual gira la narración. Como hemos visto, la enfermedad se ve asociada directamente a la sexualidad de los huéspedes del Moridero, es decir, a una sexualidad fuera de la norma que precisamente los llevó a infectarse.

Además, al querer el grupo religioso de las Hermanas de la Caridad ejercer el control sobre el Moridero, el narrador nos habla de una peligrosa doble moral disfrazada del bien: “Me imaginaba cómo sería este lugar llevado por gente así. Con medicamentos por todos lados tratando de salvar inútilmente esas vidas ya condenadas. Prolongando los sufrimientos con la apariencia de la bondad cristiana” (67-8). Precisamente, se puede afirmar que la regla de no permitir medicamentos en el Moridero y de la actitud libre de reproches a los huéspedes debido a su orientación sexual, constituyen la contraparte del proyecto de las Hermanas de la Caridad, quienes al tomar posesión del refugio se volcarían inmediatamente a controlar la sexualidad de los huéspedes. Por este motivo, el discurso religioso que relaciona homosexualidad y SIDA pasaría a desconfigurar por completo el entorno que dio vida al Moridero desde el principio, y que al acercarse la inevitabilidad de la muerte sólo se puede clamar por un último momento de paz y tranquilidad: “Ahora, sólo puedo pedir que respeten la soledad que se aproxima” (73). El paralelismo de esta situación nos lleva a evocar las palabras de Lizárraga Cruchaga al describir el ambiente vivido a principios de la epidemia:

Las buenas intenciones no son suficientes cuando una historia de satanizaciones se guarda en la memoria. Y en Nueva York ocurre otro tanto de lo mismo: los

gays desconfían del homófobo cardenal O'Connors, cuando éste se propone, auxiliándose de algunas hermanas de la caridad de la madre Teresa de Calcuta, abrir en el Village algo que se ve, o quiere verse, como un *sidario*, un *enfermario* para atender a unos cuantos afectados por el sida. (178)

Desde este punto de vista, la religión se vuelve a mostrar como un obstáculo en detrimento de la comunidad *gay*, pues detrás de la aparente atención prestada a los enfermos, se esconde la reducción de sus libertades y con ello el sometimiento.

Vale la pena por último subrayar que el final de la novela, pese a cualquier pronóstico, sugiere un estado de esperanza que aboga por recobrar el florecimiento de la comunidad *gay*, pero sobre todo, la posibilidad de que la enfermedad se torne una cosa del pasado tras encontrarse, quizás, una cura: “Uno de los hechos que me entusiasman es que nuevamente los acuarios recobrarán su pasado esplendor” (69). Así pues, al imaginarse semejante escenario, el narrador-protagonista opta por deshacerse de la pecera que contiene la última generación de peces Guppys, como si se tratara de los últimos huéspedes contagiados de SIDA: “La arrojaré al mismo descampado de las bacinicas y la vajilla. Será muy fácil vaciar la pecera de agua verde y ver cómo los peces se asfixian hasta morir en aquel terreno agreste. Incluso podría recuperar la pecera y llenarla nuevamente para ponerle los peces especiales que tengo en mente comprar” (69-70). Si bien las últimas líneas del texto vuelven a cargarse de referencias a la soledad, a la inhabilidad de poder hacer algo para frenar la epidemia del SIDA, se deja en claro que Bellatin tiene un fuerte compromiso con la comunidad *gay* pese a que su obra en general no sea considerada un enclave de este tipo de literatura. De igual forma y como señala Marquet al referirse al tema de la peste en la narrativa, específicamente a través de *El Decamerón*, los detalles ofrecidos por el narrador-protagonista de la novela de Bellatin aluden indiscutiblemente a la necesidad de narrar la experiencia del SIDA, el libro ofrece una especie de barrera protectora por medio de la esperanza: “Relatar se convierte en una forma de pasar el tiempo, pero es el mismo tiempo de la narración el marco que contiene la angustia, que disipa el pánico. Narrar se vuelve sinónimo de la vida misma y de la salvación ante el grave peligro de muerte que acecha” (2001: 327).

Finalmente, al entrar un nuevo milenio se deja constancia de que el VIH sigue presente en la sociedad y que, pese a los avances médicos, continúa expandiéndose sobre todo dentro de los confines de la comunidad *gay*. Si anteriormente los homosexuales habían logrado cierta visibilidad, con el SIDA vuelven a ser parte (aunque temporal) del anonimato causado por la ruptura, aunque no por mucho tiempo pues precisamente la enfermedad logró sacar el tema a flote. Hoy en día la determinación de vencer a la enfermedad continúa siendo uno de los retos más importantes de la comunidad *gay*. Por esta razón se hace patente la necesidad de conservar en la memoria colectiva las historias de generaciones enteras decimadas por la potencia del VIH, tal y como lo hace el protagonista de *Salón de belleza* al reflexionar sobre su vida entera: “Sólo recientemente he llegado a estas conclusiones. Siento que es extraño en mí cómo cada día mis pensamientos van más de prisa. Creo que antes nunca me detenía tanto a pensar. Más bien actuaba” (73). Sin embargo, surgen nuevos retos a los cuales es necesario hacer frente puesto que, como dice González de Alba, la tecnología nos insta nuevamente a seguir con la cadena de infección: “Pasado el susto, estamos ante un nuevo fenómeno social que no pocas veces se anuncia por la internet: ‘varonil, 36 años, 1.78, pelo castaño, ojos cafés, atlético, bien dotado, activo, bareback’” (97).

El espacio *torcido* (de placer) moldeado por el SIDA diversifica la comunidad homosexual al hacer que ésta se vuelva visible y que al mismo tiempo luche por exigir el lugar y los derechos que le corresponden dentro de la sociedad en general. Si antes del SIDA comenzaban recién a formarse los llamados *ghettos* o enclaves *gays* para que los y las homosexuales se sintieran más cómodos y/o en confianza, el SIDA demuestra que esta misma comunidad *gay* –al compartir un mismo virus en la sangre, sufrir y perecer de las consecuencias del mismo– es, en buena parte, responsable por la veintena de cambios a nivel mundial que han hecho del mundo un lugar más justo y humano. No hay que olvidar que gracias a la organización y protestas llevadas a cabo por los integrantes de los diversos grupos en apoyo a la causa *gay* a nivel mundial,¹³³ el acceso a los medicamentos antiretrovirales se extendió más allá de los homosexuales infectados.

¹³³ Sobre todo en Estados Unidos a través de ACT UP (Aids Coalition to Unleash Power) grupo fundado en 1987 por el activista Larry Kramer en la ciudad de Nueva York.

Sin embargo, como insinuó González de Alba líneas antes, el arribo del internet ha ocasionado que el VIH se oferte públicamente en las salas de *chat* a través de contactos sexuales sin protección. En este sentido, el espacio de placer que culminó súbitamente al conocerse los primeros casos de SIDA en los ochentas, parece volver a emerger nuevamente cargado con toda la fuerza de antaño. Como vimos en la novela de Bellatin, y pese al duelo asumido a causa de la muerte, queda claro que la esperanza es lo último en sucumbir; de ahí que las alusiones a recobrar el pasado magnífico de luces multicolores y libertad sexual presupongan un nuevo amanecer. Justamente, el modo y la forma de echar un vistazo al pasado de otras enfermedades de transmisión sexual que hoy en día son fácilmente curables, nos lleva a pensar que se avecinan tiempos mejores. Por tal, la cronicidad del VIH ha vuelto a poner en la mesa (y por supuesto en la cama) el derecho de los hombres homosexuales no sólo al placer, sino a la capacidad de forjar relaciones afectivas y estables. Pero ante el horizonte de interpretación que abre la lectura de *Salón de belleza*, puedo afirmar que, efectivamente, tanto el SIDA (enfermedad letal) como el VIH (virus crónico) han sido capaces de forjar un marco de oportunidad para sacar a la luz los derechos de los *gays*.

Capítulo 4

4 Pégame pero no me dejes: la disputa entre el espacio *buga* y el *gay*

Hasta que te conocí vi la vida con dolor,
no te miento fui feliz, aunque con muy poco amor
y muy tarde comprendí, que no te debía amar jamás
porque ahora pienso en ti, mucho más que ayer, pero mucho más.

Juan Gabriel, “Hasta que te conocí” (1986)

Al hacer un recorrido sobre el origen de los estudios *gay*, Norma Mogrovejo señala tres tipos de enfoques: el dominio empírico-sincrónico, el histórico comparativo y el de la representación cultural. De todos ellos menciona que existen ventajas y desventajas,¹³⁴ aunque finalmente lo interesante para el lector es que cada uno de ellos destaca el esfuerzo por sacar a la luz la figura del homosexual desde un amplio espectro: “De esta manera los estudios *gay* no sólo encontrarán su propio lugar en la constelación del conocimiento, sino, al hacerlo, reemplazarán el comportamiento homosexual en su propio contexto como parte de la historia de la comunidad (*mainstream* general o global común)” (27). Por tal motivo, y retomando el enfoque de Domínguez-Ruvalcaba mencionado líneas arriba (véase capítulo 2) sobre la necesidad de esbozar un puente multidisciplinario al respecto de la teoría *queer*, considero relevante en este capítulo hacer uso de algunas observaciones hechas por el dominio empírico-sincrónico, el cual incorpora la sociología como uno de sus puntos de apoyo. Sin embargo, vuelvo a subrayar que los sujetos de mi análisis emanan del campo de la ficción literaria y que un acercamiento estrictamente teórico y apegado a la sociología rebasaría el terreno de la literatura, principal componente de este trabajo. Por tal motivo, me doy a la tarea de explorar solamente el interior de los protagonistas que dejan abierta la puerta de su *yo* interior, debido a que precisamente ahí se constituye la formación de un espacio *torcido* visto a la luz de la formación de las relaciones en pareja. En este sentido, nos

¹³⁴ “Habiendo sido relegado al margen de la academia por tanto tiempo, es quizás comprensible que el campo desarrolló estándares algo idiosincráticos, no exentos de hacer estudios por abogar (en defensa de los derechos y para disculpar culposos) [...]” (Mogrovejo 27).

encontramos nuevamente con las figuras del *chichifo* y la del *gay*, enmarcadas bajo una dinámica de lucha de poder, es decir, la capacidad de imponer una voluntad determinada sobre otra. Ésta es una llamada de atención sobre un aspecto importante en la literatura de temática homosexual en México, puesto que al volverse a ver las caras estas dos figuras o castas de la homoculturalidad mexicana según Schuessler, se recrea uno de los aspectos que Luis Muñoz advierte como parte de las “expresiones vitales” que componen este tipo de literatura, es decir, las violentas relaciones de pareja (17). En este capítulo analizo las relaciones de pareja entre varones, tal y como se comienzan a dilucidar luego de que el VIH arrasara con toda una generación, en un intento por ofrecer una respuesta al por qué suelen existir obstáculos en el terreno que implica la formación de emparejamientos duraderos. Mi análisis se apoya en una de las obras de un escritor poco conocido (por lo menos desde el umbral de la crítica), y de quien hasta la fecha no se ha elaborado ningún trabajo especializado, dentro o fuera de México. Se trata de Gerardo Guiza Lemus (1957), oriundo de Puruándiro, Michoacán, México, a quien tuve la oportunidad de conocer a través del internet en este año 2013, y quien además muy amablemente accedió a colaborar conmigo en este proyecto por medio de varias entrevistas electrónicas, y una por teléfono.

Teniendo en cuenta el trasfondo del SIDA y “pasado el susto” como se expresara el escritor González de Alba en el capítulo anterior, la comunidad *gay* mexicana de finales del siglo XX continúa haciendo frente a nuevas vicisitudes. Sin embargo, ninguna de éstas se apartan del incansable (y aunque parezca trillado) deseo de conocer a ese alguien especial, a esa persona con la cual entablar una relación que vaya más allá del simple lígüe sexual; es decir y en términos concretos, a la búsqueda de una relación de pareja duradera. Desafortunadamente y como ya se ha dejado constancia desde el principio de esta investigación, la poca atención prestada a los escritores mexicanos que toman como principal fuente de inspiración las relaciones entre sujetos homosexuales, aparte de causar asombro y comprobarse nuevamente la hostilidad de gran parte de la crítica literaria, nos hace reflexionar precisamente sobre las implicaciones que esta literatura ha de tener en el futuro. Desde mi punto vista, los estudiosos de esta disciplina, tenemos la responsabilidad

y obligación de rescatar, en especial, a aquellos escritores que no han tenido la fortuna de contar, en primer lugar, con el apoyo de los propios lectores *gays*,¹³⁵ seguido del de las grandes casas editoriales, de los medios de comunicación, e inclusive del gobierno federal; y que en términos generales ocasiona, además de la sobrevaloración de autores específicos (Zapata y Blanco, por ejemplo), que la literatura de temática homosexual en México no pase de ser conocida más que por unos cuantos títulos, quedando así relegada al plano del *ghetto*.¹³⁶ Sin negar la calidad del trabajo de ninguno de los mencionados escritores, considero que para realmente llevar a cabo un proyecto sólido que nos permita entender –aunque sea de manera limitada– el valor detrás de las historias entre varones homosexuales en la literatura mexicana es preciso tornar nuestra mirada y atención a escritores como Guiza Lemus. Corresponde decir, además, que pese a la nula atención recibida por parte de la crítica, dicho autor ha logrado producir un corpus literario digno de ser estudiado con toda profundidad y seriedad. Por tal motivo, al apartarse de situaciones y escenarios felices, la narrativa de Guiza Lemus revela el carácter humano que hace de sus obras el cúmulo de los más elementales sentimientos humanos (ira, tristeza, decepción, traición, amor, desamor, etc.) sin que por eso se pueda uno limitar a decir que nos ofrece una imagen negativa de la comunidad homosexual: después de todo la crudeza es parte ineludible de la condición humana.

En primera instancia, comenzaré con una biografía sucinta de Guiza Lemus, la cual incluye detalles de sus obras. Vale la pena subrayar que toda la información recabada sobre su vida y obra, corresponde a su propio testimonio, al no existir ninguna otra referencia por escrito, además de la breve reseña introductoria que contienen todos sus

¹³⁵ Guiza Lemus recuerda que en una ocasión se encontraba de compras con unos amigos en un *Oxxo* (cadena de tiendas de autoservicio en la República Mexicana), cuando de pronto uno de ellos esgrimió un grito al percatarse de que sus obras se vendían precisamente allí. Menciona, además, que si bien no le ha ido tan mal económicamente, de ninguna manera se podría decir que pudiese sostenerse económicamente de su literatura (Entrevista por teléfono el 19 de abril de 2013).

¹³⁶ Tomo como punto de partida las declaraciones de Zapata y Blanco en los años ochenta como referencia a la etiqueta *literatura gay*, al considerarla como un arma de doble filo que sumía a sus obras al espacio marginal del *ghetto*. No obstante, con el paso del tiempo se dejó ver claramente lo contrario, puesto que la atención casi exclusiva sobre las obras de estos dos autores, tornaron a la literatura de temática homosexual y/o *gay* precisamente en eso que se buscaba evadir: en un *ghetto*. Por esta razón considero necesario abordar no solamente a los escritores de mayor renombre, sino a cada uno de los que optan por reflejar la realidad de la comunidad LGBTTTI.

libros. A dicho contenido le seguirá el análisis de su novela *Quizás no entendí* (1997), donde me concentro específicamente en la (de)construcción de las relaciones homoafectivas. En este sentido busco comprobar si el fracaso de la relación de pareja plasmado en la obra de Guiza Lemus obedece a la relación antagónica entre la figura del *chichifo* y la del *gay*, o bien, a la institucionalización de la vida *gay* según la investigación de Gabriel Gallego Montes.

4.1 Gerardo Guiza Lemus: vida y obra

Gerardo Guiza Lemus (1957) pertenece a la generación de los primeros hombres mexicanos que tuvieron la valentía de autonombrarse *gays* a finales de la década de los setenta, específicamente el 4 de marzo de 1977; fecha que el autor identifica como el parteaguas de su vida *gay* en la ciudad de México, no sin antes recorrer un sinuoso camino lleno de dificultades: “Mis inicios en la vida *gay* fueron tremendamente atropellados, invadidos de miedos, de culpas, de persecución social y policiaca. A mis 19 años lleno de sueños, esperanzas, ilusiones, muchas de ellas pisoteadas por personas tan deshonestas” (entrevista en *Facebook* 19 de abril de 2013). Además de este importante acontecimiento en su vida personal, Guiza Lemus nos revela¹³⁷ su calidad de sobreviviente de la pandemia del SIDA, mal que arrebató la vida de nueve de sus amistades más cercanas, entre los años ochenta y noventa:

Ese ha sido uno de mis sufrimientos emocionales. Me declaré ser una persona con un vacío personal a falta de aquellos amigos del alma que se fueron en busca de su felicidad, pero en contra parte te digo que fueron felices a su manera, y se fueron, aunque tristes, pero con cierto grado de felicidad por haberse atrevido a vivir la vida que desearon a costa de tantas pedradas sociales. (entrevista en *Facebook* 24 de marzo)

¹³⁷ Toda la información recabada en este trabajo sobre Gerardo Guiza Lemus se basa en una serie de entrevistas realizadas a través de la red electrónica (específicamente el chat de *Facebook*), así como una conversación telefónica sostenida el 19 de abril de 2013.

Como vemos, Guiza Lemus es un escritor que ha sido profundamente marcado por el SIDA; no obstante, ha sabido tornar dicha experiencia por demás triste y dolorosa, en una labor seria y educativa al hacerla parte de sus obras, al mismo tiempo que rinde un merecido tributo a la memoria de sus amigos desaparecidos.

Precisamente, al cuestionársele sobre cómo define su obra literaria, Guiza Lemus nos revela su carácter didáctico: “Educativa, concientizadora, y revolucionaria en la medida de lo posible” (entrevista en *Facebook* 19 de abril de 2013). A este respecto, cabe señalar que si bien el tema del SIDA no constituye en sí el eje principal de sus narraciones, en cada una de ellas (salvo por su primera obra pues debido a su carácter no ahonda en la cuestión homosexual), existen alusiones –algunas más palpables que otras– a dicha problemática. En este sentido, se podría decir que su labor como escritor constituye, también, uno de los pocos ejemplos en la literatura mexicana de temática homosexual que se atreve a tocar –aunque superficialmente– el tema que quizás ha tenido mayor impacto en la comunidad homosexual de las últimas tres décadas: El VIH/SIDA.

Indiscutiblemente, la propuesta literaria de Guiza Lemus lo hace acreedor a un lugar importante en el marco de la comunidad *gay* mexicana, al haber sido testigo de grandes cambios y contrastes. Por esta razón, considera de suma importancia educar a las nuevas generaciones de jóvenes en cuanto a temas de sexualidad se refiere, pues el hecho de que estemos en pleno siglo XXI de ninguna forma quiere decir que hayamos superado la ignorancia y el prejuicio como sociedad: “Las personas que se esconden, producto de la represión social, son más vulnerables; por ejemplo, esta misma tarde pude orientar a un chico atormentado de 21 años que vivía acompañado de dudas y temores debido a su homosexualidad” (entrevista en *Facebook* 24 de marzo de 2013).¹³⁸ Por tal razón, Guiza Lemus es, además de su labor como escritor, educador del programa de VIH/SIDA para la Secretaría de Salud del Distrito Federal desde el mes de junio de 2003, y en donde

¹³⁸ Guiza Lemus sostiene lo siguiente respecto a su generación: “Nosotros aún libramos batallas dolorosas al haber vivido parte de nuestros mejores años en una sociedad de doble moral” (entrevista en *Facebook* 19 de abril).

también participa de manera regular como conferencista en foros destinados a la prevención y tratamiento de dicha cuestión sanitaria.

Nacido en el seno de una familia típica tradicional de la provincia mexicana, Guiza Lemus se traslada a la ciudad de México en su adolescencia junto con su madre y hermanos, provenientes del estado de Michoacán. Una vez en la capital, estudia ciencias de la comunicación en la UNAM y posteriormente publica una serie de trabajos que van desde el cuento, la poesía, el ensayo, hasta reportajes y entrevistas publicados –según la tapa de sus libros–, en suplementos culturales de revistas nacionales y extranjeras. En el ámbito de la narrativa podemos ubicar su novela *Como la flor del amaranto* (1992), como el despegue de su carrera literaria, obra en la que se encarga de narrar la tormentosa niñez de Alejandro (una especie de *alter ego* del autor), producto de los conflictos familiares que su padre – fiel retrato de la figura del macho, hombre violento y alcohólico– le provocó a él y a su familia entera. Además de ofrecer un toque realista del inmenso dolor sufrido al lado del patriarca familiar, la novela sirve como el primer intento del autor por liberarse de sus demonios internos que, día a día, lo perseguían desde su niñez.¹³⁹

Sin embargo, y pese a conseguir exorcizar buena parte de su dolor, en palabras del autor dicha obra resultó un verdadero “atrevimiento de su parte porque al hablar de [él] tuvo que hablar de los demás sin su permiso” y añade que “me sentí culpable luego de ver lo que publiqué, me sentí un delator. Pero mi sicoanalista me dijo que había hecho un trabajo tan loable que equivalía a 20 años de terapia” (entrevista en *Facebook* 19 de abril de 2013). En términos generales, la novela es una denuncia del México pacato o, dicho en otras palabras, de ese otro México que ha quedado inmortalizado a través de las imágenes

¹³⁹ En la novela existen incontables referencias acerca del abuso no sólo por parte de su padre, sino de las monjas y compañeros de la escuela donde estudió, así como de su tío Sebastián a quien en una ocasión descubrió lamentar el poco parecido con su padre: “El tío Sebastián llegó a ser cruel conmigo, diciéndome con notable fastidio: --¡Cómo es posible que no te parezcas en nada a lo macho que tu padre es! (41). Por otro lado, dentro de las referencias religiosas existe la peculiar confesión de GGL ante el sacerdote de la iglesia local, quien intenta saber sobre los hábitos masturbatorios de éste: “Esperaba después de mi confesión que el sacerdote me reprendiera, pero por toda respuesta me dijo: --¿y qué más haces niño?, ¡cuéntame!, ¡dime!, ¿te tocas las bolsitas o el órgano?—. Era un niño muy ingenuo como para comprender su morboso interrogatorio y no entendí a qué se refería; para mí la palabra órgano significaba el piano del coro de la iglesia y –las bolsitas— creía que me hablaba de los pantalones” (47).

que rinden culto al macho, y que en la práctica del escenario público se traducen en resultados sumamente contradictorios (devastadores inclusive), como se expuso en buena parte durante el primer capítulo de este trabajo al abordar la narrativa de Rodríguez Cetina. En el caso de la vida personal de Guiza Lemus, la violencia experimentada a manos de su padre le ocasionó heridas poco fáciles de borrar, pero que sin embargo ha intentado menguar a través de su proceso escriturario. Este dolor interno, y la tendencia a combatirlos con la ficción, refuerzan la tesis sobre la existencia de un importante componente autobiográfico vertido sobre las narrativas de temática homosexual.

Dado que el tema del machismo se encuentra relacionado directamente con su obra literaria, además de constituir motivo de innumerables investigaciones desde todo tipo de enfoques –sin faltar por supuesto el literario– el machismo (o por lo menos su performatividad en términos de Judith Butler) se torna en este capítulo motivo de reflexión y análisis. En este sentido resulta interesante ver la relación que guarda con el género de la novela mexicana de temática homosexual en un plano general. A este respecto, es válido preguntarse si dicho elemento, en lugar de forjar un paso firme en la creación de obras que se aparten de los estamentos patriarcales, más bien se convierte en una señal de retroceso que imposibilita la creación de un corpus completamente *gay*. A grandes rasgos, la violencia del machismo insertada en la construcción de las relaciones de los personajes homosexuales a la luz de la obra *Quizás no entendí*, nos lleva a percibir una dependencia ineludible entre la figura del macho (enmascarada por la del homosexual reprimido) y la del *gay* supuestamente asumido.

Por otra parte, y en un intento por situar más a fondo el elemento autobiográfico de la obra de Guiza Lemus y su relación con la novela mexicana de temática homosexual (y como se indica en el mismo prólogo¹⁴⁰ de *Como la flor del amaranto*), baste decir que las vivencias ocurridas en la niñez del autor lo orillaron a refugiarse en la literatura, tal y como fuera el caso de Rodríguez Cetina. Desde esta óptica, no deja de resultar interesante

¹⁴⁰ “GUIZA con el candor de su pluma que refleja un drama psicológico vivido por un infante que en la etapa de su juventud vuelve a recordar en las páginas de este libro que corrobora así la tesis que afirma: ‘Las sensaciones e imágenes de nuestra infancia marcan indeleblemente y penetran en nuestra personalidad y carácter, de tal manera que en la edad adulta, casi siempre afloran con intensidad’” (Prólogo).

que ambos se hayan adentrado a los confines de lo autobiográfico en sus trabajos, y que más allá de convertirse en un verdadero acto de catarsis, en el caso de Guiza Lemus, éste más bien lo vea como una forma de “devolverle al mundo, a la sociedad, aquello que no elegiste vivir; devolvérselo para ver qué hacen con todo eso. Al final de cuentas quienes educan o mal educan son los heterosexuales privilegiados que tienen hijos” (entrevista en *Facebook* 3 de mayo de 2013).

Aunque como he mencionado su obra *Como la flor del amaranto* no aborde el tema homosexual, su importancia radica en la calidad y, sobre todo, en el realismo con el que proyecta la complejidad de las relaciones que se producen dentro de la sociedad heteronormada patriarcal: específicamente la cultura machista del México de provincia.¹⁴¹ En este sentido, después de incursionar en su primera novela, comenzamos a vislumbrar en sus obras el abordaje, sin tapujos, de las relaciones entre las parejas del mismo sexo: uno asumido como *gay* y otro no. Esto más bien presupone un problema, pues al no existir un compromiso de identidad sexual por parte de uno de los personajes, las diferencias derivadas de ello habrán de ocasionar que la relación se venga irremediamente a pique. Después de todo y como se ha mostrado a través de la historia, se permite el acto homosexual mas no la “gayacidad”: “Creo que lo que más les molesta en la condición gay a quienes no lo son es el estilo de vida, no los actos sexuales en sí mismos [...] la gente puede tolerar ver a dos homosexuales que se van juntos, pero si al día siguiente éstos sonrín, se toman de las manos y se abrazan con ternura, eso no pueden perdonarlo” (Foucault citado en Bersani 97). Sin embargo, la aparición de esta peculiar manera de abordar el tema de la homosexualidad masculina en la obra de Guiza Lemus, resulta sumamente problemática puesto que nos orilla a preguntarnos el por qué de la vigencia de la relación (supuestamente antagónica) entre la figura del homosexual reprimido y la del *gay* (aparentemente asumido), sobre todo si se considera el espacio temporal que sitúa dicha obra en los albores del nuevo milenio y que supondría no un

¹⁴¹ Dentro de esta sociedad, Guiza Lemus critica a la rancia sociedad de su pueblo al decir que “todo Puruándiro era motivo de comentario, hasta la presumible ‘alta sociedad’ sacaba a ventilar el menor chisme que le circulara o chiflara por las orejas [...] toda la sociedad en general era opresora, llena de complejos, de borrachos, de santurrones, de machos, mujeres sumisas y en apariencia santurronas” (56).

cambio radical, pero por lo menos una nueva perspectiva capaz de otorgarle a los personajes homosexuales una mayor libertad al alejarse de los papeles tradicionales de género.¹⁴²

Por otro lado, es importante hacer mención sobre un aspecto en particular que expone el parecido entre la obra de Guiza Lemus y la de Rodríguez Cetina: la terapia basada en el psicoanálisis. Parece ser que ambos escritores, al tratar de librarse de sus problemas emocionales, tuvieron la (des)fortuna de caer en las manos de los “Árbitros del deseo”, según expone el investigador Jeffrey Weeks: “La iglesia, los medios de comunicación, los psiquiatras” (citado en List Reyes 14). De esta manera, el psicoanálisis vuelve a confirmar una vez más, su legado (negativo) en el plano de la sexualidad. Hay que recordar que hasta hace pocos años el psicoanálisis se seguía viendo como el método anhelado para curar la homosexualidad. Sin embargo, en el caso de ambos escritores, en vez de convertirse en un remedio infalible, el psicoanálisis actuó como el detonante que los llevó directo a los senderos de la literatura. Por paradójico que parezca, es a través de esta disciplina mediante la cual lograron disipar buena parte de sus traumas existenciales y, en el caso puntual de Guiza Lemus, afirmar su propia homosexualidad. Empero, es importante también señalar que las consecuencias que conllevan dichos actos difieren significativamente en el trabajo de cada uno de ellos (y de sus vidas personales, claro está), sobre todo al momento de encarar el plano sexual. Recordemos que Rodríguez Cetina, lejos de declararse *gay*, prefirió asumirse más bien como un ser asexual. Pese a todo, dicho aspecto de ninguna manera resta importancia a las semejanzas y paralelismos entre los trabajos de ambos autores; sino todo lo contrario, podríamos decir que la obra de Rodríguez Cetina es un antecedente importante del trabajo de Guiza Lemus.

Así las cosas, cualquier duda respecto al contenido autobiográfico en su obra es inminentemente despejada por el propio Guiza Lemus, quien de su voz confirma que en todas sus obras impera lo autobiográfico: “Por supuesto que tiene gran relación mi

¹⁴² Bajo la luz de esta perspectiva es interesante subrayar la respuesta a uno de los participantes del estudio de Gallego Montes, quien se expresara de la siguiente manera: “Yo cojo con hombres, pero sigo siendo hombre” (115).

experiencia de vida con lo que escribo” (entrevista en *Facebook* 7 de abril de 2013). Dentro del repertorio de sus obras se destacan, además de *Quizás no entendí*, *Artilugios* (1999), *La historia no convenida* (2003), el libro de relatos *En el pecado está la penitencia* (2007), así como su última obra ensayística titulada *Masculinidades: Las facetas del hombre* (2010), en la que ofrece un minucioso estudio del mundo contemporáneo *gay* en México a través de reflexiones de carácter sociológico. Además, como un pequeño adelanto de lo que será su próxima obra, el autor confiesa estar trabajando en una novela que guarda relación con los viajes que ha realizado alrededor del mundo, y que probablemente titule *Sube y viaja*. Para Guiza Lemus, los viajes han sido una fuente importante de inspiración pues han contribuido a reafirmar el carácter universal de sus historias. La ciudad de México como escenario principal de sus narraciones difiere poco o nada de lo que sucede en el ambiente *gay* de ciudades como París o Roma, metrópolis descritas en algunos de sus trabajos a través de la mirada de la figura del *gay* asumido que siempre habita sus historias.

Por tal motivo, y derivado de sus experiencias en el ambiente desde finales de los años setenta, Guiza Lemus ha volcado su atención a narrar el recorrido de la comunidad *gay* del México contemporáneo. Sin embargo, las imágenes que nos entregan sus obras revelan, más que cualquier otra cosa, un profundo malestar que emana de la desilusión propia, causada por las dinámicas que suelen imperar dentro de ese mundo insoslayable: la traición, el engaño y, sobre todo, las conciencias de doble moral que en pleno siglo XXI continúan perfilándose en una gran parte de hombres que se resisten a hacer pública cualquier muestra de deseo homoerótico. Es más, en la más reciente de sus novelas, *La historia no convenida*, Guiza Lemus expone nuevamente el tema general de todas sus obras en las que se aborda la temática homosexual masculina, a partir de la muerte de una de sus amistades cercanas: “Procuré dejarlo ir tranquilo, sin hablarle de nuestra separación, lo despedí con la creencia de que por lo menos uno de sus más entrañables amigos había encontrado la felicidad dentro de este mundo *gay* colmado de egolatrías, soberbias, mentiras, traiciones y promiscuidad [...]” (27). Si en sus palabras se puede advertir una opinión poco positiva del ambiente *gay*, esto no quiere decir que sus personajes se resignen por completo a la soledad, por más fuertes que puedan llegar a ser los malentendidos, e inclusive las peleas físicas que a menudo se desatan entre los

personajes principales. Un lector no especializado que se acerca por primera vez a las obras de Guiza Lemus, es capaz de reconocerse inmediatamente entre las páginas de sus narraciones, pues el grado y escenario conflictivo es prácticamente el mismo que se desenvuelve en la mayoría de las relaciones en pareja (sin importar el sexo), sin dejar a un lado el carácter patético que resultan ser los interminables monólogos de sus obras. Por tanto, uno de los recursos estilísticos utilizados en *Quizás no entendí* se basa en crear una especie de relación íntima con el lector (la cual en buena parte se asemeja a una charla de tipo terapéutica, aunque mucho más cercana), en donde el autor se convierte en el paciente y el lector en una especie de terapeuta o psicólogo. La capacidad de ser escuchado se convierte así en una terapia poderosa para el narrador protagonista. Sin lugar a dudas esta particular forma de narrar constituye uno de los sellos distintivos de la literatura de Guiza Lemus, y para ejemplificarla cito a continuación un pequeño extracto de *Quizás no entendí*:

A la mañana siguiente quise escribir en mi diario lo acontecido, pero me contuve pues conforme dejaba de hacerlo alcanzaba una ligera sensación de libertad. Últimamente tampoco lo redacto porque tengo en ti a alguien que me escucha y con quien comparto toda esta amargura que he vivido desde que terminé esa relación. He dejado de emborracharme, de salir a bailar y de buscar acostones porque al día siguiente que despedía a la aventura en turno, quedaba con una insoportable sensación de vacío y sin saber cómo manejarla. (76)

En gran medida y a partir de esta relación intimista entre autor y lector, se pone en marcha el carácter terapéutico de la obra que ayuda a Rodolfo (el narrador protagonista), a afrontar su duelo personal producto de la ruptura de la relación íntima que sostuvo por tres años con su pareja, Alexis. En este sentido, la confesión que el paciente le hace a su psicólogo (el lector), se convierte en una manera de sobrevivir al infierno en que se ha convertido su vida emocional, y del que lucha por salir presuroso antes de que sea demasiado tarde. Al mencionar que prefiere sentirse escuchado, parece ser que el autor subraya la importancia que conlleva atender las palabras de alguien que busca darnos un mensaje importante.

4.2 El (des)encuentro del *chichifo* y el *gay*

Ciñéndonos de lleno al análisis de *Quizás no entendí*, conviene decir que Guiza Lemus, al enfrentar su escritura mediante la personificación de dos personajes masculinos que componen una relación tormentosa (en términos tradicionales: una disyuntiva entre el bueno y el malo de la historia), se acerca a la figura del *chichifo* a quien ya tuvimos la oportunidad de conocer en el primer capítulo. Alexis es un hombre joven que se aprovecha del amor que su pareja le profesa (un hombre mayor que él), y quien está dispuesto a permitirlo casi todo: la mentira, la estafa, la agresión verbal, el desamor; mas no así la falta de identidad sexual de su amado.¹⁴³ Debido a su libre reconocimiento identitario como *gay*, Rodolfo se hace acreedor de una elevada carga estigmatizante en su contra por parte de Alexis, quien ha internalizado en sobremanera el discurso homofóbico que tiende a descalificar en todos los sentidos a los homosexuales, pero sobre todo a los que se identifican públicamente como *gays*.

Bajo este esquema, es necesario distinguir entre estos dos tipos de personajes; pues, como veremos más adelante en el análisis del texto, las consecuencias que conlleva el fracaso de la relación entre los protagonistas se ciñen a una dinámica de poder en la que el joven Alexis (el *chichifo*) busca ejercer el control absoluto sobre su pareja Rodolfo (el *gay*). El antropólogo Mauricio List Reyes (2010) alude a la concepción tan arraigada en el imaginario social de que es el hombre mayor quien seduce y corrompe al menor. Sin embargo, en el caso de la obra de Guiza Lemus, el menor de la relación resulta ser el verdadero agente de control debido a que su personalidad exhibe un fuerte componente oscuro y sórdido que choca contra la sensibilidad afectiva del protagonista-narrador asumido como *gay*. Este distintivo constituye en sí la razón principal por la que se hace patente la imposibilidad de la relación entre Rodolfo y Alexis, la cual además está basada

¹⁴³ Al respecto de la figura del *chichifo* conviene subrayar la actitud de Alex bajo la cual es consciente de querer despojar y adueñarse económicamente de los bienes de su compañero, sin importarle el perjuicio emocional que pudiera ocasionar en la vida de éste. En contraste, Narveli en *El desconocido* solamente se prostituye sin involucrar sus sentimientos (véase capítulo 1). Sin embargo, y pese a las diferencias mostradas, ambos encarnan la figura del *chichifo*.

en una concepción bastante tradicional según los estamentos de las relaciones heterosexuales.

En su libro *Demografía de lo otro. Biografías sexuales y trayectorias de emparejamiento entre varones en la ciudad de México* (2010), Gallego Montes hace hincapié en que a partir de la última década del siglo XX, se viene suscitando un fenómeno que expone la poca duración de las parejas homosexuales en base a tres razones principales:

La emergencia de los ARV¹⁴⁴ a mediados de la década de los noventa y el mejoramiento sustancial en la calidad y esperanza de vida de los varones VIH positivos; los mayores niveles de incertidumbre y no certeza [...] que no permiten una apuesta por relaciones estables, y un temor, expresado por muchos entrevistados, ‘al compromiso’. (307-8)

A partir de la exposición de estos datos, y que coinciden temporalmente con la publicación de *Quizás no entendí*, nos encontramos ante un elemento primordial en la novela de Guiza Lemus: el amor líquido de nuestros tiempos, concepto postulado por el sociólogo polaco Zigmund Bauman –o miedo al compromiso–, según los entrevistados por Gallego Montes. Se trata, entonces, de la poca duración de las relaciones en pareja, no sólo entre homosexuales, sino en heterosexuales también (citado en Gallego Montes 308). La relación conflictiva suscitada entre Rodolfo y Alexis se ve particularmente enmarcada en dinámica en particular, dentro de la cual lo único que parece importar es la chispa del momento. Fuera de los beneficios económicos brindados por Rodolfo a su ex pareja, ninguna otra cosa parece ser apreciada y valorada por Alexis, quien se vale de sus artimañas seductivas para atrapar la voluntad del que en lugar de ser su pareja, termina más bien fungiendo como su *sugar daddy*.¹⁴⁵

Esta concepción del amor líquido, fuera de lo superficial y como su nombre lo indica, está basada propiamente en el elemento del amor; tal y como se ha venido manejando

¹⁴⁴ Antiretrovirales

¹⁴⁵ Término en inglés para denominar a la persona que se encarga de mantener económicamente a otra, por lo regular a cambio de favores sexuales.

desde los últimos siglos, y en donde supuestamente intervienen una serie de emociones irracionales que ya se pueden ubicar en el siglo XVII (Gallego Montes 316). A partir de entonces se comienza a forjar una relación entre el amor y las relaciones personales vistas a través de un hombre y una mujer, es decir, una visión bastante tradicional basada en la heteronorma. Con el paso del tiempo, esta visión habrá de extenderse más allá de sus confines, causando así que los homosexuales también pasen a formar parte de ella, aunque siempre bajo un estricto apego al anonimato que imposibilita sus relaciones en lugares públicos (véase el capítulo I). En el caso específico de la ciudad de México, no fue sino hasta los años setenta cuando la situación comenzó a tornarse diferente, debido al cambio de orden que presuponía el acaecimiento de la identidad *gay* (véase el capítulo 2), como sugiere Gallego Montes: “La emergencia del amor, y la búsqueda del mismo en las relaciones de pareja entre varones, sólo puede hallarse de nuevo en la década de los setenta del siglo XX y su reaparición desplazó a la amistad como la forma discursiva legítima para nombrar una relación de pareja entre varones” (316). Según Foucault, previo al arribo del amor, la amistad solía considerarse como el pilar de las relaciones sociales durante el período que le siguió a la Edad Antigua, pues dotaba a los individuos de una libertad que los hacía participantes de “relaciones afectivas muy intensas” (Boswell citado en Gallego Montes 117). Además, la amistad estaba asociada directamente al plano de lo económico y lo social, del cual se desprendía la necesidad de ayudar a los amigos (Gallego Montes 117).

Sin embargo, durante el siglo XVI dicha perspectiva comenzó a modificarse, según vuelve a argumentar Foucault: “Pienso que en los siglos XVI y XVII desaparece ese género de amistades, por lo menos en la sociedad masculina. Y la amistad empieza a ser otra cosa. A partir del siglo XVI, se encuentran textos que critican explícitamente las amistades intensas, las cuales se llegaron a considerar como algo peligroso” (citado en Gallego Montes 117). Dicho sesgo de peligrosidad sería, por supuesto, una clara indicación del pánico homosexual que comenzaba a invadir rápidamente los peldaños de la sociedad.¹⁴⁶ En el marco de las relaciones íntimas no fue sino hasta el siglo XVIII

¹⁴⁶ Ricardo Llamas menciona que “[...] cualquier intento de seducción o cualquier acto de afecto constituyen potencialmente un peligro del que resulta legítimo defenderse por medios violentos. Esa

cuando la amistad comenzó a ser desplazada por completo, por lo que hasta el día de hoy se suele conocer e identificar como amor, y que el escritor y siquiatra norteamericano Morgan Scott Peck define en su libro *The Road Less Traveled* (1978) como:

Love is a love does. Love is an act of will –namely, both an intention and an action. Will also implies choice. We do not have to love. We choose to love. No matter how much we may think we are loving, if we are in fact not loving, it is because we have chosen not to love and therefore do not love despite our good intentions. On the other hand, whenever we do actually exert ourselves in the cause of spiritual growth, it is because we have chosen to do so. The choice to love has been made. (83)

Otro factor importante que influyó de manera notable en el desplazamiento de la amistad por el amor fue el movimiento cultural y político del romanticismo, el cual surgió a finales de dicho siglo y contribuyó de manera exponencial al nacimiento de dos tipos de emociones: el amor romántico y la amistad romántica, “los cuales no se diferenciaban el uno del otro por el amor, sino por el placer y el deseo –de contenido sexual– que se encontraban presentes en el primero y ausentes en la segunda” (Luhmann citado en Gallego Montes 118). Como se puede observar, la presencia del amor ha sido una constante que ha atravesado diferentes culturas y momentos históricos. Pese al contexto de globalización de las sociedades actuales, y sobre todo a lo difícil que puede resultar una definición certera, el amor continúa fuertemente arraigado en la cotidianidad de los seres humanos: “We live under a massive cultural delusion about the nature of real love. Propagated by mainstream media, from the time you’re born you’re inundated with the belief that love is a feeling and that when you find ‘the one’ you’ll sense it in your gut and be overcome by an undeniable sense of knowing [...]” (Paul 1).

violencia, desatada por lo que se ha dado en llamar el pánico homosexual, es el último eslabón de la cadena de recursos con los que defender una posición psico-sexual inestable” (192).

En este sentido, es importante resaltar que lo novedoso de *Quizás no entendí* –pero sobre todo lo problemático de ella– no estriba en que se trata de una relación entre un hombre mayor y uno menor (de eso ya existen innumerables ejemplos en la literatura mexicana de temática homosexual),¹⁴⁷ sino de un *gay* y un *chichifo*. De entrada, las implicaciones de este tipo de relaciones vislumbran un fracaso total de cualquier subjetividad *gay*, pues heredan un patrón clásico que tiene como principal objetivo destruir, ante todo, la afectividad que pudiese surgir entre dos varones y con ello cualquier muestra subversiva; aunque también se puede observar desde el lente del discurso heteronormativo patriarcal que de alguna manera intenta evadir el espacio *torcido*.

Por otro lado, en la medida que se antepone este tipo de relaciones (imposibles), no deja de llamar la atención una suerte de autodestrucción por parte del *gay* a la que se aferra de manera repetida y equivocada. Sin embargo, en este sentido habría que ver hasta qué punto semejante situación lleva precisamente a Rodolfo, el narrador protagonista a ubicar la trascendencia de su peculiar manera de ser (y la de los *gays* en general), al declarar que “[...] tal vez eso haga más interesante nuestra existencia” (100). Ciertamente o no, lo único que queda claramente sobre la mesa es que pese a cualquier tipo de inconvenientes que llegan a presentarse en una relación de pareja, la reflexión y la esperanza de encontrar el supuesto amor (estable y duradero) se mantiene intacta: “No cabe duda que en la desesperación, en la angustia y en la frustración que experimentamos cuando se va de nuestra vida el amado, cometemos un sin fin de errores. Sin embargo, ese fue el precio que tuve que pagar para llevar una vida digna y hacer digno a Alexis, por lo menos en mi interior” (43). Como vemos, Rodolfo basa su sentir por Alexis en una concepción bastante tradicional de las relaciones homosexuales que, según él, tiene que ver con el amor. Sin embargo, y como veremos más adelante, esa particular concepción de su amor (enfermizo) es lo que termina precisamente por interponerse en su propio camino, al impedirle ver más allá de su realidad inmediata. Así pues, frente al discurso heteronormativo patriarcal que privilegia el culto por el pene, la obra de Guiza Lemus deja bastante que desear, tal y como se verá a continuación en el siguiente apartado.

¹⁴⁷ *Octavio* (1982), *Las púberes canéforas* (1983), *Después de todo* (1969), y *Agapi Mu* (1993), sólo por mencionar algunos.

4.3 El discreto encanto del pene

La novela, dividida en veintidós sesiones (como si se tratara de un régimen terapéutico), abarca de forma cronológica un espacio temporal compuesto, en apariencia, por cinco meses: desde el 6 de mayo hasta el 14 de octubre. Sin embargo, después de la última sesión nos encontramos con una especie de carta (*a posteriori*), fechada en la ciudad de México: de mayo 6 de 1994 a agosto 3 de 1995, que además de servir como conclusión a la relación tormentosa que se rememora en la trama, parece indicar que el proceso escriturario (o terapia) duró poco más de un año. Este dato en particular, así como las primeras líneas en las que se da a conocer la identidad de los personajes principales de la historia (Rodolfo el narrador-protagonista ocho años mayor que su pareja y Alexis), sirven como el telón de fondo que antepone el proyecto general de la novela: “El propósito de estas narraciones deseo que sirvan para dejar un testimonio de lo que fuera la relación amorosa vivida al lado de Alexis, una de tantas historias que a diario se gestan entre los cientos de millones de gays que poblamos este planeta, y no por ello la menos importante para mí” (9). De esta forma, resulta clara la relación íntima mencionada con anterioridad, en la que se destaca la capacidad del autor de conferir a su público lector el papel de terapeuta. La voz autorial lo hace partícipe activo de la historia a través de su capacidad como escucha: el duelo que implica la culminación de la relación entre Rodolfo y su ex pareja Alexis. Llama la atención, también, que Rodolfo aclare desde el principio su plena identificación como hombre *gay*, situación distinta a la de su ex compañero sentimental: “Como tú sabes, soy un hombre que después de muchos años he podido aceptar sin culpa mi condición y preferencia sexual *gay*, y Alexis siempre se negó a reconocerse y asumirse como homosexual, producto del miedo a la crítica, cosas que quizás no entendí en su momento” (9). A simple vista, esta aclaración justifica plenamente el derecho a vivir fuera de los confines que implica el estar dentro del clóset, lo que le otorga a Rodolfo –aunque sólo en apariencia–, el control sobre su vida personal y, sobre todo, afectiva. Sin embargo, a media que avanza la trama de la novela, nos percatamos que el estar fuera del clóset no necesariamente sitúa a Rodolfo en el mejor de los escenarios, pues dicha condición es precisamente una de las causas que lo llevan a perder a su amado.

Es importante subrayar que dentro del terreno que implica su auto identificación como hombre *gay*, el narrador-protagonista no puede escaparse del plano social hostil en donde impera la homofobia, a partir de frases comunes destinadas a desacreditar al sujeto homosexual (véase el capítulo 2). Según Rodolfo, algunos de estos insultos como “maricón, joto, invertido, quebrado, puto, loca, amanerado, volteado, lilo, puñal, mariposón y otros más que sería ocioso enumerar” (10), continúan fuertemente arraigados “dentro de esta sociedad que sigue caracterizada por el machismo del hombre mexicano” (10). Al respecto, en la décima sesión se narra una de las múltiples discusiones surgidas entre la pareja, y en la cual Alexis se refiere a Rodolfo como “puto”, luego de haber leído en su diario la descripción de su relación íntima, hecho que incomoda y atemoriza a Alexis al saberse vulnerable ante cualquiera que pudiera leer semejantes páginas:

A veces quiero mandarte de por vida a la chingada [dice Alexis], pero si regreso es porque también me diste cosas buenas. Quiero que esta noche todo cuanto me respondas sea verdad, espero que no escribas lo contrario en tus cuadernos [...] De pronto esbozó: ¡El show terminó entre nosotros!, ¡puto!

Sentí ira, ganas de abofetearlo, supuse que al agredirme era porque sentía un amor más allá de su propia conciencia y deseo. Adopté una actitud cínica, como es tan común en él, porque es la única forma que conoce para defenderse cuando se siente atacado, e irónico respondí en su propio y vulgar idioma: –No soy puto, porque no cobro; más bien he estado lleno de putos que me han extorsionado. Debo recordarte que soy más hombre que tú porque no niego mis preferencias sexuales, y para eso, hay que tener los huevos bien puestos en su lugar, de poco te sirve ese tilichero que traes colgado entre las piernas–. (66)

En este sentido, la agresión verbal suscitada entre los dos, más allá de resaltar una complicidad basada en una supuesta reacción irracional (el amor), destaca aspectos comúnmente considerados como masculinos, y como vemos es a través de los órganos genitales. La presencia de este elemento subraya, sin dudas, el poder conferido al

discurso falocéntrico,¹⁴⁸ del cual ambos intentan apoderarse para demostrar *quién es el que manda*. Sin embargo, cabe resaltar la contrariedad de esta lucha de poder, puesto que como se comienza a dilucidar a partir del diálogo anterior, Rodolfo, lejos de reafirmar su identidad sexual, termina por traicionar precisamente eso de lo que tanto hace alarde y que se supone Alexis debería tener: la plena consciencia de asumir su homosexualidad.

Indiscutiblemente la lucha por ser el verdadero *chingón* en palabras de Octavio Paz, es decir, el que supuestamente no se raja y que simbólicamente domina (penetra), demuestra que las dinámicas de poder no son exclusivas de la sociedad heteronormada. Además, y como dice Foucault, “el poder no es algo que se adquiera, arranque o comparta, algo que se conserve o se deje escapar; el poder se ejerce a partir de innumerables puntos, y en el juego de relaciones móviles y no igualitarias” (citado en List Reyes 2010: 160). Al tiempo que Alexis se percibe así mismo como el que lleva las riendas de ese supuesto poder, se percata de una vulnerabilidad de Rodolfo: “En la soledad y tranquilidad de mi recámara recordé que mientras cenábamos [Alexis] dijo: –sientes cierto gozo cuando sufres, te gusta martirizarte, es algo que disfrutas–. Tenía razón, pero ese no era un razonamiento propio de una mente tan cerrada como la suya” (90). Al aceptar Rodolfo caer en este tipo de situaciones, se corrobora que la lucha entre ambos va más allá de aspectos ligados a lo económico y la belleza física de cada uno. Independientemente de que haya sido Carmen (la siquiatra) la que esgrimiera semejante opinión, es claro que Rodolfo la convalida puesto que se basa en la irracionalidad presupuesta por el amor. Así, los constantes (des)encuentros verbales entre ambos en realidad sólo matizan diminutamente la complejidad de la relación pues el poder va más allá de lo superficial. Es un punto que transforma, ante todo, la dicotomía chingado/chingón, ya que el hecho de aceptar las palabras de Alexis, lejos de exhibirlo como el dominado, lo ayudan a

¹⁴⁸ Históricamente el falocentrismo ha implicado también una división entre las lesbianas y los hombres asumidos como *gays*, tal y como lo señala Norma Mogrovejo: “El rechazo de las lesbianas al falocentrismo como sistema de poder se hizo explícito después de la sexta marcha. El culto al falo o falocentrismo por parte de los homosexuales produjo una ruptura en la militancia o activismo de las lesbianas. En rechazo a la vida contemplativa, las lesbianas optaron por renunciar a la militancia mixta que implicaba la actitud falocéntrica *gay*. El rechazo al falocentrismo no implicaba androfobia, ponía de manifiesto el rechazo a un sistema de poder en el que el falo simboliza un instrumento de dominio y violencia y mantiene a las mujeres en calidad de ‘incompletas’, por tanto carentes de poder” (138).

dibujar una mejor ruta sobre el camino que habrá de tomar en su vida. En pocas palabras, a partir de la acusación de Alexis, Rodolfo lentamente se sumerge en un proceso en el que además de recobrar su tranquilidad y paz mental, lo llevan a analizar la situación de manera más objetiva: “[...] Me resisto a que un ser tan desvalido como él siga cobrando tanta fuerza e importancia en mi vida, no porque quiera evadirlo, sino porque es conveniente que tenga mis respiros de vida [...]” (56). Es decir, después de todo el amor también puede guiar acciones racionales para efecto de lograr un cambio positivo en su vida.

Por otro lado, ahondando un poco más en el contexto sociocultural de la obra de Guiza Lemus, es evidente que los órganos genitales masculinos –el pene y los testículos– adquieren un significado que ejemplifica la magnitud del estatus que la sociedad suele conferir a la masculinidad. Según Foucault, la relación de dominación que emana de la distinción entre pasivo y activo es constituida como un acto performativo, es decir, meramente simbólico: “[...] Y a partir de ahí, puede comprenderse que en el comportamiento sexual hay un papel que es intrínsecamente honorable y al que se valora con derecho pleno: es el que consiste en ser activo, en dominar, en penetrar y ejercer así su superioridad” (citado en List Reyes 2009: 119). En el caso de la pareja de la obra en cuestión, la lucha entre ambos por adquirir el mando de la relación está fuertemente basada en lo que List Reyes (2009) denomina el culto al pene:

Este distinguido miembro de la sexualidad se ha ubicado como pieza clave de su disfrute, como *sine qua non* del placer sexual. Histórica y antropológicamente hemos podido reconocer el poder e influencia que tiene. Sin duda es importante realizar algunas reflexiones al respecto, dentro de nuestros contextos contemporáneos. Pues es evidente que no pierde en lo absoluto su importancia. Ahora bien, es interesante al menos contrastar la enorme importancia dada al tamaño del pene en nuestras sociedades, como si fuera garantía de placer sexual, mientras que en la sociedad griega antigua solía considerarse mucho más estético un pene pequeño, siendo motivo de risa la sola imagen de un pene demasiado grande. (121)

Las imágenes fálicas juegan un papel principal en la obra de Guiza Lemus, pues por un lado sirven para acrecentar el papel de la homofobia internalizada en el personaje de Alexis: el que tenga el pene más grande es de alguna manera más macho. De esta manera, no solamente es Rodolfo quien sufre los efectos lacerantes de su compañero al ser denigrado por su identificación como *gay*, sino todo aquel que se atreva a mirar el supuesto *miembro descomunal* de Alexis, quien “[...] llegó a platicar de algunos tipos que se deleitaban mirándole el sexo y cuando protestaba por sus ociosas descripciones respondía: –Voy a bañarme, si algún puto me mira los genitales no voy a taparme–, pero yo sabía que a Alexis le gustaba exhibirse porque se sentía muy orgulloso del tamaño y estética de sus partes nobles” (30-1). Además de las dimensiones del pene se sobreentiende que existen parámetros de belleza que posicionan a los genitales como atractivos o no atractivos; es decir, no basta el tamaño sino también su forma, grosor, color, y si está o no circunciso. De igual forma se podría considerar a los testículos como parte de ese culto por el pene, aún y cuando en la novela no se haga alusión directa de ellos. Sin embargo, el hecho de que alguien pueda tener un pene grande es casi sinónimo de tener *más huevos*, o sea de ser más hombre, como es común escuchar en el discurso del habla coloquial en México.

En términos generales, la obsesión que suele existir por el pene (y por extensión en los testículos) dentro de la comunidad homosexual masculina es en sumo grado reveladora de una actitud por demás contradictoria, y en la que se subraya el carácter ambiguo de la masculinidad, según las observaciones de Rodolfo:

Todo hombre que tenga unos genitales bien desarrollados, aunque no sea propiamente guapo, es probable que tenga suerte en este medio donde más que amar a la persona pareciera que ama las partes, algo en lo que estoy en desacuerdo, aunque viendo las cosas de manera más objetiva hay que reconocer que también los *bugas* aman las tetas o el culo de ciertas mujeres, más que a ellas mismas, en virtud de la limitada condición humana para amar íntegramente a alguien y no por sus atributos físicos. (30)

Como vemos, el pene como elemento intrínseco de la masculinidad resulta aún más poderoso que cualquier rostro o cuerpo bien parecido y/o forjado. En el caso puntual de Alexis, además de poseer un pene grande y estéticamente atractivo, su cuerpo y rostro terminan por complementar la lista de las características físicas valoradas en la sociedad actual. Su homofobia interna, por supuesto, se exalta aún más al saberse poseedor de un cuerpo que es capaz de desatar todo tipo de deseos, no sólo en Rodolfo sino en los demás, incluidas las mujeres. Al privilegiar el placer (el pene) sobre la concepción tradicional que liga el amor con las relaciones de pareja, el autor vuelve a reafirmar la existencia de un amor líquido de nuestros tiempos, y que en la pseudo sabiduría tradicional tiene su equivalente en la frase, “vive el momento”.¹⁴⁹

Sobre el cuerpo joven, List Reyes señala que históricamente ha sido visto en términos que lo ubican en el terreno de la inocencia (o lo virgen), para exaltar lo atractivo que suele resultar, sobre todo, para las personas mayores (2009: 147). En este sentido, la preocupación de Alexis por mantener su cuerpo radiante y joven, lo llevan a mantenerse en forma a través de actividades físicas como el deporte, ya que de lo contrario muy probablemente perdería la atención de Rodolfo. En repetidas ocasiones en la narración se menciona, además, el carácter vano de Alexis quien no perdía la oportunidad de mirarse constantemente al espejo, hecho que además de confirmar su personalidad hedonista, subraya la importancia de vigilar su cuerpo para que resulte ser, en palabras de List Reyes, “[...] el receptáculo, el continente que reúne los deseos, los discursos, las expectativas, los temores y las formas de control que socialmente se van creando para ‘protegerlo’” (2010: 146-7). Por tal motivo, para que Alexis (el *chichifo*) aspire a subyugar a su *partenaire*, es necesario contar con los atributos físicos de un cuerpo joven

¹⁴⁹ Al respecto cabe mencionar que el desaparecido grupo musical mexicano de música pop, Kabah, compuso en 1996 el tema: “Vive el momento”, el cual refleja en sumo grado la dinámica superficial que implica el amor líquido: Corre de prisa que el mundo no deja de girar sin descansar/los días se van y nunca regresarán/eterno cuento sin final/de aquel recuerdo que no irá a ningún lado/Mañana siempre lo tendrás de ser consciente y su amigo el futuro lo que tienes que lograr/Vive el momento y sobre tu espacio haz que la vida se vaya despacio/No te sujetes del pasado, piensa y construye lo que has deseado/.

y bello.¹⁵⁰ Por esta razón, Alexis, al cumplir 27 años, se siente haber perdido gran parte de su atractivo, ya que como se mencionó antes (véase capítulo 3), en el mundo *gay* la juventud es un tesoro que hay que cuidar a cualquier precio: “Sabes [le dice Alexis a Rodolfo], a veces me gustaría ser como antes, como cuando llegaba a cualquier lugar y lo hacía en una actitud de ser dueño de mis propios actos, entraba partiendo plaza, con mi estatura y personalidad llamaba la atención de todo el mundo, pero ya no puedo hacerlo, me falta esa fuerza que siento perdí [...]” (54). Vale la pena subrayar que dicho escenario es uno de los pocos en los que Alexis se desprende de su careta de *chichifo*, para en su lugar mostrarse como un ser indefenso, lleno de miedos e inseguridades. De igual forma y por su parte, Rodolfo al recordar el día en que Alexis y sus amigos lo dejaron plantado en una cena que había organizado, recalca el carácter *gay* no sólo de sí mismo, sino de Alexis también “[...] ambos como buenos narcisistas somos muy sensibles al desprecio y esa es una condición muy *gay*” (64). Esta afirmación subraya nuevamente el componente no sólo homosexual en la vida de Alexis, sino *gay*; y cuya finalidad según se vislumbra es la de restarle valor a su supuesta *hombría*. De igual forma este punto recae y puede considerarse como parte de los estereotipos (peligrosos) pues alude a generalizaciones hechas, en mayor o menor medida, por el discurso heteronormativo patriarcal para subyugar a los homosexuales. El hecho de que sea un *gay* quien convalide la veracidad de semejante estereotipo, más allá de la reivindicación, deja abierta la peligrosa ventana de los encasillamientos.

Bajo este tenor, otra de las instancias que revelan el carácter de homofobia internalizada en la obra se presenta mediante el lugar de origen de Rodolfo: Jalisco, supuesta cuna de los machos, según el dicho popular. Este escenario revela un ambiente en el que imperan una amplia cadena de relaciones homosociales por demás sospechosas.¹⁵¹ Por tal motivo, y lejos de desviar la atención sobre el tema de la homosexualidad, la actitud machista y

¹⁵⁰ Sobre las relaciones de poder entre varones, List Reyes señala que la idea de que es el mayor quien se aprovecha del menor “[...] tiene su correlato, dentro de la jerga *gay*, a partir de un personaje al que se le denomina *chichifo*” (151).

¹⁵¹ Respecto a este término, Gabriel Gallego Montes aclara lo siguiente: “El uso del término ‘homosocial’ se debe a Eve Sedgwick, quien en su estudio *Between Men* identificó los nexos entre hombres en la literatura inglesa. Para Irwin (1998), el uso del concepto ‘homosocial’ refiere al deseo entre hombres, que podría ser platónico, erótico, sexual, o quizás una mezcla muy conflictiva de estos sentimientos” (87).

homofóbica de Alexis, termina por situar aquello que supuestamente los machos como él no practican: las relaciones sexuales con otros de su mismo sexo. En este sentido el término *buga*, utilizado de manera común por los homosexuales mexicanos para referirse a un hombre heterosexual, es precisamente con el que Alexis insiste en identificarse a sí mismo para dejar en clara su condición de *hombre heterosexual*, pese a que los hechos confirmen todo lo contrario. Sin embargo, Rodolfo le aconseja que por su propio bien emocional se abstenga de fingir: “Deja a un lado tu obsesión, tu rabia por no ser el *buga* que te crees, no te culpes de encontrarte a media noche soñando con penes, con hombres que te abrazan, que te seducen, que te acarician, que te penetran [...]” (20). Al hacer mención del acto de penetración anal, Rodolfo busca revertir las ofensas verbales prodigadas en su contra por Alexis y de las cuales se sirviera para estigmatizarlo. Paradójicamente ahora es Alexis quien resulta doblemente injuriado, pues no solamente se le echa en cara su homosexualidad, sino su rol pasivo de permitir la penetración.

Dadas las cosas y como hemos visto, la narración de la obra gira en torno al duelo que implica para Rodolfo haberse separado de Alexis, luego de tres años de convivir juntos y en los que abundaran los episodios conflictivos, producto de la renuente actitud del más joven de aceptar su homosexualidad ante su compañero. En este sentido, la rogativa de Rodolfo resulta difícil de comprender pues no parece obedecer a ningún tipo de lógica, es decir, desde el primer momento en que se conocieron (comenzando con el lugar físico del encuentro, un bar heterosexual), se deja ver la diferencia abismal entre ellos y el panorama que a simple vista pronostica el rotundo fracaso de la relación. Así, al recordar el primer encuentro nos percatamos del proceso y las artimañas de las que Rodolfo se valió para seducir a un supuesto *buga*:

En esa ocasión recordé el día en que Alexis y yo nos encontramos por primera vez en la cantina La Guadalupana, en Coyoacán. En sus verdes y expresivos ojos había una mirada coqueta y evasiva que lo hacía interesante. Esa noche de finales de noviembre, te hablo de 1988, Alexis y yo establecimos conversación en la barra del lugar. Ambos habíamos tomado el suficiente alcohol como para desinhibirnos y lo invité a seguir bebiendo en casa. Desde un principio supe que no sería fácil conquistarlo pues defensivo, insistió en hablar de la supuesta gran

cantidad de aventuras sexuales que tenía con mujeres. Supe que era una reacción lógica de alguien que temía experimentar otras formas de placer a las establecidas socialmente. Para sensibilizarlo le mostré algunas revistas de Play Boy en las que aparecían hermosas modelos luciendo su anatomía. En apariencia Alexis mostró interés en verlas con detenimiento. Noté cómo su pene se fue abultando en los ajustados pantalones que le hacían resaltar su excelente figura. Aproveché la oportunidad para decirle que en ausencia de una mujer con quien tener sexualidad cada uno se masturbara y accedió. Quedé maravillado con la belleza, la perfección de sus genitales. Traté de ser discreto y no mirarlo fijamente para que no se inhibiera y continuara con la labor de masturbarse. El hecho de verlo era suficiente para sentirme erotizado y aunque en varias ocasiones estuve a punto de alcanzar el orgasmo, me contuve para que eso ocurriera de manera simultánea y lo festejamos divertidos. (50)

La cita da cuenta de la complejidad y la contradicción que resultó ser la relación entre ambos sujetos desde el comienzo. En su afán de querer conquistar el amor de un *buga*, es claro que Rodolfo se adentró en una especie de territorio enemigo en la medida que los *bugas* se adscriben al discurso heteronormativo patriarcal. Su manera de ver y analizar la sociedad que lo rodea lo lleva a suponer que Alexis respondería favorablemente, no sólo dentro de lo sexual, sino que al pasar el tiempo demostraría ser sensible en el plano de lo afectivo, es decir, que de alguna u otra terminaría por enamorarlo. Además, el espacio físico donde tiene lugar este primer encuentro (una cantina para *bugas*)¹⁵² denota la ambigüedad de la sexualidad de sus parroquianos, como sugiere la lectura *queer/torcida* esbozada por el propio Rodolfo:

¹⁵² Simbólicamente a través del nombre de la cantina, La Guadalupeana, se busca reivindicar las relaciones entre varones homosexuales. Es de notar que el tema de la religión está presente en toda la narración, lo cual hace patente el deseo del autor por mostrar la manera de compaginar la homosexualidad y el catolicismo. Uno de los ejemplos más importantes es cuando Rodolfo acude a ver a un cura quien le “dijo que debía dejar en libertad a Alexis, que esperara con prudencia y que entre tanto llevara una vida recta, con dignidad, que no por el hecho de ser gay Dios [lo] marginaba, que ante los ojos del señor todos los seres humanos éramos iguales y que a veces los heterosexuales eran peor que los gays” (28).

Muchas veces me ha divertido observar las reacciones de un macho crónico, que no es más que un homosexual en potencia, cuando se encuentra con un hombre gay que sea obvio, se siente tan agredido, tan cuestionado en su interior que se vuelve agresivo [...] cuando he tenido el infortunio de convivir con ese tipo de hombres que por desgracia es frecuente, me causan pena, me consternan. Hay que observarlos cuando están borrachos y podrás percartarte de qué forma bajan las defensas y se permiten abrazar y besar a sus compadres, a sus hermanos o a sus amigos, van al baño a orinar juntos y a complacerse viéndose discretamente el pene, bajo el pretexto de que –un mexicano nunca mea sólo–, y esto, siendo objetivos, no es más que una tendencia homosexual. (10-1)

Dicha forma de acercarse al ambiente de las cantinas, lugar oculto bajo el resguardo de lo privado, sirve para enmarcar la deconstrucción del machismo, y que como vemos, no está exenta de tintes homoeróticos. Bajo esta perspectiva y como subraya List Reyes, la mirada se impone como un vehículo más del deseo; capaz de sobrepasar las barreras de la cantina y llegar, inclusive, hasta el baño:

El acto de orinar, por ejemplo, ha modificado incluso la arquitectura de los sitios destinados a ello. En muchos sitios existen unos largos urinarios en los que se pueden acomodar tanto hombres como pueden estar parados uno junto a otro sin tocarse, y esto hace que sea más que ningún otro sitio una experiencia colectiva, y donde las miradas se pueden colocar tranquilamente en el miembro propio o ajeno. Así, en una discoteca gay ubicada en la Ciudad Nezahualcóyotl, en el Estado de México, por ejemplo, el urinario de este tipo tiene colocado un espejo enfrente, con la clara intención de facilitar la observación de todos los que se encuentren orinando simultáneamente. (2009: 123)

El asunto del culto al pene, como vemos, no solamente se extiende dentro de la esfera *gay*; es más, se constata que es de suma relevancia dentro de la construcción de las relaciones que emergen en los círculos homosociales (la lucha por la masculinidad). De ahí que tanto List Reyes como Guiza Lemus detecten un fuerte componente homoerótico en los mingitorios. Sin lugar a dudas, la mirada transgresora de los concurrentes a este

espacio cerrado a la vista de las mujeres, y comúnmente ubicado *al fondo a la derecha*, es capaz de provocar ansiedad y represión, pero también deseo. Un deseo que aparentemente está vedado para los *bugas* pero que de alguna u otra forma se las arreglan para que, supuestamente, pase desapercibido.

Además, la importancia del culto al pene en la obra demuestra la manera cómo se tiende a privilegiar el cuerpo sexuado (fálico) por encima de la afectividad. Así, y aunque Rodolfo se empeña constantemente en martirizarse por el (mal)trato sufrido a manos de Alexis, y por la imposibilidad de no poder encontrar una pareja estable, no deja de llamar la atención su actitud contradictoria que le adjudica una importancia considerable al pene de cualquier hombre que le resulte atractivo. De tal manera, en la décima primera sesión se menciona el episodio donde Rodolfo sostiene relaciones sexuales con la pareja de uno de sus amigos que se encuentra de visita en el país. Se trata de Aquiles, descrito como un mulato cubano de proporciones exóticas, y de quien se siente fuertemente atraído merced a la excelsitud de sus genitales: “[...] en un momento dado cuando [...] me platicaba algo con gran entusiasmo, conversación que no escuché pues tenía clavada mi vista y mis sentidos en el formidable bulto que se le hacía entre las piernas” (73). Esta fijación demuestra la manera en que Rodolfo se deja llevar por el significante cultural de género más importante atribuido a la masculinidad: el pene. Por tal, dicho aspecto demuestra la tendencia del personaje a centrarse en el objeto de deseo más que en la persona, aunque para eso tenga que recurrir a la mentira: “[...] dijo no estar dispuesto a terminar si no prometía que a nadie le contaría lo ocurrido entre nosotros, ya que Pepé le importaba demasiado, y que el tiempo que pensaba permanecer en México deseaba pasarlo con mi amigo. Con tal de conseguir verlo contraerse de placer en la cama no tuve empacho en prometerle lo que deseaba escuchar” (73-4). Por tal, el sexo para Rodolfo denota (aunque sólo en apariencia) una manera fácil de escapar a su realidad y/o en una forma de evadir sus problemas personales. Sin embargo, más allá de constituir un hecho en el que Alexis resulta ser el culpable, representa más que nada su devota actitud por el culto al pene.

Otro de los escenarios que relatan este tipo de culto se muestra a partir de los shows de hombres desnudos que el protagonista- narrador describe, y cuya finalidad es entretener y deleitar a los parroquianos a través de la exhibición de los órganos genitales. Al respecto,

la visión de Rodolfo se sitúa en el espectro de lo tradicional pues trae a colación algunos de los principios del psicoanálisis:

Es bien sabido que muchos de esos desnudistas, en un afán de compensar la carencia de un buen pene desarrollan su musculatura. En lo absoluto me molesta el desnudo masculino, tengo capacidad para disfrutarlo sin morbo, pero sí me causa –pena ajena–, como dicen por allí, pues no entiendo esa necesidad de exhibirse, dicen algunos psicólogos que quienes practican el desnudismo se debe al deseo inconsciente de quererle enseñar los órganos sexuales a su mamá, de ser penetrados por la mirada ajena, cosa que les causa un gran placer [...]. (29)

Como vemos, el culto al pene es imprescindible dentro de la esfera *gay*; de ahí que Rodolfo se jacte en varias ocasiones de la magnificencia de algunos de los penes que logra ver e inclusive acariciar (incluido por supuesto el de Alexis). No obstante, su forma de analizar el simbolismo del pene a través del psicoanálisis deja mucho que desear, sobre todo al considerar el daño que le ocasionó en su vida personal, luego de acudir a una psicoanalista en sus primeros años como forma de afrontar su homosexualidad. Esta peculiar manera de analizar el culto al pene es indicativa de patrones considerados prácticamente obsoletos el día de hoy. Sin embargo, revela también la influencia de ese pasado freudiano del cual parece imposible desprenderse.

Sobre el aspecto del psicoanálisis en la obra es de importancia subrayar, por ejemplo, que antes de sostener relaciones sexuales con personas de su mismo sexo, Rodolfo las tuvo con mujeres: “[R]ecordé mis tiempos en el psicoanálisis, en los que tuve duda de ser un gay consumado y que buscaba establecer una vida heterosexual que más que por convicción, obedeció a la manipulación de Carmen” (40). En este sentido, Rodolfo nos revela también el carácter de interferencia que su siquiatra tuviera para entremeterse en su relación, y la cual culminó en la separación. Así, en vez de encontrar la terapia que mejor los pudiera orientar respecto a su sexualidad, tanto Rodolfo como Alexis cayeron en la trampa de una charlata: “Me arrepentí de haber canalizado a Alexis con Carmen cuando mi único propósito había sido el que lo ayudara a salir de esa maraña en la que vivía, pero ya era demasiado tarde para rescatarlo, sobre todo porque Alexis se

encontraba en una fase de dependencia total hacia su terapeuta y lo que la mujer dijera, representaba la ley para él” (42). Si bien este tipo de terapia, de alguna u otra forma influyó en la relación, de ninguna manera se podría decir que haya sido el único causante del distanciamiento entre Rodolfo y Alexis. Además, como parte de la crítica esbozada por el narrador-protagonista hacia esta disciplina, se revela también su vigencia en cuanto al tratamiento de la homosexualidad durante el siglo pasado en México, y que lejos de ofrecer una vía sana se convirtió en otro mecanismo que buscaba controlar la sexualidad de los individuos: “Entendí que la aparente comprensión que proyectaba hacia lo homosexual era fingida y que lejos de asumir una actitud de ayuda a su paciente, lo perjudicaba haciéndolo perder su tiempo mientras lucraba con su profesión” (42).

Finalmente se podría decir que la generalizada tendencia de ubicar –sólo en épocas recientes– los puntos de reunión entre hombres (o espacios homosociales) obedece a la necesidad de redoblar los esfuerzos por ventilar el tema de la homosexualidad al cuestionarlo desde una variedad de ángulos y perspectivas, tal y como lo señala Llamas “[...] esta expresión hace referencia no sólo a las formas en que se manifiesta una ‘homosexualidad reprimida’ sino, sobre todo, incide en la pervivencia en todas las personas de ‘tendencias’ o ‘potencialidades’ afectivas y placenteras hacia otras personas, al margen de su constitución anatómica y de los imperativos morales, culturales o consuetudinarios” (182). Al retratar las dinámicas homoeróticas que toman lugar dentro de la cantina y los clubes de hombres desnudos, Guiza Lemus no solamente asesta un duro golpe al orgullo de Alexis, sino a la figura que por excelencia fue instalada como uno de los pilares de la sociedad mexicana: la del macho. Paradójicamente dicha figura es uno de los elementos más criticables de la novela en cuanto Rodolfo tiende a privilegiar el mismo sistema patriarcal del cual se supone que es automáticamente excluido dada su identidad sexual.

4.4 Este es un lugar de ambiente donde todo es diferente

En contraposición al ambiente vedado de los *bugas*, se sitúa el submundo *gay* bajo un tono jovial y positivo, por lo menos a partir de la primera parte de la narración: “[L]a vida de la mayoría de los gays [...] está llena de luz, de alegría, de chispa, de ingenio y ocurrencia pues a diario nos vemos en la necesidad de reinventar la vida, de luchar contra

la sociedad, y esa es una magia, una virtud [...]” (10). Al resaltar la capacidad inventiva de los hombres plenamente asumidos como *gays*, la lógica empleada por el narrador-protagonista deja entrever una primera hipótesis sobre por qué fracasó su relación. Si para Rodolfo lo más importante de una relación se basaba en características que su ex pareja jamás pudo ser “[...] sutil, amable afectivo, detallista, cordial [...]” (67), para Alexis lo primordial era obtener un beneficio económico. Pese a lo problemático de su cosmovisión, el narrador-protagonista aclara que las relaciones entre varones homosexuales no solamente se limitan al goce sexual, sino que también pueden inclinarse a la balanza de lo afectivo y, por tal, llegar a ser potencialmente trascendentales. Por esta razón no resulta desproporcionado afirmar, entonces, que una de las intenciones del autor es rescatar los ideales del amor griego, y cuyo eco debiera resonar en la vida *gay* del mundo contemporáneo.

Esta situación inmediatamente nos ubica en el escenario de las relaciones que desde la época de la antigua Grecia solían darse entre un hombre mayor y su discípulo menor. Autores de renombre como Oscar Wilde y André Gide se apropiaron de estas ideas en sus obras, partiendo de la premisa de que los griegos toleraban abiertamente las relaciones entre hombres, con tal de que se tratara de un hombre mayor y uno menor (Lizárraga Cruchaga 35). Además, se esperaba que fuera el mayor quien sedujera al menor, y no al revés; por lo cual eran mal vistos los actos entre dos hombres mayores, pues se suponía que debía existir un sometimiento que sólo el mayor era capaz de ejercer sobre el menor (List Reyes 2010: 35). Sin lugar a dudas, la influencia de la cultura griega a la luz de las relaciones entre varones se ha extendido más allá de cualquier espacio geográfico y temporal: “El varón adolescente en el contexto cultural mediterráneo –del cual la cultura mexicana es hereditaria en parte– es objeto de culto, de admiración y de deseo [...]” (Guasch citado en Gallego Montes 203-4). Conforme a lo señalado aquí, la postura de Guiza Lemus se ubicaría –a simple vista– en un punto intermedio capaz de provocar una reflexión más aguda sobre las posibilidades que una pareja de varones tiene en la actualidad, y de la cual el menor puede resultar ser el más beneficiado. Sin embargo, la actitud compulsiva y perturbadora de Rodolfo por hacer que Alexis se acople a sus ideales y manera de ser, tiene como desenlace justamente lo opuesto: “De ese amor sentido por Alexis comenzó a nacer una obsesión por rescatarlo, un aferramiento de que

tarde o temprano debía volver a mi lado y en ese enfermizo propósito me lastimé inútilmente” (58). De esta manera, Rodolfo empieza su transitar hacia la aceptación de que quizás el amor no era como se lo imaginaba, pero sobre todo, de que éste no necesariamente constituye el elemento primordial sobre la construcción de las relaciones de pareja. Además, como parte de su duelo interno, Rodolfo también busca un refugio alternativo luego de que sus más cercanos amigos no lograran comprenderlo, y que espera encontrar en los brazos de la religión católica: “Entonces recurrí a Dios y le prometí hacer un mayor esfuerzo por aprender a perdonar, por no vivir en función de lo que dijeran los demás, sino en función de mí mismo y así mantener el equilibrio interno que estaba visiblemente desajustado” (37).¹⁵³

Por otro lado, Didier Eribon se refiere a *El banquete* de Platón para ilustrar la dinámica entre un hombre mayor y uno menor. En este sentido, conviene aclarar que además de la enseñanza, según la cual el mayor estaba obligado a impartir al menor, a través de actividades como el deporte y las discusiones filosóficas (el famoso amor socrático, mejor conocido como amor griego), constituían una práctica que precisamente era alentada por el aparato social, como lo señala Mauricio List Reyes: “No se trata entonces de una relación exclusivamente amorosa, entregada al placer; se trata de un sistema de organización a través del cual no sólo se iba formando y educando al sujeto, sino que permitía potencializar sus capacidades físicas e intelectuales” (2010: 31). En este caso, la entrada al ámbito de las relaciones intergeneracionales¹⁵⁴ constituye de lleno una de las líneas formales presentadas por Guiza Lemus en su obra, y en la cual habrán de formar parte elementos que van más allá del simple poder económico, como se expresa Rodolfo al aclarar nuevamente el propósito de su duelo personal hecho narración (o terapia):

¹⁵³ Cabe decir que el aspecto religioso añade a la composición del personaje de por sí visto ya de manera tradicional, y que muy probablemente se trate de incorporar una visión normativa al respecto del sujeto homosexual.

¹⁵⁴ Si bien la diferencia entre ambos protagonistas es sólo de ocho años, la dinámica de su relación está basada por completo en la figura del mayor que se siente obligado a proteger al menor. El hecho de que Rodolfo lo llame bebé confirma esta idea.

[...] en esta historia te hablaré de Alexis, un muchacho con alma de gigolo que no sólo me extorsionó en lo económico, sino en lo moral y en lo físico, te contaré de un ser insaciable y malagradecido que moría por ser amado y que cuando logró su objetivo, todo lo destruyó en aras de sus terribles complejos del macho que presume ser, olvidando que contra la naturaleza homosexual no se puede ni debe luchar. –Árbol que crece torcido, jamás sus ramas endereza–. (13)¹⁵⁵

Conforme a este cuadro presentado, el narrador-protagonista vuelve a reafirmar su proyecto escriturario debido a que para él, la naturaleza de Alexis está íntimamente ligada a su inhabilidad de aceptarse y reconocerse plenamente como *gay*, producto de la doble moral de la sociedad en la que creció. Empero, sus aseveraciones también resultan altamente problemáticas a partir del dicho popular que alude a la homosexualidad como algo anormal, es decir, como algo *torcido*. Por otro lado, también es una manera de *queerizar*, por así decirlo, a la personificación del *chichifo* que en este caso se escapa de cualquier subjetividad *gay*, algo que resulta completamente en vano. Simple y sencillamente Rodolfo insiste en evadir el hecho de que Alexis se rehúse a aceptar su homosexualidad.

La percepción equivocada de Rodolfo está basada (entre otras cosas y como ya vimos), en la caracterización de los *bugas* o heterosexuales, quienes desde sus respectivos lugares en la sociedad, se ciñen al modelo patriarcal que los obliga a desplegar una actitud homofóbica. Si bien Alexis aceptó llevar una relación de tres años con un hombre, la apariencia masculina de Rodolfo se constituyó desde el principio como un elemento indispensable, sin el cual no hubiese aceptado ningún tipo de contacto sexual, ni mucho menos entablar una relación. En tanto, al exhibir éste una conducta masculina ante la sociedad, Alexis se siente capaz de desafiar cualquier murmullo que pueda llegar a presentarse por parte de las personas que lo rodean. Bajo este tenor, conviene traer a colación las palabras de List Reyes quien subraya la relación entre la homofobia

¹⁵⁵ La inclusión de los dichos populares resalta la influencia del modelo patriarcal ampliamente difundido en la sociedad mexicana. En toda la obra existen quince dichos populares que se ubican como epígrafes en la mitad las sesiones, excepto por la segunda, séptima, octava, décima, décima primera, décima segunda, décima quinta, décima séptima, décima octava y vigésima.

internalizada y la apariencia masculina de algunos hombres que siguen pensando que las actitudes consideradas como femeninas deben mantenerse ocultas por sobre todas las cosas: “El closet y la homofobia operan de primera instancia precisamente para mantener en términos normativos el género y la sexualidad. El establecimiento de relaciones intergeneracionales entre varones cuestiona esas formas normativas, y de ahí que se busque un equilibrio a través del cual estos hombres pueden sentir que se encuentran dentro de los ámbitos socialmente normativos” (169). Si bien concuerdo con lo enunciado por List Reyes sobre la relación entre el clóset y la homofobia internalizada, de ninguna manera se podría decir que el simple hecho de que dos hombres sean/actúen de forma masculina conlleve a que se sientan más libres sobre su relación, o a que sea mejor vista y/o aceptada por la sociedad. El mejor ejemplo de ello se da a través de los personajes principales de la novela de Guiza Lemus, los cuales exhiben características consideradas como masculinas; no obstante, eso no significa que Alexis se sienta mejor al respecto. Por su parte, Rodolfo narra la falta de comprensión a raíz de su separación, lo que pone en entredicho el supuesto apoyo de sus amistades de *mente abierta*: “Por la noche llamé a José Antonio, un amigo pintor radicado en Guanajuato. Le hablé de la separación con Alexis y argumenté gustoso que esa decisión debí haberla tomado tiempo atrás. En vano traté de explicarle [...] pero no me escuchó, estaba metido en un interminable monólogo [...]” (25). Es obvio que al finiquitar la relación con Alexis, Rodolfo no pudo evitar sentirse moralmente destrozado. No resulta, pues, sorprendente que debido a la ausencia de apoyo moral por parte de sus seres más cercanos, haya entonces tornado su atención al lector como la única persona capaz de escucharlo.

Continuando por la vena de las relaciones intergeneracionales, vale la pena subrayar el comentario de Gallego Montes quien se remonta a la época de Salvador Novo (véase capítulo 1). Según esto, el escritor solía decir que “uno se *salaba* al acostarse con seres tan de su propia especie” (131).¹⁵⁶ Al respecto, la opinión de Novo se puede interpretar de la siguiente manera: el fracaso al que estaban destinadas las relaciones entre dos hombres afeminados (o dos pasivos según las categorías tradicionales), y de dos hombres de

¹⁵⁶ Esta información se puede encontrar en sus memorias tituladas *La estatua de sal* (1998) publicadas por CONACULTA.

edades cercanas. Es importante subrayar, también, que Novo tenía una especie de fijación o fetiche por los choferes de autobuses, a quienes consideraba como *verdaderos hombres*; es decir, su condición social humilde los hacía acreedores de una masculinidad que, según él, simbólicamente estaba destinada a ejercer el papel de activo y/o de penetrador. Históricamente, además, la erotización del cuerpo *obrero*, por así decirlo, ha sido una de las formas de negar la homosexualidad (Llamas 185), debido a que su despliegue de una masculinidad exacerbada lo hace especialmente acreedor de rasgos considerados como parte de los hombres heterosexuales. De esta manera, la profesión y los rasgos físicos (rudos) de los sujetos que Novo deseaba, les proporcionan acceso a los parámetros físicos de virilidad que suelen asociarse con las ideas imperantes en el imaginario social de lo que es ser masculino y/o *muy hombre*.

Ahora bien, al provenir de una familia de clase media baja, Alexis ha estado expuesto en mayor grado a los mecanismos que tejen la homofobia como acto performativo, mas no como un acto físico; es decir, mantener relaciones sexuales con un hombre de ninguna manera pone en duda su heterosexualidad (o nivel de hombría), sobre todo cuando éste antepone el aspecto económico como parte de su justificación:

-Todo aquel que nos desprecia es porque encuentra en nosotros un espejo en el que se ve reflejado. ¡Basta de mentirte a ti mismo!, si antes de tratarme te gustaban las mujeres, como dices, ¿por qué no seguiste con ellas?

-Pues no soy gay y jamás lo seré, si a veces accedí a coger contigo fue para no sentirme mal y para que continuaras dándome tu apoyo moral y económico—.

(21)

Este tipo de conflictos, además de servir para enmarcar la negación de la sexualidad de Alexis, componen el cuadro de dimes y diretes suscitados entre la pareja. La violencia simbólica desplegada a lo largo de sus diálogos, en vez de empujarlos a terminar su relación de manera definitiva como habría de suponerse sería lo mejor para los dos, tiene el efecto contrario. Por tal, más allá de la dependencia enfermiza que Rodolfo desarrolla por Alexis, éste insiste en permanecer a su lado citando el elemento del amor como la

principal causa, aunque no cabe duda que la erotización de su cuerpo (obrero) es en realidad la principal razón:

Muchas veces en el pasado, cuando Alexis y yo nos distanciábamos producto de su represión y angustia en la que vivía, apenas transcurría una semana y ya estaba buscándome. Los reencuentros eran por demás pasionales, acompañados de abrazos, besos, caricias, accedía a que hiciéramos el amor y pasábamos noches de un maravilloso relax, pero eso es parte del pasado. Por entonces, me fascinaba verlo dormir con las mejillas sonrosadas, tranquilo, abrazado a mí y sin dejarme casi respirar, mientras que yo permanecía inmóvil para que no se despertara y agradecía a Dios en silencio por el hecho de tenerlo en mis brazos, por escuchar su casi nula respiración, por volver a palpar las prolongadas erecciones de su pene, porque aunque sólo dos veces dijo amarme con pasión, siempre supe que amor era lo que sentía por mí. Por entonces tuve la equivocada certeza de que nunca se marcharía de mi lado. (23)

Está claro que la disposición de Rodolfo para continuar su relación con Alexis se basa en su propia concepción del amor, o por lo menos lo que él imagina que es. Sin embargo, para darse cuenta del abuso que en realidad Alexis le profesaba (o mejor dicho falso amor), tuvieron que ocurrir toda una serie de eventos que lo hicieron madurar y constatar lo equivocado que estaba. Es en la segunda sesión donde reflexiona sobre los efectos negativos suscitados dentro de la relación supuestamente basada en su idea del amor; hecho que, sin embargo, lo ayuda a recobrar la paz y el equilibrio emocional, aunque sólo sea de manera momentánea:

Así como lo sufrí, lo disfruté en la misma magnitud. Hasta entonces, nunca había amado con tanta vehemencia, siempre he sido muy entregado para amar, pero jamás llegué a conocer tanto dolor, odio, indignación y felicidad por una persona como por él que representó el eje en el que moviera mi vida [...] A más de un año de separados tengo la suficiente capacidad para reconocer mis trastornos emocionales. Ahora, ya no incurro en esas depresiones, en esos rencores que me asesinaban el alma. Siento seguirlo amando, pero no descarto que pueda tratarse

de una obsesión [...] Quizás no lo entendí en toda su esencia, pero estoy convencido de lo importante que es quererme, respetarme y alejarme de esa vida nociva que elegí tener con él. (24)

La capacidad que tiene Rodolfo para reconocer su falta al aceptar que quizás Alexis no era la persona indicada para él, demuestra sin duda un proceso de maduración y aprendizaje. Así mismo, y como él lo sostiene, simple y sencillamente se trató de una incompatibilidad de caracteres e intereses lo que evitó que siguieran juntos. Lo cierto es que después de todo, de lo bueno y lo malo que vivieron, Rodolfo es capaz de perdonar a Alexis.

En relación a la conceptualización del amor, considero oportuno detenernos ante la investigación antropológica de Mauricio List Reyes, basada en las relaciones intergeneracionales para analizar la manera en que operan las dinámicas entre los emparejamientos de hombres jóvenes y mayores en el contexto de la ciudad de México. Según él, y apoyándose en los postulados de Foucault en su *Historia de la sexualidad*, existe la falsa noción de que son los hombres mayores quienes asedian a los menores. Sin embargo, los resultados de su estudio revelan varias razones por las que un joven prefiere relacionarse con un hombre de mayor edad: “La mayoría me hicieron alusión al hecho de que una persona mayor, específicamente un hombre, reúne cualidades intelectuales que no imaginaban posibles en otro chico de su edad: experiencia, conocimiento, sabiduría; en pocas palabras, un amplio capital cultural y simbólico que los chicos buscan en el otro” (90). En este sentido, Rodolfo exhibe plenamente cada una de las cualidades mencionadas aquí, incluyendo otra en particular, y que tiene que ver con el papel que se ejerce en el plano de las relaciones sexuales: “Uno de los aspectos que reivindican dentro de su masculinidad es ser activos, es decir, insertivos en el sexo anal. A pesar de que los chicos reconocen en sí mismos ese imperativo, les resulta primordial que sean los hombres maduros quienes, al menos de forma inicial, asuman ese papel” (List Reyes 122). En la novela, está claro que Alexis es el agente pasivo de la relación sexual, situación que Rodolfo utiliza en repetidas ocasiones en su contra para llevar a cabo diferentes propósitos; el primero de ellos tiene que ver con el deseo de querer llevar las

riendas de la relación en un intento desesperado por probar su superioridad ante Alexis, al mismo tiempo que intenta forzarlo hacia la aceptación de su homosexualidad:

Piensas que porque en algunas ocasiones no participaste cuando hacíamos el amor, y digo hacer el amor porque a ese acto íntimo nunca lo interpreté como – coger–, era porque te desagradaba mi compañía, pues estás equivocado, fue porque te encantó ser pasivo, te fascina que te seduzcan, que te conquisten, tienes un alma femenina muy desarrollada, eres un gigolo, un huérfano de toda saciedad, nada te complace. (22)

El hincapié que Rodolfo hace sobre el rol sexual de Alexis, más bien se convierte en un arma de doble filo, pues se problematiza y desestabiliza su supuesta identidad *gay*. Si por un lado, y desde el principio de la historia, éste insiste en mostrarse como un hombre enteramente asumido como *gay*, el señalamiento que hace sobre el rol adoptado por Alexis en la cama, lo ubica de inmediato en una seria contradicción que resalta su adscripción al discurso heteronormativo, y el cual estigmatiza al agente pasivo de la relación homosexual al equiparlo con lo femenino.¹⁵⁷ No cabe duda que en medio de los insultos prologados entre sí, ambos protagonistas no pueden evitar dejar asomar actitudes contradictorias que nos invitan nuevamente a repensar las dimensiones de su (des)unión.

Según Gallego Montes, la feminización del cuerpo tiende a darse en los procesos de emparejamiento entre un hombre mayor y uno menor. Sin embargo, es solamente al menor a quien se le asocia a la idea de lo femenino, dada la calidad de su cuerpo como algo penetrable; es decir, en función de que “[...] la definición de la verdadera masculinidad se cimenta sobre la negación de lo femenino, del homosexual y del niño. Tal vez por eso y en una jerarquía de la masculinidad basada en las diferencias de edad, el niño y el adolescente no son significados como plenamente viriles [...]” (204). De igual forma, List Reyes señala que “el efebo no es un varón, al menos aún no acaba de ser

¹⁵⁷ De acuerdo a Ricardo Llamas, la feminización del cuerpo como forma de denostar la homosexualidad se pueden observar desde el arribo de los primeros colonizadores europeos a las Américas: “Los ámbitos destinados a ser literal o simbólicamente penetrados, apropiados, conquistados o explotados ya se identifican con referentes asociados a las mujeres desde el siglo XVI” (60).

[...] llegar a ser un hombre implica en muchas sociedades enfrentar una serie de prácticas ritualizadas en las que se juega con los máximos valores que el grupo reconoce como masculinos: fuerza, destreza, valor, inteligencia, templanza, etcétera” (146).¹⁵⁸ A pesar de que Alexis es el menor de la relación, de ninguna manera podríamos decir que su actitud conlleve un trato dócil y servil; por el contrario, es obvio que sus acciones están mediadas por una actitud premeditada que insiste en aprovecharse de Rodolfo para saciar sus necesidades, no solamente sexuales y económicas, sino incluso afectivas pese a no reconocerlo. Así, después de haberse conocido en la cantina, Rodolfo y Alexis se vuelven a ver:

[...] Después de esa noche Alexis y yo volvimos a frecuentar lugares *bugas*. Me entró una obsesión, un deseo irrefrenable de hacerle el amor y estuve dispuesto a esperar a que eso ocurriera, tenía una intuición muy grande de que así sucedería, que era cosa de tenerle paciencia para que el encuentro no fuera violento ni traumático. Estaba seguro de que Alexis tenía un alto componente homosexual, fue algo que me dijo mi sexto sentido. Sin embargo, meses después, cuando en otra de nuestras parrandas accedió a que lo tocara estando totalmente desnudo, de momento reaccionó interesado, pero a la mañana siguiente cuando se despertó y se encontró durmiendo conmigo bajo las mismas sábanas, se fue visiblemente culpable. Por mucho tiempo no quiso verme. No obstante, meses después regresó, tuvimos otra experiencia similar y volvió a ocurrir lo mismo, se alejó de mi vida. No fue sino hasta que el padre murió y que Alexis entró en una fase de profunda depresión cuando volvió a buscarme, bajo el pretexto, motivo, razón, verdad, mentira o acierto de que necesitaba de mi apoyo moral, porque yo era una persona madura, adulta, estable que podía ayudarlo a rescatarse de ese doloroso trance. (50-1)

¹⁵⁸ En su libro *Hablo por mi diferencia. De la identidad gay al reconocimiento de lo queer* (2009), List Reyes señala que estos ritos de paso “pueden incluir experiencias riesgosas, traumáticas y dolorosas, que regularmente llevan de la niñez a la edad adulta y en los que puede existir un espacio intermedio de liminaridad después de la cual el hombre asume su papel dominante en el contexto social” (59). En el caso particular de Alexis, podríamos decir que la violación sexual que sufre de niño por parte de su propio hermano, lo introduce –de manera traumática– al espacio de lo sexual desde una perspectiva patriarcal heteronormativa, pese al contenido homosexual que conlleva dicho acto.

A simple vista, la mentalidad de Rodolfo lo hace ver como un hombre bastante (pro)activo que está dispuesto a todo con tal de conquistar a Alexis. Por tal motivo, y según él, la clave está en la paciencia que debe tenerle (y que está seguro habrá de funcionar más tarde que temprano) para que Alexis se percate de las cualidades que posee:

Esa noche que volvió a casa me hizo muy feliz. Luego que lloró, que lo dejé hacer su catarsis, comencé por beberme sus lágrimas, por acariciar su cabello, por estrecharlo contra mi cuerpo, en un afán de darle seguridad, amor y mi comprensión, y como él no rechazó mis iniciativas seguí tocándolo suavemente, con cautela, con miedo, con placer, con pasión, hasta desnudarlo e hicimos el amor. A partir de entonces comenzó a buscarme con más frecuencia hasta que llegamos a vernos tres o cuatro veces por semana. Cierto es que Alexis era muy hermético y no dejaba ver nada en claro de lo que esperaba en mí. Supuse que debía tenerle paciencia, esperar a que se abriera más. Creí que en los dos años que tenía de conocerlo se había ubicado y aceptado su preferencia sexual que tanto le asusta. (51)

No conforme con haber llevado a cabo su propósito de seducirlo, es decir, de consumar la relación sexual, Rodolfo continúa tejiendo un razonamiento poco realista que nuevamente lo lleva a evadir la realidad. La (im)posibilidad de que Alexis acepte su homosexualidad representa para Rodolfo acceder a una relación estable que, según él, lo terminará por hacer feliz. Esta postura, sin embargo, sólo ocasiona que el narrador-protagonista continúe arrastrando su dolor bajo el pretexto de que sólo con el amor logrará ser feliz, aún y cuando obviamente no sea el caso.

Precisamente, el segundo propósito de Rodolfo por resaltar el papel pasivo de Alexis en la intimidad tiene que ver con su concepción de la relación bajo una visión sumamente heteronormada. Sin embargo, este punto resulta contraproducente debido a que toma como ejemplo los estamentos tradicionales de las relaciones heterosexuales, sobre todo la monogamia. Al respecto (y a modo de ejemplo) cabe citar nuevamente a Gallego

Montes, quien articula el aspecto del monoamor para dejar por sentado su influencia y fracaso dentro de los emparejamientos entre hombres homosexuales:

La supremacía del monoamor en la construcción de la afectividad entre varones es un indicador de las normas y discursos en torno al tipo y la naturaleza de las alianzas en la sociedad mexicana, que se extiende al campo del homoerotismo y de un conjunto de valores sociales acerca de la exclusividad, el compromiso y la fidelidad sexual que supuestamente encarna la monogamia. (228)

En gran medida, esta observación pone de manifiesto la complejidad de querer adaptar los moldes promovidos por la sociedad heteronormada a la esfera de los emparejamientos entre varones. De igual manera, el monoamor es sintomático del carácter fútil (e inútil) de adoptar el modelo hegemónico patriarcal, tal y como se observa en la visión de Rodolfo; cuyos esfuerzos, en lugar de atraer a Alexis, terminan por ahuyentarlo de su lado.¹⁵⁹

No hay que olvidar tampoco que Rodolfo, al enterarse de que Alexis andaba pregonando que tarde o temprano se casaría con una mujer, simbólicamente usurpa el papel tradicional que confiere a las relaciones heterosexuales cierto nivel de superioridad por encima de las relaciones entre personas del mismo sexo: “Por la tarde Pepé pasó a visitarme y contó que Alexis le había dicho que [...] seguía amando a una mujer [...] que no debe existir, sin duda se refiere a mí, pero como es tan orgulloso no está dispuesto a reconocerlo” (72). Este travestismo simbólico resulta sumamente revelador, pues exhibe el fuerte componente de negación que Rodolfo ha internalizado en su vida diaria. Al negarse rotundamente ante la verdad amarga de que Alexis no lo corresponde de la misma forma, Rodolfo no sólo traiciona su supuesta identidad *gay*, sino que incluso llega a exhibir signos de delirio mental, pues en breve es incapaz de discernir entre lo real de lo irreal. Así, entrada casi la mitad de la terapia (sesión décima), Rodolfo comenta su trastorno emocional: “[...] ve hasta qué grado me afectó esa relación en la que pese a todo creo que fui feliz, o me inventé una felicidad ficticia” (73). Es tal su grado de

¹⁵⁹ Los resultados de la investigación de Gallego Montes revelan que “una pareja sexual abierta tiene 51% más probabilidades de una duración superior a un año que una pareja sexualmente cerrada o exclusiva [...]” (310).

desesperación que prefiere verse como la mujer de Alexis sin importarle caer en la humillación.

Por otro lado, no solamente es Alexis quien parece estar aferrado a sus propios gustos e intereses, sino también Rodolfo, aún y cuando insiste en estar plenamente comprometido con Alexis. Lo cierto es que en realidad ninguno de los dos tiene contemplado un proyecto de vida duradero que puntualice la seriedad de su unión como pareja. Al respecto, cabe hacer hincapié en las relaciones sexuales de tipo casual de las que Rodolfo se ve involucrado en su intento por olvidar a Alexis. Si bien en innumerables ocasiones sus discusiones parecen dar por terminada la relación, de ninguna manera se podría decir que constituyan el punto final, pues siguen frecuentándose con relativa periodicidad (entre siete y ocho veces). El poder de convencimiento que Alexis tiene sobre Rodolfo es tan grande que ni aún las palabras, ni las frases más hirientes lo hacen reaccionar. Visto a través de un dicho mexicano, y según Rodolfo, lo único que Alexis hace es intentar *taparle el ojo al macho*:

La primera semana de junio Alexis volvió a comunicarse por teléfono preguntando si podía visitarme. Dos horas más tarde tocaba a la puerta de mi casa, entró con su habitual frialdad, sin saludar de mano y afanado en evitar cualquier contacto físico [...] Durante ese tiempo Alexis se bebió una botella de vino blanco y de encontrarse eufórico pasó a la depresión. Dijo que le alegraría mucho poder casarse, tener una esposa y sus propios hijos, así como darles todo el amor que a él le negaran sus padres cuando niño. En su desvarío volteó a verme y dijo en tono acusador: –¡Tú para qué podrías tener un hijo, imagina lo que pensaría de ti cuando creciera y se diera cuenta que eres un perfecto maricón!–. (45-6)

–Pensaría y opinaría lo mismo que el tuyo sobre ti–, [argumentó sarcástico Rodolfo], Como no supo qué contestar, habló de estar enojado conmigo y pronunció un largo y doloroso monólogo que no me conmovió porque no me encontraba cuestionado por mi preferencia sexual. (46)

En los diálogos pronunciados por ambos se esgrime el choque de personalidades que los muestra a cada uno como seres bastante disímiles. Ninguno de los dos está dispuesto a

ceder y por ello cada quien interpreta la realidad de acuerdo a su perspectiva. Dado el carácter de homofobia internalizada en Alexis, el sarcasmo con el que Rodolfo responde a su agresión verbal nuevamente exhibe signos de una marca debilidad.

Sin embargo, los constantes encuentros sexuales de Rodolfo con otros hombres se convierten en un obstáculo, es decir, en una tortura que alimenta y prolonga el recuerdo de Alexis, pues al final de cada uno de ellos no puede evitar sentir pena y añoranza por el pasado: “Me sentí culpable, sucio, impulsivo por haber dejado que otro que no fuera Alexis gozara de mi cuerpo [...]” (26). La actitud de Rodolfo nos vuelve a transportar al terreno del amor líquido. Parece ser que entre más desea recobrar la atención y el amor de Alexis, Rodolfo se vuelve parte de ese mismo sistema que rechaza y que imbrica el ambiente *gay*. En este sentido, el cambio constante de parejas sexuales se convierte en un acto pasajero y común, el cual bien se podría traducir a través de la frase: fornicar por fornicar. Si Rodolfo se mostraba desde un principio como una persona que supuestamente buscaba una relación duradera basada en la monogamia, al momento de inmiscuirse sexualmente con una larga lista de personas se vuelve a poner en entredicho su estabilidad emocional.

Otro aspecto que alude a la actitud evasiva de Rodolfo es su viaje a Costa Rica. Cansado de no poder sacar de su mente el recuerdo de Alexis, decide tomarse dos semanas de vacaciones en este destino tropical, lugar en donde conoce a varias personas pero de los cuales sólo dos logran quedarse en sus recuerdos: Harold de 18 años y Gilberth de 20. Con ambos se hace acompañar para recorrer las calles de San José, y de varias discotecas de ambiente *gay*, en los que se puede apreciar una dinámica clasista y discriminante, parecida a la del ambiente *gay* de la ciudad de México.

Asistimos a Tonight, una disco-bar propia para adolescentes, en donde la música era estridente. El lugar era visitado también por *bugas* de mente abierta y de varias locas que en lo absoluto nos cautivaron, por lo que decidimos marcharnos a otro bar de nombre: Los Cucharones, y aunque la gente era más atractiva, no dejaba de asomarse el mal gusto en la decoración del lugar, pero no estaba para exigencias. (92)

Pasadas las horas, Rodolfo se traslada a otro bar en el que si bien se esboza un aura diferente, de alguna u otra forma sigue aludiendo al contexto del México capitalino. Se trata del ambiente puteril de la clase baja en donde se dan cita todo un abanico de personajes nocturnos en busca de diversión:

Esa noche bebí tanto alcohol que no supe a qué hora se fueron Rubén y Joseph, y accedí a seguir la juerga con mi recién conocido en un bar de nombre Monte Carlo, lugar de reunión de gays, reprimidos, bisexuales, prostitutas, vividores, oficinistas y de hombres casados en busca de una aventura sexual con algún efebo. A eso de las tres de la madrugada llegamos al lugar invadido por el humo de cientos de cigarrillos que ardían al mismo tiempo. En la rocola Juan Gabriel cantaba con su voz melosa el tema: –Querida–, y la mayoría de los parroquianos tarareaban la misma letra. (93)

Como vemos en sus palabras, existe un sesgo de discriminación hacia las locas u hombres afeminados. Esta observación contradice de lleno los comentarios que hiciera al principio de la narración, en donde criticaba abiertamente la intolerancia no sólo de los heterosexuales, sino de los propios homosexuales: “Así como me molesta que haya *bugas* –mata putos–, también me indignan los gays misóginos, no veo por qué estar tan peleados unos con otros” (12). Por tal, la opinión de Rodolfo se ve plagada nuevamente de contradicciones que desestabilizan su supuesta identidad *gay* en tanto que tiende a ver en cualquier actitud y/o apariencia femenina un serio peligro que desprestigia, según su juicio, a los homosexuales masculinos como él. Por tal, no solamente es Alexis quien exhibe signos de una clara homofobia internalizada, sino también Rodolfo.

Sin embargo, esto no quiere decir que cese por completo su personalidad *gay*. En este sentido su viaje demuestra que el poder del dinero es limitado y que no necesariamente habrá de traerle la felicidad que, consciente o inconscientemente, intenta comprar: “No deseé quedarme encerrado en la habitación del hotel y asistí a la discoteca Los Cucharones para conocer a alguien, aunque fuera a un –chulo–, como así llaman a los chichifos o vividores” (107). Por otro lado, si bien la razón que lo lleva a viajar a Costa Rica desde el principio es porque según él necesitaba olvidarse de Alexis, así como que

“[...] allí “nadie [lo] conocía” (92), dicha situación más bien termina por convertirse en un problema. Precisamente, al no conocer a nadie (pese a entablar cierta amistad con Harold y Gilberth), Rodolfo no puede evitar sentirse solo hasta el grado de considerar abandonar el país: “Meditabundo por el hecho de no encontrar desde el primer día a un amigo con quien compartir parte de mi tiempo, salí a la calle para comer. Tal vez por estar muy sensible San José me resultó ser una ciudad terriblemente estrepitosa y su gente ya no me pareció amable [...]” (94). Al decaer su estado de ánimo, Rodolfo intenta en vano aferrarse a Harold, pese a no sentirse completamente atraído por su persona: “[...] El único defecto que le encontré era que tenía 18 años de edad. De momento no me sentí en condiciones de cambiar pañales, pero era preferible eso a cambiar –placas dentales–, como muchas veces lo he dicho” (95). Nuevamente se deja asomar en su opinión un tono de intolerancia y que en esta ocasión apunta hacia el plano de la edad. Paradójicamente al encontrarse solo los papeles se invierten; es decir, ahora es él quien toma el papel del menor, por lo que se da el lujo de rechazar a Harold, aunque sólo sea momentáneamente. Sin embargo, y como él mismo señala, después de todo tener compañía era lo único que importaba, aunque para eso tuviera que recurrir de nueva cuenta a la mentira: “Le conté de mi encuentro con Gilberth y dijo sentirse celoso de no despertar en mí tanta emoción como el herediano, pero como buen caballero le respondí que él me hacía sentir mejor que el anterior, cosa que por su corta edad pienso creyó” (95). Debido a que no pudo encontrar a un hombre mayor que lo hiciera sentir acompañado y seguro de sí mismo, Rodolfo se tuvo que conformar con Harold de quien hasta cierto punto se burla de su inocencia. A este respecto, no deja de llamar la atención la reiterada desestabilización de roles, pues es ahora Rodolfo quien se aprovecha de las circunstancias y no la figura del menor como en el caso de Alexis.

Por otro lado, no cabe duda que el aparente énfasis de Rodolfo en mantener una sola relación de pareja alejada de los encuentros sexuales furtivos denota otro aspecto ambiguo, aunque al mismo tiempo revelador. En la primera sesión dice que “desde la aparición del Sida [se olvidó] de las aventuras, de los encuentros ocasionales que no dejaron de ser excitantes y divertidos [...]” (14). Sin embargo, como hemos visto, Rodolfo continuó sosteniendo relaciones sexuales con varios hombres en su aparente afán de olvidar a Alexis, actitud que demuestra que en realidad su concepción de lo que es una

pareja no se basa precisamente en el monoamor. Si bien al final resultó bastante afectado por lo sufrido en su relación con Alexis, de ninguna manera significa que eso haya sido motivo suficiente para desistir de la idea de encontrar una pareja sentimental. Sin lugar a dudas, su viaje a Costa Rica le sirvió para conocer aspectos de su personalidad que desconocía y que de pronto lo hicieron valorar más su vida:

Esa noche dormí dichoso, ni el ruido de los coches que circulaban por la calle logró inquietarme. Dormí pensando en Gilberth quien me había dejado con una grata sensación en el alma, así como que este me llamaría a la mañana siguiente. – Soy un hombre afortunado–, pensé por el hecho de haber conocido chicos tan guapos, y tuve que ser honesto y reconocer que era profundamente vulnerable, que mis necesidades de amor eran tan grandes que un perfecto desconocido podía, en cuestión de minutos, hacerme perder el equilibrio interno, pero era parte de sentirme vivo, de no querer renunciar, a pesar de la ciencia, al niño romántico que llevaba dentro, porque estuve seguro que el día que eso ocurriera me convertiría en un candidato a la amargura y no estuve dispuesto a dañarme más. (96)

De esta manera, a través del reconocimiento que hace de su carencia afectiva, el narrador-protagonista entronca el amor con la vulnerabilidad, pero en cuyo caso le sirve para sobreponerse de su fatídica desilusión. Al reconocer sus faltas, Rodolfo recobra la tranquilidad necesaria que le permite afrontar con mayor tesón las vicisitudes de la vida.

Este nuevo panorama en la vida de Rodolfo coincide precisamente con el contexto social del México de finales del siglo XX. La presencia de un nuevo amanecer se descubre a partir de lo que comienza a ser un cambio en la actitud de la gente (por lo menos en el contexto capitalino), al señalarse algunas de las características imprescindibles de cualquier comunidad *gay* alrededor del mundo: “Me agrada que en México comience a darse un cambio de mentalidad que nos permite respirar con cierto grado de libertad, que puedas salir a divertirte a uno de tantísimos lugares de ambiente abiertos por toda la ciudad” (13). De hecho, y principalmente a través de las publicaciones de revistas como *Hermes*, *Apolo*, *Diferente*, *Boys and Toys* (13), la comunidad *gay* de México comenzó a tener voz, pues en ellas vio uno de los primeros pasos en alcanzar el reconocimiento

social (Sánchez-Crispín y López- López 200). Lo novedoso aquí es la apertura hacia el sujeto homosexual, pese a que como señala Rodolfo, “[...] algunos expendedores todavía te ven con ojos de horror y te avientan el cambio, lo cierto es que se nota una mayor evolución y tolerancia de parte de un sector de la sociedad” (13). Las publicaciones a las que alude el narrador-protagonista entrevén una situación liminal en la que el sujeto homosexual se ubica en los albores del nuevo siglo.

A grandes rasgos podríamos decir que dichos cambios hicieron posible la relación entre Rodolfo y Alexis, pues al acoplarse a los nuevos parámetros de la sociedad, ambos tuvieron una mayor libertad de escoger y relacionarse el uno con el otro (pese a que como hemos visto su relación no fue del todo placentera). Si bien las nuevas actitudes de la sociedad comenzaron a permitir un mayor contacto entre varones homosexuales, sus efectos en realidad fueron contraproducentes, pues como el autor sugiere, la gente *gay* de hoy (grupo en el que tanto Alexis como Rodolfo encajan, pese a que este último no se considere parte de él) ha vertido su atención casi exclusivamente en el sexo: “La falta de compromiso, el cada quien su vida, actitud en la que viven la mayoría de las nuevas generaciones, ese afán de imitar en todo a nuestros vecinos del norte, más que ayudarnos a mantener nuestra identidad nos ha hecho perder ciertos valores fundamentales en la vida de todos los seres humanos, de los que hay quienes se avergüenzan” (14). Por tal motivo, y pese a que la relación entre Rodolfo y Alexis tuvo sus primeros comienzos a finales de los años 80, es posible encontrar un paralelo cercano a lo que Gallego Montes denomina la institucionalización de la vida *gay* en base a tres características (citadas *en extenso* a continuación), y que emana de su investigación comenzada a finales del siglo pasado:

- 1) La extensión del emparejamiento entre varones como “el modelo” de resolución erótico-afectiva, pasando de la visión fatalista del amor entre ellos a una normalización y regulación de la afectividad *gay* con la afectividad heterosexual, mediante el desarrollo normativo por parte del Estado local por medio de las sociedades de convivencia. Sin embargo, antes de la regulación civil se venía dando una normalización discursiva y mediática, con alto contenido de clase, del amor entre personas del mismo sexo.

- 2) El proceso de salida del clóset o *coming-out*, como experiencia colectiva propia de la cultura gay, y la estructura familiar de la sociedad mexicana, derivaron en una articulación no antagónica del emparejamiento entre varones en el esquema de la “gran familia parental” y, por lo tanto, en su institucionalización como una forma alternativa de proveer afecto y cuidado a algunos(s) de sus miembros.
- 3) El aumento del ligue en el bar gay y la internet como instituciones que tienden a concentrar el mercado sexo-afectivo entre varones urbanos de clase media, desplazando espacios convencionales de interacción sexual como la calle, el Metro y la fiesta-reunión. (287)

Bajo este esquema encontramos que solamente uno de los actores de la relación (Rodolfo) intentó poner en marcha la primera característica. Sin embargo, el quiebre de personalidades entre ambos impidió cualquier tipo de solidificación en el plano afectivo. En términos generales, cada una de estas características bien pudo haberse suscitado entre ambos pero debido a la renuente actitud de Alexis por encarar públicamente su homosexualidad, su relación no pudo superar los obstáculos presentados y, por ende, fue incapaz de acceder al modelo institucionalizado según Gallego Montes. Además, pese a la ambigüedad de las ideas de Rodolfo, no puede negarse que es precisamente a través de él que se esgrime un concepto claro sobre el aspecto de la identidad sexual: la toma de una consciencia *gay* pero que al mismo tiempo sigue alimentando preceptos tradicionales. En este sentido sólo queda mencionar que tal vez si Rodolfo hubiera optado por relacionarse con alguien más afín a sus ideas e intereses, muy probablemente su historia hubiera tenido otro desenlace y quizás feliz. Sin duda la falta de un modelo como el griego al que alude el autor ha provocado que las relaciones homosexuales contemporáneas dependan de su contraparte heterosexual, por lo que al momento de confrontarse ambos polos se da origen a una situación sumamente discordante. Además, el hecho de que actualmente no exista un reconocimiento social y legal de los emparejamientos entre varones (salvo en contados casos) contribuye a la lista de obstáculos a los cuales este tipo de uniones constantemente debe hacer frente. Por tal, dicho posicionamiento débil desde las aceras de lo político y social constituyen en sumo

grado la perduración del sistema que ve las relaciones homosexuales desde un punto de vista bastante negativo. Y eso es precisamente lo que la obra de Guiza Lemus refleja.

4.5 Una pareja muy dispareja

Hasta este momento he venido utilizando el término pareja para designar la unión entre Rodolfo y Alexis. Sin embargo, es importante ilustrar un poco más a qué me refiero exactamente con este concepto tan afincado en el mundo *gay* de nuestros tiempos. De acuerdo a Gallego Montes, a partir del surgimiento de la identidad *gay* en México durante los años setenta, se comenzó primeramente a utilizar el término *amigo* entre dos hombres que decidían formar una relación entre sí. De esta manera, dicha relación *de amigos* ayudó a despejar el ambiente de rechazo que de otra forma hubiera sido difícil de extinguir, sobre todo en el momento de presentar *al amigo* ante los familiares. La particularidad de esta forma de denominación que seguía vigente hasta la década de los ochenta; no obstante, comenzó a exhibir cambios hasta culminar en la designación *mi pareja*, durante la década siguiente (138-9). En este sentido, y como ya se expuso líneas arriba, de cierta forma la amistad vino a ser reemplazada por el amor, aunque como revelan los resultados de la investigación de Gallego Montes, el contexto sigue mediando este tipo de terminología; o sea que todo depende de las circunstancias en las que se ubiquen y/o desempeñen los actores de la relación: “El ritual de presentación de un novio o pareja, sea del mismo o del sexo opuesto, requiere certeza en la aceptación de quien presenta y es presentado como posible miembro de la familia; tal certeza involucra múltiples aspectos, como el nivel socioeconómico y cultural de origen” (Gallego Montes 311).

En la novela, el narrador-protagonista tiene la fortuna de llevar una buena relación con su madre, lo que le permite incluirla y hacerla partícipe de su vida social y afectiva. Por tal, Rodolfo no tiene ningún inconveniente en contarle sus aventuras y desventuras en el medio *gay*, de manera que la madre reconoce a Alexis como la pareja de su hijo. Pero a pesar de estar al tanto de la situación, la madre de Rodolfo no pierde la oportunidad de aconsejarlo: “–Sabes que no me gusta interferir en tu vida pero ese muchacho es un mezquino, vive con tanta amargura que ni color tiene en las mejillas, algún día se te pasará ese amor, nada es eterno en la vida–, dijo Mamá, y aunque le concedí la razón,

deseé profundamente que estuviera equivocada” (71). Por otro lado, la familia de Alexis también conoce de la existencia de Rodolfo, aunque la diferencia estriba en que a él lo identifican simplemente como el *amigo* de su hijo, aún y cuando conozcan exactamente el verdadero tipo de relación que ambos sostienen. En este sentido, es de notar que la clase social media baja a la cual pertenece Alexis influye de manera directa en el tratamiento y manejo de su propia sexualidad, pues como hemos visto los papeles tradicionales de género se encuentran más arraigados ahí que en las clases medias y altas: “El hecho de que una relación de pareja entre dos varones sea visible en la red familiar puede generar en ellos menos conflictos asociados con la homofobia interna y el no reconocimiento, expresados en el anonimato y el enmascaramiento de la relación bajo diferentes figuras socialmente legítimas de vinculación afectiva entre hombres” (Fraser citado en Gallego Montes 312).

Como expone Gallego Montes, otro de los problemas que imposibilitan las relaciones entre varones es la clase social. El contexto socioeconómico de cada quien los hace acreedores de diferentes modos de ser, actuar, y ver la vida. El significado de una relación en pareja (pese a la opinión de la madre de Rodolfo), difiere significativamente del punto de vista de Alexis puesto que para él tan sólo representa la obstrucción de su libertad.¹⁶⁰ Por tal motivo, dentro del contexto socioeconómico se destaca la estructura familiar; hecho significativo en la vida de Alexis, y en cuyo caso se vislumbran las consecuencias que determinaron (en gran parte) su carácter evasivo y ambivalente respecto a su sexualidad. Así, en las últimas páginas de la obra se aclara por completo el episodio oscuro que, de alguna u otra forma y según Rodolfo, llevó a Alexis a sentir inclinaciones homosexuales: la violación sexual por parte de su hermano Irving:

Ha llegado el momento de contarte ese suceso de infancia de Alexis y del que no quise hablar desde el inicio de estas entrevistas. Ha transcurrido un año siete

¹⁶⁰ Mauricio List Reyes señala en su libro *Hablo por mi diferencia* que “la sexualidad de los chicos no heterosexuales se oculta, pues no cumple con la norma heterosexual. Nadie quiere saber que el joven aludido tiene un novio o un amante, que está enamorado, o que simplemente está entusiasmado porque ‘coge rico’ con su pareja. Todos esos temas que los demás están encantados de oír de la pareja heterosexual, en el caso del gay no lo están” (63).

meses desde aquella ocasión en la que Alexis me invitara a comer a su casa en compañía de su familia, incluso de Irving quien fuera en un tiempo la oveja negra de la familia [...] Sabía de la existencia de Irving por los escasos y evasivos comentarios que Alexis hiciera de éste [...] En un momento dado en el que la mayoría de los allí reunidos estábamos ebrios, Renata, la hermana mayor, festejó el reencuentro con Irving quien vivía solo, y para sorpresa de todos, Salvador, con la cara congestionada por la ira gritó no estar en condiciones de festejar a un – puto como Irving– que no sólo a él, sino a Alexis, los había violado cuando contaba con siete y nueve años de edad [...]. (142)

En esta cita, el narrador-protagonista descubre de primera mano aquel hecho que paradójicamente lo redime de toda culpa, pues a partir de entonces Alexis es incapaz de seguir acusándolo de haber causado su homosexualidad. Queda, pues, comprobada otra de las tácticas de manipulación de Alexis el *chichifo*:

En medio de aquel rebumbio se alistaron para salir rumbo a su casa y aproveché para entrar a la recámara de Alexis y despedirme de él. La luz interior estaba apagada y no pude verle bien el rostro, tampoco quiso darme la cara pues lo supuse desarmado, sabía que su teatro, su circo, su fantasía, su enfermiza actitud de culparme de quererlo hacer gay se habían derrumbado, ya no disponía de armas para combatirme, estaba indefenso y por ende, molesto contra mí, porque en su casa, en su cara, sin que yo hurgara nada en su nebuloso pasado, me había enterado de los orígenes de su homosexualidad, algo aprendido de manera incestuosa. (143)

Dicho descubrimiento, además de reafirmar la deshonestidad de Alexis en cuanto a querer ejercer control sobre la vida de su pareja, coincide sorprendentemente con los resultados de la investigación realizada por Gallego Montes. En ella, se señala además que las personas que tuvieron sus primeros encuentros sexuales con familiares son las que mayormente exhiben una conducta de represión:

La mayor proporción de aquellos que manifestaron sentirse culpables / arrepentidos, se encuentra entre los varones que tuvieron su primera experiencia

homoerótica con un familiar o pariente (18.9%) pero al mismo tiempo son los que quedaron con ‘más ganas de volverlo a hacer’ (40.6%), ésta aparente contradicción que no permite definir un sentimiento único, refuerza la tesis de la ambigüedad discursiva y la valoración de la experiencia homoerótica en relación con los dispositivos normativos frente a la prohibición del incesto. (209)

Estos resultados, anclados en el análisis de la novela de Guiza Lemus, recrean un entorno mediatizado por el chantaje y la burla de querer hacer ver a la pareja como la causante de las desgracias y episodios ocurridos –en este caso– en la vida de Alexis. Dicho personaje se desplaza en la vida como un ser aparentemente sin sentimientos pero que, como hemos visto, es capaz de ocultar sus verdaderas intenciones bajo la máscara de su propio cinismo. La visión del *chichifo* imposibilita de esta manera la creación de una auténtica relación basada en el respeto y la honestidad, según las necesidades requeridas por Rodolfo, las cuales se empeñará en buscar en cada uno de sus compañeros pero guiadas por el físico: “A veces llegué a cuestionarme cuán grande sería mi amor por Alexis pues algunos hombres que poseían características físicas parecidas a las suyas, llamaron notoriamente mi atención, pero para mi desgracia ninguno de ellos permaneció a mi lado por más de una noche [...]” (58). Esta idealización del prototipo del amor; sin embargo, lejos de ayudarlo lo perjudica, pues supone que tarde o temprano encontrará a una especie de doble de Alexis que posea todas las cualidades positivas basadas en su concepto de lo que es ser una buena pareja.

Precisamente, esto nos lleva a analizar el último elemento que puede determinar el futuro (bueno o malo) de las relaciones entre parejas del mismo sexo: el sitio donde acontece el primer encuentro (Gallego Montes 312). Las dinámicas que suelen desarrollarse dentro de los sitios de ligue como los bares y las discotecas (véase el capítulo 2), apuntan inevitablemente a la institucionalización; no sólo de las parejas homosexuales, sino de la vida *gay* en general. La cada vez mayor oferta en este tipo de espacios ocasiona, por un lado, el incremento de las probabilidades de encontrar una pareja; sin embargo, esto no necesariamente se traduce en el establecimiento de una relación de carácter duradero. Por el contrario, el tipo de contactos que puedan desarrollarse a partir de los mencionados lugares, guarda una estrecha relación con la posesión de características definidas en base

a aspectos estéticos y socioeconómicos. Por ejemplo, para que una persona en México sea considerada atractiva, necesariamente sus características físicas deben coincidir con el prototipo de belleza que por muchos siglos ha sido la constante de los países colonizados por Europa: ser de piel y ojos claros (véase el capítulo 2). En el caso específico de la cultura *gay* del México contemporáneo (y de buena parte del mundo), el culto al cuerpo bien labrado, además del color de piel y ojos, presupone casi un deber al que se debe someter; si es que se quiere tener éxito en el medio, aunque como se mencionó líneas arriba, el pene (y los testículos) pueden llegar a pesar más que cualquier otra cosa. En el contexto de la novela, es claro el desfase que existe entre los dos, pues como hemos visto Rodolfo pertenece a una clase social más alta que la de Alexis. Por tal, al recordar el momento y lugar en que se conocieron, no deja de llamar la atención que precisamente haya sido en un lugar *buga*, y aunque paradójico, ese debiera ser el lugar que fomentara relaciones más duraderas puesto que se aparta de los espacios particulares homosexuales utilizados como refugios de la hostilidad social y/o institucionalizados según List Reyes.

Ahondando un poco más en el aspecto físico, ser considerado atractivo es casi garantía infalible de encontrar un ligue, mas no de una pareja sólida. Apoyado en los resultados del trabajo de Gallego Montes, se indica que los hombres homosexuales que se conocen en sitios que alientan la práctica de la marginalidad como los cuartos oscuros, los baños y saunas, los bares y las discotecas, y de manera más reciente el internet, tienen menores posibilidades de encontrar y desarrollar una relación de pareja duradera. Por otro lado, las personas que se conocen en la escuela son las que mayores posibilidades tienen de desarrollar una relación estable: “En otras palabras, la sociedad mexicana y capitalina está altamente estratificada socialmente y los logros educativos y su acreditación tienen un papel central en tal estructuración, de ahí que la movilidad entre clases no pase de ser un sueño bastante bien recreado en las novelas mexicanas o un deseo revolucionario de los años setenta” (Gallego Montes 312-4).¹⁶¹ En la novela se hace hincapié en la profesión

¹⁶¹ Los hallazgos de esta investigación revelan, además, que para que dos hombres lleguen a formar una relación exitosa de pareja, necesariamente deben provenir del mismo estrato social, en lo que se conoce

de Rodolfo (abogado) pero no en la de Alexis. Sin embargo, es importante traer a colación hasta qué punto vale la pena intentar desarrollar parejas estables si todavía no se cuenta con un reconocimiento legal. Sin lugar a dudas el hecho de que existan homosexuales que insisten en imitar el modelo heterosexual pone de manifiesto, por un lado, el deseo de normalizar sus vidas en aras de que con eso puedan llegar a ser aceptados por la sociedad patriarcal; y por otro lado, repercute enormemente en las posibilidades de formar parejas homosexuales pues dados los altos índices de divorcio en los heterosexuales, ¿cómo se pretende entonces que los homosexuales logren lo opuesto?

Sin embargo, más allá de cualquier diferencia social, económica y familiar, y como forma de concluir este apartado, dejemos que sea el propio Rodolfo quien nos diga por qué no pudo permanecer junto a Alexis:

–Sería más pertinente y honesto reconocer que ambos nos utilizamos, que fuimos egoístas, que cada uno pensó más en sí mismo que en el otro. Acepto que muchas veces, víctima de la desesperación, te lastimé sin proponérmelo, te pido perdón. Ayer por la noche soñé que caminábamos juntos, abrazados, que nos perdonábamos desde lo más honesto de nuestro corazón, lo que indica que en el fondo de mí he comenzado a superar todo lo que me lastimaste–. (46-7)

Algo desfavorable en nuestra relación fue no haber establecido una comunicación afectiva, franca y abierta y cada uno de nosotros tuvo por separado su propia interpretación de las cosas. (51)

A manera de conclusión, no cabe duda que en *Quizás no entendí* encontramos muchas de las convenciones sociales que hacen de las uniones entre varones una especie de imitación del sistema heteronormativo patriarcal. Por lo tanto, no resulta desproporcionado afirmar que la expansión de dicho modo de entender los

como homogamia, y que “puede entenderse como la unión entre miembros del mismo grupo social (Solis *et al* citado en Gallego Montes 313).

emparejamientos ha arrastrado tras de sí, un claro proceso de institucionalización. Si bien su impacto todavía no comenzaba a sentirse completamente al final de la última década del siglo pasado, ya comenzaban a exhibirse las primeras señales de que las cosas tomaban otra dirección. En este sentido, los personajes de Rodolfo y Alexis nos muestran que por más intentos que se quieran hacer de regular a las parejas del mismo sexo, eso no presupone la existencia de un modelo que funcione. Es claro, además, que debido a que la sociedad mexicana continúa fuertemente dividida según la clase social, los emparejamientos entre varones se vean doblemente afectados por estas dinámicas de exclusión. De ahí que la atracción que un hombre como Rodolfo (maduro, profesionista, de clase media, culto, y *gay*) siente por Alexis (joven reprimido, de clase baja, violento, es decir, un *chichifo*) no deje de ser una simple obsesión disfrazada por toques románticos.

No cabe duda, además, que al exponer uno de los temas más importantes dentro de las narrativas de temática homosexual (las relaciones de pareja), *Quizás no entendí* retrata la fascinación (suicida) que suele existir entre dos hombres de diferentes estratos sociales. Más allá de ser una propuesta pesimista, la obra es una representación de la incansable búsqueda por esa supuesta complementariedad que el sistema heteronormativo patriarcal ha sembrado en la mayoría y que está, por lo que parece, muy lejos de la realidad.

Por otro lado, el proceso escriturario o terapia al cual acudió el autor para liberarse de sus fantasmas emocionales, confirma nuevamente el carácter autobiográfico bajo el que se exhiben buena parte del tipo de obras abordadas en este trabajo. Lo importante es que la literatura sirva como un espejo que refleje no sólo lo positivo de la vida *gay*, sino también aquellos trechos del espacio *torcido* que insisten en aferrarse al discurso oficial. Sólo habría que añadir que el resultado de la disputa entre ambos espacios refleja una forma de penetración violenta en la que el espacio hegemónico (el *buga*) constantemente penetra de manera violenta los intersticios del espacio *gay*. Y es precisamente la fuerza y los valores del espacio heterosexual que ocasionan la distorsión y/o lo *torcido* de ese espacio naciente.

La doble moral alimentada por los que no se identifican propiamente como hombres *gays*, sino escasamente como hombres que mantienen sexo con otros hombres (HSH) –el caso del *chichifo*– es uno de los factores que contribuyen y entorpecen seriamente las relaciones homoafectivas, a juzgar por la trama de *Quizás no entendí*. Sin lugar a dudas, se podría decir también que la obra de Guiza Lemus es un reflejo fiel de la amplia variedad de personajes enmarcados en el ambiente homosexual de finales del milenio y principios del presente siglo en México, que Michael K. Schuessler denomina homoculturalidad mexicana, como describí al principio de este trabajo.

Finalmente, la novela puede ser interpretada como un texto fundacional que refleja o recoge los cambios en las nuevas generaciones de homosexuales, en la medida que exponen la frivolidad que permea el ambiente *gay* de los últimos años. Aunque pareciera ser que el tema de la homosexualidad ha sido capaz de conquistar territorios jamás imaginados (como el aspecto de las uniones civiles entre parejas del mismo sexo adoptadas en 2005 en la ciudad de México), lejos estamos de poder decir que el país está libre de homofobia. En suma, Guiza Lemus es un escritor comprometido consigo mismo y con la comunidad *gay* (pese a la desunión que sigue prevaleciendo dentro del colectivo), debido a que su obra entrevé la importancia que conlleva la exploración de la amplitud de figuras, personajes, e identidades que transitan por el mundo *gay*, y que al final nos ayudan a comprender (no sin antes problematizar), la (im)posibilidad de las relaciones de pareja entre varones.

Conclusiones

El objetivo principal de este estudio ha sido rastrear el devenir de la comunidad *gay* o LGBTTTI en un periodo que comprende los últimos treinta años del siglo XX, y su representación a través de la literatura de temática homosexual en México. La cronología de los eventos más importantes en torno a la esfera *gay* ha permitido cambios substanciales en el reconocimiento de los derechos de los homosexuales. Sin embargo, a medida que se han ido suscitando en el plano social, han quedado también anclados aspectos sumamente tradicionales que revelan claramente una conflagración con los nuevos mecanismos y formas de organizar el deseo homoerótico. En este sentido, la emergencia del discurso *gay* a finales de los años 60 en Estados Unidos y su posterior expansión *south of the border* provocó una cierta apertura en cuanto a los papeles tradicionales de género, es decir, la dicotomía activo/pasivo en las relaciones homosexuales comenzó a exhibir signos de una marcada desestabilización. Si bien este importante cambio permitió que la sociedad mexicana saliera poco a poco del letargo impuesto por el sistema heteronormativo patriarcal sobre el deseo homoerótico, no cabe duda que su aglutinamiento fue hasta cierto punto limitado.

La década de los años 70 fue para México una época colmada de un fuerte sentir de protesta en el que los y las homosexuales decidieron por fin tomar el mando de su propia sexualidad. Fue así como comenzaron a organizarse los primeros grupos que pretendían exigir lo que hasta entonces nadie se había atrevido: el reconocimiento de su diferencia en la sociedad. Después de siglos de ocultamiento, represión y persecución policiaca, los homosexuales finalmente salieron a las calles para mostrarle a la sociedad entera su existencia y sobre todo la necesidad de respetar sus vidas. Esta afrenta directa a los valores de la sociedad heteronormada significó un parteaguas que abrió las puertas del clóset al que habían sido confinados por largo tiempo los jotitos. Todo parecía indicar que finalmente había llegado la hora de vivir plenamente en un mundo colmado por la homofobia y el desprecio hacia aquéllos que no se acoplaban al molde tradicional; sin

embargo, poco tiempo duró el efecto arrollador provocado por la conquista de un espacio de placer, de un espacio en el que muchos maricones se convirtieron en *gays*.

Pero todo cambió el fatídico verano del 81 cuando comenzaron a circular los primeros rumores de que en Estados Unidos estaban muriendo jóvenes apuestos de un extraño cáncer *gay* que en cuestión de meses les arrebatava cualquier rastro de belleza, hasta dejarlos solos e inertes sin que nadie supiera por qué. De esta manera, la recién conformada comunidad *gay* comenzó a perder a cientos, miles, y hasta millones de sus miembros a medida que los años 80 avanzaron y el VIH se logró meter por las venas y los fluidos corporales de sus víctimas. En medio del pánico desatado toda una generación pereció a raíz de este mortal virus que al no conocerse y contar con paliativos derivaba en el Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida, es decir, en el temible SIDA. Pero quizás el mayor de los dolores que trajo consigo fue el rechazo que los infectados comenzaron a sentir por parte de la sociedad que los veía como personas lascivas a quienes el poder divino les había mandado una prueba de su existencia: castigarlos con una terrible enfermedad por haberse atrevido a romper el supuesto orden natural de las relaciones sexuales. Sin embargo, alguien tuvo que cuidar a los enfermos y ese alguien fue precisamente los integrantes de la comunidad *gay*. Contagiados y no contagiados se avocaron a llevar un último rayo de esperanza a los desahuciados. Más adelante y ya entrados los 90, por fin las compañías farmacéuticas decidieron lanzar al mercado los antiretrovirales que comenzaron a salvar muchas de las vidas que se creían perdidas. Nuevamente parecía que sol de antaño comenzaba a brillar, aunque sólo para algunos cuyos medios económicos les posibilitaba aferrarse a la vida.

En la medida que el VIH se fue haciendo parte de la cotidianidad de los seres humanos alrededor del mundo, vino también una época de reflexión en la que algunos hombres homosexuales comenzaron a aferrarse a la monogamia como forma de evadir el letal virus. Por tal, se comenzó a poner en boga nuevamente el concepto de las relaciones tradicionales de pareja entre los hombres cuyas aspiraciones iban más allá del simple ligue pasajero. Sin embargo, otros prefirieron continuar con los mismos desdeños de entregarse al placer aunque para eso pusieran en riesgo sus vidas. Lo cierto es que el SIDA se constituye como uno de los retos más grandes vertidos sobre la humanidad

entera, aunque gracias a él se produjo también la gran oportunidad de desentrañar el tema de la homosexualidad masculina y sus alcances.

En el capítulo 1 –De la prostitución al relato autobiográfico– abordé una de las primeras obras de temática homosexual en México que se atreven a desafiar algunos de los conceptos tradicionales de la sociedad, como lo es el machismo y la prostitución masculina. El espacio *torcido* que el personaje principal (Narveli) encarna en *El desconocido* se ubica en una posición liminal donde la ambigüedad y la represión de su sexualidad se conjugan con las ganas de querer hacer frente a su compleja situación. Sin embargo, pueden más los atavismos impuestos por la sociedad y el trauma causado a raíz de la violación sexual. En todo caso es el personaje secundario, Anlino, quien finalmente logra posicionarse como un verdadero personaje *gay*, y para quien lo más importante es ser copartícipe del proceso inventivo de la comunidad *gay*. A través de la novela se expuso también el concepto de la “homoculturalidad mexicana” esbozado por Michael K. Schuessler, para designar a las castas como los jotos, los chichifos, los chacales, y los mayates, entre otros, y que nos habla de la manera tradicional en que además de organizar el deseo homoerótico, muchos homosexuales han internalizado la homofobia al ceñirse a los papeles tradicionales de género. En este sentido, un acercamiento sociológico resultó de gran ayuda para leer el *yo* interior de los personajes que habitan la novela de Rodríguez Cetina, por lo que una limitación exclusiva del plano de la ficción hubiese resultado incompleta. En términos generales *El desconocido* es una de las obras imprescindibles al momento de estudiar la literatura de temática homosexual en México, debido a que fue una de las primeras en retratar la situación de los homosexuales; aún y cuando en general sea una obra con un tono bastante pesimista. La manera de abordar la prostitución masculina devela aspectos importantes en cuanto a la formación de los circuitos *gays*. Por esta razón, se podría decir que la novela es una de las primeras en llevar a la mesa de discusión el tema de la prostitución masculina desde ambos lados de la opinión; es decir, la concepción tradicional vista a través de Narveli y la visión moderna por medio de Anlino. El quiebre de la tradición literaria a raíz de la publicación de esta novela es un claro indicio de cómo las cosas comenzaban a tomar un rumbo diferente respecto al tema de la homosexualidad a finales de los años 70.

Por otro lado, en la segunda parte del mismo capítulo se analizó el libro de relatos *El pasado me condena* del mismo autor, como una forma de unir ambas obras y así destacar el elemento autobiográfico en el plano general de la literatura de temática homosexual. A mi manera de ver las cosas, dicho aspecto es una de las piezas claves que ofrecen una respuesta al por qué generalmente este tipo de obras se abordan desde la perspectiva del yo. Al respecto cabe decir que la toma de ese otro yo funciona como una manera de legitimar el valor de las obras, puesto que es precisamente la sensibilidad *gay* a través de la cual se construyen en buena parte estas narrativas. El proceso escriturario de Rodríguez Cetina representó, también, una forma de exorcizar sus demonios internos; aunque como vimos en el análisis de la obra lejos de ayudarlo lo perjudicó. Sin embargo y pese a todo, el testimonio de ese trayecto nos ofrece un importante referente sobre el espacio *torcido* yuxtapuesto a la realidad *gay*, tal y como comenzaba a dilucidarse a finales de la década de los 70. La multiplicidad de los registros en los que el deseo homoerótico se concibe en la novela y que son confirmados en *El pasado me condena* dan cuenta del proceso de construcción en el que el yo interno del narrador-protagonista se convierte en un yo que le pertenece a la colectividad, es decir, a la comunidad *gay* que recién comenzaba a surgir.

En el segundo capítulo –La época dorada de la novela mexicana de temática homosexual– discutí la importancia de la identidad *gay* para desestabilizar estereotipos basados en los roles tradicionales de género. La novela *Melodrama* de Luis Zapata dejó ver el poder del dinero rosa hacia la adquisición del estatus de *gay*. Bajo esta focalización, la institucionalización de los lugares de ligue y de diversión, como los bares y las discotecas, nos habla de cómo algunos homosexuales fueron capaces de encontrar y acceder a un espacio que les permitió ser y hacer lo que quisieran. Dentro de estos espacios los homosexuales encontraron también una forma de hacer frente a la represión que todavía era común encontrar pero, sobre todo, fueron capaces de formar una verdadera colectividad en la que todos eran parte de la misma familia. Por otro lado, la desestabilización de los roles sexuales (activo/pasivo) en la novela es sintomático de los cambios suscitados en la esfera homosexual, aunque el paradigma viejo de los roles tradicionales continúa fuertemente vigente. La obra de este importantísimo escritor es fundamental para el estudio del tema en cuestión, pues es una de las pocas (si no la única) que teje un final feliz, al mismo tiempo que se apoya en el género del melodrama como

una manera de subvertir los roles de todos los personajes. Su obra también sirve como espejo de las nuevas ideas que se oponen contra los papeles tradicionales en los que el mayor de la relación homosexual es el que lleva las riendas económicas.

En el capítulo 3 –Al borde del abismo: la ruptura de un espacio de placer– analicé la obra de Mario Bellatin, *Salón de belleza*, a la luz de las acciones emprendidas por la comunidad *gay* hacia la atención de los enfermos de SIDA. Dicha enfermedad moldeó por completo el espacio de placer que precedió a la ruptura provocada por el letal VIH. Sin bien es cierto que las pérdidas humanas no pueden ser reparadas, al echar un vistazo al pasado no se puede ignorar el hecho de que sus efectos sirvieron también para crear consciencia sobre el tema de la homosexualidad. Ante la hecatombe surgió una respuesta que permitió reflexionar y madurar a muchos homosexuales que fueron tocados directa e indirectamente por la letal enfermedad. En este sentido, la novela de Bellatin se antepone como una de las pocas instancias en las que se aborda en la literatura el tema de la peste del siglo en México. El tabú que ha representado el SIDA–y que sigue representando en mayor o menor medida en la sociedad actual– refleja el desinterés de los escritores que temen involucrarse en un tema tan polémico. Sin embargo, la labor de Bellatin es digna de admirarse pues además expone algunos de los tintes vistos a través de la cultura del SIDA desarrollada en Estados Unidos. Por tal, la novela no solamente representa el duelo interno del regente del Moridero, sino una oportunidad para tornar una experiencia sumamente difícil en algo positivo. La consciencia creada en el narrador-protagonista nos lleva a repensar la vida misma como un trayecto corto en el que cada uno de los personajes son los arquitectos de su propio destino, y sobre el cual pueden decidir. Además, el elemento de la juventud se recrea como un tesoro que los homosexuales suelen valorar en sobremanera, pero a través del cual llegan inclusive a perder el verdadero significado de la vida. En este sentido, la ruptura del espacio torcido provocada por el SIDA es capaz de crear sujetos de un mundo en el que la unión hace la fuerza. El autor también denuncia la falta de atención a los enfermos por parte de las autoridades y la sociedad en general, resaltando así el carácter afectivo de la enfermedad, es decir, que el virus en sí puede no ser tan peligroso como lo es la actitud de rechazo por parte de la gente al estigmatizar a los enfermos. Esta postura se hace necesaria como parte de un

discurso crítico en el que el autor exige abordar el SIDA y sus efectos devastadores vertidos desproporcionadamente sobre la comunidad *gay*.

En el último capítulo –Pégame pero no me dejes: la disputa entre el espacio *buga* y el *gay*– tomé como marco de análisis la novela de un escritor sumamente desconocido por los críticos literarios, quizás por considerarla como carente de cualquier valor estético: *Quizás no entendí*. Si bien no se puede negar que entre sus diálogos se asoman sesgos repetitivos que incluso podrían llegar a colmar la paciencia del lector, la importancia de la obra de Gerardo Guiza Lemus en este estudio radica en la manera cómo retrata la lucha entre dos figuras sumamente distintas y por demás comunes entre los emparejamientos homosexuales en México: el *chichifo* y el *gay*. Esta relación conflictiva es uno de los puntos más rescatables de la obra pues a grandes rasgos expone la manera en que el espacio homosexual está constantemente a merced de su contraparte heterosexual (o *buga*). La atracción del personaje mayor de la relación (Rodolfo) por un muchacho menor que él (Alexis) termina siendo una verdadera batalla campal, luego de un sinfín de desacuerdos entre los dos, y de los que resalta la rotunda negativa del más joven por asumir su homosexualidad ante su pareja. Teniendo en cuenta dicho escenario se podría decir que la novela de Guiza Lemus cierra el ciclo de las obras de temática homosexual escritas luego de que el SIDA comenzara a tornarse una cuestión crónica. Bajo esta línea de pensamiento, la formación de las relaciones en pareja constituyen para el narrador-protagonista una necesidad ineludible como forma de protegerse del virus, situación que hace eco de su edad y la manera en que fue testigo de la muerte de varias de sus amistades. En cambio, para Alexis las cosas son diferentes pues pesa más el qué dirá de la sociedad que las probabilidades de contagiarse.

A grandes rasgos, la novela intenta plantear, por medio del protagonista-narrador, una concepción *gay* de su propia sexualidad; sin embargo, existen varias discrepancias en sus acciones que nos llevan a observar la manera cómo él mismo se encarga de erigir una actitud incoherente y gracias a la cual le es imposible adquirir una verdadera identidad *gay*, aún y cuando él piense lo contrario. *Quizás no entendí* también se puede leer como una diatriba de la imposibilidad de encontrar la relación perfecta que la sociedad heteronormada ha insistido en yuxtaponer al campo de la homosexualidad en épocas

recientes. En un intento por legitimar las relaciones entre personas del mismo sexo, cada vez son más los homosexuales que ven esta particular forma de “tolerarlos” precisamente como lo que es: un verdadero fiasco.

No cabe duda que el espacio *torcido* de la narrativa mexicana de temática homosexual se ve constantemente sujeto a cambios y situaciones en los que día a día los personajes homosexuales se ven atrapados por la retórica del Estado, la religión, y en general, de los mecanismos que buscan controlar su derecho a elegir la identidad sexual que más les convenga. Pese a las constantes luchas entre los integrantes de la comunidad *gay* o LGBTTTI, es ineludible reconocer su carácter colectivo, pero también marginal. En este sentido, en la medida que dicha comunidad o colectivo no asuma un verdadero papel concientizador sobre la necesidad de llevar a cabo una agenda subversiva que le permita conquistar nuevos derechos, poco le habrán servido los cambios que hasta ahora se han gestado en su favor. Por esta razón, entre más informada y empoderada la comunidad *gay* llegue a estar, mayores serán las probabilidades de que accedan a la literatura de temática homosexual, y con ello puedan hacer parte de su memoria colectiva las obras que han sido inspiradas en ellos mismos. Y es de esta manera solamente como algún día el espacio *torcido* llegará a encontrar un camino estable que le permita alejarse de la marginalidad.

Por último, es importante subrayar la importancia de mantener un diálogo abierto con otras disciplinas como la psicología, la sociología, y la antropología a la hora de analizar cuestiones tocantes a la comunidad *gay* y/o al tema de la homosexualidad desde un enfoque literario. En este sentido, considero que sólo así seremos capaces de comprender mejor un tema que sigue siendo poco abordado y estudiado, aún y cuando a menudo veamos en las noticias eventos relaciones con dicha cuestión, tales como la aprobación del matrimonio *gay* en varios países a nivel mundial, y los últimos avances en la lucha por encontrar una vacuna contra el VIH. En este caso, el mundo de las letras en México presupone una magnífica oportunidad para la inserción de obras que hablen de las situaciones de una comunidad y/o espacio *torcido*.

Bibliografía

- Acero, Rosa María. *Novo ante Novo: Un novísimo personaje homosexual*. Madrid: Editorial Pliegos, 2003.
- Aggleton, Peter. *Men Who Sell Sex: International Perspectives on Male Prostitution and HIV/AIDS*. Philadelphia: Temple University Press, 1999.
- Anderson, Benedict. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso, 1983.
- Araujo Mondragón, Benjamín. "Raúl Rodríguez Cetina 1953-2009 (qepd)." *Generación Empírica: Revista de arte, cultura, actualidad y amistad*, 6 sept. 2010. Web. 24 July 2012.
- Arellano, Luis Manuel. *Estigma y discriminación a personas con VIH*. México: CONAPRED, 2008.
- Basbucio, Jack. "The Cinema of Camp (aka Camp and the Gay Sensibility)." *Camp. Queer Aesthetics and the Performing Subject: A reader*. Ed. Fabio Cleto. Ann Arbor: U of Michigan P, 1999. 117-35.
- Bell, Shannon. *Reading, Writing & Rewriting the Prostitute Body*. Indianapolis: Indiana UP, 1994.
- Bellatin, Mario. *Salón de belleza*. México: Tusquets Editores, 1994.
- Bersani, Leo. *Homos*. Buenos Aires: Manantial, 1998.
- Blanco, José Joaquín. "Luis Zapata: el salto a la muerte". En *Crónica literaria: Un siglo de escritores mexicanos*. México D.F.: Cal y Arena, 1996.
- . y Luis Zapata. "¿Cuál literatura gay?" *Sábado: suplemento de Unomásuno* 310 (1983): 11.

- Brooks, Peter. *The Melodramatic Imagination: Balzac, Henry James, Melodrama, and the Mode of Excess*. New York: Columbia University Press, 1985.
- Brito, Alejandro. "Respuesta de la comunidad a las recomendaciones para la prevención del SIDA." *El SIDA en México: Veinte años de la epidemia*. Eds. Donato Alarcón Segovia y Samuel Ponce de León Rosales. México: El Colegio Nacional, 2003. 19-47.
- Brushwood, John S. *La novela mexicana (1967-1982)*. México D.F.: Grijalbo, 1984.
- Butler, Judith. *Bodies That Matter: On the Discursive Limits of "Sex."* New York: Routledge, 1993.
- Cáceres F. Carlos y Kane Race. "Knowledge, power and HIV/AIDS: Research and the global response. *Routledge Handbook of Sexuality, Health and Rights*. Eds. Peter Aggleton and Richard Parker. New York: Routledge, 2010. 175-183.
- Calderón, Paco. "Quién fue Jaime Vite: Cuatro décadas de una leyenda." *Gay México*, Enero 2009. Web. 21 May 2013.
<http://www.gaymexico.com.mx/editoriales/lavite.html>.
- Campos, René. "La novela *Melodrama*: una proyección utópica gay." *ALPHA: Revista de artes, letras y filosofía* 18 (2002): 81-90.
- Carrillo, Héctor. *The Night is Young: Sexuality in Mexico in the Time of AIDS*. Chicago: The U of Chicago Press, 2002.
- Castrejón, Eduardo A. *Los cuarenta y uno: novela crítico-social*. Ed. Robert M. Irwin. México: UNAM, 2010.
- Ceballos Maldonado, José. *Después de todo*. México: Editorial Diógenes, 1969.
- Chauncey, George. *Gay New York: Gender, Urban Culture, and the Making of the Gay Male World 1890-1940*. New York: Basic Books, 1994.

- Coaguila, Jorge. "Deseo la ambigüedad: Mario Bellatin y *Salón de belleza*". *La República* (Lima, 20-21 enero 1995): 6D.
- Common Threads: Stories from the Quilt*. Dir. Rob Epstein and Jeffrey Friedman. 1989. New Yorker Video, 2004. DVD.
- Crimp, Douglas. *Melancholia and Moralism: Essays on AIDS and Queer Politics*. Cambridge, Mass: MIT Press, 2002.
- De la Cancela, Victor. "A Critical Analysis of Puerto Rican Machismo: Implications for Critical Practice." *Psychotherapy* 23.2 (1986): 292-296.
- De la Mora, Sergio. *Cinemachismo: Masculinities and Sexuality in Mexican Film*. Austin: U of Texas Press, 2006.
- Del Toro, José César. "Disidencia y radicalismo: El 68 en la novela mexicana de temática homosexual." *In-Verso Literary Journal* 14 (2010): 1-7. Web. 6 May 2012.
- . *Homoerotismo literario: el punto de encuentro de la gaydad mexicana*. Diss. U of California – Santa Barbara, 2012. Santa Barbara: California, 2012.
- Domínguez-Ruvalcaba, Héctor. "From Fags to Gays: Political Adaptations and Cultural Translations in the Mexican Gay Liberation Movement." *Mexico Reading the United States*. Eds. Linda Egan and Mary K. Long. Nashville: Vanderbilt University Press, 2009. 116-134.
- . *Modernity and the Nation in Mexican Representations of Masculinity: From Sensuality to Bloodshed*. New York: Palgrave Macmillan, 2007.
- Eliade, Mircea. "Homosexuality". *Encyclopedia of Religion*. New York: Mac Millan Publishing, 1987.
- Eribon, Didier. *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Trad. Jaime Zulaika. Barcelona: Editorial Anagrama, 2001.

- Foster, David William. *Ensayos sobre culturas homoeróticas latinoamericanas*. Ciudad Juárez, México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2009.
- . *Gay and Lesbian Themes in Latin American Writing*. Austin: U of Texas Press, 1991.
- . *Producción cultural e identidades homoeróticas: teoría y aplicaciones*. San José: Universidad de Costa Rica, 1997.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad: La voluntad del saber*. México: Siglo XXI, 1977.
- . *Los anormales: Curso en el Collège de France (1974-1975)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Franco, Jean. "Si me permiten hablar: la lucha por el poder interpretativo." *Casa de las Américas* (1988): 88-94.
- Frasca, Tim. *AIDS in Latin America*. New York: Palgrave Macmillan, 2005.
- Gallego Montes, Gabriel. *Demografía de los otros. Biografías sexuales y trayectorias de emparejamiento entre varones de la Ciudad de México*. México: El Colegio de México, 2010.
- García Canclini, Néstor. *Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo, 1995.
- García Murcia, Miguel et al. *Memoria de la lucha contra el VIH en México: Los primeros años*. México: Colección Estudios, 2009.
- Girman, Chris. *Mucho Macho: Seduction, Desire, and the Homoerotic Lives of Latin Men*. New York: Harrington Park Press, 2004.
- González de Alba, Luis. "El SIDA en la calle." *25 años de sida en México: Logros, desaciertos y retos*. Córdoba Villalobos, José Ángel, Samuel Ponce de León y José Valdespino, eds. México: Secretaría de Salud, 2008. 93-99.

- González Rodríguez, Sergio. "Amores del joven Novo." *Nexos* 161.9 (1991): 9-15.
- Gruzinski, Serge. "Las cenizas del deseo: Homosexuales novohispanos a mediados del siglo XVII." *De la santidad a la perversión, o de porqué no se cumplía la ley de Dios en la sociedad novohispana*. Ed. Sergio Ortega. México: Grijalbo, 1985.
- Guillén Romo, Héctor. *Orígenes de la crisis en México: 1940/1982*. México: Ediciones Era, 1990.
- Guiza Lemus, Gerardo. "Entrevista personal en *Facebook*." 19 abril. 2013.
- . "Entrevista personal en *Facebook*." 24 marzo. 2013.
- . "Entrevista personal en *Facebook*." 3 mayo. 2013.
- . *Quizás no entendí*. México: Fontamara, 1997.
- Gusdorf, Georges, y Angel G. Loureiro. "Condiciones y límites de la autobiografía." *Suplementos Anthropos: Materiales de trabajo intelectual* 29 (1991): 9-18.
- Gutiérrez G. Laura. *Performing Mexicanidad: Vendidas y Cabareteras on the Transnational Stage*. Austin: U of Texas Press, 2010.
- Gutiérrez, León Guillermo. "La ciudad y el cuerpo en la novela mexicana de temática homosexual." *Anales de la literatura hispanoamericana* 38 (2009): 279-86.
- Gutmann, Matthew C. *The Meanings of Macho: Being a Man in Mexico City*. Berkeley: University of California Press, 1996.
- Hind, Emily. "Entrevista con Mario Bellatin." Unpublished. 2001.
- Irwin, Robert McKee. *Mexican Masculinities*. Minneapolis: U of MN P, 2003.
- Kaminsky, Amy. "Hacia un verbo *queer*." *Revista Iberoamericana* 74.225 (2008): 879-95.

- Laguarda, Rodrigo. *Ser gay en la ciudad de México: Lucha de representaciones y apropiación de una identidad, 1968-1982*. México, D.F.: CIESAS, 2009.
- . "La emergencia de los bares gay en la ciudad de México: El espacio como generador de identidad." *Miradas recurrentes II: La ciudad de México en los siglos XIX y XX*. Ed. María del Carmen Collado. México, D.F.: Instituto Mora, 2004. 311-319.
- Liguori, Ana Luisa and Peter Aggleton. "Aspects of Male Sex Work in Mexico City." *Men Who Sell Sex: International Perspectives on Male Prostitution and HIV/AIDS*. Ed. Peter Aggleton. Philadelphia: Temple University Press, 1999. 103-126.
- List Reyes, Mauricio. *El amor imberbe. El enamoramiento entre jóvenes y hombres maduros*. México: Eón, 2010.
- . *Hablo por mi diferencia. De la identidad gay al reconocimiento de lo queer*. México: Eón, 2009.
- Lizárraga Cruchaga, Xabier. *Una historia sociocultural de la homosexualidad: Notas sobre un devenir silenciado*. México: Paidós, 2003.
- Llamas, Ricardo. *Teoría torcida. Prejuicios y discursos en torno a la 'homosexualidad.'* Madrid: Siglo XXI editores, 1998.
- Loisel, Clary St. John. *Postmodern Construction of Sexual Identity: Male Homosexuality in Five Contemporary Mexican Novels*. Diss. U of Florida, 1997. Gainesville: Florida, 1997.
- López López, Álvaro y Rosaura Carmona Mares. "Turismo sexual masculino-masculino en la Ciudad de México." *Teoría y praxis* 5 (2008): 99-112.
- Lumsden, Ian. *Homosexuality, Society and the State in Mexico*. Toronto: Canadian Gay Archives, 1991.

- Macías-González, Víctor M. "The Bathhouse and Male Homosexuality in Porfirian Mexico." *Masculinity and Sexuality in Modern Mexico*. Eds. Víctor M. Macías-González y Anne Rubenstein. Albuquerque: U of New Mexico Press, 2012. 25-45.
- Marquet, Antonio. "Castrejón, Cócchioli y Novo: La novela gay en la primera mitad del siglo XX." *Literatura mexicana* 17.2 (2006): 47-72.
- . *El crepúsculo de heterolandia: mester de jotería: ensayos sobre cultura de las exuberantes tierras de la nación queer*. México: UNAM-A, Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades, 2006.
- . *¡Que se quede el infinito sin estrellas! La cultura gay al final de milenio*. México: UAM-A, Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades, 2001.
- McGovern, Timothy. "Visions of Mexican Cinema and the Queer Film Script." *Discourse: Journal for Theoretical Studies in Media and Culture* 26 (1-2): 127-147.
- Mejía, Max. "SIDA: Historias extraordinarias del siglo XX." *El Sida en México: Los efectos sociales*. Coord. Francisco Galván Díaz. México: UAM, 1988. 17-57.
- Michael Joachim. "México como melodrama: sobre la santidad en una era post-sagrada." *Unidad y pluralidad de la cultura latinoamericana: géneros, identidades y medios*. Eds. Walter Bruno Berg y Vittoria Borsò. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, 2006. 299-316.
- Molino, Jean. "Interpretar la autobiografía." *La autobiografía en lengua española en el siglo veinte*. Ed. Antonio Lara Pozuelo. Lausanne: Hispánica Helvética, 1991.
- Mogrovejo, Norma. *Un amor que se atrevió a decir su nombre. La lucha de las lesbianas y su relación con los movimientos homosexual y feminista en América Latina*. México: CDAHL, 2000.

- Monsiváis, Carlos. "Bolero: A History." *Mexican Postcards*. Ed., trans, and intro. John Kraniauskas. London and New York: Verso, 1997. 166-195.
- . "Pedro Lemebel y las narrativas del sida: El amargo, relamido y brillante frenesí". *Letra S: Salud, sexualidad y Sida* 137: 1-3.
- . *Que se abra esa puerta: Crónicas y ensayos sobre la diversidad sexual*. México: Paidós, 2010.
- . "Tres funciones al día (Etapas de la cultura popular en México y América Latina)." *Fliegende Bilder, fliehende Texte. Imágenes en vuelo, textos en fuga*. Ed. Walter Bruno Berg. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, 2004: 15-25.
- . y Carlos Bonfil. *A través del espejo: el cine mexicano y su público*. México: Ediciones el Milagro, 1994.
- Moreno-Uribe , Edgard Antonio. *El arte del Sida*. Caracas: Vadell Hermanos Editores, 1993.
- Muñoz, Mario. "El cuento mexicano de tema homosexual." *Revista de literatura mexicana contemporánea* 2.6 (1997): 16-22.
- . "Prólogo", en *De amores marginales*. Xalapa, Universidad Veracruzana, 1996.
- Olney, James. *Metaphor of the Self*. Princeton: Princeton U Press, 1972.
- Packman, Marcelo. "Investigación e intervención en grupos familiares: Una perspectiva constructivista." En *Métodos y técnicas cualitativas en Ciencias Sociales*. Madrid: Síntesis, 1994.
- Palaversich, Diana. "Apuntes para una lectura de Mario Bellatin." *Chasqui: Revista de literatura latinoamericana* 32.1 (2003): 25-38.
- Paul, Sheryl. "What is love?" *Huffington Post Canada* 5 May. 2012. Web. 2 Jun. 2013.

- Peck, Scott M. *The Road Less Traveled. A New Psychology of Love, Traditional Values and Spiritual Growth*. New York: Simon and Schuster, 1978.
- Perlongher, Néstor O. *La prostitución masculina*. Buenos Aires: Ed. De la Urraca, 1993.
- Pilcher, Jeffrey M. "The Gay Caballero: Machismo, Homosexuality, and the Nation in Golder Age Film." *Masculinity and Sexuality in Modern Mexico*. Eds. Víctor M. Macías-González y Anne Rubenstein. Albuquerque: U of New Mexico Press, 2012. 214-233.
- Prinkey, Troy James. *From the Margin and into the Mainstream: Assimilative Elements of the Contemporary Gay Mexican Novel (1980-2000)*. Diss. U of Virginia, 2004. Charlottesville: Virginia, 2004.
- Ramírez, Liliana. "La autobiografía como des-figuración." *Texto y contexto* 28 (1995): 189-208.
- Robles, Marcela. "Bellatín nominado al Médicis". *El Comercio* (Lima, 26 octubre 2000).
- Rodríguez Cetina, Raúl. *El desconocido*. México: Plaza y Valdés, 2007.
- . *El pasado me condena*. Mérida, México: Ayuntamiento de Mérida, 2009.
- Rodríguez, Oscar Eduardo. *El personaje gay en la obra de Luis Zapata*. México: Fontamara, 2006.
- Sáenz, Inés y Ricardo López. "Demonizar a Bellatín: Las transgresiones de *Salón de belleza*." *Revista de Literatura Mexicana Contemporánea* 11.26 (2005): xxxvi-xl.
- Sánchez-Crispín y Álvaro López-López. "Gay Male Places of Mexico City." *Queers in Space: Communities, Public Spaces, Sites of Resistance*. Eds. Gordon Brent Ingram, Anne-Marie Bouthillette y Yolanda Retter. Seattle: Bay Press, 1997. 197-212.

- López López, Álvaro y Rosaura Carmona Mares. "Turismo sexual masculino-masculino en la Ciudad de México." *Teoría y praxis* 5 (2008): 99-112.
- Sánchez-Crispín, Álvaro y Álvaro López-López. "Gay Male Places of Mexico City." *Queers in Space: Communities, Public Places & Sites of Resistance*. Seattle: Bay P, 1997. 197-212.
- Schneider, Luis Mario. *La novela mexicana entre el petróleo, la homosexualidad y la política*. México: Nueva imagen, 1997.
- Schuessler, Michael K. "Vestidas, locas, mayates y machos." *México se escribe con J: Una historia de la cultura gay*. Eds. Michael K. Schuessler y Miguel Capistrán. México: Editorial Planeta, 2010. 150-166.
- . y Miguel Capistrán. *México se escribe con J: Una historia de la cultura gay*. México: Editorial Planeta, 2010.
- Sedwick, Eve Kosofsky. *Epistemology of the Closet*. Berkeley: U of California Press, 1990.
- Seydel, Ute. "Estetización de la muerte en la narrativa de Mario Bellatin." *CIEHL: Cuaderno Internacional de Estudios Humanísticos y Literatura* 14 (2010): 57-65.
- Sifuentes-Jáuregui, Ben. *Transvestism, Masculinity, and Latin American Literature: Genders Share Flesh*. New York: Palgrave, 2002.
- Sontag, Susan. *AIDS and its metaphors*. New York: Farrar, Starus and Giroux, 1989.
- Stevens, Evelyn. "Marianismo: The Other Face of Machismo in Latin America." *Female and Male in Latin America*. Ed. Ann Pescatello. Pittsburgh: U of Pittsburgh Press, 1973. 90-100.
- Sullivan, Andrew. *Love Undetectable: Notes on Friendship, Sex, and Survival*. New York: Alfred A. Knopf, 1998.
- Tablada, José Juan. *La feria de la vida (Memorias)*. México, D.F.: Ediciones Botas, 1937.

- Tapia Conyer, Enrique Bravo-García y Patricia Uribe Zúñiga. "Evolución de la epidemia del SIDA en México." *El SIDA en México: Veinte años de la epidemia*. Eds. Donato Alarcón Segovia y Samuel Ponce de León Rosales. México: El Colegio Nacional, 2003. 19-47.
- Teichmann, Reinhard. *De la onda en adelante: Conversaciones con 21 novelistas mexicanos*. México, D.F.: Editorial Posada, 1987.
- Thing, James. *Entre maricones machos, y gays: Globalization and the Construction of Sexual Identities Among Queer Mexicanos*. Diss. U of Southern California, 2009. Los Angeles: California, 2009.
- Torres-Ortiz, Víctor F. *Transgresión y ruptura en la narrativa de Luis Zapata*. Diss. U of New Mexico, 1997. Albuquerque: New Mexico, 1997.
- Treichler, Paula A. "AIDS, Homophobia, and Biomedical Discourse: An Epidemic of Signification." *AIDS: Cultural Analysis Cultural Activism*. Douglas Crimp, ed. Cambridge, MA: MIT Press, 1988. 31-70.
- Trejo Fuentes, Ignacio. "Raúl Rodríguez Cetina, muerte anunciada." *Milenio* 28 Nov. 2009: n. pag. Web. 2 Jun. 2012.
- Van Leer, David. *The Queening of America. Gay Culture in Straight Society*. Routledge: New York, 1995.
- Vargas, Rosa Elvira. "El 68, historia de una derrota transmutada en victoria ética, plantea libro de Pablo Gómez." *La jornada* 4 Nov. 2008: n. pag. Web. 3 Jun. 2012.
- Vidarte, Francisco J. *Ética marica: proclamas libertarias para una militancia LGTBQ*. Barcelona: Egales Editorial, 2007.
- Villanueva, Alfredo. "Machismo vs. Gayness: Latin American Fiction." *Gay Sunshine* 22 (1976): 29-30.

Weeks, Jeffrey. *Against Nature. Essays on History, Sexuality and Identity*. London: River Oram P, 1991.

Westmoreland, Maurice. "Postmodern Depthlessness, and Finding Pleasure in Zapata's *Melodrama*." *Modern Language Studies* 28.2 (1998): 103-16.

Wiener, Gabriela. "Es un placer ver mutar tu propia palabra." *Lateral: Revista de cultura* 114 (2004): 10-11.

Wilson, Carter. *Hidden in the Blood: A Personal Investigation of AIDS in the Yucatán*. New York: Columbia University Press, 1995.

Apéndice A

Dear Juan Carlos,

We grant you permission to use material published in the CRR in your doctoral thesis.
Best,

Andres

Andrés Pérez-Simón

Assistant Professor of Spanish
Editor of the *Cincinnati Romance Review* (Spanish)
University of Cincinnati

From: Juan Carlos Rocha Osornio
Sent: Wednesday, May 22, 2013 4:47 PM
To: Perez-Simon, Andres
Subject: Permission to Use Copyrighted Material in a Doctoral Thesis

Your Name: Juan Carlos Rocha Osornio
Subject: Permission to Use Copyrighted Material in a Doctoral Thesis
Message: May 22, 2013

Dear: I am a University of Western Ontario graduate student completing my Doctoral thesis entitled “El espacio torcido en la narrativa mexicana de temática homosexual_”. My thesis will be available in full-text on the internet for reference, study and / or copy. Except in situations where a thesis is under embargo or restriction, the electronic version will be accessible through the Western Libraries web pages, the Library’s web catalogue, and also through web search engines. I will also be granting Library and Archives Canada and ProQuest/UMI a non-exclusive license to reproduce, loan, distribute, or sell single copies of my thesis by any means and in any form or format. These rights will in no way restrict republication of the material in any other form by you or by others authorized by you.

I would like permission to allow inclusion of the following material in my thesis: "El performance del insulto en los albores de la novela mexicana de temática homosexual: 41 o el muchacho que soñaba en fantasmas Vol 34 (Fall 2012): 97-111.

The material will be attributed through a citation.

Please confirm in writing or by email that these arrangements meet with your approval.

Sincerely
Juan Carlos Rocha Osornio

Apéndice B

6 de junio del 2013

Asunto: Permiso editorial

Estimado Juan Carlos,

Por medio de la presente le notificamos que su ensayo titulado “*Identificación, deseo y prostitución en El desconocido de Raúl Rodríguez Cetina*” publicado en nuestra revista electrónica en el Volumen 10, Número 1, verano 2012 puede ser incluido como parte de su tesis doctoral.

En caso de tener preguntas o dudas, no dude en enviarme un mensaje electrónico.

Mientras tanto, reciba un cordial saludo.

Atentamente,

Claudia Cruz Armenta

Divergencias

Grupo Editorial

Apéndice C

Hola Juan Carlos, claro que sí. Lamento no haberle contestado antes, estuve fuera hasta hoy. Saludos afectuosos,

Guadalupe

Dr. Guadalupe Cortina
 Editor of Grafemas and Hipertexto
 Graduate Advisor
 Office Hours Spring Semester:
 Tuesday 10:00am-12:00pm and 1:00-5:30pm
 Modern Languages and Literatures
 University of Texas- Pan American

From: Juan Carlos Rocha Osornio
 Sent: Wednesday, May 22, 2013 4:52 PM
 To: Guadalupe Cortina
 Subject: Permission to Use Copyrighted Material in a Doctoral Thesis

Estimada Guadalupe Cortina:

I am a University of Western Ontario graduate student completing my Doctoral thesis entitled "El espacio torcido en la narrativa mexicana de temática homosexual". My thesis will be available in full-text on the internet for reference, study and / or copy. Except in situations where a thesis is under embargo or restriction, the electronic version will be accessible through the Western Libraries web pages, the Library's web catalogue, and also through web search engines. I will also be granting Library and Archives Canada and ProQuest/UMI a non-exclusive license to reproduce, loan, distribute, or sell single copies of my thesis by any means and in any form or format. These rights will in no way restrict republication of the material in any other form by you or by others authorized by you.

I would like permission to allow inclusion of the following material in my thesis: "La creación de la comunidad gay en la escritura de Raúl Rodríguez Cetina", Hipertexto 17 Invierno 2013: 32-45.

The material will be attributed through a citation.

Please confirm in writing or by email that these arrangements meet with your approval.

Curriculum Vitae

- Name:** Juan Carlos Rocha Osornio
- Post-secondary Education and Degrees:** Texas A&M University-Commerce
Commerce, Texas, USA
2003-2006 B.A.
- Texas A&M University-Commerce
Commerce, Texas, USA
2006-2009 M.A.
- Western University
London, Ontario, Canada
2009-2013 Ph.D.
- Honours and Awards:** Western Graduate Research Scholarship
2009-2013
- Graduate Student Teaching Award
2011-2012
- Award for Excellence in the Role of Graduate Teaching Assistant
The Hispanic Studies Program
2011-2012
- Related Work Experience:** Teaching Assistant
Western University
2009-2013
- Publications:**
- “Una mirada histórica y cultural del movimiento LGTBTTTI mexicano.” (in press)
Romance Notes. The University of North Carolina at Chapel Hill –Department of Romance Languages Publications–.
- “La creación de la comunidad gay en la escritura de Raúl Rodríguez Cetina.” *Hipertexto Online Journal*, 17 (invierno 2013): 32-45.
http://portal.utpa.edu/utpa_main/daa_home/coah_home/modern_home/hipertexto_home/docs/Hiper17Rocha.pdf
- “El *performance* del insulto en los albores de la novela mexicana de temática homosexual: *41 o el muchacho que soñaba en fantasmas* (1964) de Paolo Po.” *Cincinnati Romance Review*, 34 (fall 2012): 97-111.
<http://www.cromrev.com//volumes/vol34/007-vol34-rocha.pdf>

“Identificación, deseo y prostitución en *El desconocido* de Raúl Rodríguez Cetina.”
Divergencias: Revista de estudios lingüísticos y literarios, 10.1 (verano 2012): 13-26.
<http://divergencias.arizona.edu/sites/divergenciasweb.arizona.edu/files/articles/IdentificacionDeseoYProstitucionDivergencias.pdf>.